

DIANA SCOTT

Salvaje



DOCTORA KLEIN

II

D.J.57

Salvaje

Diana Scott

Copyright 2018 Diana Scott

[Prólogo](#)
[Primero](#)
[Un salto al vacío](#)
[Verdades ocultas](#)
[Contigo](#)
[Así no](#)
[Sálvese el que pueda](#)
[A la luz del atardecer](#)
[Hoy o nunca](#)
[Te acepto](#)
[Besos que matan](#)
[Cuestión de tiempo](#)
[Último día](#)
[Olvidando el ayer](#)
[Por siempre](#)
[La última noche](#)
[Todo acaba](#)
[Realidad](#)
[Vuelta a la verdad](#)
[Caminando entre nubes](#)
[No me dejes](#)
[Espérame](#)
[Tiempo](#)
[Mentiras](#)
[De finales y principios](#)
[Los días pasan](#)
[Fracasos](#)
[Verdades y mentiras](#)
[Preso de tus decisiones](#)
[Piedras en el paraíso](#)
[Un final, un comienzo](#)
[Una imagen, mil palabras](#)
[Ultimátum](#)
[No te veo](#)

Prólogo

¿En qué momento la vida te obliga recorrer aquél túnel oscuro e intrigante y que siempre te negaste traspasar?
Akim

Brenda pensaba y pensaba recostada en la cálida arena buscando una lógica lo que sólo el corazón puede descifrar. Ella, que era todo juicio y decisión, se encontraba intentando negar una pasión que aún adormecida sollozaba por escapar. Las rejas de un prejuicio aprendido la zarandeaba en una tormenta de decisiones que taladraban su racional cerebro.

Se estiró sobre la toalla y los ojos se cerraron guardando el calor de un tímido sol que desaparecía aceptando su derrota. Respiró profundo y una pequeña gota indiscreta se escapó bajo sus suaves párpados. Única y tímida, la solitaria lágrima, intentó expiar, con su delicado sabor a mar, una culpa muy pesada de transportar. Presente y futuro, realidad y deseos, sentimientos y obligaciones chocaron como un tren de alta velocidad en una tragedia imposible de evitar. Diez días. Tan sólo diez días hicieron falta para derrumbar cimientos que ella creyó indestructibles. Diez mañanas y una mirada penetrante bastaron para que sus ojos de chocolate se cerraran buscando una pasión deseosa de nacer. ¿Quién decide sobre la verdad o la mentira? ¿Quién define lo real o imaginario cuándo el corazón es el loco motorista de tus deseos? Brenda cerró los puños con fuerza sobre la arena humedecida por la brisa nocturna, y estiró su refinado cuerpo intentando relajar los músculos agotados de tanto pensar. Debía sentirse infame, traidora, mentirosa y cientos de adjetivos más que la gente regala especialmente a mujeres de dudosa conducta, pero ni todas las injurias de la villana sociedad podrían borrarle la sonrisa grabada en el cuerpo de una mujer amada. Una respiración suave y tibia se acercó a su oído y su cuerpo se erizó reconociéndole tan sólo con su calor. Aquello no estaba bien, pensó entristecida. Sería arrojada al infierno y las llaves fundidas en el ardiente caldero de las pecadoras, sería abofeteada por la sociedad, pero ¿cómo puede una mujer negarse a ese oxígeno que le da sentido a su vida?

—Ven conmigo... —Susurró cual Adan a su Eva, y ella aceptó sin discutir.

No pudo pensar, sólo reaccionar. Su cuerpo pecador y traicionero respondió a su mandato cual esclava ante su dueño. Amor, lujuria, pasión, ternura, verdad, mentira, todas palabras vacías frente a un cuerpo apasionado que

no le permite reconocer el querer del deber.

Una mano áspera acarició su seno, que ahora desnudo, se refrescaba con la brisa marina mientras unos labios carnosos acariciaban su cuello. Se estiró hacia atrás buscando mayor contacto y una sonrisa deliciosamente masculina la atravesó. Los parpados cerrados nunca necesitaron abrirse. Reconocía su olor, sus manos y ese delicado calor que emanaba de su aliento antes de rozar su piel. A su lado las pasiones eran un pecaminoso secreto que no nos atrevemos a contar pero que él sabía exactamente como hacerlos realidad.

Los musculosos brazos la sujetaron por la cintura y rodillas y la levantaron cual chiquilla adormecida. Una boca lujuriosa la enloquecía mientras el sonido del mar se distanciaba cada vez más. Sus manos femeninas se arrastraron por su torso hasta cruzarse por detrás de su cuello mientras su boca aceptaba cada caricia. Brenda se sintió transportada a ese lugar del que los poetas escriben pero muy pocos conocen. Ese por el cual muchas suspiran, otras buscan desesperadas y algunas aceptan que jamás encontrarán.

Nada se podía sentir mejor. Abrazada, amada y deseada, era como estar en el cielo. El paraíso existía y estaba allí entre sus brazos. Brenda respondió a cada beso y cada caricia sintiéndose una mujer completa. Una protagonista de su propio cuento de hadas, una que podía vivir su pasión sin sentirse culpable o responsable de nadie más que ella misma.

Con el más delicado de los cuidados fue depositada en una suave cama y por primera vez abrió los ojos para reconocer su refugio. Una mirada tan azul y tan profundo como el más oscuro de los cielos llameaba de deseo por ella. Su piel se erizo ansiosa y sus senos se irguieron deseosos por ser amados. Un hombre con mirada fiera y penetrante estaba a punto de devorarla mientras su corazón latía esperanzado por ser consumido.

«Lo siento...», pensó antes de perder el conocimiento entre las olas de un mar de besos y caricias que danzaban al compás de sus gemidos.

Primero

... Cobarde por no intentarlo, cobarde por no reconocer lo que sientes,
cobarde por no aceptar que son mis latidos los que te despiertan cada mañana,
cobarde por marcharte sin escucharme decir “te amo”...
Akim

Diez días atrás...

Brenda desembarcó en el aeropuerto de Ibiza, caminó hasta la salida, enseñó el pasaporte, recogió la maleta y todo ello sin pronunciar ni una sola palabra. Rachel caminó igual de silenciosa, algo bastante inusual en ella, ¿pero qué se le dice a tu mejor amiga cuando la ves “broken total” y no tienes ni pizquita de idea de lo que circula por su “crazy mind”?

La antigua estrella de farándula alzó elegante los cinco dedos de la mano derecha haciéndolos danzar traviosos y detuvo a un taxista que sonriente se acercó y las ayudó a guardar sus dos pequeños bolsos de mano. Pequeños no, ¡pequeñísimos! Pensó molesta. Ese es el precio que debes pagar cuando sales huyendo despavorida de unos maridos interesados por descubrir la verdad, pensó malhumorada.

La peor de las desgracias se cernió sobre ella esa tarde. Hacer las maletas en quince minutos. ¡My God! Qué mujer en su sano juicio se ve obligada a preparar no una ¡sino dos maletas! en tan sólo quince minutos, pensó apretándose la frente. Guardas unos pocos trapitos sin poder escoger las marcas de moda en la nueva temporada y huyes como gato frente a un baño. Dos biquinis, unos cuantos conjuntos de ropa interior, dos vaqueros, un vestidito de noche por si acaso y a correr. Todas prendas horriblemente dobladas junto a una bolsa con los indispensables siete pares de zapatos, eso sí, en una preciosa bolsa keepall de Louis Vuitton. ¡Hasta aquí habríamos llegado! Se dijo enfadada pensando que ni muerta usaría una de esas maletas de mercadillo de barrio y que algunos seres grasientos llamados pobres suelen utilizar como bolsa de viaje. Rachel se sentó al lado de su “very best friend” mientras indicaba la dirección al servicial taxista. Observó por décimo quinta vez a su amiga que con la mirada perdida seguía sin largar bocado.

«¿Qué ha pasado? ¿Por qué Brenda no responde a mis llamadas? ¿Por qué habéis cambiado de destino?» A Rachel aún le zumban los gritos de Max en

los oídos. “¡Qué está pasando! ¿Por qué no vienen a París? ¡Dónde está mi mujer!” Gritaba colérico.

“¡Y cómo demonios se supone que voy a saberlo!”. En un momento estaban preparando un dulce viaje a París y al minuto siguiente estaban cambiando los pasajes al primer lugar que se le había ocurrido para esconder a una amiga que no dejaba de llorar y lamentarse en brazos de Connor. Menos mal que era tan buena actriz que se inventó un libreto digno de Hollywood y consiguió apaciguar a unos maridos de lo más preguntones. Enfermar a su tía de España resultó ser su obra épica. Digna a mejor director y actriz principal. Sí, puede que no tener ninguna tía enferma en España no ayudara a que la mentira fuera muy sólida, pero cuando el agua te llega al cuello la creatividad asoma de formas bastante curiosas, se dijo sonriendo para ella misma.

Rachel suspiró nerviosa y decidió, al igual que Brenda, perderse en el paisaje tras la ventanilla. La asaltaban muchísimas dudas pero no era el momento de agobiar a Brenda con preguntas. Cuando estuviese preparada ya hablaría. Así era Brenda, siempre buscando el mejor momento y ella la comprendía y respetaba por encima de todo. Ambas eran muy, pero muy, diferentes, y es allí, en el contraste, donde se forjan las verdaderas amistades. Como Versace y Armani, pensó divertida, que por muy diferentes que sean, si combinas una con la otra a veces queda divino de la muerte. Sí, así eran ellas, divinas cada una en sus estilos. Su Brenda, sensible, cariñosa, responsable, educada y con un carácter tan contenido como una gordita en una faja Triumph. Un día explotarás, le decía Connor, y al parecer ese día había llegado. ¿Por qué y por quién? Esa ya era harina de otro costal.

Una mano pequeña y temblorosa se depositó sobre la suya y Rachel dejó de pensar para acariciarla e infundirle valor. No necesitaba preguntar, las explicaciones ya llegarían. Si Brenda la buscaba, allí estaría, ¿después de todo cuántas veces fue Brenda la que se jugó el tipo por ella? Incontables, pensó sonriendo al recordar sus trastadas de niñita de internado privado. Ahora era una mujer adulta. Ella era Rachel Salazar, estrella de un par de películas, dos anuncios de cremas depilatorias y la participación estelar en cuatro capítulos de la gran telenovela “Memorias de un macho”, pensó alzando el cuello y mirando con altivez. La gran Rachel dispuesta a quemarse el rímel por su única amiga.

—¿Por dónde? —Brenda habló con apenas energía y Rachel quiso morir de pena.

—Por allí —. Señaló en línea recta con una seguridad que no tenía. Después de todo, ella tampoco había estado jamás allí.

Ambas intentaron hacerse sitio entre una marabunta de mujeres de todas las edades y países que se concentraban a voz en grito en un lobby de hotel aún

más atestado que la entrada. Jovencitas y no tan jovencitas lucían unos rostros sonrientes. Todas vestían la misma camiseta y Rachel observó el logo impreso en el centro. Un puño cerrado en alto y dos dedos elevados en señal de victoria. Sonrió al instante reconociendo al grupo de Amazonas de Londres.

No estaba muy segura de si reservar en el mismo hotel que sus queridas Amazonas había sido una buena idea, pero la velocidad de los acontecimientos no le permitieron pensar otra alternativa menos desastrosa. Enfermar a su tía en Ibiza en plena temporada le pareció una buena alternativa aunque ahora comenzaba a dudarlo un poquito.

—Queridas Pink. Por igualdad salarial. ¡Ni una sola! —Gritó una forofa de apenas metro y medio y con el puño en alto.

—¡Ni una sin sus derechos! —Exaltaron las otras apuñalando el cielo.

Rachel sin poder contenerse levantó la mano para gritar al compás de las reclamadoras que cada vez se apretujaban más y más en la atestada recepción. Brenda la observó con los ojos fuera de sus órbitas intentando gritar ¡Por qué!, y Rachel se maldijo por su carácter incontrolado.

“Rasgo típico de nosotras las grandes”, pensó al recordar a Marilyn. Sería mejor que se explicase antes que a Brenda le diese una apoplejía.

—Verás, resulta que...

—¡Rachel! Serás zorra. No sabes cuánto me alegra verte.

—Bueno, no estoy exactamente por... —Dijo intentando explicarse cuando una señora tan corpulenta como una ballena varada se abalanzó y la estrujó entre sus mullidos brazos.

Rachel abría la boca como un pez fuera del agua mientras Brenda buscaba algo para darle en la cabeza y poder liberar a su amiga que comenzaba a ponerse de un azul casi morado. La doctora ya tenía su móvil en alto y maldiciendo por no haber extendido la garantía de su carísimo iPhone cuando la actriz consiguió liberarse por sus propios medios.

—Verás... —Dijo tosiendo e intentando recuperar el oxígeno —. My friend y yo...

La mujer corpulenta observó a Brenda y sin previo aviso se lanzó sobre la doctora que atónita y con el móvil aún en alto era absorbida por una “inmensidad” de corpulento cariño.

—Buffy, ella es Rachel, y si la sueltas seguro te dice lo encantada que está de conocerte —. Comentó con tono divertido al ver a la perfecta doctora Klein succionada por una mujer de enorme corazón.

Brenda fue liberada y levantó el cuello intentando llevar algo de oxígeno a sus pulmones cuando la misma pequeña de mofletes sonrosados y caderas anchas gritaba nuevamente con efusividad.

—Pinks, somos bellas, somos listas, somos únicas. ¡Qué somos!

—¡Amazonas! ¡Somos Amazonas! Ajú, Ajú —. Gritaron todas a coro y puño en alto.

La doctora intentaba comprender algo de lo que estaba pasando pero no tuvo oportunidad de preguntar. Buffy, que aún la sostenía por la espalda, se sumó al entusiasmo de las forofas. Levantó el brazo con semejante poderío que, en un momento, Brenda fue lanzada por el impulso cual balón de fútbol disparado por un borracho. Si no hubiese sido por que Rachel estaba delante y amortiguó el golpe, estaba segura que habría barrido el suelo con los dientes. Ambas amigas intentaban recobrar el equilibrio cuando una señorita con un cartel en alto señaló el camino de las Amazonas que la siguieron cual acaloradas devotas ante su mesías.

—¡Rachel! Nos vemos esta noche. Verás lo contenta que se pone Carol cuando le cuente que estás aquí.

El grupo se marchó dejando la recepción desolada y a una Brenda confundida.

—Sweet, no me mires así. No he matado a nadie —. Dijo con voz de mujer infractora.

—¿Pero quiénes son, desde cuándo, por qué...? —Brenda escupía las preguntas en un torrente incoherente de dudas mientras intentaba rescatar su bolso que, quién sabe por qué, se encontraba en la otra punta de la recepción.

—Señorita Salazar, señorita Klein. Habitación 271 y 274. Estas son vuestras llaves. El desayuno se sirve a partir de las nueve hasta las once y lo tenéis incluido en vuestras reservas. Las cenas son a partir de las ocho. Para mayor información no duden en consultarme —. Dijo una empleada muy amable y con un precioso recogido en alto mientras les extendía las llaves de la 271 y 274 respectivamente.

—Esperanza, por favor acompaña a nuestras invitadas.

—Si son tan amables de seguirme —. Dijo una jovencita de amplia sonrisa y hablando perfecto inglés.

Brenda asumió con desgana que las explicaciones se retrasarían. Las mujeres aceptaron la colaboración de la botones y subieron al ascensor sin decir palabra, aunque Rachel podía sentir la mirada acusadora de su amiga. Estaba claro que allí existía más de una “friend” con tenebrosos secretos y ella era una.

La botones abrió la puerta de la habitación, les enseñó las instrucciones del aire acondicionado y Rachel suplicaba que el tiempo se detuviese para poder huir y no tener necesidad de sincerarse.

—Qué, ¿Qué? ¡Qué! —Gritó cuando la empleada cerraba la puerta.

—Esta bien. Te lo contaré todo, pero no me mires así. Sweet, te pones

horrible cuando frunces la frente, ¿te conté de esa crema...?

—¡Rachel! No te miro de ninguna forma —. Dijo mientras se acariciaba la pequeña arruga

—Ok, Ok, Keep calm. A ver como lo digo...

—El principio suele ser lo mejor.

—Ja y ja —dijo irónica—. Está bien. Llevo seis años siendo una Amazona, ya lo he dicho. Bueno no una Amazona de esas... quiero decir sí una de estas Amazonas pero no una de esas de película griega aunque la verdad es que si me lo propusieran yo creo que...

—¿Seis? ¿Seis años? —¿Había dicho seis años?

Rachel se sentó apenada. Comprendía las dudas de Brenda.

—Yes. Sorry —. Dijo con los hombros caídos mientras sentada en la amplia cama delineaba con su dedo la hoja bordada del cobertor —¿Te preguntas por qué?

“Sí, entre otras tantas cosas”, pensó pero calló por no interrumpir.

—Sweet, yo nunca he sido ni tan especial ni tan inteligente como tú o como Connor...

—No digas eso... —. Contestó indignada, pero Rachel pidió silencio con la mano para continuar con su entristecida declaración.

—Cuando descubrí que los cuarenta me habían alcanzado antes que mi gran papel protagonista supe que mi carrera estaba perdida. Sueños de años inocentes se borraron en una gran tarta de nata y caramelo repleta de velas.

—Rachel eso no es así... —Brenda se recostó a su lado.

Ambas descansaban sobre el colchón con sus cabezas pegadas como cuando eran pequeñas y esperaban en un frío internado que las recogieran unos padres demasiado ausentes como para extrañar.

—Sí, Sweet, esa es la verdad. Soy una estrella pero sin pintar. Mi papel aún no me ha llegado, pero no te aflijas, lo he superado... Hubo una época en la que me sentí inútil e inservible. Vieja e inútil. Pero todo eso ya ha pasado. Ahora ya me veo como realmente soy —. Dijo intentando ocultar la turbia realidad —. Soy una estrella con luz propia, con o sin papel, la gran Rachel Salazar, le guste a quien le guste.

Brenda sonrió sin ganas.

—¿Por qué no confiaste en mí? —La pregunta transmitió una pena que hizo que Rachel se sintiera aún peor.

—Sweet —respondió con especial ternura—, somos las mejores amigas y sé que cuento contigo, igual que tú lo haces conmigo, pero existen ciertas pruebas de vida que debemos asumir “alone”. Y esta fue la mía. Ya sabes, como cuando tienes que cambiar de color de tinte pero no sabes que color escoger. La

pruebas y ya está. Nadie puede darte su pelo ni su rostro, pues a mí me pasó lo mismo. Afronté mis dudas y asumí mis... ¿años?

Brenda negó con la cabeza intentando desviarla de un tema que estaba claro que para ella era tan doloroso.

—¿Por qué Las Amazonas?

—Casualidad, accidente, no lo sé, la verdad es que no lo recuerdo bien. Digamos que cuando me di cuenta ya estaba en la primera reunión. ¿Sabes algo, Sweet?, es curioso pero cuando estoy con ellas me siento especial. Allí todas tenemos algo que nos hace sentir importantes. Nosotras nos sentimos...— Rachel respiró con profundidad y continuó— mujeres sin pecados. Dignas de merecernos lo mejor.

—Yo podría haberte ayudado... —Brenda habló con un pequeño deje de celos en sus palabras. ¿Qué tan buena psicóloga era si fue incapaz de ayudar a su mejor amiga cuando más la necesitaba?

—Por supuesto que podías —dijo mirándola sonriente—. Siempre has podido pero necesitaba ser yo quien comenzara a caminar. A veces los secretos necesitan tiempo para madurar antes de dejarse ver... —Comentó con doble sentido en sus palabras

Brenda no pudo contestar. Ambas quedaron calladas analizando la pintura desgastada del techo. Las dos pensaban, pero analizando mundos diferentes. Rachel estaba feliz por haberse sincerado. No le gustaba reconocer que el peso de los años le daba miedo y que sufría por cientos de oportunidades perdidas, pero con las Amazonas había descubierto que aún quedaban unas cuantas miles por descubrir, Brenda sin embargo se sentía peor que antes, ahora no sólo era una mala esposa, sino una mala amiga, una mala psicóloga... una mala...mujer.

Las dos, recostadas en la cama, analizaban sus mundos mientras los minutos se perdían bajo el renqueante sonido de un aire acondicionado deseoso por jubilarse. Rachel esperó y esperó. Estaba segura que Brenda se abriría. ¿Qué le pasaba que no ofrecía ni la mitad de lo que exigía? La actriz sonrió sin ganas mirando la blanca pintura de la pared. Su amiga no se encontraba mucho mejor que ella misma seis años atrás. La maravillosa doctora Klein, esa a la que todos acudían para solucionar sus problemas, se encontraba perdida y sin fuerzas para confiar...

“Pobrecita”. Pensó entristecida, Brenda se encontraba a un plis de darse cuenta que la perfecta doctora Klein se merecía tener momentos de imperfección. Rachel pensó y pensó las mil y una formas para conseguir que Brenda se abriera. Contraatacaría con toda su artillería. Brenda saldría de esa profunda pena a pesar de ella misma. Iba a ayudar a su amiga le pese a quien le

pese. Estaba dispuesta a comenzar con su ataque verbal cuando un sonido suave de respiración profunda la hizo sonreír. Era Brenda y estaba completamente dormida. Después de un enorme puñado de calmantes que ella y Connor consiguieron hacerle tomar, al fin conseguía descansar.

—Descansa, mi Sweet—. Dijo mientras maternalmente la cubría con un delicado cobertor—. Estaré aquí cuando despiertes...

Un salto al vacío

Tengo miedo de no saber si algún día volverás,
de reconocer que sin ti ya no existen
estrellas con las que soñar...
Akim

Era el décimo quinto WhatsApp de Lola, y Akim hubiese arrojado el móvil al hueco de la escalera si no fuese porque no podía permitirse el derroche de comprar uno nuevo. Esa mujer tenía el poder de sacarlo de sus casillas. Gruñó enfadado. La cabeza le dolía tanto como mil demonios juntos pero aun así lanzaba con rabia los sacos de cemento que rebotaban al caer en el suelo levantando alrededor una nube oscura de material. Llevaba veinte de esos viajes pero no estaba cansado. La furia y el rencor le recorrían la sangre. Ella se había ido. A estas alturas marido y mujer disfrutarían el uno de las caricias del otro. Puede que estuviesen desayunando de la manita contemplando el paisaje de París desde una costosa cama de hotel, luego se amarían descaradamente y se prometerían amor eterno mientras él se desangraba por dentro. Maldijo una y otra vez esos pensamientos destructivos que desde siempre lo dominaban y buscó desesperado en su bolsillo el endemoniado cacharro para contestar al último mensaje de Lola, “nos vemos esta noche”. Lo lanzó sobre la mochila y se dispuso a cargar otro saco de cemento.

Si se cansaba lo suficiente y se acostaba con Lola unas mil veces puede que así dejase de sentir como el pecho se le partía en dos al imaginar a su doctora en brazos de otro. Igual si cerrara muy fuerte los ojos intentando olvidarla el tiempo pasaría, sus pulmones dejarían de respirar, lo sepultarían bajo tierra y entonces así dejaría de pensar en esa cruel mirada de color chocolate que lo perseguía hasta en sus más lúgubres pesadillas.

Debía odiarla, tenía que hacerlo, ¡entonces por qué no dejaba de añorarla! Una noche con Lola había resultado ser una experiencia grata pero demasiado momentánea.

Recordando la noche anterior, los recuerdos invencibles se le amontonaron en la cabeza acechándolo con un sentimiento de culpabilidad que no deseaba sentir. Pensar como la había acariciado...

La noche anterior caminó desnudo hasta el servicio sintiendo el frío bajo sus pies. Las entrañas se le revolvían por dentro. Se sentía sucio y asqueado. ¿Cuántas veces la había llamado? ¿Cuántas pronunció su nombre embistiendo

con fuerza a quien nada le reclamó? Ya no lo recordaba...

Se apoyó en el lavabo y agachó la cabeza para no verse frente al espejo. Estaba asqueado. Lola no se merecía un trato como ese.

«¡Maldita sea! Ni siquiera yo lo merezco».

—Ven a la cama —. Una voz melosa susurró con los labios pegados a su espalda.

La joven belleza lo abrazó por la cintura intentando tironear de su hombre y regresarlo donde ella deseaba.

—Lola... —Murmuró intentando disculparse. Intentando decir con una palabra lo que su alma no podía.

—No me importa —. Contestó sin pena.

Akim cerró los ojos sabiendo que no debía aceptarla. Un buen hombre comprendería que aquello estaba mal y que debía marcharse. Lola lo deseaba y él ya se había aprovechado demasiado.

—Lola...—Susurró nuevamente pidiendo algo de comprensión y una pizca de perdón.

—Puedes llamarme como quieras. No me importa, pero no te vayas —. Dijo pegando sus cuerpos desnudos —. Me necesitas...

Dios, odiaba admitirlo pero sí, la necesitaba. Lola le ofrecía lo que otra le negaba y él... él no era un buen hombre.

Con fuerza y quebrado por el dolor, ahogó sus penas en un beso duro y nada romántico. Necesitaba descargar y ella era su válvula de escape.

—Lo siento...—dijo ronco por el deseo y apresándola con demasiada fuerza entre sus brazos demostrando que no era amor lo que buscaba.

Lola sonrió aceptando el desafío. Buscara lo que buscara, Akim siempre lo encontraría en ella...

Brenda lo había hundido aún más en su desgraciada vida y Lola no significaba ninguna cura, sin embargo esta noche volvería a su cama. Necesitaba sentirse vivo antes de que la locura de los celos terminara por quebrar la poca cordura que le quedaba. El dolor de sentir que la había acariciado con la yema de sus dedos y se le había escurrido de las manos era tan profundo que dudó de si antes de conocerla se había sentido vivo alguna vez. A lo mejor, puede que a ratos sueltos, pero con ella la vida se transformaba en minutos eternos de una canción que no deseaba que se terminase jamás. ¡Maldita seas, doctora Klein! Necesito resurgir a la vida y Lola es el único bote salvavidas a mano, pensó furioso. Sabía que la estaba utilizando e intento odiarse por ello pero no pudo. Su corazón derramaba demasiado dolor como para pensar en un tercer damnificado. Su pena acrecentaba un egoísmo que no recordaba poseer y que lo consumía desde el fondo de las entrañas. No eran los brazos de Lola los que buscaba. No

eran sus labios con los que soñaba, no era ella la dueña de esa preciosa voz que resonaba en sus oídos y no era a ella a quien dedicaba sus escritos de amor, esos que jamás serían leídos...

Nikola apareció sonriente y Akim se giró para arrojar al suelo el último saco de material que acarreaba sobre sus hombros. Intentó no mirarlo para no lanzarle un puñetazo en plena sonrisa. Odiaba verlo feliz. ¿Acaso no sabía que él se desgarraba por dentro? ¡Ni su mejor amigo era capaz de ver como su corazón se rompía en pedacitos irre recuperables! Decidió marcharse antes de despertarle la comprensión con sus propios puños. El destino le había jugado una de sus tantas malas pasadas y no era justo que el mundo continuara girando y sonriendo cuando él sufría lo insufrible.

—¿Quieres marcharte antes que te cuente las últimas novedades? — Dijo Nikola intentando captar su atención para que no se marchase.

Akim giro medio cuerpo para mirarlo a la cara y Nikola tragó saliva. Cuando Akim te dirigía esa mirada fría y penetrante y sus anchos hombros se tensaban resaltando aún más esos tatuajes del brazo, lo más sensato era echar a correr mientras se pudiese. Akim vio el miedo dibujado en la mirada de su amigo y se lamentó por su insistente mal humor. Cerró los ojos y respiró con profundidad intentando controlar sus arranques de ira mientras preguntó con un tono que él consideró más amigable.

—¿Qué diablos pasa ahora? —. Nikola volvió a sonreír sintiéndose algo más seguro al notar como el control regresaba a los músculos de su amigo. El puño de Akim era un arma a la que sólo un idiota no temería.

—Pues resulta que vengo del edificio de las oficinas centrales —. Akim gruñó rabioso al recordar que aquél era el sitio de trabajo de Max Brown y Nikola temiendo por su vida, dejó el suspense para otro momento.

—¡No están juntos! —Lanzó como bomba ante un Akim que lo miraba expectante esperando explicaciones.

—Verás, resulta que Samir me pidió esta mañana que fuese a buscar unos planos a la central. Llevo casi toda la mañana fuera, imagino que no me habrás extrañado porque, claro, yo parezco un cero a la izquierda en tu vida, pero sabrás que...

—Nikola... —Akim alargó la última vocal intentando conservar una calma que se encontraba en el límite, entre la locura y desesperación.

—Si, bueno, como decía, fui a por esos planos cuando la morena de recepción me dijo que llevaba tiempo sin verme. No te imaginas cual fue mi sorpresa.

Akim ladeó la cabeza intentando seguir aquél argumento disparatado pero su amigo se lo estaba poniendo verdaderamente difícil.

—Nunca hubiese imaginado que esa preciosidad se acordara de mi cara. Claro, que imagino que no es mi cara lo único que la atrajo de mí. Ya sabes... — Dijo señalando su cuerpo moldeado por el trabajo duro.

Akim negó con la cabeza y buscó la carretilla para continuar con su trabajo. Indudablemente Nikola estaba perdiendo la cabeza. Quizás la perdió hace muchos años atrás, allá cuando con dieciséis años tuvo que rescatarlo de las manos de Don Dmytro, el peluquero del barrio, que al pillarlo con las manos en los pechos de su hija, quiso verificar el filo de su navaja en el cuerpo de su amigo. Si no hubiese sido por sus fuertes manos, que ya por aquellos años denotaban maneras, su amigo no conservaría todas sus partes en los sitios indicados. Recogió la carretilla intentando olvidar la infinitud de problemas en los que se había visto involucrado gracias a la colaboración permanente del metomentodo de su amigo. No, esta vez pasaba del tema, sus problemas eran suficientes como para caer en otra de sus locuras. Nikola sujetó la carretilla con ambas manos para detenerlo.

—¿Pero qué diablos te pasa? ¿No te interesa saber que ellos no están juntos?

—No.

Nikola se espantó con la contestación y Akim se recostó contra la pared cruzando las piernas e intentando explicarse. Después de todo era Nikola, su amigo, su hermano.

—Ella me dejó. Se encontrarán en París. Puede que no viajara ayer pero lo hará hoy. Brenda es historia pasada y olvidada —. Dijo con una pena de lo más evidente hasta para el más ciego entre los ciegos.

—Creo que no — Contestó sonriente.

—¿Qué es lo que sabes? —Preguntó incorporándose y extendiendo su alargado cuerpo interesado en la respuesta.

Nikola al sentirse nuevamente el centro de su atención continuó hablando de la morena de la entrada y su espectaculares curvas pero el gruñido áspero de Akim y sus manos en la solapa de su camisa lo hicieron comenzar un resumen de lo más acelerado.

—...estaba furiosa, al parecer tuvo que hacer cancelaciones de último momento, contratar hotel en Ibiza y veinte mil gestiones más y todo en menos de una hora...

Akim escuchaba atentamente cada detalle. Nikola no sólo había conseguido descubrir que tanto Brenda como Rachel se encontraban en Ibiza, sino que además estaban solas. Ella había cancelado su vuelo a París. El aire de la esperanza comenzaba a llenarle el cuerpo. Su maldita luna de miel y esas horas de pasión que él creyó imaginar no existían. Nikola continuó hablando

pero Akim apenas era capaz de seguirlo. Dios, se sentía endemoniadamente feliz. No debería estarlo, después de todo ella lo había rechazado pero no podía evitarlo. Un pequeño rayo de ilusión iluminaba su rostro. «¿Y si hubiese sido por mí?» Pensó entusiasmado. «Joder, ¡Por supuesto que es por mí!» Akim recordó el calor de sus besos sobre el sofá de su casa y sonrió con un positivismo desconocido en él. Ella estaba huyendo, y si huía es porque estaba asustada y si estaba asustada era porque...

—Que dices ¿lo quieres o no? —Nikola preguntó entusiasmado.

—No entiendo —. Akim volvió a la tierra y al parecer su amigo buscaba una respuesta de quien sabe qué.

—El pasaje imbécil, ¿te lo quedas o no?

—¿Pasaje? ¿Imbécil? —Akim clavó sus profundos ojos azules en su amigo intentando comprender algo.

—Ay Dios mío, si no fuese por mí —dijo con aires de superioridad—. Veo que te has perdido, vuelvo al principio, resulta que la morenita estaba loquita por mis huesos y yo sin saberlo pero, ya sabes, a muchas les pasa y...

—¡Nikola!

—Está bien, está bien —contestó negando con la cabeza con gesto de “tú te lo pierdes”—. Con los puntos de la tarjeta de las señoras regalaban un pasaje gratis y como mi bonita morena estaba tan molesta, yo pensé que si me regalaba los puntos y te conseguía un pasaje gratis...

—No me lo puedo creer... o sea ella, o sea tú... ¿Y te los regaló? —Sus ojos brillaban desconfiados.

—Y sigues sin enterarte, resulta que está coladita por mis huesos y quedamos para esta noche, eso sí salgo a horario, porque últimamente...

Nikola no pudo terminar de hablar. Akim lo sujetó en un fuerte abrazo y le regaló dos palmadas en la espalda con una efusividad que casi le arranca los pulmones de su sitio. Estaba eufórico. Viajaría a Ibiza. La buscaría por toda la isla si hiciese falta. Tenía que planearlo bien. ¿Cuánto tiempo tenía?

—¿Para cuándo es el pasaje?

—Sales dentro de tres horas.

—Tres. ¿Has dicho tres? Pero como demonios voy a marcharme en tres horas —. Dijo desilusionado con el alma en los pies.

No podía desaparecer así como así del trabajo, era imposible. Los hombros se le cayeron y la mirada se turbó con el pesimismo habitual. Por un momento se había sentido tocar el cielo con las manos pero ahora como siempre la dicha se le escapa por entre los dedos.

—Gracias amigo —dijo con apenada sinceridad —pero no puedo.

—¿Qué no puedes? ¿Por qué no puedes?

Akim se limitó a mirar la montaña de cemento y Nikola se dio cuenta que no había contado su relato al completo. Se sonrió divertido.

—Y eso te pasa por hacerme resumir. Ya sabes lo malo que siempre fui en literatura —dijo con alegría—. He llamado a Samir para decirle que el médico te ha detectado un herpes de huevos —Akim arqueó una ceja y Nikola contestó divertido—. Fue lo primero que se me ocurrió. Me acordé que mi primo lo tuvo y estuvo con fiebre casi una semana y no podía ir a trabajar —dijo levantando los hombros en señal de disculpa—. No importan las razones, lo cierto es que Samir lo entendió perfectamente. Es más, dijo algo así tal como estos jóvenes irresponsables y quien sabe que más, pero lo importante es que ordenó que te cuidases y que no regresases hasta que estés al cien por cien recuperado.

—¿Entonces estoy de vacaciones?

—Mas bien de baja médica pero para el caso es lo mismo. Cuando venía hablé con tu padre y le pedí que te preparase un bolso con algunas pertenencias. Imaginé que dirías que sí—. Dijo levantando una mochila de viaje.

Akim sonrió de oreja a oreja y Nikola miró su reloj. Si nos vamos ahora mismo en tu moto, luego la llevaré a tú casa para que no tengas que dejarla en el aeropuerto. Los aparcamientos son carísimos.

“Dinero, cruel y vil metal”, se dijo furioso por sentirse el más pobre de los asalariados.

—No tengo una libra en el bolsillo... —Nikola sonrió con autosuficiencia y Akim abrió los ojos expectante —¿La morena también? —Preguntó al ver como Nikola tecleaba en su móvil.

—No imbécil. Philips es un conocido que puede ayudarte —respondió estirando el móvil—pero pide sólo el dinero que vayas a necesitar. Los intereses no son bajos—. Akim sonrió feliz mientras hablaba con el tal Philips lo más feliz de la vida. Cuando cortó la llamada lo abrazó con fuerza y Nikola suspiró simulando enfado.

—Pequeñín suelta. Mariconadas las justas.

Akim lo soltó, recogió su mochila y fue corriendo en busca de su casco. Tenía demasiada prisa. Alguien lo estaba esperando en Ibiza.

Verdades ocultas

Cierro los ojos y te imagino, respiro y te siento,
te cruzaste en mi camino y te descubrí.
El amor a tu lado significa mucho más
que dulces canciones entonadas al destino.
Akim

El sol comenzaba a perderse en el horizonte anaranjado por el atardecer y Brenda aún continuaba con las piernas cobijadas en su propio abrazo. Con la barbilla apoyada en las rodillas miraba las olas romper mientras se preguntaba una y otra vez como había podido llegar a sentirse así. Cerró los ojos y suspiró profundo. Aún sin desearlo recordaba cada una de sus caricias. Ese azul profundo de su mirada la perseguía a donde fuese. No importaba si se encontraba despierta o dormida, su cuerpo ardía por él, por el dulce contacto de sus labios acariciando la piel sedosa que lo añoraba suplicante. No recordaba haberse sentido así jamás, ni siquiera algo lejanamente parecido a aquello. Sí, era cierto que estaba casada y que Max se había convertido en su mundo al completo, pero lo que sentía por Akim era algo más crudo, más primario. Con él la seguridad y los deberes se transformaban en sentimientos innecesarios. La pasión, antes desaparecida, se presentaba hambrienta con sólo saber que él se encontraba cerca. Simplemente recordando su cuerpo temblaba desde la cabeza hasta el más pequeño y alejado dedo de los pies. Con él la sonrisa hacía acto de presencia y las pasiones nacían sin necesidad de obligarlas. Estando a su lado, su cuerpo femenino reaccionaba de una forma que no podía ser posible, los labios rejuvenecían expectantes y los suaves senos amanecían de un sueño profundo deseando ser cobijados en sus manos. «¿Por qué no conocerte antes? ¿Por qué la vida es tan cruel como para enseñarme lo que nunca podré vivir? Imagino que ese es el castigo que deberé soportar por vivir lo que no se debe con quien no se puede. Cariños y pasiones que morirán en mi boca magullada por unos dientes que la contendrán impidiéndome gritar lo que mi corazón vocifera desesperado.

»

Pensó intentando encontrar un sentido a todo lo que le estaba pasando pero ninguno de los sabios consejos que solía repartir entre sus pacientes, le valían. El escenario cambiaba. Ahora resultaba ser ella la protagonista de una tragedia no buscada. En este instante eran sus propios consejos los que deseaba encontrar pero lamentablemente ellos no llegaban. ¿Amor, deseo, pasión? ¿qué

diablos existía en su interior?

«¿Por qué a mí? ¡Por qué!» Se cuestionó al recordar lo diferente que había sido su vida tan sólo unos meses atrás. Puede que no todo estuviera en perfecto orden pero a ella le valía. Todo encajaba. Un poco de tiempo y cada cabo suelto habría sido restablecido, cada oveja perdida hubiese encontrado su redil y cada fisura en su matrimonio habría sido parcheada, pero ahora... Ahora todo se encontraba del revés. Agachó su cabeza y observó la arena por entre sus rodillas y comenzó a dibujar con el dedo en la arena. No debería encontrarse así. Esto no podía ser real. Sí, debía ser algo de eso, algo del tipo de enajenación mental momentánea ¿por qué sino recordaría aún su perfume, su voz ronca hablándole al oído o ese pequeño mordisco en el labio que siempre le regalaba antes del primer beso?

—Sweet tenemos one problem.

Rachel se acercó por detrás móvil en alto y Brenda asustada borró inmediatamente con la palma de la mano el nombre que distraída acababa de escribir en la arena húmeda.

—Con este son unos quince mensajes y ya no soy capaz de contar la cantidad de llamas perdidas.

Brenda observó la pantalla aunque no hacía falta. Max la buscaba de forma desesperada.

—A pesar de mis mentiras sigue insistiendo en hablar contigo.

Brenda cerró los ojos y suspiró agobiada por la culpa. Ella no era así. Las mentiras no formaban parte de su vida. Nunca había sentido la necesidad de mentir y mucho menos a Max, ¿pero cómo podía explicarle lo que ni siquiera ella era capaz de comprender? ¿Qué se supone que debía decirle? Perdona cariño pero es que llevo semanas soñando con otros brazos o mejor aún, perdona cariño pero a pesar de quererte muchísimo son sus besos los que necesito por la mañana y su cuerpo el que deseo por las noches.

—Dios... —Dijo con los hombros caídos y escondiendo nuevamente la cabeza entre sus rodillas.

Rachel se sentó a su lado y mirando al horizonte habló con seguridad.

—Bonito atardecer —. Brenda levantó tímidamente la cabeza y observó como el sol terminaba de ocultarse —. ¿Te acuerdas cuando en el internado mirábamos a través de la ventana esperando pedirle un deseo a una estrella fugaz?

Y como olvidarlo. Su única esperanza residía en aquél halo de luz que siempre pasaba tan rápido que jamás las escuchaba. Una y otra vez le suplicó que la convirtiera en un chico y así conquistar el corazón de su padre pero la estúpida estrella no se lo concedió.

«Niña tenías que ser. Nunca te enteras de nada ». Solía decirle su progenitor resoplando molesto por no haber tenido un hijo varón. «Espero que encuentres un hombre que te saque adelante porque mira que eres blandita». Le dijo cuando se cayó por primera vez de la bicicleta. Sí, sí que recordaba perfectamente a aquellas viejas y sordas estrellas.

—¿Qué edad teníamos? ¿Diez?

—Siete —. Contestó con amargura al recordar al severo padre.

—Sí, claro, eran siete... —Rachel la miró por primera vez a los ojos y Brenda ocultó rápidamente el brillo cristalino de la tristeza —. Sweet, sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé y te juro que no es que no quiera... es que, Rachel, yo...

—Shh, no te exijo nada. Te conozco demasiado bien y he aprendido a respetar tus silencios. Sé que cuando estés preparada me hablarás —Brenda asintió con un profundo nudo en la garganta —pero creo que deberías calmarlo. Max puede tener sus rarezas pero te quiere y está preocupado. No se tranquilizará hasta que te escuche. Ambos creen que estamos en España por culpa de la Tía Evangelina.

La tía Evangelina era el único familiar que Rachel aún conservaba con vida y todos sabían cuánto la quería.

—¿Has dicho que está enferma?

—Con un pie en la tumba, para ser exactos.

—Dios... Dios... —dijo apenada —Lo siento mucho. Yo no quería meterte en este problema. Será mejor que me vaya y enfrente mis problemas —. Comentó recordando las constantes reclamaciones de su padre sobre su falta de valor—. Me iré —. Dijo intentando levantarse pero no pudo. Rachel la detuvo apoyando la mano en su rodilla.

—Tú no te vas y yo no me voy. Max sólo desea hablar contigo. Le he dicho que tenías el teléfono sin carga. Habla con él, tranquilízalo y olvídate de él.

Brenda abrió los ojos extrañada sin saber si había escuchado bien las palabras de su amiga.

—¿Olvidarme?

—Sí. No tengo que ser muy sacerdotisa como para comprender que necesitas pensar y eso no lo harás si pones a los demás en primer lugar. Necesitas tiempo para ti y yo voy a ayudarte a que lo tengas.

—Parece fácil —. Contestó con ironía.

—Lo es. Siempre antepones el bienestar de los demás al tuyo. En la consulta tus pacientes son lo primero, en tu matrimonio Max es el importante, en tu vida lo correcto siempre es no salirse del camino.

—No es cierto —. Dijo algo ofendida.

—Sweet, sea lo que sea lo que haya pasado ha sido lo suficientemente importante como para derrumbar tus muros más sólidos y eso me preocupa. Tú nunca muestras debilidades, tú siempre estás perfecta, coherente y acertada. Hacer este viaje es el primer plan que no te he visto planificar y eso me asusta.

—Según tú y Connor eso era exactamente lo que debía hacer —. Dijo molesta.

Brenda se encontraba cada vez más disgustada, parecía que su amiga le reclamaba lo que llevaba años pidiéndole. ¿En qué quedamos?, pensó ofendida.

—Puede que sí, pero no de esta forma...

—¡Y qué forma se supone que es la correcta! —Brenda gritó y se levantó totalmente enfadada. Llevaba dos días perdida. Intentaba encontrar nuevamente sus límites pero no los encontraba. El perfecto delineado que había hecho de su vida comenzaba a borrarse y se sentía desorientada. Profesión, amigos, hogar, todo seguía un orden estructurado y necesario para ser una mujer de éxito. Si uno de los pilares se movía, el sentido de su vida se perdía.

—Hablaremos más tarde. No estás en condiciones —. Dijo Rachel intentando zanjear la conversación.

—¡No! ¡habla!

—¡Sufriendo! —. Respondió como siempre sin poder contener su lengua. Brenda la miró sin comprender y Rachel volvió a sentenciar.

—Sufres y no es sólo por lo hayas pasado. Sufres por miedo. Lo veo en tu mirada. Lo reconozco porque es el mismo miedo que te dominaba cada vez que hablabas con tu padre.

Brenda intentó ocultar las lágrimas que comenzaron a brotar sin permiso. Estaba exhausta. Ya no podía más. Se sentía mentirosa, traidora, infiel, egoísta, débil y terriblemente asustada.

Rachel la abrazó intentando calmarla pero sólo consiguió que su llanto se multiplicara. ¿Si la solución era tan sencilla por qué le costaba tanto aceptarla? ¿Qué le había dado él como para no poder olvidarlo? La doctora lloró sobre el hombro de su amiga que la cobijó en un abrazo firme. Una vez que las lágrimas y el hipo se hubo detenido, Rachel secó una lágrima de su rostro y tosió para poner ese tono tan divertido y frívolo que solía utilizar con aquellos que no la conocían.

—Es súper tarde. Habla con Max, dile que todo está bien y tapa esas ojeras de forma urgente o te saldrán arrugas y no nos dejarán entrar.

Brenda sonrió mientras se secaba el rostro con el torso de su mano.

—¿Entrar a dónde?

—Espera y verás...

La sala explotaba de mujeres. Cientos no, miles de ellas caminaban de un lado a otro esperando expectantes el gran momento. Hoy era la gran noche. La convención anual de las Amazonas abría sus puertas en la ciudad de Ibiza. Brenda caminó algo insegura y arrastrada por la mano firme de Rachel. Su amiga se movía como pez en el agua. Saludaba a unas y otras como si se conociesen de toda la vida y una pequeña punzada de celos la sacudió desde lo más profundo del estómago. Siempre había creído que ambas eran inseparables, conocedoras de sus más penosas cenizas, sin embargo parecía que no era así. Rachel tenía un lado oculto y se llamaba Las Amazonas.

—¿Qué piensas? —Dijo Rachel deteniéndose en medio de la multitud mientras buscó con la mirada un sitio libre.

—Nada.

¿Qué se suponía que podía decir o reclamar? Ella era la menos indicada en reclamar sinceridad. Aún seguía sin confesarse y eso la hizo sentir aún peor.

—Gira, gira... —Rachel ordenó entre dientes pero Brenda no supo reaccionar a tiempo antes que una preciosa mujer morena, alta y con porte de reina se acercara para saludarlas con esa sonrisa típica de las hienas a punto de atacar.

—¡Rachel! Me dijeron que no vendrías. ¿Qué pasó? ¿Tu maridito se cansó de lucirte y te dio permiso para asistir?

Brenda arrugó los ojos lista para contraatacar. Puede que Rachel no fuese la más iluminada de las mujeres ni la más fluida en palabras pero allí estaba ella para disfrutar de una buena lucha dialéctica.

A decir verdad es que después de los últimos acontecimientos no le vendría nada mal descargar un poco de adrenalina en algo que no fuesen sólo lágrimas. Estaba por responder cuando Rachel enderezó todo el largo de su espalda y sonrió victoriosa mientras levantó las manos en señal de indiferencia.

—Ya sabes cariño, cuando una es como yo —dijo destacando sus exuberantes contornos —es difícil que se le resistan. Todos caen...

La mujer lanzó fuego por los ojos y Rachel estaba en posición de continuar con su ataque cuando una jovencita de curvas amplias y escasa altura se acercó a toda velocidad atropellándose directamente con la espalda de la morena que se giró echa una furia.

—Perdón, perdón, es que tenía que encontrarte antes de que...

—¡Idiota! No sabes hacer nada bien. Eres la peor de las asistentes.

La pobre muchacha se acomodó las gafas con las manos temblorosas mientras apretaba con la otra un sin fin de papeles desordenados.

—Lo siento mucho Amazona líder, pero ya es la hora y los operadores de sonido aún necesitan realizar las pruebas. Es importante porque si no las

hermanas pinks no podrán...

—Ay calla de una vez. Me aburres —. Dijo levantando la mano en señal de desdén.

—Rachel, espero verte más tarde —. Comentó con una excesiva dosis de falsa educación.

—Aquí estaremos.

La mujer movió la cabeza y se marchó seguida a paso acelerado de la ayudante que corría tras ella cual perrito fiel esperando un hueso viejo y roído.

—¿Quién es esa? ¿Y por qué te mira con cara de querer asesinarte?

Rachel se carcajeo con ganas y contestó igual de divertida.—Se llama Carol y es la Amazona líder. La mandamás de las Amazonas y sí, quiere matarme.

—¿Por qué?

—Me acosté con su ex, darling—. Brenda abrió los ojos espantada.

—Quieres decir antes de George... —Preguntó temerosa de la respuesta pero Rachel no contestó.

—Sweet, puede que sepas mucha teoría social pero te faltan unas cuantas clases prácticas —. Respondió mientras se sentaban en dos butacas libres.

—¡Rachel! No puedes... —Brenda estaba por continuar pero la mirada furiosa de la mujer que se sentaba a su lado le dejó claro que si no le permitía escuchar el discurso le haría comer el bolso.

—Shh, está por comenzar. Luego te explico.

—De eso nada. Quiero respuestas ahora y...

Un fuerte chistido de las señoritas de la fila de atrás y el bolso a medio camino de su compañera de asiento le dejaron claro que lo más sensato era que toda explicación esperase al menos hasta el final del discurso.

La tal Carol hizo su aparición en el estrado luciendo unos vaqueros y una camiseta con el logo de las Amazonas en el frente. Cientos de mujeres aplaudían a voz en grito mientras ella solemnemente levantó el puño en alto y habló con la energía de una líder segura de si misma.

—¡Queridas Pinks! Estamos aquí un año más para hacernos escuchar. ¿Estamos aquí por qué?

Las mujeres saltaron de sus asientos y con el puño en alto y a voz en grito respondieron con todos sus pulmones.

—¡Somos bellas!

—¿Y qué más? —Preguntó la líder.

—¡Somos inteligentes! —Gritaron forofas.

—¡Y qué más! —Preguntó nuevamente.

—¡Somos únicas!

—¿Por qué?

—¡Por qué somos mujeres! ¡Somos Amazonas!

—Sí, Amazonas, somos mujeres y estamos aquí para defender lo que nos ha sido velado durante años.

—¡Por que somos...! —Gritó esperando respuesta.

—Amazonas. ¡Somos Amazonas, ajú, ajú!

Rachel levantó la mano y gritó a coro junto con sus nuevas compañeras mientras Brenda se dejaba absorber por el intenso áurea que rodeaba el recinto. Cientos de mujeres unidas por un mismo sentimiento de igualdad. El calor de una invisible hermandad las enlazaba a todas y la doctora comprendió la razón por la cual Rachel había entrado en sus filas. En aquél momento todas eran hermanas de una misma causa. Ninguna estaba fuera de lugar. El entorno daba cabida a altas o bajas, delgadas o no tanto, todas reivindicaban un lugar que les había sido arrebatado y al que tenían derecho por nacimiento. Brenda se acomodó en su asiento pensando en la asociación de mujeres maltratadas con las que ella colaboraba y pensó lo bueno que era ver como otras que se sentían fuertes y valientes levantaban la bandera de igualdad por todas incluyendo en sus pedidos a aquellas cuyos brazos cansados ya no eran capaces de luchar.

El discurso se acaloraba por instantes y Brenda sintió una punzada de remordimiento en sus venas. Al ver por primera vez a Carol se había hecha una imagen desacertada de la mujer. Alguien que liderara un grupo con tan buenos fines no podía ser lo que ella imaginó en un principio.

Ladeó la cabeza, como siempre hacía cuando estaba concentrada, cuando las palabras de la líder conmovieron cada pequeña porción de su ser.

“...este es nuestro mundo, nuestro hogar. Trabajemos juntas para recomponer las posiciones que nos fueron usurpadas. Seamos valientes y no dejemos que la indiferencia y el miedo hagan mella en nuestros derechos. Compartamos nuestras historias personales y nuestras vivencias con aquellas que aún no han descubierto su propio poder. Alcemos las voces por todas las mujeres marginadas que vagan sin un destino porque se sienten solas. Levantamos las manos por aquellas que sufren los golpes y maltratos de un cruel abusador que impone su fuerza física para menospreciarlas. Sonriamos frente a la prepotencia de aquellos que nos consideran inferiores y demostremos a aquellos huecos de cerebro que los únicos inservibles son ellos. Cada una de nosotras aquí presentes tenemos una historia que contar y una mano que ofrecer, no giremos la vista hacia otro lado, si hoy estamos aquí es porque otras al igual que nosotras levantaron sus manos y gritaron con fuerza que ni una más muerta por violencia machista, ni una más con salarios menores a lo de un hombre, ni una más llamada puta por usar minifalda o pantalones, ni una más insultada por atreverse

a conducir, ni una más llamada zorra por no aceptar sexo de quien no ha elegido. Hoy estamos para recoger el legado de nuestras abuelas y convertirnos en escritoras de nuestra propia historia. Hemos llegado hasta aquí para que políticos, científicos, abogados, empresarios, artistas y todo hombre que se precie de llamarse machista, sepa que estamos de pie y no pensamos callarnos. Somos mujeres con sueños que cumplir, pero nuestros sueños son eso, nuestros sueños, y ya no estamos dispuestas a que nos ordenen como debemos vestir, qué debemos limpiar, cuántos niños debemos cuidar o a quien debemos amar. Miles de amas de casa rompieron moldes impuestos y se convirtieron en pilotos, científicas, ganaderas, transportistas, médicos, militares y cientos de profesiones reservadas sólo para los hombres. Ellas nos indicaron el camino, este es el momento en que nos pongamos de pie y transitemos por él sin miedo. Se lo debemos a ellas y a todas las mujeres que hoy sufren sin saber que existe una salida. Somos las escogidas para levantar las banderas en su nombre y decirles que no todo está perdido, que estamos a su lado para luchar juntas. El tiempo de la opresión se ha terminado y nuestras voces son las campanas de la libertad. Que nadie os diga jamás que somos diferentes o inferiores porque no lo somos, simplemente somos mujeres buscando un mundo mejor, uno en el que no debamos luchar por los derechos que un día nos fueron usurpados. Hermanas Amazonas alcemos las manos para demostrarle al mundo que somos grandes, somos humanas, somos inteligentes, somos soñadoras, somos únicas ¡Porque...!”

—¡Somos mujeres! ¡Somos Amazonas! —Todas se levantaron a voz en grito y Brenda sin poder contener las lágrimas se abrazó a su amiga mientras le susurraba un gracias al odio.

Durante varios días había perdido el norte. Puede que fuesen años, pero eso ya no importaba, ahora había descubierto la razón de sus estudios, el objetivo de su trabajo. Adoraba ayudar a la gente y se sentía feliz por hacerlo. Lo demás eran simples escollos que afrontar y ella tenía las herramientas para hacerlo, no por nada era la famosa Doctora Klein.

Rachel aceptó el abrazo pero con la mirada un tanto extrañada y Rachel aunque la comprendió se limitó a sujetarla del brazo para salir de allí y caminar juntas hacia el hotel. Ambas disfrutaron de su mutua compañía bajo la cálida luz de unas estrellas que brillaban descaradamente en una deliciosa noche de verano.

—Esperanza, no puedes hacerlo —. Un jovencito pelirrojo y con muchas pecas suplicaba agobiado a la jovencita que tenía en sus brazos.

—Sabes que sí —. Se soltó de su agarre y contestó indignada.

—Ella no te merece. Vámonos de aquí.

—Peter por favor, tienes que apoyarme en esto. Sabes lo importante que es para mí. Cuando acepte quien soy estará orgullosa.

—No, no lo hará. ¡Deja de mentirme! —El joven comenzaba a perder los nervios y la muchacha cerró los ojos antes de contestar con frialdad.

—Será mejor que te vayas. No quiero volver a verte.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Sólo digo que si no vas a apoyarme en lo más importante de mi vida será mejor que te marches.

El joven maldijo antes de ponerse el casco y salir con su Vespa a toda velocidad. La jovencita se abrazó a sus carpetas y se marchó por el camino contrario al de las mujeres.

—¿Esa no era la ayudante de Carol? —Brenda preguntó curiosa.

—Sí y creo que es la misma que nos recibió en el hotel. Ahora entiendo porque me sonaba su cara.

—Pobrecita, ¿qué habrá pasado? ¿parecía disgustada?

—Pelea de novios, ya sabes. Seguro en una hora se están enviando mensajes y pidiéndose disculpas. El amor es así, te odio, te amo, te necesito... — Dijo Rachel sin darle mayor importancia al tema.

—Sí, claro —. Dijo Brenda al imaginarse en quien pensaba realmente cuando decía aquellas palabras.

Caminando sin hablar observó la luz cobalto de las estrellas y el reflejo azulado cayendo sobre el oscuro mar. Azul, todo en su mundo últimamente parecía ser azul. Maldito color y malditos ojos que la perseguían sin importar en cuantos aviones se hubiese subido.

—Rachel, ¿por qué nunca me contaste sobre Las Amazonas?

Ambas detuvieron su andar y se sentaron en la playa frente a su hotel mirando la luna reflejarse en el vaivén del agua. Ondas de mar cual canción serena bailaban lentamente con compañía de una pareja de gaviotas que silenciosas y ajenas a los curiosos se acariciaban bajo la profunda melodía del mar.

—Vergüenza, temor, orgullo, quien sabe... Puede que un poco de todo.

—Nunca te hubiese juzgado, al contrario, te hubiese comprendido y apoyado —. Dijo convencida y algo desilusionada.

—Y lo sé ahora, pero cuando la situación te puede y no ves la salida, es muy difícil comprender que tus amigas están para apoyarte y no para juzgarte — Rachel habló con lentitud resaltando cada una de sus palabras como puñaladas certeras lanzadas directo a diana.

Brenda sintió recibir un inmenso mazazo de realidad y respiró con profundidad comprendiendo el sentido de sus palabras. Rachel era su mejor

amiga y debía confiarle su corazón. Ella jamás le haría daño. Pero qué difícil es abrirte cuando durante años sólo has aprendido a encerrarte en tus propios pensamientos. Años ocultando ser lo que era y estimulando lo que no era la habían llevado a esto, una perfecta profesional, mujer educada y esposa responsable ¿pero y por dentro, cómo era ella cuándo nadie la reclamaba? ¿Alguien conocía quien era verdaderamente la doctora Klein? ¿Alguien sabía qué pensaba, sentía, soñaba o añoraba Brenda Klein? Puede que no, pero ella tampoco lo había puesto nada fácil.

—Rachel, yo... —la saliva se le atragantó en la garganta y las manos comenzaron a sudarle. Debía reconocer en voz alta algo para lo cual no estaba segura de ser capaz de escuchar de ella misma —. Estoy confundida.

Rachel la observó callada y Brenda supo que había llegado el momento de tomar valor y reconocer sus errores. Mejores o peores, eran suyos y debía afrontarlos.

—Hay un hombre... uno que no puedo olvidar. No importa lo que haga o en que piense, su mirada no me abandona. Lo tengo aquí —dijo golpeando su frente con un dedo—. Quiero olvidarlo, te juro que quiero pero no puedo. Está aquí como una enfermedad que no me deja respirar. Si me muevo, camino o duermo, da igual lo que haga, él está allí perturbando mi raciocinio. Intento controlarme pero no puedo.

—Y está claro que no es Max.

—No, no lo es —. Contestó con la mirada caída en la arena.

—¿Y has pensado que vas a hacer?

—No, ni siquiera supe que esto me pasaba hasta ayer.

—Entiendo —. Brenda sintió que se moría de la vergüenza.

—Pues yo no lo hago. Estoy mareada, confundida, enfadada. ¡Por qué tuvo que pasarme esto a mí!

—¿Y por qué no? Sweet, no eres la wonder de hierro. Eres una mujer con sangre, cuerpo y corazón, no tienes razones para estar enfadada contigo —. Dijo con calma.

—Lo tenía todo...

—Mi beautiful friend sabes tan bien como yo que un hombre no ocupa el lugar de otro si el sitio no se encuentra libre.

—Yo quiero a Max —. Dijo con rapidez.

—Y yo no lo dudo, pero Max no es tu problema.

—¿Ah, No? Yo pensaba que era el único —. Contestó molesta.

—Y ahí radica tu problema. Deja de pensar en ese nuevo hombre o en Max y comienza a pensar en ti. ¿Qué sientes cuando estás con él? ¿Qué quieres en tu vida? ¿Quién deseas ser?

Brenda la miró como si le hubiesen salido cuernos y Rachel le sonrió divertida. Por primera vez en años había conseguido descolocar a la perfecta doctora Klein.

—¿Mi sweet, te acuerdas cuando te cortaste el cabello a lo chico?

—Sí. Fue a los catorce.

—Nunca lo reconociste, pero estoy segura que fue por esa conversación que escuchaste a tu padre.

—Puede... —Respondió cuando recordó decir a su padre los beneficios de un hijo varón y las desventajas de poseer una débil e incompetente hija mujer.

—Escúchame bien. Él fue un idiota por no reconocer a la hermosa hija que tenía delante. Sigue tus propios pasos y *live your life*, cariño.

—Mi padre no tiene nada que ver con todo esto.

—Puede que no directamente, pero la *truth is the truth*. Por él te convertiste en perfecta, educada y socialmente correcta.

—Yo no...

—Tú sí. Ocultas tus sentimientos como debilidades que nadie debe descubrir. Ese capullo te enseñó que eras una niñita débil e incapaz y tú le creíste. De aquellas siembras estas cosechas. Sweet, piensa en ti, vive la vida para ti y después ya hablaremos que hacer con todo lo demás.

—¿Me estás diciendo que abandone a Max por una tontería?

—No, sweet, te digo que de una vez actúes como quieras y no pienses en nadie más que en ti. Haz lo que sientas y no lo que debes. Vive acorde a tú corazón y verás que los tropiezos duelen menos.

Rachel se levantó del suelo sacudiéndose la arena de los vaqueros dejándola sola con sus pensamientos. Estaba confundida. Las palabras de su amiga no habían sido ni suaves ni cariñosas.

¿Pensar en ella y en sus sentimientos? ¿No lo hacía ya? ¿Qué vida estaba viviendo?

Si supieras cuanto me provocas, doctora...—Una voz gruesa y que creyó un sueño la hizo abrir los ojos para descubrir que sus más azules secretos se convertían en una realidad robusta y musculosa delante de sus propias narices.

Contigo

Descubre en los latidos de mi corazón tú única forma de vivir.
Akim

No se lo podía creer. Acababa de salir del último hotel, era tarde y estaba cansado. Llevaba todo el día preguntando de hotel en hotel pero nada. Ningún Sol del Mediterráneo o Mediterráneo Caluroso o nada que se le pareciese. Desdobló nuevamente el papel que guardaba en su bolsillo y que Nikola había robado a la secretaria. ¿Eso era una “a” o una “o”? Se preguntó por vigésima vez intentando descifrar la letra. Dios, estaba desesperado. Se encontraba a cientos de kilómetros de casa persiguiendo a una mujer que no dejaba de huir. «Debo de estar loco de remate», pensó desaminado y sabiendo que debería abandonar la búsqueda. Una voz un tanto chillona y altanera que escuchó a lo lejos lo distrajo de sus pensamientos.

«Esa voz... Yo la conozco», dijo escondiéndose tras una columna para no ser descubierto porque estaba seguro que si la dueña llegaba a ser quien él creía, no estaría muy contenta de verlo.

—No, la 271 es de mi *sweet friend*, la mía es la otra—. El recepcionista la observó como a un bicho raro y Akim no pudo contener la sonrisa. Si la estirada de Rachel estaba allí su adorable doctora no se encontraba lejos.

Esperó verla entrar en la habitación para salir de su escondite y golpear la puerta de la 271. Si había escuchado bien Brenda estaría allí.

El corazón le latía como un caballo desbocado. ¿Qué le diría? ¿Cómo reaccionaría? ¿Estaría feliz de verlo? Porque él si lo estaba. Dios, estaba temblando con el simple hecho de tenerla nuevamente delante. Apoyó la frente en la puerta. Se sentía tan agotado como esperanzado. Brenda no estaba en París, estaba en Ibiza y sola, eso debía significar algo. Tenía que significarlo. Las manos le sudaban nerviosas cuando volvió a golpear pero nadie contestó. El temor comenzó a dominarlo. ¿Y si no era Brenda la amiga con la que la estirada de Rachel se encontraba?

«No, no, no seas idiota. Es ella. Tiene que ser ella o Nikola juro que esta vez te castro», pensó mal humorado.

Nada, ella no contestaba. Caminó hacia la salida decidido a regresar por la mañana temprano cuando en la acera de enfrente, junto al mar, una figura solitaria y recostada en la arena llamó su atención. Misma altura, misma figura, mismos cabellos. Caminó lentamente rogando al cielo que lo escuchase. Como si

de un asesino en serie se tratase se acercó sigiloso, con pasos delicados y con unos latidos trotando alocados.

«Es ella... maldita sea, lo es...» Pensó al observar su estilosa figura recostada sobre la arena. Es ella, se dijo al observar sus largas pestañas oscuras y espesas reposando en las preciosas mejillas sonrosadas por el ardiente sol del mediterráneo.

«¿Cómo he vivido este tiempo sin ti? ¿Cómo sobreviviré si no te tengo?» Pensó algo inquieto. Con delicadeza se arrodilló tras su cabeza y tuvo que apretar los puños con fuerza para no caer bajo la tentación que representaba su larga cabellera caoba. Dios, cuanto deseaba acariciarla. No importaba cuantas mujeres hubiese ahogado su desesperación el aroma de su cuerpo seguía presente bajo cada poro de su piel. Recordaba cada uno de los besos que le había dado, a todos. Respiró intentando calmarse antes de hablarle tras su oído con voz suave intentando no asustarla.

— Si supieras cuanto me provocas doctora...¿Piensas en mí? Porque yo no dejo de soñarte ni una de mis desgraciadas noches.

Brenda abrió los ojos espantada. Saltó en el lugar e intentó levantarse. Lo miró aterrada y Akim buscó apresurado alguna explicación, seguro que piensa que soy un depravado sexual, un destripador de mujeres o un asesino en serie, ¿por qué sino reaccionaría así?

—No Brin, no cariño, no te asustes, soy yo —. Dijo intentando aplacar sus miedos pero ella seguía con la mirada aún más desorbitada.

Akim la sostuvo del brazo mientras ella se ponía de pie de lo más agitada. Mierda, esa no era la reacción esperada. Brenda se movió intentando zafarse de su agarre pero él no se lo permitió. No deseaba asustarla pero tampoco iba a perderla tan pronto.

—Tú, ¿tú? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido? —Preguntó entre nerviosa y atemorizada.

Akim soltó su agarre temiendo lastimarla con su fuerza e intentó parecer lo más sereno posible aunque su sangre burbujeaba nervios por los cuatro costados. Arrastró la mano sobre sus negros cabellos para serenarse y hablar con la poca calma que poseía.

—Me dijeron dónde estabas.

—¿Me has seguido? ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? —Preguntó nerviosa.

Akim sonrió con picardía mientras enfocaba su fogosa mirada en la suya. A eso sí que podía contestar sin parecer un maldito depravado.

—A ti. Te busco a ti, te quiero a ti, te deseo a ti —. Contestó seguro de sí mismo.

Brenda se removió en el lugar. Estaba nerviosa, puede que algo agitada

pero no asustada. Ya no lo estaba, menos mal, se dijo animado. Los miedos abandonaron su deliciosa mirada y Akim respiró satisfecho. Por lo menos esta noche no la pasaría en una comisaría por acosador de doctoras indefensas.

—¿Cómo lo supiste? —Preguntó estrechando los ojos.

—Secretarias, ya sabes, hablan más de la cuenta —. Contestó intentando que su sonrisa no pareciera tan nerviosa.

Brenda caminó acercándose a la orilla y Akim la siguió de cerca. Estaba preciosa. Su cabello brillaba bajo la luz de la luna y su sombra alargada se reflejaba sobre la mar en calma. La brisa marina le provocó un escalofrío y él quiso abrazarla y regalarle el calor de su cuerpo pero nuevamente apretó los puños para contenerse. Debía ir despacio. Ella estaba sorprendida y asustada. La tensión de su brazos y la mirada perdida en el horizonte demostraban cientos de temores que él aplacaría con mucho gusto, pero no podía.

—Debes irte —Akim tragó en seco al escucharla tan decidida.

No, no había llegado hasta allí para abandonar cual jovencito de buenos modales. No, él no era de esa clase de hombres. No se iría sin luchar. Puede que su madre no hubiese luchado por el amor de su padre pero él no era su madre. Recordó las cientos de miradas de tristeza en su hogar y se juró que lucharía una y mil veces si hacía falta. La deseaba demasiado como para rendirse.

Seguro de sí mismo se acercó tras ella y sin tocarla pero sabiendo que su calor la alcanzaba habló con suaves palabras.

—No puedo. Estás aquí porque no puedes olvidarme —ella no lo negaba, eso era bueno—yo tampoco puedo olvidarte. Estás presente en cada uno de mis movimientos. Cuando duermo, cuando despierto, cuando como, cuando camino, estás prendida en mi pecho como un alfiler que no se puede desclavar. Aferrada como la más dulce de las esperanzas, como el más doloroso de los recuerdos —. Dijo mientras apoyó suavemente y casi sin rozarla su mano áspera tras la delicada y femenina espalda.

—Esto no puede ser... Tienes que comprenderlo. Estoy casada, esto es una locura.

Con delicadeza e intentando no asustarla acercó su otra mano al pequeño hueco de su cintura. Con una mano en el talle y con la otra en la pequeña espalda continuó hablando con ternura tras su oído.

—Las únicas leyes que respeto son las del corazón. Y mi corazón me dice que tú estás en cada una de sus arterias. Me guardas y me escondes como un pecado que no debe ser descubierto pero yo sé que estoy allí, muy dentro de ti. Gritando que me dejes salir para hacerte feliz.

—Akim por favor... ¿qué pretendes? —Dijo mientras se giraba para quedar frente a frente.

«Todo, lo quiero todo». Pensó seguro pero no quiso asustarla. Ella necesitaba tiempo y él se lo daría. Si ella se lo pidiera le daría su vida y se marcharía de este mundo feliz sabiendo que ella lo había amado. Puede que Brenda aún no lo supiese pero él estaba completamente seguro de sus sentimientos. Uno reconoce al amor de su vida cuando sus labios se acarician con el primer beso. Y Brenda era el amor que muchos buscan, otros ocultan y unos muy pocos disfrutan.

—No voy a obligarte a nada, lo prometo. Seamos amigos. Conóceme —. Dijo pensando que sus mentiras no le dejarían entrar al cielo.

Brenda lo miró confundida y él quiso sonreír frente a su ingenuidad. Ella podía ser mayor en edad pero en juego sucio él le ganaba por amplia diferencia. ¿Amigos? Por supuesto que no. La quería toda y al completo. Lucharía con todas sus armas, sucias o limpias, eso poco le importaba. En el amor y la guerra lo único que importan son los resultados. Ella representaba un sueño inalcanzable, demasiado tentador como para plantearse dilemas morales. Otro hombre había llegado a su vida antes que él, puede incluso que tuviese plenos derechos legales sobre ella, pero las reglas no fueron escritas para él. Desde que abandonó su país aprendió que el triunfo estaba del lado de los más fuertes y estos no necesariamente solían ser los más sinceros. Verdad, honestidad, lealtad ¿qué significan si al finalizar el día ella se acurruca en brazos de otro hombre? No, doctora Klein, no te dejaré escapar. Tengo tus dudas, pronto tendré tu decisión.

—Me estás ofreciendo tu amistad, ¿sin compromisos? —Preguntó curiosa.

Ella sonó algo desilusionada o por lo menos es lo que él quiso pensar y ello lo hizo sentirse pletórico.

—Por supuesto —mintió descarado—. No creo que me portara bien contigo la última vez que nos vimos —. Dijo con picardía recorriendo su cuerpo con fuego en la mirada intentando recordarle aquellas caricias en su sofá —. No voy a negar que me gustas, eso es algo más que evidente pero deseo mucho más que me conozcas como persona —. Volvió a mentir descaradamente.

Brenda no era tonta. Ella desconfiaba, por lo que decidió aplicarse en el papel de chico bueno y comprensivo. La quería al completo, deseaba tumbarla sobre la arena y dejarse de tonterías vacías de contenido, pero Brenda no era de esas a las que se las conquistaba con un buen polvo. «Pena para mí», se dijo divertido.

—¿Intentas convencerme que has venido hasta aquí por amistad?

Akim sonrió descarado y se acercó casi pegando su pecho al de ella mientras le clavó su ardiente mirada.

—He venido porque lo quiero todo, tú decidirás cual parte es mía.

El pecho de ella subía y bajaba descontrolado y Akim se mordió la boca para no abrazarla y calmar ese pequeño fuego que supo que estaba despertando en ella. Pensativa lamió sus labios y pudo ver el brillo húmedo bajo la luz de la luna y no pudo resistirlo. Se acercó aún más y con el pulgar secó la frescura de su boca. Los latidos de la mujer eran tan evidentes como su deseo y Akim festejó su victoria. Ella despertaba sus sentimientos pero él conseguía encender su deseo y eso lo hizo querer gritar de felicidad. Por algo debía comenzar y este no era un mal principio. Nervioso e intentando controlar su impaciencia se separó unos pocos centímetros de su cuerpo y habló con la voz algo más gruesa de lo habitual.

—¿Tienes miedo?

Lo vio en sus ojos. Su pregunta la había disgustado. Bien, primer objetivo conseguido.

—¿Por qué debería? No soy una niña.

—Entonces no temes conocerme —ella dudó y él decidió actuar.

Se giró en señal de marcharse. Caminó con pesadez en las piernas rogando porque su truco surtiera efecto o tendría que regresar arrastrándose suplicando perdón.

—¿Dónde vas? —«¡Sí! ¡Sí!» Pensó antes de girarse para mirarla con una desilusión tan falsa como sus palabras.

—Si no eres capaz de decidir por ti misma puede que no seas quien yo creí.

—Yo no necesito permiso de nadie —. Contestó molesta.

—¿Entonces mañana a las nueve?

—¿Qué pasa mañana a las nueve?

—Desayunamos juntos. Hay un café cerca. Se llama Tapeando con Manolo. No veo mejor forma de comenzar una buena... amistad.

Brenda arrastró los pies sobre la arena y Akim se puso nervioso. Este no era momento para que ella dudara. Ahora no.

—Pero si quieres echarte atrás o no tienes permiso ni de tomar un desayuno conmigo entonces... —dijo ahondando en su orgullo.

—Akim tienes que comprender que yo...

—Shh, ya hablamos sobre eso —dijo acercándose y acariciando su mano. Era un suplicio tenerla tan cerca y no poder tocarla.

—No, la verdad es que no hemos hablado.

Maldición, allí estaba nuevamente la doctora racional. «Dios, por qué no pude fijarse en una cabeza hueca», pensó divertido. Porque entonces no sería ni tan inteligente, ni tan audaz, ni tan dulce, ni tan fabulosa, ni tan perfecta, se contestó él mismo.

—Brin, estoy aquí en son de paz.

—¿Y cuántos días te quedarás? —Preguntó interesada.

—Los mismos que tú.

—No te burles —. Dijo con una amplia sonrisa que él quiso saborear a bocados.

—Entonces deja de pronosticar, hoy estamos aquí. Eso es lo único que necesitas saber.

Brenda aceptó su contestación y se marchó sin decir una palabra. Sin despedirse pero tampoco sin negarse. Akim la vio alejarse pero no la siguió. Ella estaría aturdida, su visita le llegó como un balde de agua fría y él la comprendía perfectamente. Algo más calmado encendió un cigarrillo y se sentó sobre la arena observándola marchar. Los nervios estuvieron a punto de matarlo. La situación era de lo más inestable pero ¡un cuerno si se dejaba ganar!. Su madre perdió el amor de su padre por su falta de valor y él no sería igual. La culpabilidad al recordarla lo embargó al instante. Pensó en su pobre madre esperando por un cariño que jamás recuperó y se sintió algo arrepentido de su comportamiento. Estaba actuando como aquella amante a la que siempre ofendió con miles de insultos y se arrepintió de su actitud infantil de aquellos tiempos. Ahora lo veía bastante más claro. El amor no se detiene frente a alianzas de oro ni libretas de obligación. Los papeles no dignifican al amor verdadero ni legitiman a los amantes de ocasión.

Su padre se enamoró de una mujer fuera del matrimonio y la perdió. Hoy, la historia se repetía pero con pequeños matices, en la actualidad él era el tercero en discordia y no dejaría de pelear a puño cerrado por la mujer que adoraba. Derribaría cualquier muro interpuesto en su camino, tuviese o no un graffiti pintado por algún juez de paz...

Sin dejar de observarla como entraba al hotel dio una segunda y profunda calada y en silencio pidió perdón. Perdón al cielo por no aceptar un destino marcado, a su madre por no aceptar los lazos del matrimonio y a ella porque aún sin merecerla la deseaba más allá de cualquier razón y muy lejos de ningún perdón.

Brenda se detuvo en la entrada y él estrecho los ojos intentando ver qué pasaba. La vio leer un mensaje en el móvil y como con la cabeza gacha volvía a guardar el aparato en el bolsillo de sus vaqueros. Joder, tenía que ser él, pensó molesto. Sin pensárselo dos veces rebuscó en su chaqueta de cuero y le escribió con los dedos aún tensionados por los nervios.

—Sueña conmigo... por favor... —Escribió suplicante mientras daba otra enorme calada a su cigarrillo.

“Frente a cada mensaje suyo tendrá dos míos, cada dos miradas tuyas

tendrá cuatro más y frente a cada caricia suya...” Pensó furioso, mientras espachurraba el cigarro en la arena. “No, sus caricias ya no serán para ti. No si yo puedo evitarlo”.

Miró al cielo y negó con la cabeza.

—Lo siento mamá, sé lo que piensas de los amantes pero si te sirve de consuelo tampoco es que me sienta muy orgulloso de mi mismo. Lo lamento pero no puedo prometerlo. No me alejaré. Llevo más de un año suspirando por lo que no tengo y soñando con lo que no merezco, y ya no lo soporto, o muero intentándolo o muero por no tenerla —dijo con sonrisa amargada—. Como ves querida madre mi futuro no es muy prometedor, comentó mirando al cielo por última vez antes de marcharse por donde había venido.

Así no

Dime que serás mía para siempre, promete que no te marcharás.
Akim

Brenda era arrastrada de la mano de Rachel sin saber el porqué de tanta urgencia.

—Es que yo... tenía un compromiso... —Intentó decir mientras era bamboleada por las calles hacia el centro de la isla.

—*Oh my god... my god.* Corre o no llegamos —. Gritó por encima del brazo a una Brenda que corría pegada a su mano cual cometa en un día de tormenta.

—¡Tarde para qué! —Gritó esperando ser escuchada.

La multitud comenzaba a concentrarse en una callejón sin salida y Brenda se detuvo en seco. El aire le comenzaba a faltar.

—Rachel, no espera... —Dijo intentando aclarar que morirían aplastadas por la marabunta —. ¡Rachel! —Gritó a voz en jarro mientras se soltaba de su agarre.

La mujer no sólo que no le hice el menor de los casos sino que muy por el contrario se adentró en el medio del bullicio. El total de las Amazonas se encontraban en aquél callejón. Cientos de mujeres sonreían y saltaban nerviosas como esperando un gran momento. La tensión se palpaba en el ambiente y a Brenda no le gustó nada lo que su instinto le advirtió. Rachel se perdió como aguja en un pajar y Brenda maldiciendo una y mil veces hizo lo único que pudo hacer. Se lanzó sobre el grupo y a golpe de codazos comenzó a pedir permiso intentando llegar localizar a la descabellada de su amiga. Por amor al cielo, ¿qué pasaba allí? La multitud era tan grande y espesa que apenas si podía moverse.

—«¡Es tarde! ¡Es tarde! Rachel gritaba descontrolada, ¿pero tarde para qué?» Pensó intrigada.

Por fin consiguió divisarla. Se encontraba delante de Carol, la Amazona discutiendo como una posesa.

—¡No puedes hacerlo! Os están esperando —. Gritó nerviosa intentando hacerse entender.

—Eso no es verdad. Lo haces para ganar puntos —. La Amazona contestó rabiosa.

—Carol, no seas cabezota. Las llevas directo hacia una trampa.

—De eso nada. Saldremos en toda la prensa. Hoy todos los periódicos y telediarios hablarán de nosotras. Seremos noticia. Seremos escuchadas.

Rachel resopló ofuscada mientras aferraba a la gran amazona por los hombros y Brenda se quedó fascinada ante la decisión de su amiga. Desde niñas en el internado, cuando la horripilante Mary “la Aplanadora”, intentó robarle el bocadillo, no había vuelto a ver a Rachel tan fuera de sus cabales.

—Os arrestarán a todas. Tendréis una lista de cargos tan larga que no saldréis en un año. *Please Carol...*

La mujer estrechó los ojos observando a Rachel con atención pero no parecía estar pensando en nada más que conseguir sus propios objetivos.

—Somos insuperables, somos únicas, somos mujeres peleando por nuestros derechos.

—¡Pero así no! —Rachel gritó a voz en grito intentando convencerla y llamando la atención del grupo que comenzaba a rodearlas interesadas en la discusión.

Carol al sentirse observada levantó la voz para ser escuchada por el grupo.

—Queridas pinks, Rachel intenta detenernos —. Gritó con sonrisa malvada.

—¡No! —Contestó la masa femenina.

—Dice que debemos detenernos. Dice que debemos tener miedo a las consecuencias pero yo digo que sigamos adelante.

—Estás loca. Yo no he dicho eso. ¡Digo que es una trampa!

—¿Y tú cómo lo sabes? —Contestó con sonrisa malévolas —. ¿Nos has delatado?

Rachel se movió nerviosa y las demás gritaron a voz en grito.

—¡Rachel traidora! ¡Machista!

—¡No! Eso no es cierto. Me han dado el soplo, no he sido yo... ¡Maldita sea Carol! Sabes que tengo un amigo policía.

La amazona líder no sólo no le contestó sino que se giró para darle la espalda y dirigirse a la masa cada vez más enfebrecida.

—¡Hermanas Pink! Amazonas de la libertad, el mundo debe aprender, debemos demostrarles cuanto valemos. Este es nuestro momento —. Dijo en un discurso acalorado que acababa de comenzar.

—¿Qué está pasando? —Brenda se acercó a Rachel y preguntó al oído mientras el público aclamaba a su soberana líder.

—Pretenden sabotear la misa del centenario del ejército de tierra. Hoy se concentran en la isla grandes personalidades del mundo de la política. Ellas intentan entrar y sabotear el acto pero alguien las ha vendido y las están

esperando. Si las pillan las esperan años de rejas por delante.

—Dios... —. Brenda comprendió la gravedad del tema —. ¿Quién pudo haberlas vendido?

—No tengo idea, pero no puedo permitirlo. Ellas fueron mis hermanas cuando yo me creía una basura —. Respondió apretando el puño en su boca.

—Tranquila... Puede que si... —No llegó a terminar la frase cuando la voz cada vez más alta de Carol captó su total atención.

—El mundo es nuestro. Los hombres caerán rendidos ante nuestro poder. Somos una raza superior y estamos listas para demostrarlo. Ellos no son nada frente a nosotras.

—Sí. Somos Amazonas.

Brenda arrugó el ceño. Este no era para nada el mensaje que esperaba de una líder feminista. Ella trabajaba diariamente para encontrar su lugar en un mundo dominado por hombres pero no por ello odiaba a todo el sexo opuesto. En sus largos años como profesional había guiado a cientos de mujeres en su lucha por conseguir ser ellas mismas pero eso no significaba convertir sus reivindicaciones en una guerra a vida o muerte entre ambos sexos.

—¿Estáis listas?

—¡Sí! —Gritaron mientras se levantaban las camisetas para mostrar sus senos desnudos y con inscripciones tales como derechos y libertad escritos en sus pieles desnudas.

—¿Pero qué es esto? —Brenda se preguntó cada vez más molesta. Desnudar sus cuerpos como mercancía regalada no las hacía ser más razonables o feministas.

Estaba por comenzar a reclamar pero no pudo siquiera llegar a moverse cuando las mujeres comenzaron a seguir a su líder cual ovejas ciegas.

—Somos Amazonas, Amazonas, Ajú, Ajú.

Rachel intentó detenerlas pero Brenda la sujetó del brazo antes que fuese atropellada.

—No podemos hacer nada.

Ambas vieron como la masa se movía en una nebulosa inseparable cuando una de ellas y sin ser vista por las demás se alejaba cual rata de barco hundido.

—Es ella. ¡Las está abandonando! —Rachel comenzó a correr y Brenda cerró los ojos sabiendo que sólo podía hacer una cosa. Correr junto a su amiga mientras pensaba si existía una reducción de condena para las psicólogas de buen comportamiento.

El reloj marcaba las nueve y cuarto y Akim se movía en el asiento intentando no ponerse nervioso. Aún es temprano, se dijo con las manos sudadas

por los nervios. Cuando se hicieron las nueve y media se levantó y volvió a sentarse con los latidos del corazón cada vez más exaltados pero no fue hasta que el reloj marcó las diez menos cuarto y la camarera de forma mal humorada le preguntó si al fin iba a consumir algo cuando se levantó echo una furia. Brenda lo había plantado. Ella no se había presentado.

Se levantó sin pedir nada pero dejando una propina lo suficientemente interesante como para aplacar la mala mirada del dueño del local.

¿Cómo podía ser? Juraba que la noche anterior ella estaba convencida en darse una oportunidad. Está bien sólo para conocerse mejor pero algo era algo ¿no? Caminó perdido mientras encendía un cigarrillo. ¿Sería que el innombrable le había enviado más mensajes y la reclamaba en París? ¿Sería que se encontraba en la isla y estaban juntos? ¡No! Se dijo mientras caminaba a toda velocidad y sin sentido pero llegando, curiosamente, hasta la puerta de su hotel.

—Necesito que me digas si Esperanza está aquí o no. No te lo preguntaré más veces —El joven pelirrojo amenazó a la pobre recepcionista que nerviosa intentaba acomodarse la corbata del uniforme.

—Peter, no puedo ofrecerte información privada.

—Demonios sólo quiero saber si vino a trabajar. No me contesta al móvil y temo lo peor. Esa mujer no es de fiar. Irán todas al matadero por culpa de esa arpía.

Akim escuchaba la conversación atentamente. Si hablaban de mujeres y peligros seguro que Brenda estaba allí. Su doctora tenía un imán especial hacia los problemas. Se acercó para escuchar mejor la conversación.

—Están todas allí Peter, pero sabes bien lo que sucederá si te ven. La última vez casi no sales vivo.

—¿Dónde están las mujeres? —Akim preguntó como si fuese uno más en la conversación llamando la atención de la recepcionista y del joven que lo miraron desconfiados.

—¿Y tú eres?

—Me llamo Akim y me temo que la mujer que busco está con ese grupo del que hablas.

—Entonces te compadezco. Mi novia lleva un año con esas Amazonas de las narices y sólo ha conseguido meterse en problemas. Este es su quinto trabajo y está dispuesta a dejarlo todo por esa desquiciada. Hemos abandonado hasta nuestra tetería por seguiras.

—¿Dónde están ellas ahora? —Preguntó sin importarle nada la historia del chico y su negocio.

Comenzó a ponerse de lo más nervioso. Brenda era demasiado proclive a meterse en problemas con tal de ayudar.

—Están en alguna marcha activista pero mi novia no me ha dicho dónde —. Peter refunfuñó molesto.

—Pero tú nos lo dirás ¿no es así? —Akim habló con tono seductor mientras apoyó sus musculosos brazos resaltando sus tatuajes y encandilando a la recepcionista con el azul profundo de su mirada.

Sabía perfectamente el efecto que causaba la imagen de su cuerpo en ciertas féminas y esa mujer entraba perfectamente en el grupo de interesadas por los chicos malos, de huesos anchos y mirada inquieta, por lo cual no se lo pensó dos veces si con ello conseguía descubrir donde estaba su bendita doctora.

—Bueno sí, no creo que exista ningún problema. Después de todo os enterareis pronto.

—Exacto cariño. No sabes lo agradecido que estoy —. Akim sonrió seductor y el jovencito pelirrojo resopló sin poder creer lo que estaba viendo.

—Piensan sabotear la misa del centenario de las fuerzas armadas.

—¡Pero eso en el centro de la isla! Estarán todas las autoridades —. Peter se apretó la frente con fuerza.

El joven echó a correr hacia la puerta maldiciendo por todo lo alto y Akim lo siguió a plena marcha.

—¿Cuándo dicen sabotear a que se refieren exactamente? —Akim gritó mientras corría junto al joven hacia la salida.

—A que a si tu amiga no termina en la cárcel, terminará apaleada por todas las fuerzas armadas juntas.

Akim palideció con aquel comentario y gritó al joven que comenzaba a subirse a su Vespa.

—¡No! Sube a mi coche. Llegaremos más rápido.

—Bonito buga —. Dijo el chico al subirse al deportivo gris perla.

—Alquilado —contestó sin ganas—. ¿Por dónde? —Preguntó entre nervioso y asustado mientras el joven indicaba la dirección con la mano.

Dios, no tenía ni idea de que se trataba todo aquello pero el momento no estaba como para preguntas. Primero buscaría a Brenda, verificaría que se encontraba bien y luego la ahogaría a besos. Maldita sea, esa mujer estaba dispuesta a matarlo de un infarto mucho antes de alcanzar los treinta.

Sálvese el que pueda

*No sé cómo lo haces pero tus dulce mirada
derrumba cada rincón de mi impenetrable muro.*

Akim

Brenda intentó encontrar a Rachel pero aquello era un verdadero desastre. Antes de alcanzar su destino el grupo fue rodeada por un línea infranqueable de inmensos hombres que lo que menos parecían es ser de las fuerzas del orden. Los grandullones de chupas de cuero y pintas poco legales se dispersaron formando un gran círculo y al grito de uno de sus líderes se abalanzaron sobre las mujeres cual cavernícolas ante un festín. Las mujeres eran manoseadas e insultadas sin pudor alguno.

“¡Skinheads!” gritó una de las asistentes. Cerdos machistas, gritaron otras. Lo cierto era que odiaban a esas mujeres y estaban dispuestos a ser de lo más salvaje. Unas gritaban intentando escaparse de su agarre mientras otros rompían sus camisetas dejando a las chicas casi desnudas. Brenda desesperada intentó rescatar a una pobre muchacha que apenas era capaz de defenderse frente a dos hombres que la arrinconaban contra una pared con intenciones más que claras. Pensaban violarla. Desesperada buscó algo con lo que defenderla y divisó un palo de un árbol bastan endeble en el suelo pero no le importó, con una enorme cuota de furia agarró la ramita y le dio a uno en la cabeza que se giró acariciándose la calva que apenas se había puesto colorada por el roce.

—Uy, Rex mira lo que tenemos aquí. Otra Amazona que desea unirse a la fiesta.

Rachel gritó a la chica para que corriera. Está aprovechando la distracción del hombre que la atacaba le propinó una patada en la entrepierna y salió corriendo pero Brenda no tuvo mejor suerte. El grandullón al que había golpeado, al ver a su amigo caído en el suelo por el dolor se puso furioso y la apresó tironeando su larga melena hasta hacerla caer de rodillas en el suelo.

—Hija de puta. ¿Quieres que juguemos solo contigo? Pues cariño prepárate —. Dijo tironeando con mayor fuerza su melena hasta hacerla retorcer del dolor acercándola hasta su entrepierna.

Brenda se retorció en el suelo intentando liberarse pero sólo fue capaz de lastimarse las rodillas contra el áspero suelo consiguiendo que estas comenzaran a sangrar.

El grandullón comenzó a abrirse la bragueta mientras la empuja contra la pared. Brenda miró buscando ayuda pero aquello era un verdadero caos. Mujeres corriendo, hombres de cabezas rapadas y con miradas desagradables las pateaban como si de perros se trataran. Intentó gritar esperando que alguien la escuchara pero su captor al descubrir su intención le propinó una bofetada con tanta fuerza que la dejó entre mareada e inconsciente. El oído le retumbaba cual abejorro ante un panal, estaba a un plis de caer desmayada. El salvaje disfrutando de su obra, acercó su entrepierna abultada a su boca mientras sonreía triunfante. Bajó sus calzoncillos pegando el rostro de la doctora a su duro y grueso pene. Brenda apenas podía ver de un ojo, el otro se encontraba totalmente cerrado debido a la fuerza del puñetazo,

—Cariño, lo que viene lo pienso disfrutar...

—Eso espero —. Akim contestó furioso mientras le propinó un derechazo con tanta fuerza que lo derrumbó de un solo golpe.

Brenda cayó hacia atrás al sentirse libre del agarre de sus cabellos y gruñó al golpearse la espalda al completo con la acera.

—Hijo de puta. ¡Levántate! —Akim gritó descontrolado mientras lo golpeaba una y otra vez contra el suelo.

Estaba incontrolable. Había visto desde la distancia como ese imbécil había golpeado a Brenda y como la arrastraba hacia su inmunda polla y corrió desesperado. Quería ver sangre correr. Necesitaba matar a aquél capullo con sus propias manos. Le dio un primer golpe, un segundo y un tercero cuando sintió una mano temblorosa que lo sujetó del hombre suplicándole que se detuviera. Respiró agitado e intentó recuperar el control. Se incorporó y giró para mirarla de cerca y al ver su cara enrojecida sintió como el odio comenzaba a hervirle la sangre nuevamente. Tenía un costado del rostro hinchado, el ojo izquierdo apenas podía abrirlo y el labio le sangraba. Maldito desgraciado, tenía ganas de despertarlo de su inconsciencia para poder seguir golpeándolo hasta matarlo.

—Brin... —Dijo mientras con el mayor de los cuidados la levantó en brazos. Quiso morir al sentirla gemir por el dolor. Hubiese detenido el tiempo con tal de no verla así. Una y mil veces recibiría los golpes en su lugar. Ella era tan suave, tan delicada y tan buena persona que no se merecía ni el rose de una delicado pétalo de rosa.

—Rachel... tengo que encontrarla —. Dijo sin apenas poder mover los labios por el corte.

—Ella está bien. Se ha ido con un amigo y su novia.

Brenda lo miró curiosa pero Akim comenzó a apurar el paso abriéndose paso a fuerza de codazos. Huyó con rapidez al escuchar el sonido de la policía acercándose.

—Cariño, ella está bien pero nosotros debemos irnos antes que aparezca la policía y tengamos más problemas.

Brenda asintió con la cabeza. Akim caminó a toda prisa, no quiso imaginar cómo afectaría a su reputación si el nombre de la famosa doctora Klein apareciera en los medios de comunicación. La carrera de Brenda se vería seriamente afectada.

La sujetó con fuerza resguardándola con su cuerpo mientras corrió hacia el coche para huir de ese odioso lugar.

A la luz del atardecer

Me dices que te olvide, que no eres para mí pero dime
cuál es la forma de olvidarte sin morir en el intento.

Akim

La cabeza de Brenda giraba como un pato mareado cuando Akim detuvo el coche y la recogió en brazos. Quiso decirle que estaba bien, que podía caminar pero las palabras no le salieron. Se sentía turbada y confusa. Su vida solía ser tranquila, puede que incluso algo predecible. Del trabajo a su hogar y viceversa. Nada solía romper la monotonía de su rutina diaria sin embargo de un año a esta parte no ganaba para sustos. Que si un padre bomba, que si una desquiciada por amor, que si unas mujeres gritando sus derechos mientras mostraban sus pechos desnudos, que si unos salvajes cabezas rapadas intentando violarlas, esto era demasiado. Cerró los ojos, apoyó el rostro sobre el amplio torso y respiró agotada. Apenas era capaz de pensar. El zumbido del oído junto al mareo y el dolor debido al puñetazo, la dejaron fuera de combate. «Si no fuese por él...»

Con la mayor de las delicadezas Akim la subió por las escaleras del hotel y la apoyó en su comfortable cama. Brenda se sentía terrible. El rostro le dolía y la cabeza se le partía como melón maduro.

—Recuéstate —. Dijo con tono duro, pero ella hizo acopio de todas sus fuerzas y no se recostó. Él estaba enfadado y era lógico, ya no recordaba en cuantos líos se había metido y en todos él siempre aparecía para salvarla.

—Lo siento mucho —. Dijo apenada.

Akim buscaba de un lado a otro por la habitación cuando se detuvo al escucharla.

—¿Qué sientes? —Preguntó frunciendo el ceño.

—Estás enfadado y lo entiendo. Siempre te meto en problemas —dijo con la voz reseca —pero antes de ser juzgada me gustaría alegar que esta vez yo no tuve nada que ver, me vi influenciada por las malas compañías de una amiga delirante. — Comentó intentando dar un toque de gracia a la situación.

El hombre se sonrió sin ganas y clavó su profunda mirada en ella haciéndola estremecer de pies a cabeza. ¿Alguna vez dejaría de sentir ese latir descontrolado cada vez que lo tenía delante y la delineaba con el azul profundo de su mirada?

—No estoy enfadado contigo. Nunca es contigo —dijo acercándose y arrodillándose en el suelo y dejando sus cabezas a la misma altura —. Lo habría

matado por tocarte...

Akim envolvió su rostro entre sus ásperas manos y acarició su labio hinchado y ella pudo sentir sus dedos temblar.

—Jamás he sentido nada igual. Quise verlo muerto —. Dijo mientras apoyó su frente junto a la de ella.

—Estoy bien. Ya pasó.

—Si te hubiese...

—Estoy bien y tengo que darte nuevamente las gracias. ¿Qué número es esta vez? ¿La cuarta, la quinta vez?

Akim acarició con suavidad su mejilla amoratada y negó con la cabeza mientras se ponía de pie.

—No me debes nada.

Su voz sonó áspera nuevamente y Brenda se preguntó qué nuevo error había cometido ahora, ya que Akim caminó tenso hacia la puerta.

—Iré a buscar unos calmantes, algodón y algo de alcohol. En unas horas tendrás el ojo morado y la mitad del rostro hinchado —. Dijo antes de salir y cerrar la puerta con cuidado.

Brenda se levantó apresurada hacia el espejo del baño siendo consciente por primera vez de lo espantosa que se vería. Nadie que la conociera podría decir que ella no era presumida y que le gustaba estar siempre impecable pero el saber que Akim la había visto en tan lamentables condiciones la hizo sentir más vulnerable de lo normal.

—Dios... —Dijo al ver su rostro con un ojo y mitad del otro.

La marca del puño de ese desgraciado le había quedado marcado en un rojo profundo que comenzaba a convertirse en violáceo por los contornos. El ojo afectado apenas se abría y la mitad izquierda del labio tenía un rasguño profundo con sangre ya seca.

«Estoy espantosa». Pensó molesta. «Si no se olvida de mi después de esto... ¡Por amor al cielo Brenda! ¿Qué estás pensando? —Se dijo a sí misma mientras sujetaba la mitad de su frente aún intacta.

—¡Sweet! O my god. Sweet. ¡Sweet!

La puerta se abrió de golpe y los gritos de Rachel retumbaron en su cabeza cual taladro de albañil en una tarde de verano.

—Estoy aquí... estoy aquí —. Brenda respondió como pudo asomándose por la puerta del servicio.

—Gracias al cielo —dijo abrazándola desconsolada —. La recepcionista dijo que estabas aquí pero yo no le creí. ¡Ay Sweet! No te veía por ningún sitio y me puse de lo más *crazy*.

Brenda aceptó su abrazo con dificultad, aún le dolía la espalda por el

terrible golpe que recibió al perder el equilibrio cuando Akim consiguió liberar su agarre de aquél bestia humana.

—Ay —. Murmuró dolorida cuando Rachel presiono su cuerpo contra su dañado rostro.

—Pero qué... *my god, my god...* —Dijo hiperventilando al ver el rostro amoratado de su amiga.

—¿Qué te han hecho? Ay, que es mi culpa... ay, que me muero, ay, que los mato —. Comentó nerviosa mientras no paraba de hablar.

—Estoy bien. No me pasó nada. Me salvaron justo a tiempo.

Brenda no quiso confesar lo cerca que había estado de sufrir una violación.

—¿Pero quién, cómo?

—Eso ya no tiene importancia —. Contestó mientras se sentaba en el borde de la cama y Rachel hacía lo suyo en una silla cerca del pequeño escritorio, que había bajo la tele de plasma que colgaba de la pared.

—¿Qué ha pasado allí y porque fuimos atacadas por esos energúmenos?

Rachel bajó los hombros derrotada por el cansancio y Brenda se dispuso a escucharla con suma atención.

—Como sabes las Amazonas intentan defender los derechos y libertades de las mujeres —Rachel asintió con la cabeza —. Muchas veces nos ha tocado enfrentarnos a neandertales que sólo ven en nosotras un culo y un par de tetas.

Brenda pensó que el regalar las vistas desnudas de sus cuerpos en señal de reivindicación tampoco era una buena forma de buscar respeto pero prefirió callar y seguir escuchando.

—En los últimos meses hemos recibido amenazas de diferentes grupos y entre ellos se encuentran estos tipos que se ríen de nosotras y nos insultan constantemente.

—¿Quiénes son?

—Skinheads, que según ellos quieren ponernos en nuestro sitio.

—Imbéciles... —. La doctora contestó enfadada.

Que existiera grupos de hombres que en esta época aún pensarán en las mujeres como simples yeguas de cría la sacaba de sus casillas.

—Sí, bueno, lo cierto es que alguien los ha llamado y les dio la información de nuestros planes.

—Y tú sabes quien fue. Por eso corrimos para detenerlas —. Aseguró confiada.

—No exactamente. Tengo un amigo poli que me llamó para contarme la que se estaba organizando. Al parecer alguien les dio el soplo.

—¿Amigo poli? —Brenda preguntó sin comprender. Ella conocía a todos

sus amigos y no le sonaba ningún policía.

Rachel agachó la cabeza y encorvó aún más la espalda.

—No exactamente amigo —. Dijo apenas levantando la mirada.

—Me estás diciendo que tú, que él... pero yo creí que tú y George estabais bien —. Respondió algo perturbada.

—Y lo estamos. Verás, Aníbal y yo somos algo así como amante ocasionales.

—¿Ocasionales?

—Sí, de vez en cuando... si se da el caso... ya me entiendes...

—¿El caso? No, la verdad es que no.

—Quiero decir que en algunos momentos variamos, la monotonía y esos temas...

—¿Esos temas?

—¡Joder, Brenda! Que George y yo invitamos a terceros a nuestra cama. Ya está, lo he dicho.

Rachel no terminó de hablar que ya se estaba tapando la boca con ambas manos. Sus ojos desorbitados y la fuerza de sus palmas en los labios indicaban que los nervios la habían traicionado. Brenda intentó digerir la confesión y aunque quiso parecer adulta y liberal no pudo. Sentía como los calores le subían por el rostro. Sabía que su amiga era una persona de la farándula, abierta y desinhibida pero de ahí a compartir cama con dos hombres a la vez y los cuales uno era su marido... Guau... y ¡Guau!

Sin saber por qué, Brenda comenzó a sentir que estos años de amistad se había comportado como una verdadera idiota. ¿En verdad que Rachel pensaba que ella era tan mojigata como para ocultarle su pertenencia a Las Amazonas o los tríos en su cama matrimonial? Por Dios, en su profesión había escuchado historias de lo más variopintas, incluso su propia vida estaba del revés. Esa misma mañana la había rescatado un hombre casi dieciocho años más joven y por el cual perdía las bragas con sólo verlo.

—¿Ya no seremos amigas? ¿Te doy asco?

Brenda la miró concentrada mientras le regaló lo que en principio pareció ser una sonrisa pero que en dos segundos se convirtió en una colosal carcajada algo maltrecha.

—Rachel —dijo sin poder contener las lágrimas de tanto reírse—. Eres mi ídolo. ¿Por qué lo ocultabas? ¿Pensabas que no te aceptaría? —Su amiga sonrió a su lado mientras afirmaba con la cabeza —Pero ¿por qué? Yo siempre te he comprendido. Hemos sido amigas durante años. Sabes que defiendo los derechos de las personas por encima de todas las cosas.

—Sí, yo lo sé pero no muchos lo entenderían y tú desde que estás con...

—. Se mordió el labio para no continuar.

—Quieres decir desde que me casé —. Contestó entristecida.

—Sweett sabes que adoro a Max, es lo más súper de lo súper y te quiere muchísimo pero es tan... tan...

Brenda agachó la mirada. Ya sabía lo que seguía después de esa frase. Su amigo Connor lo repetía una y otra vez, «tan estirado, incomprensivo, altanero, esnobista y unos cuantos adjetivos más».

—¿Rachel, tanto he cambiado? —Preguntó confundida.

—Puede que un poco. Ya sabes, a tus amigos nos extrañó que eligieses a Max. Después de todo se parece tanto a...

Brenda la observó atentamente. ¿Se parecía? ¿A quién? Estuvo por preguntar cuando una lamparilla se encendió en su cerebro y no necesitó saber más. Su padre. Max se parecía a su padre. Ese hombre al que respetaba pero no amaba. Ese que desde niña la menospreció por pertenecer al sexo débil. Ese que dijo que debería buscarse un hombre que la protegiera porque ella por sí sola no sería capaz de nada.

—Dios... —Dijo al ver por primera vez con claridad.

—Pero Brenda, tú eres un amor. Todos lo sabemos —contestó con tanta rapidez que las palabras chocaban en su boca—. Puede que Max intentara que fueses más como él pero no lo consiguió, tú eres un trozo de pan, tú siempre estás preparada para ayudar.

—¿Y por eso no me comentaste lo de los Amazonas o lo de tus tríos? —Dijo observando que aunque en su interior se considerara una luchadora, una sobreviviente y una profesional incansable, los demás no la veían así.

—¿Rachel, que he hecho de mi vida? En quién me he convertido.

—Sweet eres una amiga genial y una psicóloga aún mejor. Puede que tu padre minara tu confianza y por eso buscaras refugio en alguien como Max.

—¿Piensas que Max es mi refugio?

—Ay, yo no sé, no me metas en este lío —. Dijo abanicándose con la mano.

—Tienes razón. Yo soy la que debe afrontar lo que es o deja de ser.

—Max te quiere, lo ha demostrado muchas veces.

—Pero decidiste traerme aquí. Pensabas que necesita espacio y soledad para descubrir quién soy y en lo que me he convertido.

—Bueno, digamos que intuía que alguien había roto tus esquemas y liberado a mi amiga de hace años y quise estar a tu lado cuando al fin te sintieras libre de ataduras.

—Gracias —. Dijo con lágrimas en los ojos.

—Puede que no sea tan inteligente como tú pero siempre me tendrás a tu

lado.

—No vuelvas a decir algo así. El diploma de inteligencia que tú tienes es el otorgado por la experiencia de la vida y ese vale más que el obtenido por muchos psicólogos de los bien llamados respetables y que yo conozco muy bien..

Rachel la abrazó y lloró agradecida. Se le notaba lo importante que era para una actriz sin apenas estudios como ella una comparación semejante. Se sintió valorada.

—Y hablando de sinceridades... —Dijo secando sus lágrimas y alejándose del abrazo de Brenda —. Aún no me has dicho el nombre de ese misterioso hombre que te tiene de cabeza. ¿Lo conozco? ¿Es guapo? ¿Médico, diseñador, abogado tal vez?

Un pequeño golpe y la puerta de la habitación se abrió dejando a ambas mujeres con la boca abierta pero por motivos muy diferentes.

Hoy o nunca

Señora dueña de mis sueños, soy tu caballero de dura armadura.
Ven a por mi, utilízame como quieras, estoy aquí porque soy tuyo.
Esperaré tras mi puerta tu mensaje, ese que me lleve a tu lado
porque señora, soy ese caballero de oscura armadura
que siempre espera por ti.
Akim

Akim entró en la habitación con sumo cuidado. Tardando más tiempo de lo pensado la creyó dormida. En un principio sólo tuvo intención de pasar por la farmacia pero al ver su camiseta manchada por la inmunda sangre de aquél capullo, prefirió acercarse al hotel en donde se alojaba y adecentarse. Odiaba descubrir su faceta tan salvaje en el primer día de conquista pero sólo recordar al desgraciado abofeteándola, las venas se le inflamaron con el deseo de ahorcarlo a cámara lenta.

Unos vaqueros desgastados pero limpios, la mejor de sus camisas, el intento de peinar la rebelde cabellera y un chicle de menta fuerte eran complementos suficientes para regresar a los brazos de su amada. Llegó al hotel agitado de tanto trámite, se miró en el espejo de la recepción del hotel y el resultado no le resultó del todo malo, ¿entonces por qué al entrar en la habitación las dos mujeres no dejaban de observarlo como dos besugos fuera del agua?

—Permiso —. Dijo entrando con paso lento intentando tantear la situación.

Se miró la camisa que aunque arremangada tapaban los rudos tatuajes, siguió bajando y la bragueta estaba cerrada, menos mal, pensó casi atragantado.

—Él... Él... ¿Él? —Rachel intentaba decir algo diferente pero parecía haber entrado en bucle.

—Rachel, Akim está en la isla y es quien me ha ayudado esta mañana —. Brenda intentó romper el estado de catarsis en la que se encontraba su amiga pero nada.

—Él... Él... Él...

—Igual no te acuerdas bien, su nombre es Akim... —dijo roja por la vergüenza.

Brenda no terminó la frase. Rachel pareció haber cambiado de disco y ahora repetía una frase nueva.

—Albañil... albañil... albañil... albañil...

—Y ya estamos —. Akim cerró la puerta y apoyó una bolsita de farmacia sobre la cama junto a Brenda.

—Sí, veo que te acuerdas de él —dijo intentando sonar indiferente aunque el clasismo de su amiga la estaba desquiciando—. ¿Por favor nos permites unos minutos?

Brenda habló mientras tomaba del brazo a su amiga para levantarla del asiento y llevarla hacia la puerta, pero ésta apenas caminaba. En su trayecto hacia la salida no giró la cabeza, seguía con la mirada fija en Akim como absorta ante su presencia. Parecía estar viviendo en una realidad paralela del que no era capaz de salir.

—Es el albañil... Es el albañil... Es el albañil...

—Sí Rachel, Akim es albañil, ahora vete a descansar. Nos veremos más tarde.

—Albañil... Albañil... —Rachel dijo una y otra vez mientras su voz se perdía tras el fuerte portazo que Brenda le propinó casi en sus narices.

Akim sacó las medicinas del envoltorio totalmente concentrado e intentando disimular la tensión que se le reflejaban en los músculos del cuello. La forma en que esa odiosa mujer mencionaba su trabajo le recordaba lo que deseaba olvidar. Un pobre obrero poco digno para ella.

—Te compré una crema. Me han dicho que es muy buena para los hematomas —Dijo con la voz gruesa y contenida.

Brenda recordó el estado de su rostro y se giró para que no la viera.

—Ven aquí —. Akim se puso detrás y la giró por los hombros para poder apreciar mejor su rostro y aplicarle el ungüento. Su coquetería femenina hizo que al instante se olvidara de la pusilánime de Rachel, de las clases sociales, de la pobreza en el mundo y de una vida sin tenerla. —Estoy espantosa —.

El joven sonrió de lado reflejando un brillo pícaro en su profunda mirada. —Un poco —. Dijo en tono de burla y adorando la rojez de su timidez. Ver a la doctora Klein dejando caer las barreras de las formalidades era un espectáculo digno de ser visto.

—Yo me la aplico —. Comentó mientras se acariciaba el rostro intentando cubrir sus moratones.

—De eso nada. Te vas a sentar y vas a permitir que te cuide.

Brenda resignada aceptó la orden y se sentó. Él comenzó a sentirse nervioso nuevamente. ¿Pasaba algo con su vestimenta? ¿Por qué no dejaba de mirarlo de esa forma, tan fija y casi sin respirar? Era la mejor camisa que tenía pero si no le gustaba estaba dispuesto a comprarse la tienda al completo con tal de verla feliz, incluso si ella lo deseaba, podría vestir todo de blanco como lo hacían los habitantes de la isla, aunque dudaba mucho que con sus amplias

proporciones más que estar guapo se pareciese a una columna gruesa de hospital.

Brenda se dejó cuidar. La suavidad de sus caricias eran bálsamo refrescante sobre la piel. Los dedos de Akim la estremecían por allí donde pasaran. Sensaciones desconocidas recorrían su cuerpo. Allí donde él la rozara temblaba bajo su calor. Lo miraba extasiada. Un hombre digno de ser admirado. Ojos de un azul profundo, cuerpo duro y masculino, manos fuertes y callosas, un espectáculo maravilloso. Uno que las mujeres casadas no deben permitirse, pensó culpable.

—Ya está —. Dijo cerrando el bote de medicina y dejándola con un sabor amargo al perder su contacto.

—Lo siento —. Comentó con pesar.

—Tú no tienes la culpa de nada —. Dijo apesadumbrado al recordar a la odiosa de Rachel.

—Te dejé plantado —. Comentó arrepentida.

—Te referías a eso. No, la verdad es que no lo había notado —dijo con ironía—. Pero ahora que lo mencionas, eso me recuerda que es casi medio día y estoy muerto de hambre... —dijo deslizando la yema del dedo por el borde de su barbilla extendiendo restos de crema.

Brenda se sintió culpable pero a la vez mimosa ante la delicada caricia.

—¿Ni un café?

—Estuve esperando a que llegaras... —. Contestó rascándose la nuca y ella quiso comerlo a bocados.

Movida por un acto reflejo se levantó de la silla y se acercó para ofrecerle el beso más tierno y más agradecido que había ofrecido jamás a nadie. Sus manos se apoyaron sobre los anchos hombros y estiró la punta de los pies para conseguir que sus labios se posaron sobre la incipiente barba. Era un acto osado y demasiado inapropiado para ella, pero últimamente su vida estaba repleta de acciones inapropiadas.

—Gracias... —murmuró melosa.

Ambos se miraron a los ojos y las chispas que soltaron sus miradas se podían distinguir a cien kilómetros de distancia y sin prismáticos. El joven rápidamente la sujetó por la muñeca evitando su huida y acercándola aún más a su duro torso.

—¿Por salvarte la vida, por esperarte, por no pedir un café o por quererte hasta la locura? —Dijo estrechando los ojos con dulzura extrema.

Ambos se comían con la mirada. El tiempo se detuvo entre ellos. La habitación no existía. Sus labios le reclamaban acercarse y besarlo. Ellos le pedían sentir lo que sintió ese último día en su casa cuando la besaba más allá de los límites permitidos. La boca exasperada exigía volver a sentirse viva, le

reclamaba aunque más no fuese un momento de aquella fogosa pasión. El corazón latía alocado y las manos deseaban deslizarse por su cuello y perderse en la suavidad de su nuca. Quería, deseaba, cubrir cientos de necesidades, pero no podía, no era libre, no se sentía libre. Asustada de sus emociones más ocultas, se soltó del agarre intentando negar las desesperadas señales que su cuerpo le gritaba, pero Akim la retuvo con firmeza. Extendió la palma áspera en su espalda, la sujeto con suavidad pero con insistencia. No tenía pensado dejarla marchar. Ese leve contacto la quemó al instante. Un profundo calor se extendió por todo su cuerpo despertando cada fibra nerviosa de su ser. La mano sólida rozaba la tela de su vestido hasta tocar lo más profundo de su alma. Que el cielo la ayudara porque no sabía si podría resistir mucho más.

—No voy a presionarte pero no pienso negar lo que siento. No lo haré nunca.

—¿Y qué sientes? —Preguntó sabiendo que no debía.

—Lo diré cuando en verdad quieras escucharlo.

Ella bajó la mirada como una jovencita inexperta. Se estaba adentrando en aguas demasiado profundas y completamente desconocidas como para salir ilesa. Akim no se detendría y ella estaba olvidando los motivos por los cuales debía rechazarlo.

Aprovechando sus dudas el joven la presionó aún más hacia su cuerpo hasta dejarlos completamente pegados el uno en brazos del otro. Apoyó el rostro en ese pequeño huequito entre cuello y hombro para respirar el dulce perfume a vainilla, jazmín y Brenda.

—Dios Brin... si seguimos... —Comentó al regalarle un pequeño beso en la suavidad de su piel.

—Tengo hambre. ¿Qué tal una paella? —Dijo casi sin pensar en la estupidez que acababa de decir.

—¿Paella? —Brenda aprovechó que el clímax estaba roto para alejarse con rapidez—. Paella —dijo divertido mientras la miró caminar nerviosa—. Me parece bien.

Akim contestó con sonrisa endiablada y ella prefirió ignorarlo. Era mejor escapar a tener que pensar en esa cama de suaves sábanas que no dejaban de incitarla al pecado. Marcharon juntos hacia la salida sin volver a comentar nada referente a besos, caricias y camas vacías y Brenda respiró aliviada. Después de todo, si se lo proponía se podía comportar como una mujer adulta. Una seria, responsable y comprometida. No tenía por qué perder la lencería frente a un cuerpo bonito, unos músculos de infarto, una mirada tan profunda como el infierno o tan infinita como el mismo cielo. Después de todo era una profesional exitosa y concedora de los secretos de la razón ¿cómo no iba a poder resistirse?

Se dijo con entusiasmo.

Ambos disfrutaron de una comida maravillosa y una tarde aún mejor. Rieron, caminaron y disfrutaron el uno con la compañía del otro. Brenda no recordaba desde cuándo se había sentido tan libre para disfrutar. Las normas ni las convenciones sociales se encontraban entre ellos.

—¿Cómo fue tu vida? —Preguntó sentándose en la arena y sonrojándose al notar la sonrisa del hombre.

—Es más fuerte que tú. No puedes contenerlo.

—Yo... si no quieres hablar lo entiendo pero pensé que igual te gustaría...

Akim negó con la cabeza mientras se sentaba a su lado.

—Cuando Lucien nació maduré más rápido que cualquier otro joven. Lo tuve entre mis brazos y comprendí que era mi responsabilidad. La situación en casa no era muy buena y yo tenía que buscarle un mundo mejor. Eso es todo.

—¿Por él decidiste emigrar?

—Fue la razón principal.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo? —Preguntó curioso.

—Una vez en Londres ¿qué sucedió?

Akim arrugó la frente intentando recordar.

—Nada especial —dijo levantando los hombros—. Con encontrar un hogar decente y un trabajo con el cual mantenernos estaba contento.

Brenda se sorprendió al sentirlo tan calmado. Diariamente Akim demostraba a las personas ser el chico duro de tatuajes en los hombros y rostro enfadado que nunca se preocupaba por nadie sin embargo a más lo conocía, más rápido descubría su tierno interior.

—¿Nunca volviste a pensar en el arte como forma de vida?

Akim la observó curioso y Brenda sintió como se enrojecía por entrometida.

—Lo digo porque un día me comentaste que te gustaba la música y estudiaste bellas artes y yo pienso que si te gustaba te interesaría... pero si no quieres —. Dijo mientras desviaba su mirada para no parecer tan chismosa.

—Ya no pienso mucho en ello.

—Fuiste muy valiente —. Dijo sin esperar la respuesta del hombre —. Tu futuro, tu carrera, lo dejaste todo.

—Yo no consideraría la supervivencia como un acto heroico —. Comentó con sonrisa desganada.

Brenda aceptó su conclusión y no volvió a preguntar. Disfrutó de la brisa fresca del mediterráneo que acariciaba su rostro y se dejó ir. Estaba tranquila. Con Akim no importaba si su sonrisa era excesiva o si su comportamiento no era

el adecuado a una mujer de su edad, no importaba si su cabello estaba correctamente peinado o si su mejilla estaba algo amoratada, con él la vida era sencilla. Caminaron juntos y se acercó al agua con los zapatos en la mano. Estaba feliz. Sus pies tocaron el agua fresca del mar y cual niña traviesa que no piensa en las consecuencias no pudo contener la tentación de elevar su pie y salpicar. Akim pareció sorprendido al verse mojado, pero al instante correspondió a su ataque haciendo lo mismo pero con mayor potencia. Brenda se movió evitando su asalto mientras con sonoras carcajadas comenzaba a patear las olas consiguiendo empaparle al completo. Los ojos del hombre chispearon venganza y ella reaccionó de la forma menos esperada. Corrió huyendo por la playa esperando no ser pillada mientras reía sin tapujos. Él la persiguió y con el largo de unas piernas que se correspondían a casi metro noventa de estatura, no le fue difícil darle caza. Sorprendiéndola la levantó en brazos y se la llevó en volandas junto a unos médanos para recostarla sobre la arena. Brenda respiraba agitada mientras reía e intentaba soltarse de su fuerte agarre pero resultó ser tarea imposible. Él la sujetaba bajo su cuerpo por los hombros mientras acomodaba sus rodillas a ambos lados de su figura. Estaba empapado y pequeñas gotas de agua marina caían por sus mejillas. Brenda sonreía divertida. Se encontraba feliz. La pasión por la vida circulaba nuevamente por sus venas. Se sintió una mujer joven, bonita, divertida y deseada. Muy deseada.

—¿Y ahora qué doctora? ¿Te das por vencida? —Preguntó sonriente.

Ella negó con la cabeza y la carcajada de Akim sonó como música celestial animándola a actuar como nunca imaginó hacerlo. Sin pensárselo dos veces y dominada por la situación Brenda se dejó envolver por esa preciosa mirada azul que la adoraba y movió sus manos con rapidez para envolver su rostro húmedo con ellas. Con total descaro y como de una mujerzuela sin pudor se tratase acercó sus labios a los suyos saboreando la sal del Mediterráneo en su piel.

Los labios ansiosos se movieron sobre los suyos y pudo sentir como él respondió al instante. Eso la hizo sentirse en una nube aún más alta que las anteriores.

Akim se hizo con el control de aquél bendito beso al instante y Brenda dejó caer la cabeza sobre la arena disfrutando de la sensación de ser devorada por unos labios que recorrían el interior de su boca con plena satisfacción. Pudo sentir el peso masculino sobre el suyo mientras unas manos la recorrían sin pudores. Ásperas, callosas y enloquecidas se movieron hasta su cintura para sujetarla de forma posesiva. Sus ojos se cerraron soñando con mil y un placer mientras sus labios se sentían presos de una pasión imposible de comparar con nada perteneciente a este mundo. Labio contra labio, caricias de una lengua

conquistando sin piedad a la otra. Akim la aceptó al completo. La besó, la saboreó y le ofreció su todo. Brenda, sin tapujos, lamió su lengua con tanta pasión que a punto estuvo de sentir que ardería allí mismo. Sus manos presionaron con fuerza excesiva sus caderas para apretarla contra su cuerpo .

—Te deseo... —Susurró sobre sus labios mientras regaba con besos la piel de su cuello.

—Yo también, pero... —La boca de Akim la silenció con un beso corto.

—Lo acepto. Acepto todo. Lo que sea. Lo acepto.

—¿Cómo puedes aceptar lo que ni siquiera yo comprendo? No sabes lo que dices... —Respondió agitada por la pasión bajo el calor de su ancho cuerpo.

—Lo quiero todo, llevo más de un año soñando contigo sin tener nada. Sea lo que sea siempre será más que el vacío que existe al no tenerte. Poco, mucho, no me importa. Una gota de agua para un sediento es un manantial...

—Akim... mírame... ¿Ves estas arrugas? —Dijo señalando el borde de sus ojos — es una de las cientos de razones que nos separan —Comentó con amargura.

El joven sonrió y lamió cada una de esos casi imperceptibles pliegues que ella llamaba arrugas.

—Si piensas alejarme tendrás que hacerlo mejor. Adoro cada detalle de tu cuerpo y cada locura que brota de tu cabeza. Me encanta que seas tan sensible, que no dudes en arriesgarte por aquellos por los que nadie siquiera miraría, me enloquece la pasión que escondes, me fascina tu optimismo por las personas y estoy totalmente indefenso frente al ataque de tu mirada.

—Akim...

—Acepto. Todo, lo que tengas para darme, lo quiero.

Brenda acercó su boca a la suya y dejó de pensar. Ya no podía seguir negando lo innegable. Ese hombre la despertaba a un mar de sensaciones que deseaba navegar. Puede que su cordura le dijese que aquello estaba mal, que no tenía ni la edad ni la libertad para sentir lo que sentía pero su cuerpo no quiso pensar y se entregó sin reparos.

El noche comenzó a envolverlos en aquél rincón oculto de la playa y Brenda supo que estaba despertando a lo más nuevo e irracional que conociera jamás. ¿Deseo, anhelo, apetito? No, eso era mucho más. Su cuerpo era reflejo de la pasión en su mayor expresión. Temblaba por allí donde sus labios la besaban. Se quemaba por donde sus dedos la acariciaban y su corazón... oh, endemoniado corazón que no dejaba de saltar desbocado ansiando recobrar el tiempo pasado.

—He pensado en esto cada noche desde que te conocí.

Si Brenda sentía que aún conservaba alguna muralla levantada, fueron estas últimas palabras las que la convirtieron en la mayor de las derrotadas.

Akim había luchado y ella ya no tenía fuerzas para resistirse.

La primer caricia en sus pechos la hizo echar la cabeza hacia atrás para gemir como una mujer ansiosa por sentir. Con ternura pero con seguridad él la sorprendió levantado sus brazos por encima de la cabeza y sujetándoselas por las muñecas. Sus manos eran tan grandes comparadas con las suyas que una sola le bastó para inmovilizar ambas muñecas en lo alto. Temerosa de esa posición quiso desprenderse de su agarre pero él no se lo permitió.

—Te gustará. Lo sé, lo prometo —. Dijo con la voz pastosa por el deseo mientras besaba su cuello.

Brenda se dejó llevar por las sensaciones pero no pudo evitar sentirse un poquito incómoda. Akim estaba asumiendo un control que no estaba segura de querer ofrecer. En su matrimonio el sexo era una relación mutua, sin improvisados o concesiones demasiado exageradas y por alguna razón se sintió en una posición demasiado vulnerable para ser aceptada. Puede que Akim lo presintiera porque continuó susurrando en su oído mientras su mano libre le recorría el cuerpo.

—Quiero que me dejes quererte. Piensa en mí, siénteme aquí contigo, permite que te dé todo lo que necesitas...

—¿Y qué necesito? —Preguntó casi sin voz por el deseo al notar como él levantaba el suave vestido de algodón enroscándolo en su cintura.

—Confiar, liberarte... Cierra los ojos —Dijo mientras se apoyaba en sus codos para observarla con fuego en la mirada.

—¿Y si no quiero? —Preguntó divertida.

—Hazlo y prometo despertarte a un mundo de sensaciones —. Respondió moviendo sus labios sobre los de ella pero sin besarla.

Brenda aceptó el desafío y cerró los ojos mientras se daba cuenta que la postura de los brazos sujetos sobre la cabeza ya no le molestaban.

—Bien cariño, ahora disfruta. Quiero que sólo pienses en ti y sólo en ti.

Era imposible para ella que Akim fuese capaz de comprender la profundidad que esas palabras tenían para ella. Pensar en ella... sentir sólo por sentir... sin pensar en nadie más que ella, ¿era eso posible? ¿de verdad existía un hombre así?

Brenda sintió como sus tirantes eran bajados y la suave brisa del mediterráneo alcanzaba sus senos mientras el hombre no dejaba de murmurar halagos que le llegaban al fondo de su propia esencia de mujer. Puede que todos los hombres en momentos como ese digan las mismas mentiras melosas pero a ella no le importó. Llevaba tanto tiempo sin escucharlas que lo único que quiso es disfrutarlas. Max no hablaba, nunca lo hacía, las palabras no eran importantes, decía una y otra vez, prefería el contacto de sus cuerpos sin palabras banales y

ella siempre lo aceptó así, aunque ahora, esta noche, estaba descubriendo que sí le gustaban las palabras en el acto y mucho, pensó al sentir el peso del sólido cuerpo sobre el suyo abriéndose paso sobre ella. Asombrada de si misma por sentirse tan desinhibida quiso que la soltara para poder acariciarlo pero él no se lo permitió. Inquieta se movió arriba y abajo cuando lo sintió sonreír divertido.

—¿Impaciente?

—Capullo. Uy yo... —Dijo silenciándose al instante. Estaba claro que la pasión le desataba una faceta muy oculta, hasta para ella misma.

—¿Tú qué, doctora? —Contestó divertido— ¿Tú no dices esas cosas? Conmigo sí —dijo seguro—. Quiero que hagas y digas todo lo que sientas... —Dijo mientras su cuerpo se acomodaba entre sus piernas que se abrían expectantes por recibirlo y sentir todas esas promesas que esperaba que él pudiese cumplir.

Unos dedos largos acariciaron su cadera y su lencería cayó lentamente bajo sus tobillos. El pecho se le movió agitado cuando sintió el calor de su masculino cuerpo adentrarla en lo más interior de su ser. Duro, fuerte, exigente, Akim se introdujo en ella mientras resoplaba extasiado. La besó con fuerza, un beso húmedo, agresivo, posesivo, uno que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones. Él dijo que deseaba despertarla y no sabía lo bien que lo estaba haciendo. Su pasión desaparecida se hacía presente con una fuerza devastadora. La verdadera mujer se presentaba ardiente y necesitada. Quería ser tocada, acariciada, devorada. Necesitaba sentir su potencia, su deseo primario poseyéndola sin descanso. Sentirse mujer con todas las letras sin saltarse ninguna.

—Eres un sueño... —Murmuró ronco mientras empujaba cada vez con más potencia sobre un cuerpo que se habría por él —. Dios... te deseo tanto.

Akim se incrustaba sobre su cuerpo fundiéndolos a los dos en uno. La brisa marina era su único testigo. La arena fría y húmeda refrescaba sus cuerpos mientras se estiraba cada vez más deseosa por darle todo lo que el hombre le pedía. El joven gemía como si se encontrara en el cielo y ella lo seguía en cada paso hacia la dicha. La penetró una y otra y otra vez sin descanso. Incluyó la cabeza y le besó los pechos mientras deseosa de sentirlo aún más en su interior, enlazó sus piernas alrededor de sus caderas para ayudarlo en el empuje. Estaba ardiendo por la necesidad. La tensión se acumuló en su cuerpo esperando una liberación que reconoció al instante aunque esta vez era muy diferente. Aquello no era el prelude de un orgasmo, aquello era la misma pasión hecha carne. Era sentir el cielo abrirse para estrecharla en sus brazos. El modo en el que él se movía, la manera en que sus músculos se tensaban sobre ella hicieron que se estremeciera con un gemido que nació desde lo más profundo de sus entrañas. Él

tensó sus brazos separando ligeramente sus cuerpos, saliendo y continuó moviéndose hasta lanzar una maldición en voz alta y vaciarse con tres chorros espesos y calientes sobre su muslo.

Ambos se quedaron extasiados y en silencio. Las olas seguían regalándoles su danza y Brenda comenzó a sentir como sus ojos se cerraban adormecidos bajo el calor de su sólido cuerpo. Akim acariciaba con una ternura sobrenatural sus senos murmurando lo mucho que la deseaba mientras ella, satisfecha en cuerpo y alma, susurraba a Morfeo lo especial de sentirse una mujer desde la cabeza hasta lo más profundo del corazón.

Te acepto

Te admiro mientras duermes y me pregunto
si me recuerdas en tus sueños como yo lo hago
en cada segundo de mis días...
Akim

Akim acariciaba el cabello de la mujer que adormecida se apoyaba sobre su pecho sin poder creérselo. Ella estaba allí, con él. Ambos se habían amado con desesperación hasta terminar agotados sobre la arena húmeda por el rocío de la noche. Se sentía pletórico. Un hombre completo. El aire no le cabía en el pecho. Intentó aceptar que aún le quedaba mucho camino por recorrer, quiso no crearse falsas esperanzas, pero maldita fuera si no lo festejaba.

Ella estaba con el vestido arrugado sobre su cuerpo después de hacer el amor totalmente entregada a sus caricias. Ni en sus mejores sueños habría imaginado una reacción tan apasionada. Sabía que Brenda sería cariñosa, lo supo siempre pero la mujer que tenía adormecida en su pecho era una auténtico arrebatado de fogosidad. Una mujer hecha para el placer. Sabía que bajo su capa de mujer remilgada escondía un ser indomable deseoso por salir pero lo que se encontró... ¡Uf! con lo que se encontró, pensó sonriente. Si lo que acaba de pasar era sólo la primera vez, no quiso imaginar cómo serían las siguientes. Su cuerpo se endureció de sólo imaginarlo. Brenda respiró profundo y supo que estaba dormida. Con cuidado de no despertarla y haciendo completos malabares se levantó con ella en brazos y caminó hacia su bungalow de madera intentando no despertarla. Su modesto hotel estaba justo frente a ellos. Sonrió al recordar que con todas las malas intenciones del mundo la había llevado a esa playa pero ni en sus mejores sueños se imaginó el tenerla en brazos y recostarla en su cama después de haber compartido su pasión sobre una arena bañada por la luz de las estrellas. Brenda abrió los ojos al sentirse apoyada en una cama y sonrió adormilada al ver como Akim levantaba su vestido y la dejaba totalmente desnuda.

—Estás despierta —. Con descaro la recorrió al completo mientras se quitaba la ropa y se acercaba a la cama para gatear sobre su cuerpo y cubrirla con tiernas caricias.

—Y veo que tú también —. Dijo acariciando su masculinidad lista para un segundo asalto.

Akim, no respondió, se limitó a adorarla cual diosa de una fiesta en primavera. Su piel temblaba frente a su tacto y la respiración se le entrecortaba con cada caricia. El corazón le latía con fuerza reclamando más y más el suave cuerpo que se retorcía y elevaba con desesperación. Ella era el cielo hecho carne. La más dulce de sus experiencias. Anhelaba cada pequeño milímetro de esa fina piel. Con sumo cuidado, sus dedos ásperos recorrieron el huequito de su cuello que comenzaba a adorar, siguieron por la fina clavícula y temblaron con miedo al rozar el montículo de sus senos. La punta de sus pezones se tensaron necesitados y los halagó con la mayor de las delicadezas temiendo hacerles daño. Ella era tan suave, tan exquisita y él tan áspero, tan rudo, tan... simple.

Con la boca abierta por la desesperación acercó los labios húmedos a su cuerpo y acompañó cada caricia con una hilera de besos ardientes que humedecieron por allí donde pasaban. Viajó por su cuerpo cual pirata navegante de nuevos mares. Brenda era su tierra, su tesoro, ese al que no quería renunciar. Las estrellas y los cielos sabían que no se la merecía ¿pero quién dictamina lo incorrecto de lo debido frente a aquello que el corazón obtuvo luchando a puño cerrado? Pirata, atracador o culpable de amar, ya poco importaba la sentencia con ella a su lado. Con una dulzura desconocida hasta para él mismo acarició sus tiernos labios y bebió cada gota fresca de su sabor recorriendo cada pequeño escondite de su delicioso paladar. Se embriagó con su aroma mientras recuperaba la vida con cada suspiro de su pasión.

—Háblame...—Susurró sobre su boca para continuar con un reguero de besos por el rostro—. Dime lo que quieres que te haga. Te lo daré todo.

Ella se restregó hacia arriba buscando su contacto pero no era suficiente. Sus ojitos chocolate estaban cerrados y, a pesar de saber que disfrutaba, Akim necesitaba más, buscaba más. Quería su rendición. Deseaba tatuar con besos su cuerpo, tenía que grabar las palabras rendida en todos sus besos.

—Pídelo... —Dijo ronco por el deseo.

—Bésame —. Contestó con los ojos aún cerrados.

—¿Dónde? ¿Aquí? —Dijo mordisqueando la blanca piel de su cuello.

Entonces Brenda abrió los ojos y él sintió que el corazón se le salía del pecho. Tenerla bajo su cuerpo con las piernas abiertas y la pátina de la pasión nublando su mirada era demasiado para un pobre hombre como él.

—Dónde... —Repitió retando un pulso a su contención. Ella rompería esos dichosos muros y sería con él.

Su mirada se notó confundida y él supo que en su interior se libraba una batalla importante. La doctora educada y complaciente debería dar rienda suelta a la mujer que se había encargado de ocultar y que él sacaría a la luz. La quería al completo, toda ella. Con sus perfecciones y sus deseos, con sus berrinches y

sus sonrisas, toda al cien por cien.

—¿Aquí? —La incentivo con unos labios de fuego complaciéndola hasta hacerla gemir—. ¿O aquí? —Dijo al succionar uno de sus pezones con la exaltación de sus labios.

Ella gemía y se estremecía bajo su cuerpo cuando la soltó esperando órdenes. Ella cerró los ojos nuevamente. Sabía lo que él esperaba. Con un valor que él llegó a pensar que era imposible ella sujetó su muñeca con apenas fuerza. Tomó su mano fuerte para guiarla hacia el monte de su feminidad y depositarla justo allí. En su dulce humedad. El centro de su placer. Akim sonrió dando gracias al cielo. Esto era todo lo que buscaba. Un primer paso hacia la eternidad, un primer paso a sentirla rendida por él.

—Mi vida... —Susurró ronco antes de dejar un reguero de besos que bajan por su cuerpo hasta llegar a donde su mano se encontraba.

Con cada roce de sus labios ella se movía inquieta hacia arriba pero él la sostuvo pegada al colchón con el peso de su propio cuerpo. Cuando la tomó con la boca, ella ronroneó un “sí” muy bajito pero lo suficientemente seguro como para que Akim se inflamara de orgullo. Su lengua ardiente la lamió con placer disfrutando de un sabor que jamás creyó real. Puede que conociera el sexo y no existiese para él ninguna lección no aprobada pero esto era mucho más. La sensación de sentirla a punto de la explosión lo hacían querer rugir como el más salvaje de los hombres. Cuando ella comenzó a temblar su paciencia se tornó imposible. Con desesperación ascendió por su cuerpo cual serpiente envolviendo a su presa. La devoraría sin permiso. Alcanzó sus labios para atrapar cada gemido de pasión que brotaba de su boca mientras extendió la mano áspera y ancha para entrelazarla con la de ella. De un solo golpe se adentró en ese delicado cuerpo que lo envolvió con su calor y lo hizo temblar de placer. Ella era un ángel de cielo envuelta en el ardor más pecaminoso de los siete infiernos. La deseaba con desesperación. Se deslizó una vez y otra hasta sentir como el fuego ardiente de su humedad lo quemaba.

Brenda comenzó a gemir nuevamente y él mordió sus labios incentivándola a alcanzar la cima una vez más. Se movió lentamente para darle tiempo. Esperaría lo que fuese necesario con tal de sentirse exprimido por esas húmedas paredes. Una vez y otra entró en ella hasta que creyó que moriría de un momento a otro cuando la sintió abrazarlo por los hombros y estirar el cuello hacia atrás. Estaba a punto de llegar y sería con él. Akim empujó una vez y otra para darle todo lo que ella necesitaba cuando sintió que una fuerza apretaba su miembro para adentrarlo más y más en su pequeño cuerpo.

—Dios... No puede ser real... —Dijo al saber que ya no podría contenerse.

Entrelazó con fuerza sus dedos fuertes con los suyos mientras embistió con la más fuerte de las pasiones. Una y dos veces antes de enterrarse y maldecir por lo bajo antes de caer inmóvil en el hueco adorable de su hombro.

Cuando consiguió volver a respirar Akim se separó, encestó el preservativo en la papelera y la abrazó con todas sus fuerzas. Brenda lo acariciaba en silencio y él se estiró para ofrecerle su cuerpo al completo. Ella comenzó a dibujar círculos en su torso masculino hasta bajar por su abdomen y él le advirtió con diversión.

—Ese camino es peligroso.

—¿Mucho? —Preguntó con voz traviesa y él se lo demostró hasta casi el amanecer.

Akim fue el primero en despertar y sonreír al ver el cuerpo que tenía a su lado. Él no era hombre de dormir acompañado pero descubrir a Brenda como acompañante de cama era mucho más que cualquier sueño. Era acariciar las nubes y encerrarlas en las manos. La mujer estaba literalmente pegada a su cuerpo y sus pechos indiscretos se asomaban por entre las sábanas sin ningún pudor. Sin poder contenerse un segundo más, acarició con el dorso de sus dedos la suavidad de su delicado hombro y pensó en lo feliz que sería su vida si todas las mañanas fuesen como aquella. El destino parecía estar sonriéndole y a pesar que el optimismo no solía ser su estado natural, no pudo ocultar un inmenso sentimiento de euforia.

Brenda no era una pieza fácil de conquistar y sabía perfectamente que una noche de sexo no significaba el hacerse con la victoria, pero estaba demasiado feliz como para pensar en nada que no fuese retenerla a su lado para siempre. Antes la deseaba pero ahora la adoraba. Ella representaba todo lo inalcanzable convertido en realidad. «Dios, me tiene loco», pensó perplejo de sus propios sentimientos. Tenía el pelo revuelto sobre la almohada y aunque podía notarse el morado en un lado del rostro eso no la hacía menos atractiva a sus ojos. Al contrario, eso demostraba que existía una Brenda, una mujer completa y apabullante, una apasionada por la vida y el ser humano, una dispuesta a jugarse por aquello que creía.

Peinó su enredados cabellos con suavidad y recordó que le había dicho que aceptaría cualquier migaja de su cariño, pero ahora, aquí, desnuda y en su cama, dudaba de poder soportar tener que compartirla con nadie. No, Brenda Klein sería suya a jornada completa.

Con cuidado de no despertarla y cual *voyeur* indiscreto, movió la sábanas hacia los pies para observar su divino cuerpo. ¿Arrugas, Vejez? ¿En verdad ella había comentado esas tonterías para asustarlo? La luz asomaba por la ventana y su preciosa desnudez lo cegó. Sin poder contenerse y con cuidado de no apoyar

su peso sobre el cuerpo adormecido, comenzó a besarle los senos con la mayor de las dedicaciones. ¿Cómo podía no comprender lo que era capaz de despertar en un hombre? Ella gimió entre sueños y él sonrió con maldad. La llevaría al más glorioso de los placeres. Le mostraría un mundo de sensaciones. Despertaría su pasión, la convertiría en adicta de su cuerpo y así jamás Brenda Klein podría abandonarlo.

—Te deseo —. Le susurró al oído más para él mismo que con la intención de despertarla.

Con suavidad y ternura acarició sus mejillas guiando las ásperas manos por la frescura de la tierna piel temiendo hacerle daño. Ella eran tan tan... tanto y el tan... tan... poco.

Con profunda sensación de temor se apoyó sobre sus codos. No quería que ella despertase jamás del sueño que comenzaban a soñar juntos. Con una tierna sonrisa en la mirada cobijó ese pequeño rostro entre sus anchas manos y con el dedo pulgar y apenas sin rozarla recorrió esa terrible y profundísima arruga que, según ella, poseía alrededor de su dulce mirada de chocolate. Brenda se removi6 dormida y él suspiro enternecido. Ni en sus mejores sueños hubiese podido imaginar que dormir con una mujer fuese ni la mitad de maravilloso que lo era con ella. La besó lentamente, despacio, queriendo beber de su vitalidad. Utilizó los labios como escáner preciso para recordar cada detalle de su cuerpo. Redondez, tamaño, textura, todo era absorbido por unos labios que mordisqueaban, lamian y amaban sin descanso. Ella abrió los ojos al sentirlo acariciar su vientre y él levanto la mirada para embeberse de aquella imagen. Sus ojitos adormecidos, su cuerpo deseoso y sus labios inflamados por sus caricias, esa era una imagen que jamás se le borraría de sus atormentados ojos. Adoraba a esa mujer hasta la locura. ¿Qué tiene ella distinto a las demás?, le había preguntado Nikola. «Querido amigo, si vieses lo que yo estoy viendo en estos momentos no me harías esa pregunta», se respondió divertido.

Brenda sonrió al chocar con su mirada y supo que derribaría el universo si ella se lo pidiera. Subió hasta su boca restregando su cuerpo con toda la intención para que lo sintiera. Con cuidado de no aplastarla con su peso se apoyó con los codos pero no la besó. Deseaba que lo viera. Necesitaba que también ella grabase su rostro, que lo recordase durante el día pero también por las noches, que lo necesitase para respirar, que sus amaneceres fuesen insostenibles sin su presencia, deseaba que ella se sintiese morir sin él como le sucedía a él cada vez que no la tenía. Ella estiró su mano para acariciarle el rostro intentando conseguir un beso pero él se lo negó.

—Pídemelo —. Dijo con voz grave y brillo en la mirada.

Su doctora lo miró entre curiosa y desorientada y él sonrió sin poder

contenerse. Adoraba romper sus esquemas porque cuando lo hacía ella se convertía en esa mujer que nadie veía excepto él.

—Quiero escuchar tu voz por la mañana, suplicando...— Comentó con ardor en la mirada.

—¿Quieres que ruegue?

Akim sonrió intentando tranquilizarla. Por supuesto que deseaba escucharla rogar pero no en el contexto en el que ella se imaginaba.

—Doctora, quiero que me pidas lo que desees —dijo mientras bajaba el rostro para besarle la mejilla—. Quiero que no te contengas, que me pidas lo que te causa placer, quiero que me cuentes tus apetitos turbios y me pidas que los haga realidad —dijo con la voz ronca por el deseo—. Quiero despertar tus deseos y que me indiques como...

Su voz se perdió en un delicado cuello que se extendía hacia atrás para ofrecerle más piel. Sí, ella lo estaba comprendiendo y se estaba entregando.

—Quiero sentir tu cuerpo bajo el mío pero no quiero sólo tus temblores busco más, necesito que despiertes contra mis caricias —balbuceó nervioso con los labios pegados a los suyos—. Quiero satisfacerte... quiero sentirte... quiero que reclames lo que te pertenece —susurró mientras su lengua jugueteó con la suya. Ella gemía y se refregaba contra su duro cuerpo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se contuvo de poseerla, la deseaba hasta el dolor pero jamás sería suya si no era capaz de arrancar sus pudores sociales.

—Por favor... —susurró nerviosa y él sonrió cual lobo hambriento tras la presa. Sin dejar de acariciar con una mano esa sexualidad lista para ser recibida habló ronco.

—¿No entiendo cariño? Dime lo que desees y te lo daré.

—Akim, por favor... no me hagas esto... —contestó retorciéndose bajo el cuerpo ancho y musculoso que se negaba liberarla.

Por un momento se sintió tentado de ceder. Ella comenzaba a removerse y temió tensar demasiado la cuerda pero si Brenda no conseguía romper las barreras, si con él no hacía lo que no se atrevía con otros, ¿entonces cómo podría asegurarse de retenerla a su lado?

—Inténtalo, amor... sólo déjate llevar... —Sus dedos fuertes entraron delicados en la más dulce de su humedad incitándola a expresar con palabras lo que su cuerpo reclamaba a gritos—. Dime lo que quieres, susúrrame al oído tus deseos y te prometo que los cumpliré. Hazlo mi amor... por favor... —dijo en algo que aunque parecía simple deseo carnal para él simbolizó una súplica desesperada.

—Akim...

—Sí, mi vida—. Contestó buscando desesperado una respuesta.

—Te quiero dentro —dijo con apenas voz.

Él sonrió esperanzado mientras introdujo un segundo dedo en su interior y rozaba su clítoris con suavidad e insistencia.

—¿Así...? —Preguntó ronco y totalmente excitado.

—No —. Contestó con los ojos cerrados con fuerza y levantando las caderas en alto —. No juegues... Akim

—Estoy aquí mi amor —. Dijo olvidándose de toda prudencia.

—Te quiero dentro. Entra en mí. Te necesito dentro —dijo estirando la mano para sujetar su pene duro entre los dedos —. Mételo dentro —. Respondió agitada por el deseo.

Akim hubiese aullado como un lobo al sentirla hablar así pero estaba demasiado apurado en satisfacerla como para ponerse a gritar. Con un solo movimiento fuerte y profundo estuvo dentro de ella uniendo sus cuerpos algo más allá de lo natural.

—¿Mejor...? —Preguntó con maldad al dejar de moverse y sentirla rechistar entre dientes.

—Maldito seas, muévete, quiero correrme contigo dentro. Quiero que golpees tu cuerpo contra el mío con todas tus fuerzas y que no te detengas nunca — Gritó exasperada por la necesidad.

El hombre recostó su cabeza en el cuello de su chica intentando contenerse y no actuar como un animal. Sabía que despertar los deseos de Brenda sería buenos para ambos pero nunca imaginó que tanto. Estaba a punto de convertirse en una fiera sin control alguno. Sus palabras lo habían encendido como nunca.

Estiró la mano y con los dientes como garras rompió el envoltorio del preservativo que tenía sobre la mesilla y saliendo de su cuerpo pero sin alejarse demasiado se lo puso a una velocidad mayor que el de la luz y la penetró tal como ella se lo pidió. Con fuerza, sin restricciones y sin descanso. Moriría agotado en aquél acto pero feliz de ser lo que ella buscaba en un hombre.

Brenda emitió un sonido ronco cuando él la penetró una y otra vez sin tregua. Sus labios se unieron enloquecidos. Jamás había sentido algo así. Ninguna mujer lo había enloquecido hasta el descontrol, y cuando su delicada mano se apoyó en su hombro para arañarlo con fuerza mientras alcanzaba el clímax, entonces supo que el cielo existía y estaba dentro de ese delicado cuerpo. El calor lo inundó y la humedad de su pequeño cuerpo lo envolvió hasta que ya no pudo más. Mordió su suave hombro con cuidado de no lastimarla mientras se liberó una primera, una segunda y una tercera vez antes de desplomarse sobre la ternura de su piel. Definitivamente esta era lo mejor de su vida. No tenía mucho que ofrecerle pero sí mucho que pedirle. Se sintió culpable pero, que Dios se

apiadara de él, porque no pensaba alejarse de ella jamás.

Besos que matan

Llegaste a mi vida pintándola de colores desconocidos.
Antes de ti era un lienzo de oscuros sin claros, hoy estoy
feliz de vivir porque tú me enseñaste a pintar.
Akim

Se despertó y fue al servicio con mucho cuidado de no despertarla cuando el sonido vibrante de un móvil le borró esa sonrisa de hombre profundamente satisfecho que le embargó durante toda la noche y parte de la mañana. Estaba seguro de que hasta dormido seguía sonriendo embobado. Caminó de puntillas cual ladrón de poco monta, rumbo al teléfono. Sabía que estaba mal, que no debía hacerlo, se dijo cientos de razones para convencerse de no hacerlo pero sus manos parecieron no escucharlo. Con sumo cuidado para no ser descubierto rebuscó en la chaqueta sintiéndose el peor de los hombres.

“Nunca te importó ninguna y ahora te comportas como un marido celoso rebuscando en sus bolsillos”. Sacudió la cabeza pensando que se comportaba como un imbécil hasta cuando se regañaba a sí mismo. “¿Un marido celoso? ¿De verdad soy tan idiota como para hacerme esas comparaciones a mi mismo?” Se maldijo por lo bajo pero continuó con el ultraje del dichoso aparato. Se sintió un traidor y por un momento pensó en no entrometerse, pero no pudo. La sensación de agobio por perderla, el sentimiento de volver a sentirse una mierda como en el último año al no tenerla lo dominó y lo hizo agarrar el endemoniado aparato. Lo extrajo del bolsillo y observó la pantalla. “Dios, los hombres no hacemos estas cosas”, se dijo alterado. Respiró algo más relajado al leer el nombre en la pantalla. No era el innombrable de su marido.

Brenda se removió en la cama mientras abría los ojos. Temiendo ser pillado con las manos en la masa, se acercó con la mano en alto acercándole el móvil y hablando con indiferencia absoluta.

—Es Rachel —. Dijo mientras le ofrecía el teléfono y se dirigía al servicio como si nada.

Ella saludó a su amiga y Akim cerró la puerta del servicio intentando calmar los nervios. Tenía unos pocos días antes que el innombrable ladrón apareciera con sus supuestos derechos para arrebatarle lo que más quería. Debía

actuar con precaución pero con prisa. El tiempo no estaba a su favor, pensó mientras se mojaba el rostro con agua helada.

—¿Pero cómo? ¿Qué dices?

Brenda preguntó nerviosa y Akim caminó a su lado asustado al escuchar el tono de preocupación en sus labios. Se acercó esperando a que cortara y se explicase pero al ver como se incorporaba en la cama y dejaba sus pechos altivos y desnudos a plena vista, se olvidó de toda preocupación. Acercó su boca a tan tierna delicia y comenzó a mordisquearlos disfrutando de un glorioso placer matutino que sólo ella era capaz de ofrecer.

—*Espera por favor...* —Dijo tapando el micrófono y acariciando su negra cabellera. Akim sonrió con picardía mientras levantó los hombros en señal de no es mi culpa sino la tuya —. Está bien. Iré cuanto antes... No, no he dormido en el hotel... Sí, estoy bien... por favor Rachel podemos dejar esta conversación para después... En media hora nos vemos en la cafetería de entrada...

Akim la observó algo enfadado. Reunirse con Rachel no entraba dentro de sus planes. Igual un desayuno en la cama y algo más de sexo, almuerzo y sexo, merienda y sexo, siesta y sexo. Sí, esa era la forma en que pensaba cómo deberían pasar el resto del día.

—Tengo que irme —. Dijo apresurada mientras rebuscaba sus ropas desperdigadas por el suelo.

—¿Irte a dónde? ¿Qué ha pasado?

Brenda se vestía nerviosa como si no lo escuchase y Akim temió lo peor. Ella no podía irse a Londres. Aún no. Nikola le había asegurado que tenía reservas para diez días y sólo habían pasado tres. No podía irse. Maldita sea, él necesitaba ese tiempo.

—Brin, espera... Detente. Brin... —Intentó sonar calmado aunque estuviese a punto de salir disparado por los nervios.

—¿Alguna vez me dirás por qué me llamas así? —Dijo mientras se calzaba presurosa las sandalias.

—Puede, pero ahora me vas a decir qué diablos está pasando —. Akim habló con su profunda voz gruesa y ese acento tan típico que se le marcaba aún más cuando estaba enfadado.

—Es Rachel. La policía ha estado preguntando por ella. Le han dicho que no puede moverse de la isla —. Respondió mientras decidía ponerse el vestido sin sujetador porque a pesar de buscarlo por la habitación no conseguía encontrarlo.

—¿Policía? ¿De qué la acusan?

—De ser la que propició el ataque a un alto cargo militar. Dicen que ella

guió a las Amazonas y que... —Se detuvo sin continuar mientras giraba la cabeza boca abajo para recogerse la larga melena en una coleta.

—¿Y qué... ?

—La verdad es que no sé cuál es el supuesto acto de vandalismo del que la acusan pero estaba muy nerviosa.

—Eso es una tontería, esa mujer es demasiado repipi como para hacer nada que estropee su ropa de diseño.

Brenda pensó que aunque algo frívola, la descripción de Akim era bastante acertada.

—Me voy, luego te llamo.

—¿Luego te llamo? —Akim la detuvo del brazo mirándola con una ceja levantada—. ¿Luego te llamo? Creo que no —. Akim, quien también terminaba de calzarse sus zapatillas, se apresuró a ponerse una camiseta negra y la miró sonriente —. Ni muerto te dejo ir sola. Tú rostro aún está algo morada y Dios sabe en que otro lío serías capaz de meterte sin mí.

Ella le sonrió y él supo que esa mujer sería su muerte. Comía de su mano cual pollito de gallinero. Uno que aunque sumamente grande y tatuado era un pollito al fin y al cabo.

—Vamos, te llevo —. Dijo recogiendo las llaves del deportivo.

—¿Y eso? —Preguntó señalando su mano.

—Lo alquilé al llegar—. Dijo sin mencionar que era lo único que había disponible en la agencia y que aunque el alquiler le costara un riñón, no le había importado si con ello conseguía encontrarla más rápido.

Brenda se subió al coche pero no dijo mucho más. Akim dedujo que estaría preocupada por Rachel. Ella había sonado muy nerviosa al cortar el teléfono.

—En menos de diez minutos estaremos allí. La isla es pequeña —. Dijo intentando relajarla.

Brenda aceptó la información con la cabeza pero no contestó con palabras. Estaba totalmente callada y él comenzó a preocuparse. Hubiese querido saber cómo se sentía, si pensaba en ello, si aún lo sentía dentro de su cuerpo, si aún recordaba sus ruegos por tenerlo dentro porque, maldita sea, él sí que lo hacía. Seguía con el sabor salado de su piel en los labios y el aroma a Jazmín y vainilla en el cuerpo. Aún escuchaba sus gemidos resonándole en los oídos cuando penetraba su aterciopelada humedad.

Si Brenda no deseaba hablar, él debería callar, pero maldita fuese, “¿Con esta mujer cuándo es el momento?”, pensó disgustado. Aceleró intentando enfocarse sólo en la carretera pero no pudo. Ella era el centro de sus pensamientos desde el primer día en que la conoció. Estaba atontado e

imbécilmente enamorado. Sí, aunque le costase admitirlo. Esos nervios excesivos, esos celos irracionales y ese continuo temor a perderla representaban que estaba mortalmente enamorado. De pies a cabeza.

«Anoche te entregaste. Te desperté, lo sé, lo sentí y pienso recordártelo una y mil veces si hace falta». Se dijo sonriente al darse cuenta que estaba desquiciado de remate. ¿Desde cuándo? ¿con cuántas mujeres había estado? ¿a cuántas de ella recordaba? A ninguna, se dijo maldiciendo por lo bajo. “A ninguna excepto a ti...”

Brenda estaba preocupada pero no era por Rachel. Su amiga seguramente exageraba, siempre lo hacía. La verdadera razón de no hablar era porque aún podía sentir su boca acariciando todos los recodos de su piel. Lo había hecho. Había suplicado cada caricia. Había rogado por sentirlo dentro duro y profundo... estoy enferma, se dijo tapándose la boca con dos dedos. ¿Cómo he podido? ¿Es que de nada sirven los años y la experiencia? Acercó la mano a su frente y suspiró avergonzada.

Ella no era de esas. Ella creía en la confianza, en la sinceridad, ella era una especialista de estos temas ¿cómo pudo dejarse llevar? ¡Por amor al cielo! Si se había comportado como una puta de barrio en una noche de verbena, pensó alterada. Se revolcó en la playa con un hombre entre unos matorrales y después se metió en la cama para desparramarse sin atisbo de vergüenza, vamos, que seguro ni las putas de pueblo lo hacían tan desesperadas. ¿Y había gritado? Sí, lo había hecho, y gemido, y reclamado y exigido... Dios... Cerró los ojos intentando no recordar pero era imposible. Las imágenes de su noche de pasión aparecían una y otra vez. Los recuerdos de sus uñas clavadas en la ancha espalda pidiendo más la hicieron querer morirse de la vergüenza. No era ninguna ingenua, sabía perfectamente que la pasión llevaba a esas situaciones escandalosas pero ella siempre había sido una mujer bastante controlada en lo que al sexo se refería. Max aplaudía su comportamiento controlado, decía que aquellas mujeres que se lanzaban sin tapujos eran unas barriobajeras y aunque no las juzgaba ella sabía que jamás sería como ellas, pero anoche... anoche... Akim había conseguido despertar con sólo un roce lo que ella creyó muerto, desaparecido, enterrado o lo que fuese que estaba.

El coche aparcó frente al hotel y decidió que debía bajar y alejarse cuanto antes. Quizás si no lo miraba a los ojos, si no se encontrara con ese azul profundo de su mirada, podría analizar todo lo pasado desde una perspectiva más racional y buscar una solución a tan terrible enredo. Ella era una profesional de la psiquis, debía sentarse y aclararse, seguro en pocos minutos tendría la terapia perfecta que la guiaría en la solución de su fuerte, joven y tatuado problema, ¿o no?

—Se la han llevado —. La muchacha llamada Esperanza y que trabajaba en el hotel y actual miembro de las Amazonas, dijo en voz alta y sumamente nerviosa.

—¿Quién? ¿a dónde? —Brenda comenzó a preocuparse de verdad.

—Soy “El Peter”, el novio de “la Espe” —. Dijo estirando la mano y Brenda se quedó sin palabras pensando si esa información le servía de algo pero el joven continuó sin más—. La policía se la llevó con cargos.

—¿Por qué? —La doctora no daba crédito.

—La acusan de ser la propiciadora junto con los skin del ataque en la misa de los militares.

—Eso no es verdad. Tenemos que sacarla de allí —. Dijo dispuesta a marcharse cuanto antes.

—No creo que sea posible.

—¡Por qué! —Brenda elevó la voz disgustada y Akim sonrió al notarla perder los papeles. Era una tontería pero verla desquiciada y sin los formalismos habituales la acercaban más a él.

—Está incomunicada —. Contestó Esperanza moviéndose algo nerviosa.

—¿Y por qué? —Volvió a preguntar mientras sentía que estaba perdiendo las fuerzas.

—No estoy segura —. Esperanza respondió dudosa y su novio la miró furioso lo que hizo sospechar a Akim.

—¿Quién puso la demanda? —Preguntó extendiendo todo el ancho de su cuerpo y posicionándose al lado de Brenda para demostrar que ella no estaba sola.

Esperanza se movió nerviosa pero no dijo nada. El hombre estaba por volver a preguntar pero esta vez con mayor energía cuando Peter confesó sin pelos en la lengua.

—Ha sido la arpía de Carol.

—¡Peter! Eso no lo sabes —. El joven la miró resoplando y Esperanza se cuadró frente a él.

—Sí lo sabemos *gordi*. Fue la loca.

—¿Y por qué? —Brenda preguntó nuevamente con la única frase que era capaz de decir y Akim sintió pena por ella. Se la notaba agotada y se acariciaba la frente con la apariencia de tener la cabeza a punto de partirse en dos.

—¿Quién sabe? Está loca.

—Rachel es la única que sabía del ataque de los skin —Esperanza escupió enfadada —. Está más que claro quién nos vendió.

—Eso no es verdad. Rachel tiene un... amigo en la policía —comentó nerviosa—. Él le informó de los planes de ataque, fue por eso que en cuanto lo

supo corrió para advertirlas. Si eso fuese verdad ¿por qué habría estado allí? Tuvo que salir huyendo y a mi casi me matan de un golpe. Es estúpido pensar que es la culpable.

Akim maldijo por lo bajo al recordar lo que podría haber pasado si él no hubiese llegado a tiempo. Sólo recordar a aquél desgraciado lo hacía despertar sus instintos más cavernícolas. Esos que por temor a perderla siempre intentaba ocultarle.

—Carol sólo busca nuestro bien —. Esperanza contestó como si alguien la estuviese atacando y Akim sintió un extraño picor en el cuerpo.

Estaba por hacer un par de preguntas para saber la razón de semejante acto de fe hacia su líder cuando se vio sorprendido con una Brenda que sin explicación alguna, se giró a toda prisa rumbo a la salida.

—¿A dónde se supone que vas? —Akim la detuvo por el codo con firmeza — Han dicho que está incomunicada. No podemos hacer mucho.

Brenda se sonrió y Akim vio los problemas acercarse. Comenzaba a conocerla lo suficientemente bien como para saber que se iniciaba una nueva revolución.

—Siempre se puede hacer algo. Voy al consulado.

Divertido pero sumamente altivo habló con el pecho ancho de orgullo.

—Esa es mi chica —. Dijo sin pensar y arrepentido al instante al notar su cara de susto.

«La he asustado. Mierda». Pensó enfadado con su falta de contención. Aún era pronto para absurdas reclamaciones de macho bravo. ¡Idiota!

—Yo voy con ustedes —. Peter dijo con seguridad y Akim agradeció la interrupción.

—Tú no vas a ningún lado. ¡Peter! —Esperanza lanzó una orden amenazadora pero el joven no la aceptó.

—Lo siento, *gordi*, pero voy a ayudarlos. Ella no te merece y te lo demostraré.

Peter le regaló un sonoro beso en sus redondeados mofletes y se marchó a toda prisa tras sus nuevos amigos que ya estaban a punto de subir al coche.

Akim caminaba nervioso en una de las salas del consulado. Ella no aparecía. Se pasaron el día de un lado a otro como maleta de titiritero. Que si convencer a la secretaria para que los atendiera, que si rellenar formularios y más formularios, que si preguntar por el asistente del asistente, Dios, aquello era la burocracia hecha carne. Peter se sentó a su lado y le extendió un vaso de papel con café de máquina que agradeció al instante. Llevaban todo el día sin comer y ya casi era la hora de cenar. No quería imaginarse como estaría Brenda. Llevaba horas encerrada en el despacho del cónsul sin salir.

—Gracias —. Dijo aceptando la bebida —. Deberías marcharte. Tu novia no parecía muy contenta.

—Lo hago por nosotros —. Akim lo miró curioso mientras bebía un sorbo de su horripilante café —. Esa mujer no es transparente. Las tiene engañadas y debo desenmascararla.

—¿No crees en los derechos por los que luchan? —Preguntó con un toque de enfado.

—Por supuesto que sí, es en esa zorra en quien no creo.

Akim bebió otro sorbo interesado en la historia. Brenda comenzaba a involucrarse con aquellas mujeres y no deseaba verla metida en otro peligro. Otra vez.

—¿Tienes pruebas?

—No, pero las tendré. Mi *gordi* tendrá que aceptar la realidad.

—Temes por tu novia...

Peter se estiró aún más y Akim sonrió al ver la cara de tonto que se le ponía al pensar en su "*gordi*". ¿Él también pondría esos ojitos de perrito amaestrado cuándo pensaba en su doctora? Sí, estaba convencido que sí.

—Mi *gordi* es lo único que tengo. Nos criamos en el mismo pueblo, teníamos los mismos sueños, éramos el uno para el otro hasta que...

Akim esperó a que Peter continuara pero no lo hizo, simplemente bebió el final de su café y aplastó el vaso de papel entre las manos. El jovencito no parecía tener más de veinte años pero su cuerpo de tirillas lo hacía parecer aún más joven. Akim estaba realmente intrigado. Peter ocultaba algo.

—¿Crecisteis juntos? —Dijo intentando conseguir algo de información útil.

—Sí, ella se crio con su abuela. Éramos vecinos, compañeros de clase y de travesuras. Es mi novia desde los seis años. Se lo pedí una tarde en la puerta de su casa y hasta ahora. Jamás nos hemos separado. Donde ella esté, allí voy yo.

—¿Viven en la isla?

—No —contestó divertido—. Cuando supo de la reunión anual de las Amazonas buscó por internet y consiguió trabajo bastante rápido. Trabaja en el hotel por las tardes y yo hago algunos trabajitos sueltos que nos dan para la comida pero por fin regresamos a casa dentro de poquito. Nuestro negocio nos espera.

—Emprendedor —. Comentó interesado.

—Algo parecido, la *gordi* adora cocinar y estamos por inaugurar nuestra propia tetería, con los más deliciosos pasteles caseros de todo Londres.

—Los felicito.

Akim bebió lentamente su café imaginando por qué una jovencita de pueblo y que vivía con su novio de siempre y con el cual comenzaba un futuro prometedor deseaba seguir ciegamente a una líder que según Peter estaba totalmente desquiciada. Brenda apareció tras la inmensa puerta de madera y Akim se levantó olvidándose por completo de Peter, su novia, las Amazonas y el mundo en general. Ella tenía ese poder sobre él.

—¿Cómo fue? —Preguntó nervioso.

—Dicen que no pueden hacer mucho más. Me han pedido que regresemos al hotel. Si todo sale como esperan en un par de horas quedará libre —. Contestó agotada.

—Esas son muy buenas noticias —. Dijo acariciando su mejilla —. No tienes por qué preocuparte...

Brenda lo miró a los ojos entre cansada y algo desconfiada y Akim quiso comerla a besos. Su doctora era así, no descansaría hasta tener todo bajo control y con el problema solucionado.

—¿Entonces se sabe quién la acusó? —Peter preguntó de lo más interesado.

—Fue Carol. La acusa de ser la incitadora. Asegura que Rachel llamó a los skins y provocó el ataque.

—Desgraciada. Siempre echando la culpa a los demás y quedando como mártir.

—Sí bueno, la verdad es que ella es la menor de mis preocupaciones. Ahora sólo quiero que mi amiga quede libre y poder regresar a casa.

Brenda habló con verdadero agotamiento y sin percatarse del estado de mutismo del joven obrero que fue incapaz de reaccionar. Nikola había asegurado que ellas estarían en la isla un total de diez días. Eso le dejaba un total de siete para poder conquistarla. Regresar a Londres, a su rutina y al innumerable de su marido lo dificultaría todo. Aseguró que aceptaría lo que ella le ofreciera, fuese mucho o poco pero eso ya no era viable. Él lo quería todo y lucharía por el todo y nada menos.

Los tres marcharon rumbo al hotel en silencio, parecía como si el cansancio de todo un día de preocupaciones los hubiese dominado, aunque la realidad para cada uno fuese muy distinta.

Akim observó a Peter por el espejo retrovisor, seguramente estaría pensando en cómo alejar a su novia de las dichosas Amazonas, Brenda sin embargo, tenía los ojos cerrados y aunque hubiese deseado pensar que soñaba con él, la realidad es que la mujer estaba agotada. Y en cuánto a él, sus pensamientos eran más que claros, ¿cómo conseguir el máximo de tiempo para conquistarla manteniendo al innumerable alejado? Odiaba admitirlo pero una

noche a su lado no era suficiente para competir con un hombre que llevaba en su vida demasiados años.

Rachel bebía de su té después de haber podido cenar tan sólo un bocado de su pequeño sándwich. Estaba entre agotada y furiosa. Esa desgraciada la había acusado a ella. ¡A ella! Si de algo podían acusarla era de intentar salvarlas. Siempre intuyó que Carol no era del todo fiable, ¿pero hasta el punto de acusarla y meterla en la cárcel?

Bebió de su té mientras observó a Brenda, que sentada justo enfrente le sonreía comprensiva. «Menuda mal nacida, me acusa a mi cuando por su culpa tuve que confesar mis propios secretos de alcoba a mi mejor amiga». Pensó al recordar cómo se vio en la necesidad de aclarar la relación con el policía. ¿Qué pensaría ahora Brenda?, se dijo horrorizada. ¡O no! Pensó al darse cuenta por primera vez que el albañil estaba sentado a su lado sin decir palabra y escribiendo un mensaje en el móvil.

—¿Estás mejor? —Brenda preguntó preocupada

—Sí, mucho más tranquila. Tengo que agradecerte que me salvaras. Como siempre —. Dijo sonriente.

—No seas tonta. Sabes que movería cielo y tierra hasta liberarte.

—Por supuesto que lo sé —. Sus palabras demostraban total convencimiento. Ella era su súper Brenda, su mejor amiga, la salvadora.

Una llamada en el móvil de la doctora la hizo levantarse de la mesa y hablar en susurros tapando el micro mientras contestaba.

—Es Murray, lo llamé hoy por la tarde. Será para saber si ya estás libre —. Dijo mientras se alejaba para contestar y Rachel sonreía al verificar como Brenda realmente había removido Roma con Santiago con tal de liberarla. Akim estaba por levantarse de la silla cuando Rachel lo retuvo con sus palabras.

—Tenemos que hablar —Dijo con voz amenazante.

—¿Ah, sí? —Dijo con sorna y clavando su profunda mirada en ella.

—Sí albañil, y no te hagas el listillo conmigo que no tenemos mucho tiempo —. Dijo al mirar a Brenda a lo lejos hablando con Murray por teléfono.

Akim levantó una ceja expectante. De esa presuntuosa no podía surgir nada bueno. Las mujeres como ella odiaban a los hombres como él.

—Soy todo oídos —. Contestó con sorna mientras se estiró nuevamente en la silla.

—¿Qué intenciones tienes? —Lanzó sin anestesia.

—Creo que no te comprendo —. Se quedó congelado por unos segundos cuando al final negó con la cabeza con una falsa sonrisa en el rostro.

—Déjate de estupideces, sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Conozco a los tipos como tú y sus intenciones.

—E imagino que me las vas a aclarar ¿no?

—¿Cuánto?

—¿Perdón?

—Digo que cuánto quieres. Puedo extenderte un cheque ahora mismo. Tengo mucho dinero. Tú pon la cifra.

Akim cerró y abrió los ojos mientras respiraba profundamente y Rachel comenzó a sentirse algo preocupada. Era la primera vez que se detenía en la imagen del obrero y pudo descubrir que tenía más músculos de los que había previsto. La tensión se le acumulaba en el ancho cuello y la mirada profunda se le transformaba de azul cielo a azul infernal. Puede que igual no hubiese estado del todo acertada en sus suposiciones, pensó tragando saliva.

Akim cruzó los brazos y acercó su cuerpo lentamente sobre la mesa haciendo que sus rostros casi chocaran. Le habló con la voz lenta pero tan profunda que la hizo temblar hasta los calcetines.

—Maldita mujer... Vamos a hacer de cuenta que esta conversación nunca existió, porque de no ser así tendría que ahorcarte con mis propias manos y no me gustaría que Brenda se disguste.

Rachel tragó lentamente mientras se acarició el cuello en un acto instintivo.

—¿Entonces te gusta de verdad?—dijo casi temblando del susto recién superado.

Akim negó con la cabeza y recobró la posición en su asiento.

—Puede que tú no seas capaz de verla porque no ves más allá de tus narices pero Brenda es una mujer difícilmente comparable —. A Rachel le gustaron sus palabras pero no quiso interrumpirlo. No tenía que justificar con aquél albañil el cariño que sentía hacia su mejor amiga —. Es maravillosa, es lo mejor que he conocido en mi vida y aunque sé perfectamente que no la merezco, jamás dejaré de intentarlo. La quiero para mí. Quiero verla sonreír, quiero sentirla libre. Ella es mucho más de lo que todos ven.

No todos, se dijo Rachel pero sin confesarlo en voz alta. Connor y ella sí que sabían cómo era la verdadera Brenda, incluso llegaron a conocerla mucho antes de verla casada.

—No es libre. ¿No te importa?

—Sería un necio si no me importara —. Contestó furioso.

Rachel lo estudió al detalle. Ese hombre no era la especie de hombres a los que ella miraría jamás, pero algo estaba muy claro, los pocos momentos que los había visto juntos, su Brenda sonreía de una forma diferente. Más sincera. Más desinhibida. El albañil conseguía sacar a la mujer escondida.

—¿Serás su amante? —Preguntó sin tapujos.

—Y a ti que te importa —. Contestó molesto y Rachel se carcajeó en alto.

—Querido, conmigo menos dientes. Conozco demasiado bien a los de tu clase.

—¿Los de mi clase? Cualquiera lo diría. Una señora como tú —. Dijo despectivo.

—Te sorprendería saber que tan parecidos somos, y por eso quiero que sepas que no pienso quitarte el ojo de encima. Brenda es mi mejor amiga, la adoro y no dejaré que le hagas daño. Si la quieres estaré de tu lado pero si la lastimas será mejor que te prepares porque puedo ser la más cabrona de todas las cabronas.

Akim se sorprendió al escucharla hablar. ¿Dónde estaba el *sweet, crazy* y todas esas tonterías que decía al hablar?

—¿No vas a delatarnos? —Preguntó sabiendo que no debía confiar en ella.

—No voy a negarte que quiero mucho a Max. Él es un hombre fabuloso y si cambiara algunas conductas sería lo mejor para ella, pero haré lo que Brenda me pida. Si ella te escoge a ti no me interpondré.

Akim sintió su pulso latir con fuerza. El mejor hombre para ella. Y allí estaba la primera de las tantas puñaladas que recibiría si seguía insistiendo en obtener lo que se le tenía prohibido. Miles de complejos comenzaron a roerle las entrañas. Maldita sea, él también podría ser un hombre ideal si las circunstancias hubiesen sido otras. No fue él quien escogió nacer en el momento y sitio equivocado.

Brenda se acercó una vez que cortó la llamada y los miró interesada en la conversación pero Rachel fue lo suficientemente rápida como para distraerla. No deseaba ser descubierta. Akim supo que ella estaría observándolo desde la distancia corta.

—Me voy a descansar. El día ha sido muy largo.

—Sí, será mejor que las dos descansemos. Mañana nos iremos temprano.

Rachel la miró curiosa mientras observó como al albañil se le transformaba el rostro.

—¿De qué estás hablando?

—El cónsul me aconsejó que nos marchásemos cuanto antes. Mejor estar en casa y enfrentar a Carol en nuestro propio terreno. No sabemos por qué te acusó y que razón tiene para querer verte lejos de las Amazonas —. Brenda contestó con seriedad.

Hablaba convencida pero Rachel no la escuchaba. El rostro descompuesto del albañil la tenía absorta. Estaba claro que él no se lo esperaba.

Puede que Akim no fuese su apuesta ganadora en el corazón de su amiga pero entre ellos comenzaba algo, eso era indiscutible, bastaba ver el brillo de sus miradas como para reconocerlo.

—No nos vamos a ningún sitio.

—Creo que no me has entendido bien. Si esa loca decide acusarte nuevamente y la policía acepta la denuncia no podré sacarte de España.

—Tonterías, tú siempre podrías —dijo divertida—, además Carol no volverá a mover ficha. Algo me dice que simplemente intenta asustarme.

—¿Por qué lo dices?

—Llámalo instinto.

Brenda negó con la cabeza en señal de desconfianza. —No podemos arriesgarnos. Nos vamos.

—Entonces te vas tú sola mi querida *sweet* porque yo me quedo.

Rachel creyó escuchar que el albañil volvía a respirar pero no se detuvo a mirarlo, estaba demasiado ocupada convenciendo a su amiga.

—Tenemos reservas pagadas para diez días y hemos estado sólo tres, de los cuales uno me lo pasé entre rejas. No pienso irme a ningún lado. Voy a disfrutar de la isla, pienso salir de marcha, comer unas tapas y beber un tinto de verano aunque no tenga ni la más remota idea de qué es eso.

Brenda pareció pensárselo por unos minutos largos pero luego asintió.

—Está bien, nos quedamos, pero me vas a prometer que no te acercarás a las Amazonas hasta que regresemos a Londres.

—Eso sí puedo prometerlo —. Dijo sonriente.

Si no creyese que la odiaba, Rachel habría jurado que el albañil tenía ganas de besarla. Se despidió asegurando un cansancio que no sentía y subió a su habitación. Sea lo que sea que pasase entre aquellos dos era un asunto entre ellos y en el que no pensaba entrometerse, o por lo menos no hasta que fuese absolutamente necesario.

Cuestión de tiempo

Júrame que siempre te quedarás en mí.
Dime que no importa cuántas primaveras me abandonen,
tú siempre estarás aquí.
Akim

Brenda estaba nerviosa y a pesar de sus enormes intentos por ocultarlo no fue capaz de hacerlo. Después de todo lo vivido era el primer momento en el que se encontraba a solas con Akim después de cientos de contratiempos. No sabía muy bien cómo debía actuar. A decir verdad no tenía ni idea. Era la primera vez que se veía en semejante situación y a pesar de haber tenido muchos pacientes que le contaron circunstancias similares a estas, no recordaba ninguno de sus propios consejos. ¿Debían hablar de lo sucedido? ¿Debía dejarlo pasar como un simple recuerdo? ¿Qué debo hacer? Se preguntó una y otra vez sumamente nerviosa.

“Debes irte, debes marcharte cuanto antes”, contestó su consciencia apresurada. Pensaba y pensaba a mil por hora y su cerebro parecía a punto de estallar cuando descubrió que Akim ya no estaba sentado a su lado sino que ahora tras su silla, la tomaba de la mano obligándola a levantarse. En silencio, sin decir una palabra, la guió por las escaleras hasta su propia habitación. Ninguno de los dos habló. Puede que en el fondo ella tampoco lo desease. Estaban frente a su puerta y el hombre la abrió con lentitud, la estrechó entre sus brazos y la llevó a la cama. Ninguna palabra. Ninguna frase, ninguna explicación, ninguna negación...

Akim respondió con una caricia delicada y áspera sobre su mejilla mientras comenzó a deslizar su vestido hacia abajo. Cerró los ojos y esperó lo inevitable. La boca del joven se cerró sobre la suya y el tiempo, los remordimientos y la alianza de su dedo perdieron la batalla ante la cruda realidad.

—No Philips, no necesito tanto. Con sólo mil libras más será suficiente... Está bien... ¿cuándo me harás el ingreso?... ¿en la tarjeta que me diste? ¿tan rápido?... Perfecto. Gracias, te lo devolveré como acordamos.

Akim cortó el teléfono contento con lo obtenido. Con una pequeña extensión de su préstamo podría preparar la noche de despedida. Los días

pasaban demasiado rápido, pensó mientras la observaba a lo lejos como ella descansaba en la arena. Tan bonita, tan relajada, aquello era demasiado bueno como para ser real. En esos pocos días había vivido una especie de felicidad de la que los compositores románticos cantaban en sus canciones. Suspiró y pudo sentir como su corazón se desgarraba en jirones al pensar que esa sería su última noche juntos. Ya no despertarían juntos, ya no la vería sonreír entusiasmada con su primer café del día, ya no sería suya... Se iría y debería compartirla. Odiaba pensar en algo más que no fuera esa noche pero el pensamiento del innumerable resultaba ser inevitable. Ella no lo había mencionado, evitaba cualquier comentario relacionado con él pero Akim descubrió sus dudas la noche anterior. Brenda no le había ofrecido ninguna promesa y él tampoco tuvo valor para reclamarle nada. Aún no. La conocía lo suficiente como para reconocer los titubeos en sus momentos de silencio. Estaba confundida ¿pero cuánto? La pasión no dominaba a lo que Brenda llamaría “sus deberes” o por lo menos no por ahora, y él no estaba dispuesto a perderla por su falta de paciencia. La esperaría, la ahogaría con su pasión y esperaría que ella misma tomara la decisión de estar a su lado. Odiaba cada minuto de dudas, hubiese deseado atarla si fuese necesario hasta convencerla que lo suyo era mucho más que un dulce sueño de verano, pero no podía. Si Brenda llegara a sentirse mínimamente acorralada se le escurriría como agua entre los dedos y no había llegado hasta allí como para actuar de forma tan estúpida. Se tragaría su orgullo, se mordería la lengua hasta que sangrara y descargaría en sacos de cemento toda su impotencia, lo haría todo si con ello la conseguía. Se acercó despacio para no despertarla.

Estaba tumbada con los ojos cerrados y el anaranjado sol bañaba su cuerpo dorado. Akim sintió como la garganta se le secaba y su cuerpo se tensaba anhelante. No, no era la mujer más bonita del mundo, puede que incluso para algunos fuese una más, pero a él lo tenía encerrado en la cárcel de sus besos y de sus caricias. Brenda Klein era un torbellino, uno enclaustrado en una jaula que alguien había construido y de la cual él deseaba liberarla. El hombre se agachó con cuidado y con delicadeza le apartó el sedoso cabello para besarla en aquél rinconcito bajo el cuello por debajo de su oreja y que se había convertido en su lugar preferido.

Brenda descansaba sobre su enorme toalla en una playa demasiado lejana de toda población existente. Necesitaba descansar. Los acontecimientos de los últimos días abrumarían al más experto en materia del corazón. Su cuerpo respondía a mil anhelos que comenzaba a descubrir y a un sueño que jamás creyó soñar. ¿En qué momento la vida te obliga a pasar por aquél túnel que siempre te negaste traspasar?

Los ojos se cerraron guardando el calor en sus párpados de un sol que comenzaba a enrojecerse en la distancia. Respiró profundo y una pequeña lágrima se escapó de sus ojos, que aún cerrados, intentaban retener lo inevitable. El presente y el futuro, la realidad y los deseos chocaban como un tren a toda velocidad en una marcha descontrolada que no fue capaz de retener.

Diez días, sólo hicieron falta diez días para que una vida construida con mimo y sumo cuidado pudiera derrumbarse frente a sus narices.

¿Quién dice sí a la verdad o a la mentira? ¿Quién define lo que es real o imaginario cuándo es el corazón el que dirige cada uno de sus actos? ¿Sería eso? Pensó interrogativa, ¿es el corazón el que se encuentra detrás de este profundo vacío que me domina y me completa sin dejarme respirar o será que sencillamente culpamos al amor lo que sencillamente deberíamos llamar estupidez?

Brenda abrazó su propio cuerpo vestido con apenas un sencillo bañador intentando regalarse el peor de los consuelos. El de las traidoras.

Una respiración suave y tibia se acercó a su oído y su cuerpo se erizó con el más simple de los contactos. Sabía que aquello estaba mal, eso no podía ser. Pensó en los veinte mil razonamientos que ofrecería si aquél drama perteneciera a uno de sus pacientes, pero la mente dejó de imaginar cuando sus labios acariciaron su mejilla secando la segunda lágrima que comenzaba a caer.

—Todo saldrá bien... —Dijo la voz grave intentando demostrar comprensión.

¿Bien? Pensó aturdida. Nada está bien, esto no está bien, yo no estoy bien. El cuerpo me reclama lo que mi cabeza rechaza. Soy indigna, cruel, traidora y débil. Débil para expresar lo que siento. Incapaz de confesarte que no seré capaz de continuar. Incapaz y cobarde por no admitir que no podré continuar. Porque no importa lo que mi traidor corazón haya sembrado, seguiré mi camino intentando olvidarte. No importa cuánto te hayas grabado en mi piel o lo dulce que me resulte tu perfume o que el azul del cielo no sea para mi más que una copia barata de tu mirada, te olvidaré porque mi futuro y mi destino depende de ello.

“Es una niña débil”. Las palabras de su padre dichas a su madre en un rincón de la cocina aún resonaban en su cabeza y hoy se hacían más presentes que nunca. Intentó negarlo y superar cada una de sus humillaciones pero hoy taladraban su cabeza más que nunca. Sí que era débil. Débil para volver a empezar, débil para afrontar el futuro incierto sin pensar en la opinión de los demás, débil para arriesgarse sin más, débil para reconocer que la pasión que buscaba llegó de la mano de quien no esperaba. Un cuerpo duro se ubicó sobre su cuerpo y comenzó a besarla con comprensiva ternura y sus labios tan

traidores como el resto de su cuerpo se entregó a una lista demasiado extensa de pecados.

Amor, lujuria, pasión, ternura, verdad, mentira... Todas ellas palabras sin significado cuando el corazón las domina.

Una mano áspera acarició su seno que ahora desnudo se refrescaba con la brisa marina mientras unos labios carnosos besaban su cuello que se estiraba hacia atrás para disfrutar de sus caricias. Los parpados cerrados nunca necesitaron abrirse para descubrir de quien se trataba. Diez días resultaron ser suficientes como para que su cuerpo infractor lo reconociera. Diez días... sólo hicieron falta diez días para borrar lo que necesitó toda una vida construir.

Los brazos fuertes la levantaron sin pedir permiso, mientras los labios apasionados no dejaban de comerla a bocados saboreando el interior como si fuese un verdadero manjar.

Brenda respondió a cada beso y cada caricia sintiéndose la mujer más deseada sobre la faz de la tierra. Nunca se sintió así o puede que sí, quién sabe, pero la realidad era que si alguna vez lo había sentido ya no lo recordaba.

Con sumo cuidado fue depositada en una suave cama y por primera vez abrió los ojos para reconocer su refugio de la última semana. Un pequeño bungaló de madera a pie de playa testigo de lo que no se atrevía a nombrar.

Una mirada fiera y penetrante la devoraba mientras su corazón latía desbordado como cada vez que lo sentía cerca.

«Juro que lo intenté. Juro que lo intenté...» Pensó antes de perder el conocimiento en un mar de besos y caricias de los que no intentó detener.

El sol de la esperanza brillaba más que nunca en toda su vida.

Akim actuaba en silencio. Manejaba los tiempos y las caricias con total inteligencia. Brenda Klein no era una más, ella representaba la mayor de sus conquistas y con suerte sería la última. Estaba cansado de pasear por los caminos sin ataduras y disfrutando de cuanto flor se le acercase. El sendero que Brenda le marcaba era el que cualquier hombre desearía asentarse y él no era ningún ciego. Puede que hubiera vivido veinte seis años sin tenerla, pero ahora su vida ya no era la misma. Soñaba con lo que los demás tenían, adoraba lo que vendría y lucharía por lo que no le pertenecía.

Los cabellos castaños caían desparramados sobre la blanca almohada y se detuvo a contemplarlos sediento de su imagen. Deseaba a esa mujer, la quería en su cama, en su vida y en cada minuto de su triste existencia.

Los latidos de su corazón martillaban intentando escapar del pecho pero Akim los contuvo. Cada momento que pasara a su lado sería su momento. La haría sentir más allá de cualquier límite, la despertaría al mundo de las pasiones como ella lo había despertado a él. Le dedicaría cada segundo de sus caricias a

adorarla cual fiel vasallo a su señora. La extendió sobre la cama y beso cada hueco de su cuerpo desnudo. Brenda intentó moverse pero él se lo impidió. El placer de Brenda era su propio placer. Verla gozar era la más bendita y erótica de sus recompensas. Saboreó su boca, recorrió el paladar y la hizo gemir cuando la abandonó para bajar sobre su cuerpo sedoso. Escucharla enfadarse al abandonar sus labios fue la más dulce de las canciones para sus oídos necesitados. Ella comenzaba a exigir y él la adoró. Brenda pedía tal cual le había enseñado y se sentía pletórico. Cada momento a su lado dejaba más atrás a la mujer reservada, conservadora, responsable y comprometida para convertirse en lo que verdaderamente era, una mujer libre, ardiente, luchadora y terriblemente sexy.

Embriagado con su dulce fragancia de jazmín y vainilla la besó una vez y otra más hasta alcanzar la más embriagadora de las esencias femeninas. Enterró la cabeza entre sus piernas embrujado con su sabor. Nada era suficiente con ella, no importaba cuanto le diera, siempre querría más. Sus labios se movieron posesivos y su lengua se introdujo en un cuerpo que se elevó para darle la bienvenida. Si no hubiese tenido la boca ocupada hubiese gruñido de placer.

Brenda aprisionó sus cabellos para luego tironearlos con fuerza pero a él no le importó. Cada estirón en su cabeza lo llevaban a un estado de excitación aún mayor. Sus labios la devoraron con descontrol y la sintió gemir en alto antes de sacudirse sobre el colchón que intentaba amortiguar sus sacudidas.

Desesperado por compartir con ella esos momentos y con el sabor de su cuerpo en los labios se subió y se introdujo con todas sus fuerzas sin pedir permiso. Ella elevó sus caderas para recibirlo y él empujó una y otra vez mientras dijo en voz alta aquellas palabras que sólo se animaba a escribir en esa pequeña libreta y en la soledad de su habitación. Cientos de sentimientos salieron desbocados de sus labios mientras la embestía con todas las fuerzas que poseen sólo los hombres perdidamente enamorados. ¿Y cómo no iba a estarlo de una mujer así?, se dijo mientras mordisqueaba su cuello.

—Sí... por favor no te detengas... te necesito tanto... —ella susurró casi sin fuerzas.

Ella pedía y exigía y Akim moría de placer con sólo escucharla. En pocos días su Brenda se había abierto a sus necesidades y reclamaba lo que ninguna debería callar. Dios, ¿cómo podría seguir viviendo sin ella?, pensó mientras empujó con aún más fuerza. No, no la dejaría sin luchar. Había llegado tarde a su vida pero ahora estaba en ella y no pensaba marcharse. El pasado no existiría, escribirían nuevos capítulos juntos.

Se enterró lo más profundo que pudo hasta hacerla sentir que estaba allí para quedarse, cuando la sintió temblar y estrujarlo en su calor. Ambos gimieron casi a la par y Akim se sintió casi desmayar sobre su cuerpo. Los dos jadearon

durante unos minutos hasta que fue capaz de moverse a un lado y abrazarla con todas sus fuerzas. Ya no le quedaban casi noches para sentirla a su lado y ese frío sentimiento le hizo helar un corazón que no deseaba volver a morir.

Último día

Te tengo entre mis brazos y miles son las preguntas sin responder. Mi mente me dice que te marcharás como un dulce sueño de verano pero no quiero creerle. Te aferró con fuerza y te beso esperando equivocarme. No me dejes, grita mi corazón desesperado, no me abandones, reclama mi cuerpo anhelante, pero mis labios sólo son capaces de besarte y suplicarte en silenciosa agonía, escógeme a mí...

Akim

Si existiese vocabulario con el cual ella se sentía aquella tarde podría describirse como maravillosa, espectacular, fulgurante. No se había sentido así en años. Se reía con alegría, sin reparos. Disfrutó de una comida estupenda, caminó por la rambla entusiasmada y ahora disfrutaba de una refrescante tarde en un bar. Nada podía ser mejor. Akim se desvivía por ella y aunque quiso sentirse un poquito culpable la verdad es que no podía. Adoraba ser su centro de atención. Saberlo tan joven, tan guapo y tan pendiente de ella la hacía sentir mujer en muchos sentidos ya olvidados. El deseo se reflejaba en su profunda mirada y el orgullo se ensanchaba en sus labios rellenos de un rojo carmín. Cada sonrisa de aquél hombre eran vitamina para el más adormecido de sus sentidos femeninos. Con él se sentía fuerte, entusiasmada, libre... Él no exigía, no pedía, sólo ofrecía. No reclamaba, aceptaba...

—Mil libras por tus pensamientos —Dijo sentándose a su lado con dos cervezas heladas.

—Tonterías... —Dijo restando importancia al tema y regresando al planeta tierra.

—Entonces quinientas, la mitad —. Lo miró curiosa y él respondió con esa sonrisa que sólo le regalaba a ella —. Si son tonterías tendré que pagar menos...

Brenda se sonrió y contestó con tristeza.

—En mi padre. En todo lo que hice por estar a su altura —. Akim lo miró sorprendido y Brenda sintió la necesidad de explicarse —. Él nunca quiso una hija. Se sintió muy desilusionado al no tener su ansiado heredero.

—Igual eran tus sensaciones —. Dijo pensando que ningún padre podría pensar así en realidad. Él hubiese adorado a Lucien de igual forma siendo niño que niña.

—De eso nada —dijo con sonrisa poco divertida—. Se encargó de decirlo alto y claro para que no lo olvidara.

—Tiene que haber sido muy duro —. Comentó acercándose con ternura.

—Me temo que sí. Incluso si lo hablaras con una psicóloga —dijo guiñando un ojo divertida— te diría que eso marca y mucho. No importa los esfuerzos que hagas por superarlo, eso está allí, como una espina que aunque intentes desterrar sigue punzando e intentando hacerte daño.

—¿Cómo es él? —Preguntó curioso.

—Arrogante, interesado, distante, clasista —dijo mientras resoplaba la espuma de su cerveza —elitista y frío, muy frío.

Akim reflexionó en silencio pensando cuantas de las exigencias actuales que ella misma se imponía tenían que ver con la rigidez de su padre. Ahora comprendía su continua búsqueda de la perfección y de los perpetuos análisis sobre los deberes y obligaciones. Ella pensaba una y tres veces las consecuencias de sus actos, de hecho aún no podía comprender como había conseguido derribar sus muros .

—Te toca —. Dijo entusiasmada y Akim la observó curioso.

Ella le miró divertida mientras él se perdía en esa sonrisa que lo atraía como a un niño pequeño un dulce. Estaba locamente enamorado y no se molestaba en ocultarlo. No eran momentos para negar lo innegable.

—¿Qué deseas saber? Creo que ya te lo he contado todo. Hui de un país que tenía muchos tanques y demasiadas bombas, soy padre soltero porque una mujer me consideró poca cosa, mi padre aún sigue regañándome como si fuese un crío y tengo un amigo que aunque algo tonto es como un hermano. El resto ya es historia —. Dijo con una sonrisa de lo más transparente.

—¿Y tu madre? Nunca me has hablado de ella —. Dijo interesada.

—Ella... —Akim intentó buscar una palabra que la definiera pero no la encontró. No era fácil hablar de ella y mucho menos a Brenda. Debería tener mucho cuidado de lo que debía o no contar —. Mi madre amaba mucho a mi padre —dijo lentamente analizando cada frase—. Él siempre fue su vida, nos amó por encima de todas las cosas —. Dijo bebiendo un largo trago de cerveza.

En pocas palabras ofreció un destacado resumen de su madre aunque su forma resumida obviara pequeños detalles como que su padre se enamoró de otra mujer y quiso abandonarla; su madre intentó suicidarse y su padre regresó al hogar pero nada fue como antes. La mujer murió con pena en el alma al sentirse incapaz de reconquistar al amor de su vida y el hombre jamás dejó de sentirse culpable.

Sorbió un segundo trago esperando que el resumen le fuese suficiente y no volviese a preguntar. No es que él sintiese vergüenza ni mucho menos de su madre pero no deseaba hablar de matrimonios rotos con ella. Adoraba a su madre y le llevó mucho tiempo el poder comprender y perdonar a su padre. A

decir verdad ahora que se reconocía como el tercero en discordia lo comprendía por primera vez en todos estos años. Uno no escoge de quien se enamora y al igual que le sucedió a su padre, hoy se encontraba envuelto en un triángulo amoroso del que nunca quiso participar.

Sonrió por las vueltas del destino. Durante muchos años odió a la mujer que le había arrebatado el amor de su vida a su madre y ahora era él quien luchaba por arrebatarse a otro lo que consideraba suyo por derecho legal. Akim se sonrió sin ganas y algo defraudado consigo mismo. Si su madre lo viera en estos momentos no estaría orgullosa de él. De hecho él no lo estaba. Miró al frente y chocó con esos ojitos de chocolate que tan loco lo volvían y asintió para él mismo. Brenda no necesitaba saber nada de aquella historia. No sería él quien se echara lodo sobre su propia camino. Lucharía por ella con todas sus armas y si eso implicaba pequeñas mentiras o grandes secretos pues así sería.

—¿Qué edad tenías cuando falleció?

—La peor. Dieciséis. Imagino que por eso me rebelé y comencé a cometer un error tras otro.

—Lo dices por Lucien.

—No —dijo contento porque la conversación se desviara del tema de su madre—. Lucien es de las pocas cosas buenas que he tenido en mi vida. Ser su padre es un regalo de la vida.

Brenda sonrió añorante y Akim preguntó interesado.

—¿Has pensado en ser madre?

—Sí, pero nunca era buen momento —. Dijo entristecida.

Decidió no volver a preguntar, aquél tema le recordaba al innumerable y si no lo deseaba en sus vidas mucho menos en sus pensamientos.

La camarera se acercó ante la llamada de Akim con una sonrisa más que sugerente mientras le entregaba la cuenta. El hombre intentó disimular las claras intenciones de la muchacha pero no pudo evitar sorprenderse al ver un número de teléfono escrito en el ticket. Ofreció el dinero y no le dio mayor importancia al tema.

—Parece que le has gustado —. Brenda sonó demasiado seria y aunque lo intentó disimular con una falsa sonrisa Akim estaba encantado. La camarera le importó poco y nada, pero verla celosa era gloria para sus sentidos masculinos.

—Mi corazón ya está comprometido —. Dijo con voz grave y su acento como siempre tan marcado.

—Es muy guapa y muy joven. Akim...

—Oh no, no empecemos con eso. Vas a tener que esmerarte un poco más —respondió interrumpiendo su argumentario —porque por ahora no me espantas.

Brenda cerró los ojos y Akim pudo sentir el run run de su cabeza al realizar un sin fin de evaluaciones sobre los “debería o no debería” y maldijo por lo bajo. Necesitaba tiempo. Ella lo necesitaba. Tiempo para comprender lo que comenzaba entre ellos y tiempo para poder demostrárselo.

—Brin... cariño... —dijo con ternura—. Es mi tiempo. Me lo has dado y lo he aceptado, me niego a perderte. Quiero tu cuerpo y tus pensamientos aquí conmigo. El tiempo se encargará de enseñarnos la realidad de nuestros caminos.

Se levantó en el momento justo que la camarera llegaba para entregarle su cambio y seguramente una contestación a su sugerente invitación. Akim negó con la cabeza algo enfado y moviéndose veloz se acercó a su doctora y sin previo aviso la besó en mitad de la sala y delante de una preciosa camarera que se giró molesta hacia otra mesa.

Brenda cerró los ojos ante su contacto y él sonrió triunfante. Adoraba verla perder la compostura, adoraba como se entregaba a sus caricias y adoraba ese pequeño hoyuelo que se le hacía bajo la mejilla al sonreír.

—Me vuelves loco —. Dijo con voz gruesa mientras le regalaba un último beso en el cuello.

—No vuelvas a hacerlo —. Contestó molesta.

—¿Pero qué? —No supo cómo continuar. Su reacción lo desconcertó por completo.

—No quiero que vuelvas a besarme en público. No soy una cría con las que acostumbras a salir. No soy ni esa tal Lola, ni la tontita de la camarera, ni ninguna otro niñaata.

Akim se quedó atónito cuando la vio salir por la puerta sin mirar atrás.

Estaba por marcharse caminando sola cuando la detuvo por los hombros sin ninguna delicadeza.

—¿Se puede saber qué acaba de pasar?

—¡No lo entiendes! —Contestó enfadada.

—No, la verdad es que no.

—Por Dios, Akim, no te hagas el tonto —. Dijo furiosa e intentando escapar de su agarre.

—Puede que lo sea y bastante pero te juro que aunque crea que debo pedir perdón, no estoy muy seguro de porqué.

Brenda se soltó de su agarre y se movió tan mal humorada que no se atrevió a interrumpirla.

—No soy una niñaata. ¡Eso te dice algo! Esa... esa... —Escupió mirando al bar que habían dejado atrás—Esa seguramente imaginó que soy tu madre —. Contestó con dolor en las palabras.

—Y eso lo imaginas ¿por? —Dijo intentando seguir su reflexión.

—Por favor Akim no te rías de mí. Sabes muy bien porqué. Te llevo demasiados años, demasiados... La gente no hará más que juzgarnos y yo no puedo con...

Brenda intentaba continuar pero él no se lo permitió. No otra vez. En un principio no se imaginó la causa de su disgusto pero ahora que la escuchaba no estaba como para dejarla seguir con ese discurso de la diferencia de edad. Ella debía reconocer su valor y aceptar que cualquier hombre estaría loco por tenerla. Cualquiera.

—Esa camarera tiene mucho de lo que envidiarte.

—Por favor, no te burles —. Dijo intentando alejarse, pero él la sostuvo por la cintura.

—No me burlo. Eres preciosa. Tu cuerpo es maravilloso y tu edad te da una madurez fabulosa. Tú despiertas mis pasiones y alimentas mi corazón. Sí cariño, esa y muchas otras jovencitas envidiarían lo que tú eres.

—Akim... por favor...

Ella parecía aturdida. Estaba seguro que si la soltase lo abandonaría en ese preciso momento y todo por las malditas normas de una sociedad que ponían día y edad a los sentimientos.

—Eres el sueño de cualquier hombre. No frivolices lo que ha pasado entre nosotros con unas estúpidas arrugas. No puedo permitírtelo. Tú me has dado unas razones que nunca tuve. Hablar contigo es alimento para mi vida y el sexo es... —se atragantó por lo que estaba por decir—. El sexo es mucho más que hacer el amor. Es sentirlo, es vivirlo... Te mereces el cielo y yo sólo soy capaz de ofrecerte mi corazón —. Dijo avergonzado al descubrir sus sentimientos.

—Akim, es que no eres capaz de ver...

—Lo único que veo es lo que tengo delante. Una mujer por la que muero cada día —dijo acariciando su barbilla y alzándola para que lo mire—. Me pides que justifique lo que no merece ser justificado. En estos días tú me has dado lo que nunca creía alcanzar, no te atrevas a creerte con el derecho de borrar con normas estúpidas lo que mi corazón no puede callar. Puede que tardase en llegar a tu vida, puede que vivieras antes que yo, pero no te atrevas a menospreciar ninguno de los besos que me das, porque ellos son lo único por lo que ha valido la pena vivir.

Estiró la mano y la sujetó por la parte baja de su espalda mientras la guió hasta el coche. Ella dejó de hablar y él no esperaba que hablase. Estaba demasiado alterado. El sólo hecho de pensar que ella pensaba abandonarlo enloquecía sus nervios.

Estaban por subir al coche cuando Brenda inesperadamente se lanzó a

sus brazos y envolvió sus manos tras su cuello para ofrecerle el más desesperado y ardiente de los besos. Sorprendido, aceptó el desafío y la sujetó con fuerza por la cintura para pegarla contra su cuerpo. Si ella lo necesitaba, él lo hacía aún más. Cuando sus respiraciones se calmaron y Brenda separó los labios de los suyos ambos estaban mareados por el éxtasis. Akim no comprendía semejante demostración en público y mucho menos después de lo que acababa de pasar, pero no se quejaría. Estaba ardiente y necesitado. Su cuerpo quemaba por dentro, sentía una necesidad imperiosa de desahogarse en ella, en su calor y en su perfume. Estaba duro y desesperado y su doctora era la única capaz de calmarlo. Las dudas y los temores lo obnubilaban y su cuerpo era lo único capaz de calmarlo. El coche está aparcado en un callejón oscuro, se dijo para sí mismo. Aquello era una locura, Brenda no era una mujerzuela con las que él estaba acostumbrado a retozar, ella misma se lo había dejado bastante claro. Abrió la puerta trasera del coche como pudo y sin pensarlo la empujó en el asiento. Lo miró intrigada cuando él preguntó ronco por la necesidad.

—Dime que no y me detendré.

Ella estiró sus brazos a modo de invitación y él se lanzó sobre ella después de cerrar la puerta del automóvil.

—Necesito tenerte ahora. No puedo esperar... no me rechaces... —dijo mientras besaba su rostro al completo.

—No lo haré —. Contestó mientras lo detenía con una mano en su pecho.

Akim detuvo sus besos pensando que se había arrepentido cuando la vio intentar quitarse la camiseta por los hombros. Su pesado cuerpo sobre el de ella se lo impidieron por lo que dejó un poco de espacio libre entre ellos pero sin dejar de devorarla con la mirada.

Brenda pasó la cabeza por el cuello de la camiseta y se la quitó junto con el sujetador mientras él la observaba con la mirada oscura por el deseo. Estiró sus pequeñas manos y tiró de la suya hacia arriba y él la ayudó a desvestirlo. Estaban acariciando sus torsos desnudos y comiéndose a besos cuando Akim loco de necesidad levantó su falda con las manos. Ella se restregaba y él abrió como pudo los vaqueros. Ese coche era demasiado pequeño para su tamaño y se golpeaba con todo pero no le importó.

—Quiero estar contigo... quiero hacerlo aquí y ahora. Quiero tenerte dentro de mí y que me beses a mí y sólo a mí —dijo con el brillo reluciente de la pasión en su mirada de chocolate.

Akim gimió desbocado. Ella pedía como en el mejor de sus sueños y eso era una maravilla para un corazón tan angustiado como el suyo. Enloquecido por sentirla sujetó sus nalgas y la acercó a su masculinidad erecta mientras empujó con todas sus fuerzas. Debería ser más gentil, pensó intentando calmarse, pero

ella despertaba tantas pasiones en él que sus deseos se quedaron en meras ensoñaciones. Sus manos envolvieron ese delicioso trasero mientras la incitaban a levantarse para recibirlo. Sus dientes se golpearon intentando poseerse mutuamente y sus caderas se acompasaron impacientes por alcanzar la máxima de las glorias. Ambos gimieron sin importarle la estrechez del automóvil y los cristales comenzaron a empañarse entre suspiros y quejidos de placer. Akim rebuscó temblando entre sus bolsillo pero no era capaz de dar con el dichoso paquete por lo cual estaba por separarse cuando ella lo retuvo por las caderas.

—No corres peligro.

Akim la miró intentando pensar en lo que decía pero era algo difícil ya que su sangre se encontraba en otro sitio y no era precisamente su cerebro.

—No puedo tener hijos —. Dijo con profunda pena.

—Pero yo creí, tú dijiste...

—Que nunca era el momento... para adoptar... —Contestó con amargura.

Akim apoyó su frente en la de ella mientras digería la información. Con la mayor ternura habló a escasos milímetros de sus labios.

—Después de Lucien no he vuelto a hacerlo sin protección. Estoy sano, lo juro.

—Te creo —dijo estirando su cuello para besarlo con dulzura.

Sus lenguas se enlazaron y ambos se dejaron llevar. Akim introdujo su mano entre los cuerpos intentando alcanzar ese punto sensible de su cuerpo mientras continuaba empujando sin descanso. Llegarían juntos aunque la vida le fuese en ello. Con movimientos certeros la acarició una y otra vez mientras ella estiraba su cabeza intentando alcanzar aquello que él le ofrecía. Akim respiraba agitada mientras no perdía detalle de su cuerpo tenso por el deseo. Verla tan excitada era un espectáculo de dioses. Se enterró profundo sintiendo esa humedad aterciopelada acariciarlo y tuvo que morderse los labios para contenerse. Deseaba que alcanzara las nubes y que fuese con él. Brenda gimió con fuerza al exprimirlo en su interior y él se dejó ir para volar a su lado.

—Voy a aplastarte —. Dijo al intentar moverse, pero ella lo retuvo.

Sus cuerpos estaban unidos, la humedad recorría sus piernas y Akim no fue capaz de poner palabras a lo que estaba sintiendo. La dicha eran cinco letras demasiado simples para expresar todo lo que sentía.

Olvidando el ayer

No puedo más, estoy ardiendo... Nena, tú no eres ningún ángel, corrompes con tus pecaminosos besos a un hombre que te quiere a morir.
Akim.

—¿Vas a contarme algo o es que ya te has aburrido de mí? —Brenda dijo con un pequeño mohín y disfrutando al ver que Akim dudaba de su marcha.

—Eso nunca —. Dijo estrechándola con fuerza entre sus brazos y devorando su boca con un beso que le quitó el aliento —. Nunca dudes de mí. Puede que no te merezca y que sea un idiota pero nunca dudes de lo que siento por ti. Akim acercó su pequeña mano envuelta en la suya sobre su pecho para que lo sintiera latir —. Desde que te tuve entre mis brazos por primera vez, late por ti. Tú me devolviste a la vida y tú te la llevarás...

Brenda habría querido responder, decir que ella no deseaba verlo sufrir, que ella también sentía un antes y un después. Los días era más claros, las estrellas más auténticas, el viento sonaba risueño y todo lo había traído él. Quiso decir que esos días a su lado señalaban un cambio que apenas comenzaba a aceptar pero prefirió callar.

Akim bañó su cuerpo con su preciosa mirada azulada y acarició su mejilla con el pulgar y levantándole la barbilla con delicada suavidad le depositó un tierno beso entre los labios. Esta vez sin necesidad y sin desesperación. Él no necesitaba escucharla para conocer sus pensamientos. ¿Cómo podía ser posible? Eran de mundos diferentes, de generaciones dispares, de países diferentes y sin embargo Akim la conocía y comprendía como si la conociese desde siempre.

Se separaron y él habló mientras con una sonrisa que irradiaba felicidad la empujó para que entrase a su hotel.

—Pasaré por ti a las siete. Tienes un par de horas para prepararte. Ni un minuto más. No pienso estar más de ese tiempo separado de ti. ¿Lo entiendes?

Brenda asintió con la cabeza y Akim se marchó dejándola volando por entre las nubes.

—Un poco posesivo ¿no?

Brenda se sorprendió al verse pillada, pero al instante tomó el control de la conversación.

—¿Alguna novedad?

—La verdad es que no ...—dijo mientras entraba junto a Rachel rumbo a sus habitaciones —. En los últimos días parece que todo se haya calmado —dijo

con satisfacción —. Parece increíble que hace poco estaba en la cárcel y todo eso en días... días y días...

Brenda entró en su habitación y se sentó en su cama dejando la puerta abierta para que Rachel entrara. Tenía los hombros caídos y sabía que le estaba bien merecido cada velado reproche de Rachel. En brazos de Akim olvidaba los compromisos, la realidad y el tiempo.

—Imagino que te debo una explicación.

—¿Después de días sin saber nada de ti? No, no lo creo.

—Rachel... —dijo suplicante— No me lo hagas más difícil.

—No seas tonta —. Su amiga la miró curiosa y ella contestó con la mano en el corazón —. Te lo súper prometo por Snoopy, *my sweet*.

—Gracias.

—Pero aunque seamos super *very friends* no significa que no lo quiera saber todo y con lujo de detalles. ¡Ahora mismo! —Dijo tomando posición a su lado en la cama.

Brenda sonrió avergonzada. Rachel le hablaba sin aplicarle ningún tipo de juicio. Se mostraba simplemente como una buena amiga dispuesta a escuchar y Brenda no le pudo estar más agradecida. Demasiado tenía con su propio Pepito Grillo que decía una vez y otra que aquello era la mayor de sus locuras o puede que la única, pensó al recordar que desde su más tierna juventud, jamás se había arriesgado en demasía.

Estudiar una carrera en contra de los consejos de su padre puede que fuese lo más osado que hubiera hecho, pero después, simplemente se limitó a cumplir con los convencionalismos exigidos por una estricta sociedad. Su padre, pensó divertida, ¿qué cara pondría si supiera que además de ser una doctora para locos ahora se dedicaba a asaltar cunas? Sí, porque veinte seis contra casi cuarenta seguramente tenía pena de cárcel.

—¿Vas a dejar de sonreírle a la pared? *Sweet* comienza que estoy *open mind*. ¿Qué tal es el albañil? ¿Tan fiera como parece?

—Akim, se llama Akim —dijo con una sonrisa en la cara —¿*Open mind*?

—Sí, lo que tú digas, pero debajo de esa camiseta de mercadillo ¿qué tal? Esos brazos tatuados son verdaderos o pasó por el bisturí. Porque yo una vez conocí a uno que al final tenía todo falso. Y cuando digo todo, era todo.

Brenda abrió los ojos como platos para acto seguido comenzar a reír con una divertida Rachel que la siguió.

—Sí, todo es real.

—Madre mía —dijo sin tapujos—. Claro que los pobres no pueden permitirse esos lujos, menuda tonta estoy, es que me puede la curiosidad.

Brenda negó con la cabeza mientras se quitó los zapatos para cruzar las piernas sobre el colchón y comenzó a hablar más desinhibida.

—Ha sido genial. No sé cómo sucedió ni como fui capaz, pero simplemente puedo decirte que me siento de una forma que no me había sentido jamás.

—¿Tan bueno fue?

—Demasiado —dijo tapándose la boca con la mano tratando de ocultar su vergüenza.

—¡Todo! Cuenta todo.

—No hay mucho. Caminamos por la playa, hablamos, reímos, nos contamos nuestros sueños y nos sinceramos de nuestro pasado. Pero todo fue tan natural, tan auténtico, no sé cómo explicarlo, es como si así debieran ser las cosas. Cuando estoy a su lado me siento tan bien. Pensarás que estoy loca...

—No lo hago —Rachel dijo con firmeza.

—Rachel no sé qué hacer... Quiero decir, sé que esto no está bien. Acabo de cometer una infidelidad y debería sentirme mal pero no puedo porque si cierro los ojos, lo pienso, si respiro, lo pienso, si hablo es sobre él. Dios Rachel ¿qué me pasa?

—Nunca estuvo en tus manos...

—Lo dices para consolarme. Por amor al cielo, soy una mujer casada y él es mucho menor que yo, y tengo estudios en psicología y conozco casos como este, ¿por qué no soy capaz de utilizar mis propios consejos?

Brenda se recostó sobre el colchón buscando algo de piedad a su razonamiento y Rachel se sentó aún más cerca para mirarla a los ojos con completa ternura.

—Creo que el albañil te ha despertado.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó mientras se recostaba sobre los codos para escuchar con mayor atención.

—Desde aquél fatídico día intentaste ser lo que no eras. Ocultaste tu verdadero ser para convertirte en lo que él deseaba. El hijo varón, la perfecta esposa, la educada profesional, siempre cumpliendo con su molde de prototipo ideal.

Brenda sabía a qué día se refería. Aquél en el que ambas lo escucharon a su padre en la cocina despotricar a su madre sobre el listado inmenso de imperfecciones que tenía una hija mujer.

—Él quería que estudiara derecho —. Dijo intentando demostrar a su amiga la aparente rebeldía contra su padre —. Soy un fraude... en todos estos años he intentado ayudar a personas pensando que podía hacerlo cuando en verdad no he sido capaz de encauzar mi propia vida.

Brenda recopiló a toda velocidad los acontecimientos más destacados de los últimos veinte años y descubrió algo que no le gustaba en absoluto. Todos siempre esperaban de ella ¿pero alguna vez se preocupó por lo que ella esperaba de sí misma?

Los días y los años pasaban uno tras otro y en todos se veía como una autómatas haciendo siempre lo que debía sin permitirse siquiera el pensar si aquello era lo que en verdad deseaba.

—No lo eres. Todos somos supervivientes de nuestro pasado y tú no eres ni mejor ni peor que el resto de las mortales. Luchaste por conseguir la perfección creyendo que así el orden se establecería en tu vida pero el albañil te demostró que existía una brecha.

—¿Y Max?

—Esto no es por Max y lo sabes.

Brenda se cubrió los ojos con las manos con fuerza.

—No. Llevaba tiempo sin sentir y no quise aceptarlo —. Rachel la observó curiosa y Brenda aclaró—. No me refiero sólo al sexo, hablo de la vida. La pasión por sonreír, por ser feliz, por sentirme libre...

—Por vivir...—Rachel la observó por unos momentos y luego comenzó a sonreír con picardía. La miró intrigada y la mujer lanzó una carcajada divertida.

—Y ya que hablamos de pasión por la vida, ¿qué tal?

—No pienso hablar —dijo poniéndose de pie a toda velocidad—. Será mejor que me duche pronto porque pasará a recogerme en nada.

—Ya me parecía raro que te dejara mucho tiempo libre. ¿Entonces hablamos de un fiero?

—Rachel...

—¿Potro o gatito? Lo miras y esos ojos chispean fuego y esos tatuajes que dan repelús y claro dices potro, potro seguro, pero luego se acerca a su doctora y parece que el carácter se le ha caído a los pies y entonces dices, pues gatito...

Brenda se detuvo frente al armario descolgando un vestido negro para mirarla con atención.

—¿De qué estás hablando?

—Digo que Potro —dijo moviendo las caderas con velocidad hacia arriba y abajo— o dulce gatito...

—Haré de cuenta que no he escuchado nada —. Dijo negando con la cabeza y recogiendo los zapatos de tacón para ponerlos junto al vestido.

—Ajá, con que cena romántica. Eso es gatito.

—Eso es que es nuestra última noche... —Contestó con pesada tristeza.

—¿Habéis acordado que sois una aventura de verano? Puede que sea lo

mejor, después de todo él es tan... tan...

—¿Tan qué? —Preguntó algo molesta con el tono de su amiga.

—Pobre, extranjero, poca cosa... *Sweet*, sabes que te apoyo y entiendo perfectamente que desearas un cambio en tu vida, incluso me alegro de verte ser tú misma ¿pero cambiar a Max por un albañil? Eso no es para ti. Puedes jugar con ellos pero nunca involucrarte.

—No hablamos de ningún futuro —. Contestó molesta, aunque tuvo que reconocer que Rachel decía en voz alta lo que seguramente pensaría toda la humanidad.

—¿No estarás pensando en que esto continúe no?

—Soy una mujer casada —. ¿Por qué había dicho eso?

—Y yo hago tríos. ¿Eso que tiene que ver? Lo que digo es que tú no eres de esas. No sabrás lidiar con un amante y lo de contigo, *baguette y ciboullete* no es real.

—Pan y cebolla —Rachel la miró con los ojos abiertos y Brenda aclaró —. “Contigo, pan y cebolla”. Así es el refrán.

—Lo sé pero queda más *cool* con ingredientes franceses —Brenda levantó los hombros mientras movía la cabeza en señal de rendición —. Lo importante es que te des cuenta que un albañil y tú no tenéis nada en común.

—¿Quieres decir que vuelva con Max como si nada?

—Digo que si no es Max habrá otro pero uno más acorde a tu... estilo.

—Voy a ducharme —. Dijo con sequedad en la garganta.

Brenda se encerró en el baño sin querer escuchar mucho más. Esperó a que la puerta de la habitación se cerrara para sentarse en el borde de la ducha y ponerse a llorar cual niña pequeña sin su osito. Rachel se equivocaba. Akim no era el simplón que ella pensaba pero no tenía sentido discutir, había algo de lo que su amiga había dicho en lo que tenía mucha razón, ella no era mujer de dos hombres. Con uno llevaba media vida, habían construido un mundo juntos y con el otro... con el otro se sentía viva. Abrió el grifo decidiendo que un baño de agua tibia sería mucho mejor que una rápida ducha. Se secó las lágrimas y comenzó a desvestirse cuando cayó en una reflexión que no había pensado hasta ahora.

«No te ha pedido que sigas a su lado... » Pensó mientras se sumergía en el agua con las sales de jazmín cortesía del hotel. «Jamás mencionó querer algo más. ¿Y si lo que busca es ser un amante de ocasión?»

Brenda no pudo dejar de sentirse un poco molesta al creer que sólo la deseaba como un cuerpo pero por otro lado eso la hacía sentir lujuriosamente carnal.

Pensó y pensó hasta que la cabeza le dolió. Salió del baño, se secó la

melenas, se peinó, perfumó y escogió el más sexy de sus conjuntos de lencería. Se ajustó dentro del delicado vestido negro y se subió a los tacones cuidando todos los detalles. Se miró al espejo y cerró los ojos al verse reflejada. Puede que no fuese una niña pero estaba dispuesta a ofrecer la mejor de sus visiones.

«Mentirosa». Se dijo con culpabilidad. Con una propuesta de relación o como simples amantes, el cuerpo le reclamaba a gritos estar en brazos de Akim otra vez. Deseaba a ese hombre. Adoraba lo que le hacía sentir y sufría de sólo imaginar que esa fuese su última noche juntos. Esa era la realidad, una temida y que aún no podía reconocer en voz alta.

Por siempre

El reloj marca apresurado las horas en las que ya no estarás.
Mi alma tiembla tan sólo de pensar que mañana no te tendré o
que ni siquiera me recordarás. Soy un hombre y como todos
lloro en silencio y, entre gritos mudos, suplico que me mires,
que te quedes a mi lado, que me regales tu amor esta noche
y que destruyas la crueldad de un destino sin ti.
Akim

Akim esperaba en la entrada mientras daba largas caladas a su cigarrillo. A ella no le gustaba y estaba dispuesto a dejarlo, pero otro día, hoy no estaba como para cambios. Esta era su última noche juntos en la isla. Mañana cada uno volvería a sus vidas en la ciudad y la distancia que los separaría sería la de miles de años luz. Ella trabajaría en su consulta y él la observaría tras la puerta de cristal sin poder acariciarla, cual estrella lejana de un universo al que puedes admirar pero jamás podrás acceder. Debía demostrarle tantas cosas y hacerla sentir unas cientos más, pero maldita fuera, sólo le quedaba tan sólo una noche. Una única noche —. Joder... —Dijo al verla mientras se apresuraba a machacar la mitad del cigarro en el cenicero de la puerta.

Brenda lo miraba fijo mientras caminaba a paso lento cual ángel bajado del cielo o por lo menos eso es lo que a él le pareció. Un ángel flotando en el aire y que le sonreía a él. Sólo a él.

«No voy a dejarte marchar ». Pensó mientras abrió la puerta para que ella saliera y quedaran frente a frente.

—Estás preciosa —. Comentó dándole un delicado beso en la mejilla y acariciando la suavidad de su vestido ceñida a la cintura.

—Tú tampoco estás nada mal.

—¿Está ligando conmigo, doctora? —Dijo alzando una ceja oscura divertido.

—¿Y si digo que sí? — Respondió tentándolo con mirada traviesa.

—Te diría que no lo hagas —. Dijo serio y sorprendiendo a una Brenda que se tensó al instante.

Akim encantado con sus dudas se acercó a paso lento a su oído de tal forma que pudo sentir ese delicado aroma a jazmín, vainilla y a piel tan propio de ella. Su cuerpo respondió al mero roce ante aquella mujer pero no se asustó,

se sabía perdido por ella y era de necios el negarlo. Levantó su mano y tembló al acariciar esa suave piel del cuello bajo sus dedos ásperos. Ella era tan suave, tan real, tan cálida. Con la voz grave por la tensión y el deseo, acercó sus labios para susurrarle al oído con claridad, pasión y una cuota de sincera realidad.

—Antes de conocerte ya era tuyo. No necesitas conquistarme.

Akim depositó un crudo beso en el cuello de la mujer y succionó con delicadeza esa inflamada vena que latía cada vez más fuerte. Ella se apoyó sobre su pecho como intentando buscar refugio y él gimió de felicidad. Eso es lo que buscaba y eso era lo que deseaba. Su doctora pensaba mucho, estudiaba y meditaba demasiado las cosas, y él la necesitaba así. Vencida por la pasión. Esa era la única manera en la que podría retenerla. Con delicadeza fue terminando sus caricias y la alejó sosteniéndola por los brazos. Ella aún tenía los ojos cerrados y Akim hubiese querido tomarla en sus brazos, subirla a la habitación y recorrerla de principio a fin, pero ese no era el plan.

—Nos vamos —dijo mientras la guió con la mano en el bajo de su espalda hacia el coche.

—¿Y ese lugar es? —Comentó con un pequeño hilo de voz.

—Todo a su tiempo mi Brin. Todo a su tiempo.

Brenda bajó del coche guiada por la mano de un auténtico caballero, o por lo menos eso es lo que esperaba ser esa noche porque si no de poco valdría el tener que soportar la maldita corbata y su incómoda sensación de ahorcado. Lucía un traje de esos que llevaban los actores en los Oscar, de un impecable azul prusiano impoluto. Dudaba mucho de sí exactamente el traje era azul prusiano y de si la corbata era de un delicado borgoña pero confiaba en el dependiente. Sabía que debería vender a su padre para conseguir saldar la deuda contraída con Philips pero estaba encantado con el resultado. Ella lo miraba con anhelante deseo y él no podía pensar en otra cosa que no fuese satisfacerla. La vida podía ser una auténtica mierda y en la mayoría de los casos apeataba, pero ahora comprendía perfectamente a los ricos, enamorados y felices porque en momentos como este, el aire era menos denso y las noches mucho más cálidas.

Caminaron juntos hasta la mesa reservada a pie de playa. Las vistas sencillamente espectaculares, no ocultaban ninguna de las maravillas de la isla. Situados en una pequeña y alejada cala del norte se sentaron a disfrutar de la fresca brisa marina. El sol ya no se divisaba en el horizonte y la luz naranja de sus reflejos ya casi ocultos iluminaban un mar azul oscuro y tranquilo.

Akim acercó su silla a la de ella para cubrir su pequeña mano con la suya. Si el mundo se detuviera en ese mismo instante y le dijeran que allí terminaba su existencia, no se molestaría en discutir porque había conocido el

sentido de la vida. Estaba tan concentrada disfrutando del horizonte que no quiso interrumpirla. Su perfil se dibujaba con la luz de las antorchas encendidas y su cabello acariciaba sus hombros gracias al delicado movimiento de la brisa marina. Sí, ella era una mujer atractiva, preciosa, pero su esencia no radicaba en su larga melena ni sus labios de cereza. No, Brenda era la energía de una mirada transparente, la savia de fuertes ideales, la lealtad de la amistad, el calor de su sonrisa sin pecados. Con total indiscreción observó cada detalle de su rostro comprendiendo la perfecta combinación que la hacía tan diferente a las demás. Ella no lo sabía pero era una joya en escasez. Se movió en su asiento y tuvo que sonreír al verse descubierto en su detallado análisis.

—¿Qué pasa? —Dijo curiosa, pero él no respondió. Sólo la miró dejando que el fuego de su mirada hablara por él.

El camarero se acercó en ese mismo instante y Akim sonrió al ver su cara de desconcierto. No le había contestado y conocía suficientemente bien a Brenda como para saber que en este momento se estaría comiendo los codos de intriga.

—Puedo aconsejarles un entrante de croquetas melosas de jamón cien por cien ibéricas con una ensalada payés que podéis compartir. Es una auténtica exquisitez —. Dijo el camarero orgulloso.

Esperó a que ella moviera la cabeza para aceptar la propuesta.

—De segundo y si me lo permitís, el Bullit de peix y arroz banda es una especialidad que os hará regresar a la Ibiza en el primer vuelo —. Comentó divertido.

Akim asintió mientras intentaba no concentrarse en los precios. El sitio era tan maravilloso y único como los euros de cada uno de sus platos. Cerró los ojos y volvió a asentir cuando le aconsejaron un vino blanco catalán suave y refrescante aunque no comentó que no tenía ni idea de donde se encontraba exactamente esa región.

Hablaron, cenaron y rieron como una auténtica pareja y su pecho se extendía cada vez más preso de orgullo único. En el interior del restaurante comenzó a sonar una melodía suave y Brenda sonrió al girarse y ver las luces del salón que se divisaban a través de las paredes de cristal.

—¿Quieres entrar? Podemos pedir que nos sirvan el postre dentro —. Dijo completamente entregado a su sonrisa.

—Es un sitio precioso, parece un paraíso escondido entre el cielo y el mar...

—Me alegra mucho que les guste. ¿Qué tal los están atendiendo?

Un hombre alto y vestido con pantalones color crema y camisa blanca se acercó sonriente mientras apoyaba sus manos con fuerza tras el respaldo de la silla de Brenda. Ambos lo miraron curiosos y el hombre sonrió dejando a la vista

una blanca y perfecta dentadura.

—Perdón por mi torpeza. Soy Rafa Sabater y soy el dueño de este humilde lugar.

Brenda le sonrió encantada y estaba por levantarse aceptando su saludo cuando el hombre le respondió con el mismo encanto con el que se había acercado.

—No por favor, no te levantes —. Dijo con una confianza que a Akim le resultó excesiva —. Yo simplemente he visto que estabais en la zona vip más alejada y pensé que cuando lo deseasen podrían entrar y disfrutar de la sesión de música de piano que comenzará en tan sólo unos minutos.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias —. Brenda respondió demasiado rápido y Akim sintió una pequeña punzada de desilusión. La verdad es que no entraba en sus planes compartirla con nadie.

—Entonces estaré encantado de volver a verla —. El hombre le guiñó un ojo haciendo que su delicada piel se enrojeciese y Akim se revolvió molesto —. Jovencito permíteme felicitarte —dijo dejando caer su perfecta mirada sensual y latina sobre Brenda —por tu buen gusto.

“¿Jovencito? ¿Ese tipo intentaba jugar con su ventaja de incipientes canas frente a ella?” Akim estaba por responder cuando el hombre se marchó sin más. “Maldito capullo”, pensó enfadado.

—Qué amable.

—Le gustas —. Contestó bebiendo un sorbo del suave y fresco vino. La verdad, los españoles comenzaban a caerle como una patada en el hígado.

—Tonterías, es el dueño y su deber es ser agradable con todos.

—Lo que tú digas —. Vació la copa de un trago y se levantó intentando controlar un temperamento que no siempre jugaba a su favor.

—Vamos. Veamos que tal es ese fabuloso pianista —. Dijo ofreciéndole su mano para que se levantara del asiento aunque esperaba que ella se negara.

—Si quieres podemos marcharnos —. Dijo con una pena que lo hizo maldecir en silencio. Maldita fuese. Debía tener más cuidado. Brenda no era un ligue cualquiera. Ella era una mujer con cerebro y veía allí donde muchas apenas podían.

—No —. Respondió mientras la atrajo hacia su cuerpo y la besó posesivo. Necesitaba demostrarle que él estaba allí por ella. Sus bocas se acariciaron tímidamente al principio pero a los pocos segundos la pasión que siempre existía entre ella encendió cual leño seco. Apretó sus nalgas para aprisionarla aún más contra su cuerpo mientras sonrió victorioso. Estaba encantado con su reacción y su felicidad nada tenía que ver con que el *latin lover* español los estuviese observando desde el salón.

La velada, aunque de lo más agradable, estaba resultando ser demasiado larga o por lo menos eso le pareció a él cuando el pianista comenzaba la tercera canción. Brenda disfrutaba sentada en un sofá individual de alas anchas y él en el reposabrazos sin separarse un minuto de su lado.

—¿Nos marchamos...? Quiero tenerte para mí sólo —. Susurró a su oído.

Brenda lo miró a los ojos y se derritió con su mirada. Quería llevarla al hotel cuanto antes.

—Un momento. Ahora vengo —. Ella se levantó rumbo al servicio y Akim sonrió como niño con una bolsa llena de chuches. El español se acercó a su lado y su dulzura desapareció en un instante.

—¿Todo de vuestro agrado?

—Sí, gracias —. Dijo cortante.

—¿Turistas?

—Sí.

—¿Se quedarán mucho tiempo?

“¿No se cansa de preguntar? Pensó cada vez más irritado.

—Mañana.

—Una pena...

—¿Perdón? —Akim no sabía muy bien que significan esas palabras pero intuyó que la explicación no le gustaría.

—Quiero decir que la mujer es encantadora. Elegante, impecable, bonita, cualidades escasas últimamente.

Akim comenzó a atragantarse con su propia saliva. No deseaba contestar, se conocía demasiado bien a él y a su falta de autocontrol. ¿Sería que el tipo deseaba que le rompiera la cara sin más?

—Tengo cuarenta y cinco y podría decirte que se distinguir a una gran mujer.

—¿Intenta decirme algo? —Dijo mientras cerraba y abría los puños para contenerse.

—En absoluto, me pareces un jovencito muy astuto.

Akim comenzó a estirarse y endurecer los brazos. No buscaba pelear pero si aquél tipo seguía hablando le cerraría la boca de un puñetazo y al diablo con la luz tenue, los sofás de cuero italiano y el pianista sacado de los sesenta.

—No voy a negarte que me llamó mucho la atención. Al principio no te presté mucha atención pero al verla como te mira está claro que no le importa para nada tu falta de... etiqueta —. Dijo mirándolo de arriba abajo.

—Etiqueta... —Akim balbuceó con voz grave buscando en el suelo la paciencia que estaba perdiendo.

—A ver chico, esa mujer no juega en tu liga y lo sabes. ¿Qué tal? ¿Buena

no?

Akim supo que su paciencia se había roto en el momento que escuchó la insinuación de las palabras liga y buena. La rabia le recorrió la sangre y su puño fue incluso más rápido que su razón. La zurda le dio directo en la quijada haciendo que el hombre cayera cual torre de naipes. Lo miró hacia el suelo con todo el odio del que fue capaz esperando respuesta cuando la voz de ella lo trajo a la realidad.

—¿Qué está pasando? —Habló molesta.

—Nos vamos.

La sujetó por el codo y prácticamente la arrastró hacia la puerta. Tenía que marcharse de allí antes de mostrarle más de lo que no deseaba que viera. Ese era un Akim que no quería enseñar. No a ella. No deseaba ser el hombre que primero golpeaba y luego preguntaba. El que debía defender su posición a golpe de puños. El que había escapado de una guerra sin mirar atrás. El que acusó a su padre una y otra vez por poseer un amor prohibido y al que jamás supo comprender... el que siempre juzgó sin pensar en su dolor, nunca, hasta ahora.

—Lo siento... —. Detuvo el coche a un lado en la oscuridad de la carretera sabiendo que había estropeado la velada. Ella no hablaba y eso lo hacía sentir peor de lo que ya se sentía.

—¿Vas a decirme que pasó? Tú no eres así.

—No sabes nada de mi —. Dijo negando con la cabeza

—¿Y por qué no me cuentas que es lo que no sé? ¿No crees que me he ganado tu confianza?

Akim apagó el motor y apretó la frente contra el volante.

—Saldrías corriendo.

—Inténtalo.

—No.

—No voy a irme a ningún lado. Confía en mí.

Akim negaba cada vez con más fuerza.

—¿Por qué, Akim? ¿Por qué le pegaste?

Él no respondía. Sentía sus preguntas como un interrogatorio que le taladraban el cerebro. En unos segundos se sintió adolescente y siendo increpado por los policías mientras lo dejaban en su casa frente a la mirada desilusionada de sus padres. No, no estaba bien, nada estaba bien. ¿Por un momento se creyó que un traje caro y un coche alquilado lo convertirían en alguien diferente? Ese imbécil lo había calado a la primera. “Ella no juega en tu liga”. No, claro que no. No importaba cuanto gastara en su vestimenta o cuan bien ocultara sus tatuajes, sus mundos no se cruzaban.

—Me diagnosticaron como violento —. Dijo sabiendo que su sinceridad

le costaría el final de su sueño con ella. Emociones inestables para ser más exacto.

—¿Cómo?

—TIE. Trastorno de inestabilidad emocional de la personalidad. Emocionalmente inestable con muestras de comportamiento autodestructivo. Alternas rápidamente entre distintas emociones y puedes pasar de la desesperación a la alegría eufórica en un lapso muy breve.

—Sé lo que significa TIE ¿pero quién te lo diagnostico?

—A los quince años. Después de varias detenciones, mis padres se vieron obligados a llevarme a una especie de tratamiento que por supuesto no sirvió de mucho.

—¿Y esas peleas eran en qué sitio?

—Barrio, colegio, donde se dieran. Yo primero golpeaba y después ya se vería. El ataque siempre fue mi mejor táctica.

Ella se acarició la barbilla como si estuviese pensando y Akim sintió que los nervios lo estaban matando. Ella pensaba pero no parecía disgustada. ¿Por qué no lo estaba?

—¿Ahora sueles pelear muy a menudo? —Preguntó interesada.

“¡Qué! ¿Cómo? ¿Por qué pregunta en lugar de estar corriendo para pedir auxilio?” Pensó confundido.

—No lo recuerdo. No, creo que últimamente me controlo —. Dijo desconcertado.

—Entonces debe de hacer mucho tiempo, quiero decir, sin contar esta noche —. Akim la miró con los ojos fuera de sus órbitas. ¿Qué estaba pasando? —Ahora dime que te dijo exactamente ese hombre.

—¿Estás analizándome? —Dijo incrédulo.

—Eso no es lo que pregunté —. Respondió cual doctora seria ante un paciente.

—Te lo agradezco, pero no creo...

—¿Qué te dijo? — Sentencio con una rotundidad que Akim hubiese reído a carcajadas sino fuese porque estaba temeroso de perderla —. Ese hombre te provocó, ¿cuáles fueron sus palabras exactas?

—Que pertenecíamos a ligas diferentes —. Confesó sintiéndose algo humillado.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? ¿Se puede saber de qué va todo esto? ¿Y por qué no estás llamando a la policía para que te rescate? Soy un puñetero psicópata.

—No seas tonto. Tú no eres eso —. Dijo restando importancia a sus palabras.

—¿Tonto? —Esa mujer debería estar rematadamente loca para después de lo que confesara lo provocara sin más.

—No sé qué estudios tenía ese supuesto profesional pero no tenía ni idea.

—Mujer, era una mujer —. Dijo conteniendo la risa al ver la cara de indignación de su doctora.

—Bien, lo que fuese, no tenía ni idea. Un adolescente en un país en guerra e intentando sobrevivir es normal que utilizara la ira como mecanismo de protección. Son comportamientos normales y totalmente comprensibles. Los supuestamente sanos reaccionaríamos exactamente igual en circunstancias similares —dijo como si estuviese leyendo el diagnóstico en un frío informe—. Cuando saliste de aquél lugar y buscaste refugio para ti y para tu familia los episodios de pelea se acabaron. Si no fuese así lo recordarías. Puede que tengas un temperamento fuerte que debes dominar pero eso no tiene nada que ver con un trastorno de identidad...

Akim comenzaba a pensar que ella era de las buenas de verdad pero no lo dijo, sino que se limitó a escuchar cada una de esas palabras que tan bien le describían. Su infancia, sus temores, sus golpes defensivos, todo tenía perfecta explicación bajo el prisma de la doctora Klein. Su doctora Klein, pensó cada minuto más enamorado.

—... ese hombre removi6 un complejo que aunque basado en una absoluta realidad, deberás asumir. Te llamó poca caso y eso te dolió, yo también lo habría golpeado —. Dijo divertida.

Akim arrugó la nariz con la palabra complejos y Brenda se sonrió

—Imagino lo que estás pensando, y sí, existen algunos complejos además de los típicos de “estoy gorda”, “tengo la nariz grande” o “mis pechos son demasiado pequeños”. Las mujeres no somos las únicas acomplejadas —. Dijo divertida.

Akim sonrió con ella y se acercó mientras la sujetó por los hombros para hablarle con la más adorable sinceridad.

—¿Significa esto que no me temes?

—Akim te temo y mucho pero nada tiene que ver con la violencia o algo parecido. Te temo y mucho pero no son tus puños los que me asustan.

—¿Ah, no? —Preguntó envolviéndola en su mirada —¿Y a qué le temes doctora?

Brenda no contestó y Akim no esperó a que se decidiera. La besó con desesperación. Ella le ofrecía una confianza que ni sus propios padres le habían ofrecido. Bendita fuera su psicología que le ofrecía una segunda oportunidad. Si ella tenía razón, y esperaba que estuviese en lo cierto, él saltaría de su mundo al de ella con tal de unir sus destinos.

Con la piel ardiéndole por el deseo se soltó con muy poca fuerza de voluntad de esos labios que lo hacían sentirse el más tierno de los poetas. Encendió el coche y aceleró con determinación. La noche empezaba. La llevaría a ese hotel especial que había reservado para su última noche en la isla y se abalanzaría sobre su cuerpo desnudo. Puede que el mañana no se presentase muy claro entre ellos pero esta noche jugaría todas sus cartas a caballo ganador. No podía permitirse otra opción. Brenda le había confesado la falta de pasión que sentía en muchas cosas de su vida diaria y él estaba dispuesto a mostrarle toda la pasión existente en este mundo y el de más allá.

La última noche

Estira tus manos y recoge en tu calor este corazón que sólo late por ti.
Akim

Brenda quiso preguntar porque estaban en un hotel diferente al de las noches, anteriores pero Akim no le dio tiempo de indagar. Fue llevada casi en volandas a una casita de madera que se encontraba a pie de playa en un lugar apartado de toda civilización. Las luces encendidas eran tenues pero se notaba que todo estaba listo para su llegada. El camino lo hicieron con la simple luz de las estrellas que guiaron sus pasos. Akim caminaba rápido mientras la sujetaba de la mano intentando apurarla. Lo intentó pero hubiese sido mejor si él le permitiese sacarse los tacones que se clavaban en la arena, pensó divertida.

—Espera... —dijo señalando sus zapatos enterrados pero él no le hizo caso. Se limitó a tomarla en brazos y entrar a la casa por una especie de puerta inmensa acristalada que se abría de par en par.

—¿Dónde estamos?

Akim la depositó en mitad de la gran cama mientras arrojaba al suelo una a una sus ropas. Estaba apurado, como si la ropa le quemara y ella sintió como su piel también comenzaba a arder y no exactamente por el calor de la noche veraniega.

La corbata y la camisa volaron a un lado y su libido se encendió. Él tenía ese poder. La despertaba sin siquiera tocarla. Su mirada se oscurecía hacia un azul mar cada vez más profundo y Brenda se sintió la mujer más deseada entre todas las mujeres. Ese hombre desprendía sensualidad y deseo por cada poro y todo por y para ella. Sus hormonas femeninas aplaudieron extasiadas cuando se deshizo de sus pantalones y le enseñó la potencia de su deseo.

—¿Entonces pasaremos la noche aquí? —Dijo algo nerviosa al sentirse el centro de su única atención.

El negó con la cabeza mientras se acercaba lentamente y gloriosamente desnudo.

—¿No? ¿Nos iremos?

Akim se arrastró por la cama mientras se posicionaba encima de ella que aún seguía vestida.

—Ya hemos hablado demasiado —dijo acariciando su cuello con los labios hasta alcanzar sus hombros y arrastrar los tirantes del vestido con los dientes —. Se acabaron los diagnósticos por hoy. A partir de ahora la noche la

gobierno yo —. Dijo, haciéndola olvidar de cualquier otra cosa que no fueran sus caricias sobre su piel.

Brenda gimió cuando el calor de su boca la acariciaba haciéndola sentir un mundo desconocido. Con él se sentía libre, sin ataduras, sin obligaciones. Cada movimiento respondía al más simple y crudo de los deseos. Él lo daba todo sin pedir. Nada de reclamaciones ni deberes. Nada de horarios ni responsabilidades. Con Akim se sentía un simple cuerpo de mujer adorada y la sensación era espléndida. El centro de su universo empezaba y terminaba con sus caricias y su mente libre se dejó llevar allí donde él la guiaba. Era tan magnífico sentirse simplemente una mujer, una deseada sin exigencias, pensó al estirar su cuerpo sobre el colchón para disfrutar sin pensar en nada más.

Sus labios la devoraban y su cuerpo comenzó a arder de necesidad. La pasión la dominaba por allí donde él pasara y adoró la sensación de libertad. Abrió los ojos para aceptar que no se encontraba en un sueño cuando los besos en su cuello la sobresaltaron. Akim la abrazaba ardientemente mientras se colocaba entre sus piernas. El contraste de su piel contra el vello masculino erizó cada rincón de su cuerpo. Una mano áspera y conocida encerró su redondeado seno y la fuerza de las sensaciones la obligaron a cerrar nuevamente los ojos.

Se estiró y se dejó dominar por las sensaciones. Puede que en otras circunstancias, con otro amante, él la considerase una egoísta pero Akim no lo hacía. Él buscaba su disfrute como si supiese cada una de sus necesidades, como si comprendiese la frustración de sus sentidos. Acarició su amplia espalda y arañó sus hombros al sentirse penetrada por la dureza de su miembro, que abriéndose paso en su cuerpo, la reclamaba cual conquistador ante su tierra prometida. Sus manos aprisionaron el bajo de la espalda para obligarlo a moverse con mayor premura pero Akim le susurró al oído con deje divertido.

—Shh, tranquila, tendrás todo lo que necesitas... te lo daré todo... —dijo con la voz completamente ronca por la pasión.

Brenda abrió los ojos y sus miradas chocaron de lleno.

—Quiero que disfrutes, quiero sentir que te entregas. Te quiero ver gozar — Dijo cuando se elevó para embestir con lentitud mientras el azul de sus ojos la penetraban mucho más que su miembro.

—Pero tú... —Respondió consumida por la pasión.

—Mi disfrute es el tuyo... —.Dijo recostando su peso sobre el de ella y penetrándola con el mayor de sus tiempos.

Brenda no fue capaz de responder. Akim le otorgaba el cielo de las mujeres enamoradas y deseaba disfrutarlo. Como en una tarde de spa o saboreando una tarta de chocolate con fresas, se dejaría inundar por las sensaciones, pensó aturdida por el ardor que la quemaba las entrañas.

Akim regresó a su boca y el placer la inundó hasta sentirse rozar la cumbre de las emociones. Su mente se nubló y el gris oscuro obnubiló sus recuerdos. La respiración agitada le señalaron que se encontraba a punto de encontrar el más delicioso éxtasis. Sus gemidos comenzaron a ser demasiado elevados para lo que solía estar acostumbrada, pero no le importó. Con Akim todo estaba permitido.

Consumido por la necesidad él la reclamó con fuerza y ella explotó en miles de pequeños trozos que iluminaron la habitación. El joven gimió a los pocos segundos para luego caer rendido sobre sus senos. Los cuerpos ardientes y húmedos no hablaron, sencillamente se quedaron inertes disfrutando de una sensación imposible de explicar. Si esto era sexo pasional, podía expresar alto y claro y sin temor a equivocarse, que en temas de pasión era una ignorante virgen de cuento de hadas.

Todo acaba

Seré tu amante, tu dueño o tu destino, dime qué deseas
y te lo daré, regálame tu amor y siempre lo protegeré.
Akim

Se desperezó con algo de cansancio en el cuerpo. Apenas había dormido algunas horas sueltas, pensó feliz al abrir los ojos y reconocer donde se encontraba. Con total parsimonia extendió sus brazos para envolver el suave y ardiente cuerpo que tenía a su lado pero no lo encontró. Las sábanas a su lado estaban estiradas y frías. Abruptamente y sin terminar de despertarse se sentó en la cama intentando tranquilizarse. Ella no podía haberlo abandonado. No después de la noche que vivieron juntos. Abrió y cerró los ojos intentando buscarla por la habitación cuando escuchó apenas un murmullo que salía del baño. La respiración volvió a llenarle los pulmones. Ella estaba allí, no lo había abandonado. Cerró los ojos sintiéndose un idiota por sentirse tan inseguro, pero no podía evitarlo. Brenda despertaba unas dudas y una falta de confianza que lo alteraban completamente. Las mujeres que habían pasado por su vida siempre lo tildaron de frío, indiferente e incluso insensible. Si lo vieses ahora, temblando de miedo con sólo imaginarse perderla...

Brenda hablaba por teléfono y aunque en un principio creyó que sería una conversación con Rachel ahora su tono apenas audible lo hacía dudar. Se puso los calzoncillos que encontró sobre la lamparilla de noche y con sigilo se acercó a la puerta intentando escuchar. Apenas se oía nada. Intentó acercarse un poco más pero el peso de su fornido cuerpo hizo que una madera del suelo chirriara más de la cuenta.

“Mierda”, pensó al sentir como una astilla se le clavaba en la planta del pie. Lo levantó intentando quitársela. Con una mano se apoyó contra la pared para mantener el equilibrio mientras con la otra intentaba quitarse la astilla pero siempre con el oído lo más pegado a la puerta. Brenda, al otro lado, dejó de hablar y se puso más nervioso. Ver su imagen patética reflejada en el espejo lo hizo sentirse más estúpido de lo normal. Semi desnudo, con un pie en la mano y un oído pegado a la puerta como una vecina de patio no lo dejaban en una buena posición. Intentó alejarse antes de ser pillado pero cuando el destino no está de tu lado es que no lo está. Sin saber muy bien cómo, se resbaló dejando caer sus noventa kilos al completo en plena habitación. La madera crujió bajo su cuerpo y sus nalgas dieron de lleno en la madera perfectamente lustrada.

“Joder”. Pensó mientras dañado más en lo moral que en lo físico, se lanzó de cabeza sobre la cama. Si se veía como un imbécil prefería serlo sobre la cama y no despanzurrado en el suelo por cotilla.

Brenda abrió la puerta algo sorprendida. Estaba seguro que había escuchado los ruidos. La mesilla de noche estaba algo movida y la lámpara de noche estaba tumbada de lado al ser golpeada cuando su cuerpo aterrizó sobre la cama, pero prefirió ignorar los hechos. Estaba tumbado sobre la cama con los brazos bajo el cuello en una posición relativamente digna.

—¿Todo bien?

Ella estaba vestida, tenía el cabello recogido en una coleta alta y su mirada se dirigía por la habitación como si buscara algo. No lo miraba y eso avivó todos sus temores. La conversación al teléfono no era con Rachel... Ahora estaba seguro.

Akim arrastró la mano sobre sus cabellos despeinados intentando que los celos no lo dominaran.

—¿Qué pasa? —Ella seguía sin responder—. Encontró su segundo zapato en una esquina de la habitación y comenzó a calzarse —. ¿No piensas hablarme? ¿Piensas marcharte como si nada? ¿Es así como deseas terminar conmigo?

La mujer con las sandalias puestas y sentada en el pequeño sofá, guardó el móvil en su bolso y dejó caer su cuerpo hacia delante.

—No puedo. No puedo —los hombros le pesaban—. No soy ninguna mentirosa.

Akim tragó en seco. Allí estaba la conversación que sabía que llegaría. No, Brenda no era ninguna mentirosa y eso los llevaba por dos únicos caminos. O dejaba al innombrable o lo dejaba a él. Siete días contra casi veinte años. No había que hacer muchos cálculos para saber quién ganaba y quien perdía. Respiró profundo atragantado por la pena. Había pensado en esto muchas veces, incluso antes de compartir su cama y aunque le doliera y supiese que era una decisión que no sabría si podría soportar, dijo con palabras claras lo que su corazón no sentía.

—Puedo esperar —. Dijo apretando los puños para no golpear la lámpara aún tumbada y negar su propia mentira.

—¿Qué estás diciendo?

Brenda lo miró por primera vez a los ojos y los descubrió brillantes. Había estado llorando. Se maldijo una y mil veces por ser él quien la hiciese pasar por aquello ¿pero qué pasaba con él? Él tampoco había pedido enamorarse de quien no debía. Puede que la sociedad le dijera a gritos una y otra vez cuál era

su lugar, pero su corazón poco quiso escuchar sobre posiciones y obligaciones firmadas en tristes papeles.

Brenda le mostraba una forma de vida en la que se podía despertar con una sonrisa y eso ya era suficiente para un espíritu tan sediento como el suyo. Mentiría, engañaría y diría todo lo que no sentía si con ello conseguía el tiempo que necesitaba, porque de otra forma moriría en esa cama.

—Comprendo que tu vida no comenzó conmigo. El destino me jugó una mala pasada. Digamos que llegué demasiado tarde a la carrera pero no pienso dejarme ganar.

Akim se acercó al sofá y acarició su cabello con cuidado. Enroscó sus dedos en la suavidad de su pelo y tembló perdido en los recuerdos de la noche más feliz de su vida. Estaba seguro que esas imágenes no se borrarían jamás de su recuerdo.

—No debí dejar que pasara...

Akim sintió el corazón desgarrarse por dentro. Escucharla arrepentimiento sobre lo que él consideraba lo más bonito de su vida no era algo bueno.

—Te arrepientes... —dijo en apenas un susurro más para él que para ella,

—No, eso es lo peor, que no me arrepiento de nada de lo que ha pasado.

Brenda levantó la cabeza para mirarlo mientras una lágrima bajaba por su mejilla. La acarició y se la secó con un dedo mientras se ponía en cuclillas para estar a la misma altura. Su confesión le ofrecía un hilo de esperanza al que deseaba aferrarse con los dientes.

—Yo tampoco lo hago —dijo depositando un suave beso en sus labios y apoyando su frente en la de ella —. Dios sabe que eres lo mejor que me ha pasado en años.

—Y tú eres lo que creía que ya no existiría.

—Brin, lo siento muchísimo, juro que si hubiese podido te habría dejado marchar, pero no puedo, estás grabada a fuego. No puedo soltarte porque si te vas contigo se me va el oxígeno para respirar. Contigo el dolor no existe y la esperanza es algo tan real...

—Tengo que irme —. Dijo con poca voluntad.

—No voy a perderte, no sin luchar —. Confesó con plena sinceridad.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que tú decidas.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de lo que pides?

—Desde el primer momento en que te vi.

—¿Por qué me haces esto? —Dijo dejando caer una segunda lágrima.

—Eso ya lo sabes —Dijo lentamente.

—Es imposible, hace tan poco tiempo...

Akim la aferró por los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Sí que era posible y él lo sabía de primera mano.

—Estás aquí —dijo señalando su corazón.

—Pero yo no puedo...

—Sólo debes dejarlo salir... Brin... —dijo sabiendo que diría lo que nunca había dicho a nadie —. Te quiero.

Ella separó su cuerpo del suyo para mirarlo a la cara. El corazón le dio un vuelco al ver esos ojitos de chocolate derretirse por él. Había comenzado a sincerarse y no iba a detenerse. Era ahora o nunca.

—Desde el primer momento en que te vi. Te quiero sin sentido y sin razón. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea tenerte conmigo. Sé que las diferencias nos separan y que tenemos más cosas en contra que a favor, pero no puedo negarlo un minuto más. Te quiero tanto que el pecho se me oprime y las manos me tiemblan por acariciarte. Te deseo tanto que dueles. No tenerte es una agonía sin consuelo, perderte arrancarme el corazón con las manos.

Brenda derramaba lágrimas saladas que alcanzaban a sus labios y él levantó su barbilla para secarla con sus labios. Jamás en su vida había expresado sus sentimientos de una forma tan clara y en voz alta a nadie. Sus labios alcanzaron los suyos y sus lenguas se entrelazaron al principio con timidez para luego se convirtieron en un acto desesperado. Sus pequeños dedos se enlazaron tras su cuello y él la apretó con fuerza alrededor de su cintura para levantarla de la silla y recostarla sobre la cama. La deseaba, la necesitaba. Tenía que sentirla otra vez. Tenía que penetrarla y sentir esa paz que su cuerpo le ofrecía al envolverlo. No, no la dejaría marchar.

Realidad

Te marchas y mi vista se pierde tras unos recuerdos que pronto me matarán. Amor, regresa y comencemos juntos lo que nunca debió terminar.
Akim

Brenda llegó al aeropuerto acompañada de Akim, que aunque salía en un vuelo mucho más tarde, insistió en acompañarlas. Rachel hablaba como si nada y ella se sintió agradecida con su amiga. Su cabeza ya tenía demasiados enredos como para tener que explicarse con una amiga poco comprensiva. Se sentó en el banco de espera mientras Akim se alejaba para comprar unos refrescos y Rachel unos perfumes en la tienda del *duty free*. Volvía a casa. Eso le había dicho a Max al teléfono y él le había respondido que ya era hora. Se lo notaba enfadado. Aún seguía en París pero la voz demostraba su disgusto. Intentó calmarlo pero escondida en el servicio después de pasar la noche con tu amante no era un muy buen momento.

“Amante...” Pensó mientras se apretaba la frente. ¿Puede ser esto real? ¿Me está pasando a mí?

—Mi padre tenía razón. Soy un fraude de mujer.

—¿En qué tenía razón? —Preguntó Rachel mientras se sentaba con una bolsa cargada de perfumes.

—¿Lo he dicho en alto?

Rachel la miró con ojos como platos y Brenda sonrió sin ánimo.

—No estoy loca si es lo que piensas o puede que sí... —Se dijo intentando psicoanalizarse a sí misma buscando una explicación a tanta demencia.

—No estás *crazy*.

—¿Entonces como lo llamarías? — Dijo señalando con la mirada a Akim.

—Humana, *sweet*, te llamaría humana. Puede que ese... ese obrero, no sea para nada mi tipo de hombre pero no puedo negar que el chico está para mojar todo la baguette.

—¡Rachel! —A Brenda le sorprendió el comentario que en alguien como ella no dejaba de ser un enorme alago hacia Akim.

—¡Qué! No soy ciega y te entiendo perfectamente.

—Pues yo no y no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—¿No pensarás hablar con Max?

—Por supuesto que tengo que hablar con él —. Dijo convencida.

—Mira, *sweet*, puede que estés un poco confundida. Esta es tu primera vez, pero es mucho menos grave de lo que crees.

—¿Me estás diciendo que tengo que engañar a mi marido?

—Baby, mi George y yo somos algo más variados en la cama y eso no significa que no nos amemos. Entiendo que al tener al soso de Max durante tiempo como único amante te pasara esto.

—Respeto tu estilo de vida y de sexo —dijo con la voz cansada— pero yo no puedo engañar a Max con un amante. Me sentiría una mentirosa.

—Entonces no apresures tus decisiones. Tómate tu tiempo. El sexo fresco siempre es el mejor.

Akim se acercó con los refrescos y ambas callaron al instante. Las ideas bullían su cerebro a mil grados centígrados. Rachel no estaba en absoluto desencaminada. La pasión con Akim era fuego que la consumía por dentro pero eso era algo perfectamente natural. Joven, guapo y viril, era llama viva para sus sentidos pero esa llama podía apagarse al acabar la novedad. Los sentimientos podían ser simple pasión sexual confundida. Si eso fuese así, estaría destrozando una vida y un matrimonio por algo que no simbolizaría nada más que ¿un revolcón? Miró a Akim que le sonrió al instante y volvió a sentir ese calor que la quemaba siempre que él la enfocaba con el fuego de su mirada. No, eso no se parecía a nada pasajero pero necesitaba aferrarse a ese clavo aunque estuviese ardiendo.

—Parece que todos regresamos a casa.

Brenda levantó la mirada y se encontró con Esperanza y Peter que arrastraban una pequeña maleta cada uno.

Los tres se levantaron y se fundieron en un saludo un tanto extraño. En vacaciones los conocidos de tres días se sienten como amigos de años pero como bien es sabido en las vacaciones las amistades se magnifican, pensó divertida.

Las mujeres hablaban sin parar. Esperanza comentaba a Rachel las últimas novedades de las Amazonas y aunque su amiga debería sentirse molesta por la cantidad de problemas que había tenido por culpa de la cabecilla del grupo, la verdad era que se la notaba interesada. La señorita del micrófono anunció el mensaje de último aviso para embarcar y Peter se acercó a las mujeres para despedirse y recordarles en voz alta.

—¿Entonces os veremos en la inauguración de nuestra sala de té?

—¿Tenéis una sala de té? —Dijo escuchando la información por primera vez.

—Sí, y la inauguramos en tres días —. Dijo Esperanza de lo más

contenta —Tenéis que venir.

—Por supuesto que lo harán. Akim acaba de prometerme que irán juntos —. Dijo Peter mientras guiaba a su chica por el codo.

Brenda levantó las cejas esperando una explicación pero el hombre levantó los hombros en señal de no pude hacer nada.

Todos caminaron hacia el túnel de subida al avión pero ella se quedó rezagada. Deseaba despedirse de Akim sin testigos. El viajaría en otro vuelo y aunque se consideraba una mujer de lo más independiente no pudo sentir un pequeño pinchazo de pena al tener que separarse. Rachel y la pareja subieron al avión. Se detuvo para despedirse cuando él la sujetó con fuerza por la cintura y de un solo movimiento la giró para enfrentarla contra su cuerpo.

—No me olvides —. Susurró antes de darle un beso que recordaría toda su vida.

Sus talones se elevaron para alcanzar mejor sus labios mientras Akim la presionaba por la espalda contra su cuerpo. Se besaron como un par de adolescentes necesitados de intimidad y Brenda sintió un poco de vergüenza al separarse y notar como la azafata les sonreía y marcaba el reloj con el dedo en señal de aviso.

—Tengo que irme —. Él no contestó. Sólo la observaba con algo de tristeza en la mirada. Hubiese querido decirle que todo estaría bien, que no debía preocuparse, que algo bueno debía salir de todo aquello, pero las palabras no salieron. Todo lo que prometiera o dijese podrían ser mentiras.

Caminó como si los pies estuviesen llenos de plomo. No quería dejarlo. Algo en su interior removía sus entrañas. Se detuvo y e hizo algo impensable hasta para ella. Se giró y estaba a punto de correr a su lado para darle un último beso cuando chocó con un torso ancho y duro que la sostuvo por la cintura.

—Si no venias tú pensaba ir a buscarte —. Dijo mordiendo su boca en un beso posesivo.

La azafata tosió y ambos se separaron de lo más aletargados.

—¿A qué hora llegas? —Le preguntó interesada mientras caminaba hacia atrás.

—Cerca de las doce —. Contestó sin dejar de clavarle la mirada.

—¿Nos veremos?

—No lo dudes —. Dijo regalándole lo que para ella fue la más sensual de la sonrisas.

—Señora, tiene que subir—. Comentó la azafata mostrándole el reloj.

Caminó por el pasillo pero no sin dejar de mirar cada vez de reojo hacia atrás a un Akim que se negaba a marcharse. Levantó la mano en señal de despedida y éste le respondió con la más dulce de las sonrisas. Subió al avión y

se derrumbó en el asiento junto a Rachel.

—¿Todo bien?

—No, nada está bien, yo no estoy bien, esto no está bien... Ay, Rachel ¿qué me pasa? Todo lo que pienso o me explico se difumina cuando estoy a su lado. Me quiero morir... —dijo mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su amiga.

Rachel no respondió. Ya le había dado muchos consejos. Todo estaba en sus manos. Verdad o tristeza, pasión o matrimonio, fidelidad o mentiras, cartas que se mezclaban intentando ganar una partida que ya estaba empezada.

Brenda cerró los ojos y comenzó a quedarse dormida. No había descansado prácticamente nada. La noche fue un continuo susurrar de besos y caricias. Nunca había vivido algo igual. Si respiraba lento aún era capaz de sentir las manos de Akim por su cuerpo. El vello de la piel se le erizó al recordarlo. En sus brazos se sentía una mujer. Una sencilla y simple mujer. Una que no se debía a los compromisos ni a las necesidades de otros. Una que podía ser ella misma sin temor a cometer errores. Una que no necesitaba pedir perdón por lo que no era...

Vuelta a la verdad

No habrá otro amor como tú, no existirá nadie más que tú,
ni en esta vida ni en la otra. Te llevaré tatuada en mi alma
desde aquí hasta la eternidad.
Akim

Akim caminaba por su casa como perro enjaulado. La mandíbula se le tensaba mientras escribía el mensaje número... ya ni recordaba cuantos. Ella no contestaba a ninguno. El avión se retrasó y llegó a mitad de la madrugada. Intentó hablarle apenas tuvo posibilidad, pero nada. Llegó a su hogar cerca de las cuatro de la mañana y no tuvo valor de ir y despertarla. La verdad es que sí que había querido ir y levantarla de la cama o más bien volver a recostarla pero la razón pudo más. Se levantó a primerísima hora, apenas había descansado pero deseaba hablar con ella. Lo intentó una y otra vez pero nada. Eran más de las once y ella seguía sin responder a ninguno de sus mensajes. Enfadado comprobó que no tenía ninguna respuesta y lanzó el móvil sobre el sofá.

—¡Papá! —Lucien apareció con los brazos abiertos.

—Hola peque. ¿Cómo estás?

—Yo bien, a pesar del abuelo —. Dijo el pequeño mientras se subía a hombros de su padre.

—De eso nada muchachito. Sabes que tenías que ducharte —. Dijo el abuelo difamado.

—¡No estaba sucio!

Akim besó a su hijo en los mofletes y lo depositó nuevamente en el suelo.

—¿Alguna novedad igualmente de grave?—. Preguntó divertido.

El niño cerró la boca moviendo los labios hacia abajo en señal de “no que yo recuerde” y su abuelo se rió a carcajadas.

—Parece que no —. Su abuelo lo miró con curiosidad pero el niño pateaba las puntas de sus propias zapatillas haciéndose el distraído.

—Ya veo... ¿Entonces crees que se merece lo que he traído de mi viaje para él? —Comentó con aparente intriga a su padre y haciendo que el niño abriera los ojos de par en par hacia su abuelo esperando un dictamen.

—Yo creo que sí.

—Está en mi cama —. No terminó de decirlo cuando Lucien salió disparado hacia la habitación de su padre.

Ambos sonrieron divertidos al verlo marchar a toda prisa.

—¿Ha dado mucha guerra?

—En absoluto. ¿Qué tal tu viaje? ¿Encontraste lo que buscabas?

Akim agachó la cabeza y en ese momento se sintió igual de avergonzado que su hijo unos minutos antes. Había huido sin dar demasiadas explicaciones y su padre parecía dispuesto a escuchar lo que no estaba seguro de querer explicar.

—Tuve que irme... —Dijo pensando que esa frase lo explicaba todo.

—Y ese es un buen poder de resumen —. El hombre con tanta experiencia como canas sonrió mientras lo golpeó en el hombro.

—Ya sabes que no se me da muy bien hablar —. Dijo pensando que con Brenda era totalmente diferente. A ella le confesaba sentimientos y miedos que no expresaba a nadie. ¿Esas serían las consecuencias de convertirte en un idiota enamorado?

—Me temo que eso es en parte culpa mía. Imagino que por eso de los genes y sus consecuencias —comentó con un toque de culpabilidad. Su hijo no hablaba y su padre sintió pena por él —. Estuviste bastantes días fuera, imagino que la encontraste —. Dijo con sonrisa pícaro.

—¿Qué sabes exactamente? —Akim lo miró extrañado y su padre se sentó en el sofá para hablar calmadamente.

—Hijo, debería ser estúpido para no darme cuenta que todo esto trata de un tema de faldas.

El joven se rascó la frente intentando buscar las palabras adecuadas. Lo peor no era confesarse tontamente enamorado sino reconocer a su padre lo que durante tantos años le echó en cara. Lo miró con las manos sudadas. La situación no sería nada fácil. ¿Cuántas veces criticó su amor por una mujer distinta a su madre? ¿Cuántas veces se posicionó del lado contrario, aceptando que su padre era un capullo insensible por dejarse embaucar por una mujer a la que él nunca escatimó insultos?

“Dios...” Pensó arrastrando los dedos con fuerza sobre su negra cabellera. Tantas acusaciones, tantos reproches de los que se arrepentía enormemente. En aquellos años se había portado como un adolescente caprichoso sin pensar ni una vez el infierno por el cual su padre estaría pasando. Hoy no era un jovencito ignorante y comprendía la variedad de matices entre el blanco y el negro.

Su padre esperó, pero Akim sólo lo miraba. Las palabras siempre le resultaron mejor escribirlas que expresarlas.

—¿Ella ha tomado alguna decisión? —El hijo lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Sabes quién es? —Preguntó negando con la cabeza mientras se recostaba en el ancho sofá al lado de su padre.

—Vuelvo a decirte que no soy idiota. Camisetas nuevas, barba perfectamente afeitada, desodorante de cuatro libras —dijo divertido como si estuviese oliendo a su alrededor— ¿Y todo eso para ir a trabajar? Sí, creo saber de quien se trata. Eso o Nikola y tú habéis decidido salir del armario—. Comentó entre risas.

—No te burles... Estoy perdido —. Respondió estirando piernas y espalda en el mullido sofá.

—Creo que tienes razón —. Dijo ahora con algo más de seriedad.

—Gracias por los ánimos —. Respondió entre dientes.

—¿Posibilidades? —Preguntó interesado.

—Pocas. Esta semana fue la primera que ella y yo... ya sabes —. Comentó ignorando detalles —. Pero allí todo era distinto, en cambio aquí. No sé, siento que se me escapa por entre los dedos y no lo soporto —. Dijo mientras se rascaba con fuerza la cabeza intentando aclararse—. Debería... debería... pero no puedo. La quiero para mí. No importa las diferencias o ... no me importa nada. No quiero pensar, yo no puedo pensar... Dios, estoy hecho un lío y hablo como un estúpido.

—No, no lo haces y te comprendo perfectamente.

Akim estudió los gestos de su padre y descubrió la tristeza de su mirada y se sintió morir por dentro. Él era en parte responsable de su pena.

—La amabas... —. Comentó con dolor.

—Eso es pasado.

—Te obligué a volver con mi madre. Pudiste ser feliz pero a mí no me importó —. Comentó dejando caer los hombros y mirando al suelo.

—Tú no me obligaste a nada.

—¡No es verdad! —Gritó mientras saltaba del asiento y caminaba nervioso —. Cuando supe lo de aquella mujer me volví loco. Sentí que nos traicionabas a mí y a mi madre. Te odie con todas mis fuerzas. Fui a buscarte y te insulté con palabras muy duras. Me porté como un chiquillo imbécil y caprichoso, jamás pensé en ti. Sólo veía las lágrimas de mi madre y te responsabilicé de todas nuestras penas.

Su padre resopló con fuerza seguramente intentando tragarse las lágrimas que comenzaban a brillantar sus ojos.

—Tú no fuiste responsable. Aquello debía terminar. Tu madre me necesitaba y yo jamás la habría dejado morir sola. A pesar de lo que pudieses pensar yo la quería... —Dijo con la voz atragantada.

—¿Pero ya no la amabas?

—Querer, amar, simples matices del corazón y su enredos. A tu madre la quise y eso es con lo que debes quedarte.

—¿Nunca pensaste en buscarla?

Su padre miró a la pared y Akim supo que recordarla aún le dolía.

—Le debía su libertad. Muchas veces el amor daña más que cura.

Akim se detuvo y apoyó las manos sobre el respaldo del sofá en donde su padre se encontraba sentado y dijo con apenas voz.

—Lo siento...

Las palabras reflejaban verdadero sentimiento y comprensión. Akim por primera vez veía a su padre como a un hombre tan humano como él. Ahora comprendía su dolor al tener que abandonar a aquella mujer a la que amaba por cumplir con sus deberes.

—¿Cuántos años estuviste con ella?

—A qué viene esa pregunta —. Contestó removiéndose incómodo en el asiento.

—Vamos, ya no soy un crío. Necesito saberlo. Creo que llegó el momento que me lo cuentes todo. ¿Cómo la conociste?

Su padre cerró los ojos y sonrió sin alegría.

—Fue inesperado. Ella entró por la puerta de la fábrica y me quedé sin aliento. Ya sabes, lo típico de “menuda mujer” y cosas por el estilo. Al instante bajé la mirada e intenté seguir con lo mío —comentó divertido demostrando que no había podido—. El jefe la sentó a mi lado y me pidió que le enseñara mi sección. Al principio no me pareció buena idea pero no dije nada, después de todo que podía decirle al viejo Nathan —resopló resignado— ¿perdona pero esa mujer embriaga? Me dije que si mi corazón latía enloquecido era simplemente por la reacción de estar ante una mujer guapa. Algo normal y fuera de todo peligro.

—A mí me pasó lo mismo —. Dijo interrumpiendo a su padre quien se detuvo a mirarlo antes de continuar.

—Lo demás, te lo imaginas. Era tan sonriente, estaba siempre tan feliz y me miraba de aquella forma... Junto a ella sentía que el mundo era menos duro. No pude contenerme. Lo intenté más de lo que te imaginas. Muchas veces me marchaba de su casa diciendo que ya no volvería, pero nunca lo cumplí. Siempre regresaba. Apenas unas horas a su lado eran suficientes para hacerme soñar por días enteros.

—¿Cuánto tiempo fue tu amante?

—Ocho.

Akim apretó con fuerza el respaldo. ¿Ocho años? Ahora no pensaba exactamente en su padre. ¿Podría ser amante de la mujer que amaba durante ocho años? ¿Tan loco y absurdo era el amor?

—¿Mi madre lo sabía? ¿Ella nunca sospechó?

—Lo sabía —dijo con pena—. Intenté explicarle pero comenzaba a enloquecer de celos. Nunca lo aceptó. Prefería mis migajas. Y cuando al fin había tomado la decisión...

—Se intentó suicidar y luego enfermó.

—Sí. Los médicos le dieron como mucho un par de años. No podía abandonarla. Aunque no me creas, yo la quería.

—Te creo... Ahora te creo.

—Gracias —. Dijo levantándose las gafas para secarse una lágrima que comenzaba a caerle por la mejilla.

Akim tosió para contener su emoción y no ponerse a llorar como un niño. Cuando su madre murió, su novia quedó embarazada, llegó Lucien, se marcharon de su país y padre e hijo jamás volvieron a hablar del tema. Siempre había sentido una espina de rabia contra su padre. Jamás lo había llegado a comprender del todo hasta hoy, que, fruto de sus propias decisiones, él también se encontraba preso de un amor inmoral según las normas de una sociedad estricta.

El niño apareció jugando con su avión y ambos se movieron nerviosos como intentando dejar el pasado allí donde debía estar.

—¿Papá, eso que salta en la repisa no es tu teléfono?

Akim se abalanzó sobre el artefacto intentando pillar la llamada pero no lo alcanzó a tiempo. Hablando con su padre se le había olvidado que lo tenía en modo vibración.

—Joder... —Comentó entre dientes al ver tres llamadas perdidas de su doctora —. Tengo que llamar —. Dijo queriendo caminar hacia su habitación pero su hijo lo detuvo por las piernas.

—Es sábado. Dijiste que me llevarías al parque el sábado.

—Eh, sí bueno, verás, seguro que tendré que salir pero te prometo que el próximo vamos a donde tú quieras.

—¡No, lo prometiste! —Gritó indignado.

Akim estaba por contestarle a su hijo con la misma energía cuando su padre habló con su tranquilidad habitual.

—Puede que no sea tan mala idea —. El niño sonrió y el abuelo le revolvió el cabello dejándolo aún más enmarañado de lo normal.

—Tengo que verla... —Dijo esperando que su padre comprendiera su mensaje corto y conciso.

—Veamos como yo lo veo —Akim se detuvo a escuchar con atención. Su padre podía ser un hombre humilde pero no era ningún tonto—. Según tengo entendido existe cierta señora a la que le encanta nuestro —pensó buscando la palabra adecuada—pastel.

El niño que se encontraba en medio de ambos levantaba la cabeza y miraba a uno y otro intentando comprender la conversación.

—Si le llevas nuestro... pastel podrías ganar muchos puntos. Ella no tiene pasteles y por lo que vi le gustan mucho. Estuvisteis solos pero estoy seguro que sólo te dedicaste a... —dijo recordando que su nieto estaba delante—comer... pero sería muy bueno que te mostrarás como algo más que una —pensó otra vez—berenjena. En fin que si le muestras tu habilidad como pastelero seguro le gusta.

El abuelo comenzaba a sudar y Akim sonrió con él. El niño los miraba de lo más intrigado.

—¿Entonces vamos al parque sí o no? —El niño preguntó intrigado por si llevarían pastel de nata o de berenjenas.

El joven pensó la idea de su padre y no le pareció del todo descabellada. Que Brenda conociera algo más que su habilidad en la cama le gustó mucho. En una conquista, conseguir puntos positivos nunca estaban de más.

—Sí, vamos al parque —. Contestó mientras observaba la afirmación silenciosa de su padre.

El teléfono volvió a sonar y Akim lo descolgó con urgencia sin mirar de quien se trataba y se arrepintió al instante.

—Lola, eres tú... no puedo... sí, tuve que marcharme... siento mucho no haber cancelado... sí claro que te comprendo pero verás... Lola yo... te agradezco tu comprensión pero creo que debemos hablar... no, yo no... no, hoy no puedo... mañana tampoco... está bien en la semana hablamos. Nos vemos...

—Esa chica no acepta un no —. Su padre dijo resoplando.

—Tendrá que aceptarlo —. Su voz sonó demasiado dura y lo hizo sentirse mal al instante. Después de todo Lola no era más que una pobre chica a la que usó cuando más la necesitaba y descartó sin remordimiento alguno —. Hablaré con ella personalmente. Le explicaré que no podemos seguir viéndonos.

Su padre aceptó su reflexión. El teléfono volvió a sonar y Akim se abalanzó a contestar.

—Sí, sí, estoy aquí... no respondías a mis mensajes... ¿dormías? ¿Soñando conmigo...?...

Su hijo se encerró en la habitación y el hombre se encaminó hacia la cocina para prepararse un té. No había querido demostrarlo pero las manos aún le temblaban. Recordar a Clara le revolvió unos sentimientos que a pesar de los años estaban demasiado frescos. Nunca llegó a olvidarla. Puede que no fuese del todo sincero con su hijo pero ¿qué sentido tenía lastimarlo?. Él era hijo de su madre, ¿por qué confesarle que su corazón se murió el día que tuvo que despedirse de su verdadero amor? Clara nunca fue la otra. Puede que la gente lo

viera así pero para él siempre sería la primera y la única. La dueña de su corazón y el último de sus recuerdos cuando se fuese de este mundo.

Puso la taza en el microondas, marcó el dos y se apoyó en la repisa absorto en sus penas. Esperaba sinceramente que su hijo tuviese mejor suerte que la suya porque no deseaba que sufriese ni la mitad del dolor que él aún conservaba al recordarla.

Caminando entre nubes

Te amo de día, te amo de noche, te amo cuando duermo y cuando despierto.
Te amo cuando te miro y cuando me sonrías. Te amo hoy cuando eres mía, te
amé cuando aún no te conocía y te amaré hasta allí donde el arco iris jamás
termina.
Akim

Akim levantó al pequeño en volandas, le propinó un sonoro beso y volvió a depositarlo sobre el césped. Este corrió con el balón entre las piernas por todo el parque y el padre se recostó a su lado. Brenda llevaba toda la mañana disfrutando de ambos y se sentía pletórica. Jamás hubiese imaginado el modo cómplice y divertido con el que Akim actuaba con Lucien. Él se creía frío y distante pero no era así, puede que la definición fuese reservado y bastante arisco pero en absoluto agresivo o indiferente. Si tuviese delante a esa doctora que lo diagnosticó trastorno de inestabilidad emocional le diría un par de cositas.

—¿Una libra por tus pensamientos?

—Pensaba en darle dos patadas en el culo a una persona —. Brenda se tapó la boca con ambas manos apenas terminó de hablar y Akim se carcajeó en su cara.

—Uy, uy, parece que a la doctora está dejando de ser una estirada. ¿Sabes más palabrotas?

—No seas imbécil —. Dijo sonriente y tapándose los labios una vez más.

Akim lanzó una carcajada y se recostó un poco más para acercar su rostro al de ella.

—¿Seguro que no te ha molestado? —Akim habló con dulzura cerca de su oído y ella pudo sentir la humedad de sus palabras en su cuello. La corta distancia la hizo recordar unas noches que deseaba volver a revivir.

—Por supuesto que no, Lucien es un encanto.

—Como su padre —. Contestó mientras lentamente movía con las manos su larga cabellera hacia atrás despejando su cuello —. Aquí, es justo aquí —. Dijo depositando un beso suave y corto. Este es el lugar exacto —volvió a comentar mientras le regaló un par de caricias más—. Puede que aquí también...

Los besos del hombre empezaron a recorrer un corto recorrido por su cuello mientras con su dedo acariciaba por allí donde pasaban sus labios.

—Por favor... —Susurró intentando detenerlo.

—¿Por favor qué? —Preguntó mientras continuaba con su reguero de

besos que comenzaban a alejarse del cuello para subirse por su barbilla.

—No podemos... estamos en un lugar público... podrían vernos —. Brenda se arrepintió al momento de sus palabras. La tensión de Akim fue más que evidente y a pesar que él le ofreció un beso más antes de separarse estaba claro que el momento se había roto.

—Lo siento pero no puedo comportarme como si nada. Ya no es sólo nuestra diferencia de edad —comentó avergonzada—. Le debo algo de respeto, por lo menos hasta que esté de regreso en la ciudad y podamos hablar.

—¿Se lo vas a decir? —Preguntó con un deje de esperanza.

—Sí. Yo no soy así. No puedo mentirle ¿Piensas que no hago bien? — Preguntó dudosa. Akim no le reclamó nunca nada y puede que incluso pensara que esta fuese una forma de engatusarlo pero nada más lejos de la realidad. Lo había estado pensando muy bien, y a pesar de los consejos de Rachel, ella debía sincerarse con Max.

—No —. Contestó rápidamente—. En absoluto —dijo calmando su ansiedad—. Simplemente que la otra noche me hiciste pensar que necesitarías más tiempo y yo creí...

—Lo necesito, pero eso no significa que no me sincere.

Akim la miró esperando que ella continuara, pero la llegada de Lucien la hizo callar.

—¿Papá vamos a comer el pastel?

—¿Pastel? —Brenda preguntó mientras era ayudada a ponerse en pie por un sonriente Akim.

—Sí de berenjenas, ¿creo? —contestó levantando los pequeños hombros.

—No hijo, creo que es hora de tomarnos una de esas hamburguesas dobles con queso que tanto te gustan.

—Sí —el niño gritó mientras sostenía a Brenda de la mano para contarle los ingredientes de su hamburguesa preferida.

El joven padre se quedó unos pasos por detrás observándolos caminar de la mano mientras intentaba calmar su euforia. Si Brenda hablaba con su marido, si ellos se separaban, su camino estaría totalmente libre y el destino sería mucho más claro, por lo menos para él. Sonrió con algo de remordimiento por el innombrable de su marido pero sacudió la cabeza al instante. Lo sentía mucho pero sólo era capaz de pensar en su felicidad y una vida al lado de la mujer que adoraba, el resto del mundo podía hundirse en el mismo infierno que poco le importaba.

El día transcurrió entre risas y algarabía. Los dos hombres la acompañaron hasta la puerta de su casa y Brenda sonreía con naturalidad y sin reservas. Tantas veces sonreía por compromiso y opinaba por deber que ya no

recordaba lo que significaba comportarse con total naturalidad. Sus pacientes escuchaban consejos meditados, con sus amigos era paciente y solidaria, mientras que con Max... Con él aprendió a ser comprensiva y tolerante. Todos la conocían pero ninguna la comprendía, pensó al sentir el calor de esos bracitos que se despedían efusivos.

—Gracias —. Dijo semi agachada para recibir el tierno abrazo.

El pequeño se separó y ella intentó girarse para abrir la puerta cuando unas manos fuertes la aprisionaron por la cintura. Akim la sostuvo por unos segundos y se sintió temblar como un flan. Aquél joven le hacía sentir como una colegiala en donde los problemas y las dudas dejaban de existir. Los temores se disipaban entre sus brazos. Él sólo necesitaba mirarla para sentir su sangre hervir cual volcán en erupción. El calor la recorría de una forma que sólo los soñadores son capaces de adivinar.

—¿De mí no te despidas? —Susurró calladamente quemándola con ese azul fuego de su mirada.

Estuvo por excusarse por la presencia del niño pero a su padre pareció no importarle. Sus labios se depositaron sobre los suyos con suavidad. Fue un beso corto y aunque no resultó ser nada posesivo resultó suficiente para que Lucien se sorprendiera.

—¡Papá! —Akim sonrió apoyando su frente en la de Brenda y sonrió, explicándose divertido.

—Jamás me ha visto con una mujer —. Dijo sonriente.

Brenda sintió como los colores le subían por el rostro. Aquello no significaba sólo un beso. Akim le estaba dejando claro su realidad y el significado de ella en su vida. El corazón le comenzó a latir a mil por hora. Un niño adorable, un hombre ardiente y una libertad por descubrir, ¿era éste el verdadero significado de la vida? ¿eran éstas las sensaciones buscadas y nunca encontradas? ¿qué tenía actualmente para que anhelara tanto lo nuevo?

Los pensamientos se le amontonaban a miles cuando la puerta se abrió. Se soltó de inmediato de los brazos de Akim temiendo lo peor. Rachel los miró negando con la cabeza mientras balbuceaba palabras como “inconscientes” o algo similar pero no pudo justificarse porque en ese mismo instante y sin consultar, la arrastró hacia dentro de la casa .

—Max y George están aquí. Han querido darnos una sorpresa. Les he dicho que tenías una consulta con Murray.

—¿Murray? —Preguntó extrañada.

—Sí —balbuceó nerviosa—. ¿No me dijiste que estaba fatal con la muerte de su esposa?

—Sí.

—Pues bien, fue lo primero que se me ocurrió —dijo alterada—. Ahora entra antes que vengan a la puerta y nos ahorquen a las dos.

Agachó los hombros dispuesta a entrar cuando una mano fuerte y áspera la sujeto por la muñeca. Lo miró y sintió el dolor en su mirada. Él no habló, sólo la atravesaba con el brillo de su mirada pero no supo muy bien que decirle. Ambos estaban fríos en sus sitios deseando del otro unas palabras que ninguno se atrevió a pronunciar.

—Tienes que entrar. Pase lo que pase mañana, ahora tienes que entrar —. Rachel habló mientras tironeaba de su otro brazo.

Brenda asintió. Akim soltó su muñeca y ella entró sin mirar atrás. Sabía que no podía hacerlo porque si él volviera a mostrarle ese futuro a su lado correría junto a él sin importarle nada ni nadie, y claro, ella no era así...

Unas voces masculinas sonaban acercándose y Rachel propinó un portazo que dejó temblando los marcos.

—¿Cómo has hecho eso? —Dijo al pensar en la reacción de Akim al otro lado.

—Él lo comprenderá. Ahora tienes otros problemitas por resolver —. Comentó al ver a un sonriente Max que abría sus brazos para depositarla en su interior.

Rachel se quedó en su casa a cenar junto con George y Brenda se lo agradeció. Cada vez que pensaba en que debía hablar con Max, las palabras se le atragantaban. Él no era un mal hombre, siempre intentó lo mejor para ambos. Max la quería. Siempre había intentado pulir sus imperfecciones e imponer sus visiones, pero no podía reprochárselo, después de todo ella siempre se lo permitió.

¿Cuántas veces por no discutir asumió cosas que no deseaba sin saber que su yo interior se ahogaba reprimido? Cada vez que agachaba la cabeza negando su naturaleza, esa cuerda que los unía como pareja se debilitaba. La llegada de Akim sólo aceleró una realidad que llevaba tiempo negándose. La cuerda estaba rota hace ya mucho tiempo.

—Estás distraída, ¿pasa algo? —Max se sentó a su lado en el sofá con una copa en la mano y los ojos se le humedecieron al instante.

Puede que la pasión estuviese muerta y que la verdad le golpeara la cara como el frío de medianoche pero eso no significaba que el cariño se esfumara. Quería a Max y sabía lo mucho que sufriría su ausencia.

—Tenemos que hablar —. Dijo con apenas voz.

—No lo dudes —comentó divertido—. Llevamos semanas separados y necesito “hablar”... a solas —. Max solía utilizar con ella ese doble sentido en sus palabras consiguiendo siempre sacarle una sonrisa pero esta vez no fue el

caso —. Entiendo que tuvieses que acompañar a Rachel a ver a su tía pero ahora que estás aquí vas a tener que esmerarte para que te perdone por dejarme plantado.

Max hablaba tan calmado y comprensivo que Brenda se sintió la más sucia de las mujeres. Él le brindaba redención cuando ella buscaba castigo. Su corazón se sentía desgarrado. Max no debía sonreírle. Él debería estar furioso, enfadado, gritar, cualquier cosa que consiguiese allanarle el camino. Max debía saber la verdad y se la diría. Las mentiras se acumulaban y ya no las soportaba.

—Cuando estemos solos tengo que hablar contigo —. Le contaría la verdad de sus días en Ibiza intentando lastimarlo lo menos posible.

—¡George! —El grito desgarrado de Rachel los hizo saltar de sus asientos. Corrieron hacia la cocina donde se suponía que el matrimonio estaba preparando una segunda ronda de copas cuando encontraron a George tumbado en el suelo y a Rachel gritando su nombre a su lado.

Max se acercó tanteando su pulso en el cuello mientras le gritó a viva voz.

—¡Llama a urgencias!

Brenda corrió en busca del teléfono y marcó al 112 con las manos temblando. George no sólo era el marido de Rachel, era el socio y mejor amigo de Max. Ambos eran inseparables. Si algo le pasaba...

—*Sí por favor necesito una ambulancia, es urgente...*

No me dejes

Te vi por primera vez y fue suficiente para saber
que eras tú, la que siempre esperé.
Akim

Akim caminaba nervioso sobre el verde césped entre lápidas cubiertas de hierba y frondosos árboles que lo ocultaban de la visión de los transeúntes. Personas vestidas de negro y con miradas enrojecidas por el dolor se acercaban para ofrecer un último adiós al fallecido. Él apenas lo conocía y no estaba allí por el difunto sino por la mujer que llegaba sosteniendo la mano de una amiga desgarrada por el dolor. Se enteró de la triste noticia por boca de su jefe que les había explicado la situación. “Uno de los jefes había fallecido de un infarto mientras cenaba con amigos”, dijo con pena. Al principio Akim pensó en el innombrable y a pesar que no le deseaba la muerte, no pudo negar que a una parte de su egoísta corazón no le disgustaba la idea. Brenda apenas había contestado uno de sus cientos de mensajes.

—Cuando pueda te llamo.— Dijo sin explicarse al segundo día después de dejarla en su casa.

Caminaba nervioso, en un principio quiso estar allí. Deseaba que ella lo viera en la distancia y supiese que se encontraba a su lado, que la apoyaba en su dolor pero todas sus buenas intenciones se fueron al vertedero cuando lo vio. El innombrable, el hombre perfecto estaba allí, con su traje impecable y sus manos en unos hombros que ya no le pertenecían.

Se sentaron en las sillas de madera y Akim de frente pero oculto tras los árboles pudo ver la rojez de sus ojos. Hubiese saltado de su escondite, correr a su lado y decirle cuanto sentía su pérdida pero no pudo. Ese no era el sitio de un amante. Se rascó la barbilla una y otra vez pensando que debía hacer. ¿Y si ella había hablado con él? ¿Le habría dado tiempo? Miles de preguntas se le amontonaban en la cabeza cuando vio lo último que esperaba. Él la abrazó con fuerza y ella se apoyó sobre su pecho para llorar. Espera, espera... dijo intentando calmarse pero no pudo, el puño cerrado se golpeó contra el árbol de forma casi automática. La rabia y el dolor lo carcomieron por igual. La odiaba con la misma intensidad con la que la quería. Deseaba arrancarla de aquellos brazos y decirle que él estaba allí por ella. Caminaba unos pasos hacia atrás para luego caminar unos cuantos hacia delante. La inseguridad lo dominaba. Maldita sea, esa mujer se había instalado en su corazón hacía ya más de un año y no

existía forma humana de arrancarla.

¿Por qué... por... qué? Se preguntaba al verla llorar en sus brazos. No lo hagas. No después de lo que vivimos... No lo abrases...

—No es lo que piensas —. Dijo Nikola acercándose por detrás con un paraguas abierto.

Las gotas comenzaban a caer pero él apenas se había dado cuenta, es más, pensaba que el agua que resbalaba por su rostro era resultado de un dolor que la vida cruel le regalaba otra vez.

—Qué sabrás tú lo que yo pienso —. Dijo con acento marcado y dureza en sus palabras.

—Te conozco demasiado para saber que no eres el ser más positivo de la tierra.

—Tengo razones para no serlo —. Respondió mirándola en la distancia cual ladrón esperando un descuido.

Akim se sonrió atormentado. Sí que deseaba que el nombre de la lápida fuese otro...

—Las secretarias dicen que eran como hermanos. Está roto de dolor. Ambos lo están. Sólo se consuelan —. Comentó Nikola intentando que su amigo viera más allá de sus desgarradores celos.

—Dijo que hablaría con él pero está claro que no la ha hecho.

—¿Y todo eso lo sabes porque la ves llorando por un amigo muerto? No seas imbécil...

El joven se sonrió sin ganas y afirmó con la mirada. No podía negarlo. Desde que vio por primera vez a esa mujer, su cerebro se encontraba atrofiado. Escribía más que nunca, comenzó a tocar la guitarra nuevamente, incluso tenía unos papeles para retomar sus estudios de arte. Llegó a pensar que igual en la nocturna y con la ayuda de su padre... igual... quizás... ella...

—Será mejor que nos marchemos —. Dijo al observarla en la distancia una vez más. Una última, sólo una.

Brenda pareció que escuchara su pena porque levantó la mirada y lo encontró. Sus ojitos estaban cargados de lágrimas y Akim fue incapaz de pensar. Se olvidó de todas sus rabias y furias internas. Olvidó cuanto la odiaba para recordar cuanto la quería. La observó diciéndole con la mirada todo lo que las palabras y la distancia no le permitieron y ella pareció comprenderlo. Dijo algo al odio al innumerable y se levantó abriendo un paraguas pequeño que tenía en su regazo. Ella estaba en primera fila, caminó por el pasillo dejando atrás todas las sillas de madera acomodadas sobre la pradera y se dirigió hacia la entrada principal. Akim corrió hacia ella dejando atrás a un Nikola que no dijo nada. No le importó mojarse. Tenía que estar a su lado fuese como fuese.

Brenda entró en el edificio principal mientras se sacudía el agua de la chaqueta. Aún no podía creerlo. George ya no estaba. Las lágrimas comenzaron a brotarle nuevamente. Estaba rota de dolor escuchando las palabras del pastor cuando una sensación extraña le recorrió el cuerpo y se encontró con la mirada de Akim en la distancia. Se excusó diciendo que necesitaba un momento y escapó del lugar. Lo vio esconderse tras los árboles para luego correr hacia su encuentro y le sonrió anhelante. Ella también deseaba verlo. Día a día Akim se arraigaba en su corazón cual musgo de invierno.

—Lo siento —. Dijo al quedar frente a ella y secar sus lágrimas húmedas con sus dedos callosos.

—Has venido... —Respondió entre curiosa y emocionada.

—No podía estar en otro sitio. Tú me necesitabas...

Se lanzó en sus brazos y él la abrazó con fuerza mientras besaba sus suaves cabellos. No importa cuántas tonterías pensara o cuanta rabia celosa le rugiera de las entrañas, una de sus dulces caricias le bastaba para olvidarlo todo.

Ambos se quedaron así durante unos minutos hasta que Brenda se soltó para mirarlo a los ojos con pena en la mirada.

—Ya no llores por favor... me destrozas —. Dijo secando su rostro.

—Estoy horrible—. Respondió recordando que no llevaba nada de maquillaje y que esas pequeñas arrugas incipientes alrededor de sus ojos serían más profundas por la pena y la escasez de horas de sueño.

—Estás preciosa... —Dijo deslizando el dorso de su mano bajo su delicada barbilla.

Brenda estaba por abalanzarse nuevamente entre sus brazos cuando vio en la distancia a Max que se acercaba a paso acelerado. Intentó despedirse rápidamente y que su marido no lo viera pero no lo consiguió. Los casi dos metros de Max le regalaban unos pasos demasiado largos y rápidos.

Akim se giró y ambos chocaron miradas. Brenda creyó que se le detenía el corazón. Pensaba aclarar la situación con Max pero aquél no era el lugar ni el momento más oportuno.

—¿Tú?

Akim cuadró hombros como si en el fondo estuviese contento que los pillaran juntos.

—Vinimos a ofrecer el pésame a su viuda. Estamos en representación de todas las cuadrillas a su cargo —. Dijo Nikola situándose entre el arquitecto y su amigo.

El hombre continuó por unos minutos con la mirada fija en la de Akim como si quisiese advertirle de algo pero su amigo volvió a intervenir —. Lo sentimos de verdad. Sabemos que erais muy amigos...

—Sí, gracias.

Max contestó con educación mientras estiró la mano para envolverla en la suya y guiarla nuevamente hacia el grupo de amigos que comenzaban a levantarse de sus asientos.

—Cariño, Rachel nos espera —. Ella asintió mientras se despidió de los dos hombres con cordial educación mientras nuevamente debía marcharse abandonando a quien no deseaba.

—Decididamente, estás loco —. Refunfuñó Nikola mientras se dirigían hacia la salida—. ¿Has visto su mirada?

—Sólo pretende dejarme claro que no me acerque.

—¿Sólo? Ese tipo no sólo es un hombre de poder, resulta que por esas pequeñas cositas de la vida. ¡Es nuestro jefe!

—Sí, ya lo he pensado.

Nikola suspiró esperanzado. Puede que su amigo no fuese un completo inconsciente. Se había dado cuenta de toda aquella locura y había recapitado.

—Hoy mismo comienzo a buscar trabajo.

—Joder... —Su amigo susurró desilusionado. Esa no era la conclusión esperada.

Espérame

Mi corazón te espera en cada paso, en cada silencio
y en cada llegada y soy incapaz de decirle que no vendrás,
que ya no me esperas y que nunca volverás.
Akim

Llevaba el día entero esperando verla, pero nada. Esa parecía la rutina de su vida últimamente, él esperando y ella sin aparecer. Se cambió de ropa mientras recogía su casco, enfadado. Estaba cansado de aguardar lo que nunca llegaba. Siempre esperando que una puerta se abriera o que un coche aparcara para verla. No creía poder soportar esta situación mucho más pero no tenía otra alternativa. Ella había pedido tiempo y él se lo había otorgado. Ahora eran amantes porque así lo había aceptado. Lo acepto, dijo, mientras la besaba desesperado aquella tarde después del entierro. Odiaba sentirse así, un mendigo de sus migajas. Apenas habían pasado dos días de su acuerdo y ya estaba loco de furia. ¿Estarían juntos? ¿Había podido hablar con él? ¿Habrían hecho el amor?

Dios, debería dejar de pensar o se volvería más loco de lo que ya se sentía. Estaba por cerrar la entrada principal y marcharse hacia su casa cuando alguien lo abrazó por la cintura pegando su cara en su espalda. Respiró y al instante lo supo. Vainilla y jazmín...

—Debería irme —. Dijo aprisionando sus manos contra su estómago y sabiendo que sus palabras decían lo contrario de lo que su corazón sentía.

—Lo siento mucho pero Rachel me necesitaba. Está en casa.

—Estás fría —. Comentó ronco al sentir su nariz apoyada en su cuello.

“Rachel, estaba con Rachel, gracias al cielo”, pensó intentando aplacar sus miedos.

—Max ha viajado a París para solucionar todos los proyectos que llevaba George y Rachel se ha mudado conmigo. No quería dejarla sola.

—Lo entiendo —. Dijo mientras pensaba a mil por hora. ¿Max estaba fuera nuevamente? Eso le dejaba más tiempo para ellos.

Brenda metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de forma traviesa mientras extraía las llaves y abría la puerta nuevamente de las oficinas.

—Llevo tres días sin nada de nada y te necesito —. Comentó mientras tiraba de su mano hacia adentro del edificio rumbo a su consulta.

¿Había escuchado bien? Su querida, respetada y tan bien educada doctora Klein se le estaba insinuando ¿a él? ¿ella a él? Algo no andaba bien pensó

divertido mientras se dejaba arrastrar hacia su consulta sin oponer resistencia alguna. Por cierto había dicho tres días sin nada, sin sexo, eso significaba que ella y Max no...

Sin poder ocultar su alegría tiró con fuerza de su mano hasta atraerla hacia su cuerpo para al instante tomarla por debajo de las rodillas y levantarla sobre sus hombros. Con una patada abrió la consulta y con otra la cerró mientras ella se carcajeaba como una adolescente nerviosa e inexperta. Akim sintió que aquél sonido era música para sus oídos y se dijo que no sería la primera vez que lo escucharía.

Sin mayores miramientos la soltó sobre el diván rojo sabiendo que cumpliría uno de los tantos sueños pecaminosos que aquél sofá le provocó desde el primer día que lo vio. Ella estiró sus brazos y él no necesitó mayor invitación. Se lanzó cual lobo frente a su presa. Deseaba devorarla. Él también llevaba tres días sin sexo pero principalmente sin ella.

—Debo confesar que yo sí tuve algo... —dijo mientras levantaba la camiseta sobre su largo y delicado cuello para comenzar a desvestirla.

Brenda se paralizó al instante pero al ver su sonrisa pícaro supo que él estaba jugando por lo cual decidió seguirle la corriente.

—¿Sí? —Preguntó curiosa mientras él luchaba con el broche de su sujetador.

—Sí —. Le contestó mientras mordía su hombro y arrojaba la lencería sobre el escritorio.

—¿Y me lo vas a contar?

—Qué quieres que te cuente —. Contestó separándose un poco al sentir como ella comenzaba a desabrocharle los vaqueros.

Brenda decidió que esta vez sería ella quien dominase la situación. Quería que él se sintiese igual que ella al sentirse el centro de sus atenciones. Lo desvistió con dedicación y lo recostó con su amplia espalda sobre el diván a la vez que se sentaba a horcajadas sobre su cintura cambiando así posiciones.

—Ahora me lo vas a contar todo, sin olvidar detalle —. Dijo mientras se arrastraba sobre su torso para besarle con dedicación.

—Si es lo que deseas...—Contestó sofocado por el ardor—. Sabes que no me gusta negarte nada —. Contestó sonriente antes de maldecir en alto al sentir sus labios besando la cara interna de su muslo.

—Cuéntame, ¿qué hiciste estos días sin mí?

Akim respiró agitado cuando su lengua comenzó a lamer esa parte tan sensible de su cuerpo. Estaba en el paraíso de los placeres.

—Verás, resulta que mi chica me dejó solo y yo la deseaba como un loco —. Dijo resoplando cuando la tersa lengua lamio la cima de su virilidad.

—¿Te fuiste con otra? —Preguntó con pena fingida.

—No, no podría —Dijo bajando la mirada para clavar el fuego de su mirada en los suyos—. Es a ella a quien deseaba.

Brenda sonrió y al instante bajó la cabeza para tomarlo al completo con su boca. Akim susurró entre dientes y jadeó al sentir la presión de sus labios envolverlo en la humedad de su boca. Ella lo atrapó una y otra vez simulando los movimientos del hombre más apasionado y él estiró la mano para atrapar sus cabellos con fuerza mientras se recostaba sobre el frío cuero del diván. Se sentía extasiado como nunca antes. Muchas antes lo habían besado por aquellos lares pero ninguna acariciaba su alma con cada succión como su doctora.

—Brin... —Susurró con apenas voz.

—Tienes que seguir contándome —. Dijo ella liberando su pene mientras arrastraba con suavidad su uña por su virilidad.

Akim intentó pensar que era lo que ella pedía pero estaba demasiado extasiado como para razonar. La sangre le corría acelerada por las venas y unas gotas de líquido comenzaban a aparecer en el extremo de su sexo que se endurecía hasta el dolor.

—Dime, ¿qué ha pasado estos días sin mí? ¿Te has acariciado? —Brenda sujetó su fuerte mano con la de ella y la arrastró hacia su masculinidad y lo obligó a envolverla entre sus fuertes dedos —. ¿Así? —Preguntó excitada al verlo acariciarse.

Akim la miró con sonrisa pícara y con fuerza envolvió su erección para hacer exactamente lo que ella reclamaba.

—Sí, exactamente así —. Le contestó emocionada —. Muéstrame cómo lo hacías —. Dijo atrevida y él se lo demostró.

Movió con insistencia una y otra vez su mano mientras clavaba su mirada en la de ella. Brenda lamió su cima cuando el bajaba y subía los dedos y Akim jadeó nervioso pero sin dejar de observar la larga melena dispersa entre sus piernas.

—Y pensaba en ti —comentó ronco—. Con cada caricia imaginaba que eran tus manos la que me tocaban —dijo extasiado al sentir su lengua degustarlo —. Te imaginaba moviéndote sobre mi hasta dejarme seco y sin poder moverme.

Akim sonrió al sentir como ella nerviosa comenzó a escalar por su cuerpo hasta sentarse a horcajadas sobre su virilidad erecta y ansiosa por recibirlo.

—Creo que ya no la necesitamos —dijo obligándolo a quitar la mano de su pene. Akim sonrió y la sujetó por la cintura hasta encajarla en su cuerpo.

—Yo creo que tampoco —. Dijo al clavarse en su humedad.

Ambos gimieron al completar su unión y Akim apoyó los pies en el

fuerte diván para empujar con fuerza hacia ella. Brenda deseaba dominarlo y estaba dispuesto a dejarla hacer pero ello no significaba que no pudiese echarle una mano. Con cada movimiento de su chica él salía a recibirla. Brenda comenzaba a perder el control y se restregaba nerviosa intentando llegar pero sin conseguirlo por lo cual la sujetó por la cintura, con rapidez y sin despegar sus cuerpos, la arrastró bajo su duro cuerpo y comenzó a moverse deseoso por verla alcanzar la cima de su placer. Ella se movió nerviosa y Akim la sujetó para penetrarla hasta allí donde pudiese llegar. Empujó con todo su amor hasta que la sintió gemir y gritar el más maravilloso sonido de pasión que escuchase jamás. El corazón le latió con fuerzas cuando su cuerpo lo estrujó con fuerzas y bebió hasta la última gota de su ardor.

El móvil comenzó a sonar pero ambos estaban demasiado ocupados como para contestar. Volvió a sonar una segunda y una tercera vez cuando Brenda suspiró resignada intentando alejar a un hombre que gruñó enfadado.

—Tengo que atender —. Dijo mientras él se negaba soltar el pezón que tenía en su boca. La necesitaba otra vez —. Por favor...—Comentó con apenas un hilo de voz y embargada por el deseo.

Enfadado pero aceptando sus deseos la liberó de su abrazo y Brenda estiró el brazo para alcanzar el bolso y recoger el móvil que volvía a sonar.

—*¿Esperanza? Perdona pero no recuerdo,... ah, sí... Esperanza* —. Brenda hablaba con apenas voz y Akim sonrió orgulloso mientras continuaba besando su cuerpo recostado en el diván como si nada —*Sí...sí...por supuesto ¿qué tal estás?...Sí lo recuerdo y permite que me disculpe pero no pude ir, verás un amigo muy querido falleció y me resultó imposible...¡Qué! ¿Pero qué hace allí?... No puede ser...*

Brenda se levantó de un salto y Akim se quedó besando el sofá de cuero sin comprender que era lo que estaba pasando a su alrededor. Estaba por tirar de su brazo para volver a recostarla sobre el diván cuando ella dijo con voz preocupada.

—*Estaré allí en lo que tarde en llegar...*

—De eso nada —. Dijo con seriedad mientras se estiró para abrazar su delicado cuerpo semi desnudo.

La mujer se liberó de su abrazo y comenzó a abrocharse el sujetador a toda prisa tras su mirada sorprendida. Akim la observó intentando calmar su pasión mientras se preguntaba que pasaba. Ella se vestía a toda prisa pero fue cuando al girarse y mirarlo a los ojos lo vio claro.

—Problemas. Esa mirada significa que estamos en problemas.

—¿Estamos? —Respondió divertida —Akim levantó los hombros mientras él también comenzaba a vestirse.

—¿Dónde vamos?

—Es Rachel, está en casa de Carol.

—¿Esa no es la presidenta de las Amazonas?

—Sí.

—¿Y qué hace allí?

—Te lo cuento por el camino —. Dijo recogiendo su bolso que con las prisas había caído al suelo.

—Está bien, está bien pero recoge tu casco. Llegaremos más rápido en mi moto.

—¿Qué casco? —Dijo cuando se dio cuenta por primera vez que sobre el escritorio se encontraba un casco nuevo súper mono con un lazo de regalo en la parte delantera —. ¿Es para mí? —Preguntó emocionada.

—Sí. Deja que te lo ajuste.

—Me va perfecto —. Dijo al introducir la cabeza.

—Lo sé. Lo pedí con tus medidas exactas.

Brenda se abrazó y le tiró un beso por debajo del casco y él se derritió. Verla así lo hacía sentir que era su compañera de vida. Su copiloto. Su acompañante de carretera. Eso lo llenó de orgullo y esperaba que ella supiera lo que ese tonto obsequio significaba para él. Hubiese dicho algunas palabras si ella se lo hubiese permitido pero si ya le era difícil expresar sus pensamientos en voz alta, lo era mucho más teniendo una mujer tan polvorita como la suya. ¿Sería que ella no dejaba de ir de aquí para allá sin meterse en problemas? Pensó divertido mientras se dejaba arrastrar otra vez. Esa mujer lo terminaría matando.

Llegaron a la casa y Akim se extrañó pero no dijo nada. Brenda corrió hacia la puerta e hizo sonar el timbre. Esperanza abrió preocupada mientras los llevaba hacia el interior donde, por los gritos a todo pulmón, se estaba produciendo una pelea y de las buenas. Cuando llegaron al salón no podía dejar de observar el lugar. Esa era una casa de lo más lujosa. No estaba impresionado por eso, de hecho, la propia casa de Brenda era un derroche de belleza arquitectónica pero allí todo era muy diferente. La mujer que lo habitaba parecía una nueva rica. Una que se deja envolver por los objetos caros sin pensar en si combinaban o no. Por amor al cielo, aquella figura de quien sabe qué y de casi un metro de altura podía ser cien por ciento de marfil pero era el artilugio más horroroso que hubiese visto jamás. Puede que él fuese de orígenes humildes pero sus interrumpidos estudios en arte le hacían reconocer perfectamente una obra de arte de una porquería. Y esa cosa lo era.

—Desgraciada. ¡Eres una perra, *fucking bitch!* —Rachel gritó descontrolada y entre lágrimas.

Todos se quedaron de piedra en el lugar, menos Brenda que se acercó a

su lado intentando calmarla.

—Rachel, será mejor que nos vayamos —. Dijo con suavidad.

—¡No! Ella lo mató. Es su culpa —. Gritó desahogada nuevamente.

—¡Está loca! — Dijo la Amazona líder.

—¿De qué estás hablando? —Brenda preguntó mientras la sostenía por los hombros y sin hacer caso a la agredida que despotricaba como yegua enfadada.

—Es su culpa... ella lo mató Brenda... ella lo mató —. Dijo con miles de lágrimas recorriéndole el rostro.

—Cariño, no te entiendo —. Su amiga respondió con el corazón tan roto como el de ella. Rachel estaba destrozada y totalmente descontrolado por la pena y el dolor.

—Él lo supo, supo lo que esta perra me hizo. Supo lo de la cárcel y se puso muy nervioso. ¡Y por eso le dio un infarto! —Gritó perdiendo el control nuevamente e intentando abalanzarse sobre la mujer que se escondió tras Esperanza.

Peter estaba en una esquina y Akim se situó a su lado. No pensaba intervenir. Siempre y cuando ella no corriera ningún peligro.

—Que se vaya de mi casa. Llévatela fuera o llamo a la policía.

La mujer gritó y empujó a Esperanza para que la joven cumpliera con sus órdenes pero Peter la detuvo.

—A ella no la mandas. Y no vuelvas a tocarla.

—Maldita desgraciada ¿vas a hacer lo que este inútil diga? Eres un ser inservible —. Gritó con todas sus fuerzas.

—No la insultes o no respondo —. Peter contestó interponiendo su cuerpo tan poco musculado como el de un bicho palo.

Akim sonrió ante la imagen. La mujer le duplicaba en largo y ancho pero el joven no se amedrentó con tal de defender a su chica. Eso era amor, pensó divertido.

—Ella es así. Una zorra que no le importa dañar a quien sea. Me acusó y me llevó a la cárcel sin pruebas. Mintió como la perra que es y por eso mi George está muerto... —Dijo sollozando —. Es mi culpa, si no lo hubiese disgustado tanto...

—Rachel, no fue tu culpa —. Brenda comentó comprensiva.

—Sí, sí lo es. Mía y de esta zorra. Por eso pienso arrancarle todos los pelos.

Rachel se lanzó sobre la mujer. Carol empujó al instante a Esperanza a primera línea de combate para esconderse tras la muchacha.

—¡Mamá, no! —La joven gritó asustada al ver la locura reflejada en la

mirada de Rachel.

—¿Mamá? —Rachel, Akim y Brenda preguntaron a la vez.

—Defiéndeme. Inservible para nada. No debí haberte tenido. Debí ahogarte en el río.

—Pero serás desgraciada. ¡La abandonaste al nacer! No sé cómo te permite siquiera estar a su lado —. Peter gritó furioso.

—Peter, por favor... —Esperanza intentaba sostener a su novio del brazo para aplacarlo

—¿Mamá? Mentirosa... ¡Eres una mentirosa! —Gritó Rachel—. Hablabas a aquellas mujeres con aires de superioridad cuando tú misma habías abandonado a tu hija a la que tratas como a un trapo viejo. Insultas a políticos para después ir de doña perfecta. Eres un falsa. ¡Yo te mato!.

Brenda intentó sujetarla pero no pudo. Calló al suelo y entonces Akim decidió intervenir. En dos zancadas alcanzó a Rachel y la levantó por los aires esperando que dejara de patear histérica. Cuando la mujer se calmó, el joven la depositó en una silla y le habló con ternura.

—Sé por el dolor que estás pasando. He sufrido en mis propias carnes cuánto pesa el remordimiento de los errores pero deberás vivir con ello. George ya no está y no puedes hacer nada para recuperarlo. No importa cuánto la golpees, él no volverá, te lo dice alguien que hizo sangrar muchos rostros antes de rendirse.

Rachel se puso a llorar y Brenda se acercó para tomarla por los hombros y guiarla hacia la puerta.

—Maldita desgraciada. Te pondré una denuncia.— Carol iba a gritar unos cuantos improperios más pero Akim se puso frente a frente y dejó que ella recorriera con la mirada cada uno de sus tensos músculos antes de hablar con ese acento tan suyo y con frialdad mortal.

—No pondrá ninguna denuncia, es más, piensa pedir perdón y decirle a la señora que comprende su dolor... si es que aprecia su vida.

Akim sonrió por la palidez que al instante dominó el rostro de la mujer. A veces ser el chico malo valía la pena.

—Yo... yo, comprendo tu dolor y siento tu perdida —Dijo observando los tatuajes que asomaban por las mangas de su camiseta.

Rachel caminó a paso lento hacia la puerta y no se detuvo a escuchar a la mujer y Akim caminó tras ellas en silencio hasta la acera.

—Nosotras iremos en un taxi —. Dijo esperando que él la comprendiera.

—Las seguiré con la moto.

Brenda asintió con la cabeza mientras guiaba a una Rachel que parecía caminar como entre las nubes. La pobre mujer estaba derrotada y apenas era

consciente de mover sus piernas. Akim esperó a que subieran al taxi y las siguió hasta la casa.

Esperó en el salón hasta que Brenda le ofreciera un calmante y la acomodara en su cama.

—Se ha dormido—. Dijo dejándose caer agotada a su lado mientras él la abrazaba con ternura—. La pobre insiste en que es su culpa.

—Se le pasará. Es la pena la que habla por ella. Con el tiempo comprenderá que no lo fue.

—¿Lo dices por tu madre?

—Sí, siempre pensé que debí haber hecho más por ella.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Digamos que una charla con mi padre me hizo ver las cosas desde otro punto de vista.

—Comprendo—dijo bostezando con fuerza y la verdad sin comprender mucho.

—Te llevo a tu casa.

—No gracias, me quedaré con ella. Quise que regresara a la mía pero se negó. Creo que necesitaba estar entre sus cosas para sentirse protegida. Dormiré en el sofá.

—Entonces dormiremos juntos—. Dijo con tono pícaro y ella lo observó extrañada.

—No pensarás que te dejaré sola para que te metas en más líos.

—Pero estarás incómodo y tú mañana trabajas.

—Si tú estás a mi lado nada puede ser malo—. Dijo mientras la besaba. No fue su intención ir más allá pero siempre que estaba con Brenda las cosas cambiaban de rumbo.

—Brin ¿en qué trabaja esa mujer?

Ella intentaba pensar pero después de lo sucedido aún le costaba respirar.

—En nada. Lleva años sin trabajo ¿por?

Akim pensaba sin contestar y Brenda volvió a preguntar

—¿Qué pasa?

—¿No te parece raro que una mujer sin familia, sin trabajo viva en un barrio como ese y tenga semejante coche aparcado en su puerta?

Brenda no contestó. Akim se acercó y arrimó su cuerpo al suyo buscando su calor.

—Es una tontería pero me pareció curioso—. Dijo con apenas un hilo de voz antes de dormirse pegado a su espalda.

La mujer no se durmió. Se quedó pensando. Puede que no sea tan tontería se dijo intentando unir cabos dispersos.

—Brin, mi vida, tengo que irme a casa. Debo ducharme y llevar a Lucien al colegio.

Brenda asintió mientras se giraba y le pareció la mujer más adorable que conociera jamás. La verdad es que tenía poca experiencia en despertar con ninguna. No solía completar la noche en la cama de sus amantes. Disfrutaba y se marchaba. La vida sin compromisos era mejor vida. Recordó su frase y se rió de su propia estupidez. La vida sin ella no era tranquila, simplemente no era vida. Lo decía totalmente convencido. Brenda lo llevaba a la locura, lo elevaba a los cielos y lo sumía en la desesperación, lo debilitaba y lo liberaba. Era la más loca y enloquecedora de las situaciones pero de eso se trataba el amor y ahora lo comprendía porque estaba perdidamente enamorado.

Tiempo

Desde que te conocía, vivo la más maravillosa de las locuras.
Tu nombre corre por mis venas, la sangre se me altera,
el corazón se me desboca y me siento volar, las nubes no lloran
y el calor ya no asfixia, bienvenido amor a mi vida
por contigo he conocido el más bonito de todos mis tormentos
Akim

Akim hacía su trabajo intentando no pensar. Acomodaba los pinceles ya limpios cerca de los botes de pintura mientras el resto de la cuadrilla se preparaba para almorzar. Miró nuevamente la hora e hizo cálculos. Los minutos parecían no pasar y los segundos eran lentos pasos de gigantes que aplastaban cada vez más sus esperanzas.

—¿Problemas en el paraíso? —Nikola preguntó mientras se acercaba para apoyarse en la pared a su lado.

—Él está aquí —. Dijo como si eso lo explicara todo.

Nikola lo miró con cara de pena y Akim sintió que se le revolvían las tripas. No deseaba encontrarse en el lugar que se encontraba. Se sentía débil y vulnerable y esas eran sensaciones que aunque nuevas no le gustaban ni lo más mínimo.

—En este momento deben estar hablando —. Comentó intentando explicar su rostro de pocos amigos.

—¿Se lo dirá?

—Eso dijo —. Pensó al recordar que en los últimos diez días era la segunda vez que Brenda regresaba diciendo que lo había intentado pero no había podido decir nada. El innombrable parecía estar esquivándola y aunque fuese una situación extraña no quiso dudar de ella. Si Brenda decía que le había pedido hablar pero él se escabullía era porque esa era la verdad. Se negaba a no creerle —. Lo ha intentado en un par de ocasiones pero el apenas está en casa. Dice que está muy ocupado, que debe hacerse cargo de todo los proyectos que George dejó pendientes y se marcha sin más —. Comentó mientras caminaba hacia la puerta de salida para esperarla.

—Ya lo sabe... —Nikola afirmó mientras su amigo, ya en la acera, encendía un cigarrillo.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que cuando una mujer dice tenemos que hablar todos sabemos

que es lo que sigue. Siempre son problemas para nosotros. Está claro que el hombre intenta escurrir el bulto.

Akim dio una larga calada a su cigarrillo pensando seriamente en la opinión de su amigo mientras asentía con la cabeza.

—Al final no vas a ser tan descerebrado —. Dijo divertido.

—Ja, y me lo dice el que se enamoró como un idiota de una mujer casada con un arquitecto con una cuenta bancaria de al menos de siete cifras.

Akim lanzó una pequeña sonrisa sin ganas. Su amigo tenía razón. En una carrera de descerebrados el perdería por escasa inteligencia.

—Uy, uy, yo mejor me voy.

Nikola se marchó a toda velocidad y Akim pisó su cigarro en el suelo al ver la razón de la cobarde huida de Nikola.

—Sigues aquí —. Connor escupió molesto.

—Eso parece —. Respondió sin ganas. El escocés no dejaba de provocarlo cada vez que podía.

—Dime cuanto quieres y lo tendrás.

El joven sintió que las venas se le hinchaban. No era la primera vez que le ofrecían dinero por alejarse de Brenda y estaba comenzando a hartarse de aquellos malditos desgraciados que evaluaban sus sentimientos a golpe de chequera.

—¿Tan poco la aprecias como para creer que me he enamorado de ella?

—La conozco demasiado bien como para saber lo mucho que vale pero no son los tipos como tú los que aprecian esas virtudes —. Respondió con furia en la mirada.

Akim intentaba controlarse. Le había prometido a ella que no atacaría al artista. Él era un hermano para ella y no quería lastimarlo pero toda paciencia tiene un límite y la suya estaba en el borde del precipicio.

—Lárgate, búscate otro empleo. Yo puedo ayudarte.

—¿Sí...? —Dijo en tono divertido. ¿Ahora le ofrecía un empleo? ¿Qué sería lo siguiente? ¿Una casa nueva?

—La engañarás, la harás sufrir y te mataré por ello. Los desgraciados como tú no les importa cuánto daño hagan con tal de conseguir lo que buscan. ¿Dime, que te enamoró de ella? ¿La casa de la playa? ¿El deportivo? ¿Las fiestas? ¿Su cuenta bancaria?

Akim comenzaba a respirar cada vez con mayor fuerza. Los puños se le cerraban reclamando acción y la venas se le inflamaban pidiendo sangre.

—Será mejor que me vaya —. Dijo con voz grave intentado cumplir su palabra y no matar al estúpido escocés.

Connor lo sujetó por el hombro intentando detenerlo pero Akim se soltó

de una fuerte sacudida.

—No vuelvas a tocarme —. Gruñó refulgiendo fuego en la mirada.

Connor se enfrentó. No le temía. Ambos eran dos especímenes preparados para la lucha. Altos, fuerte y deseosos por combatir por lo que consideraban que le pertenecía.

—Ese eres tú —dijo sonriendo como de lado cual perro a punto de atacar—. ¿Ella te ha visto así? ¿Le has mostrado la mierda que escondes dentro?

Akim se movió con rapidez para sujetarlo del cuello y aprisionarlo contra la puerta de cristal de entrada al edificio.

—Eres un desgraciado incapaz de ver más allá de tus narices.

El escocés abrió ambos brazos en alto soltándose de su agarre con furia en la mirada. Akim era fuerte pero él era un hombre con un tamaño y fuerza nada despreciable.

—Si quieres hacerme creer que le importas entonces vete y no vuelvas. No destruyas su vida —. Gritó enfurecido haciendo golpear su aliento en el rostro de Akim que se encontraba a escasos milímetros del suyo.

El joven intentó contenerse. ¿Cómo podía explicarle a aquél estúpido que ya lo había intentado pero no había podido? Connor era su amigo y simplemente intentaba protegerla, no podía culparlo, después de todo él haría lo mismo en una situación similar.

—La quiero... —Dijo derrotado.

—Entonces desaparece.

—Ese matrimonio ya estaba muerto —. Comentó golpeando el puño contra la pared para no disparar directo hacia el rostro de aquél hombre que parecía no querer callar.

—Puede, pero tú no eres para ella. Jamás le darás lo que necesita. Cuando la novedad se acabe la dejarás tirada en el primer charco. Brenda es un ser especial, confía en la gente. Puede que en algunas ocasiones intente dar la imagen de mujer fuerte, pero los que las conocemos de verdad sabemos perfectamente que es una máscara.

—Dices que la quieres pero le pides que viva en un mundo de mentiras. Vaya mierda de amigo que eres.

—Yo no he dicho eso. Sólo digo que tú no eres el indicado.

—¿Y por qué no? —Dijo mordiéndose la lengua para no insultar.

—Porque tu mundo y el de ella no se chocan. Jamás lo harán. No soy un clasista pero tampoco soy un estúpido. Si sigues a su lado perderá sus relaciones, su posición. La avergonzarás y caerá sin poder levantarse y tú serás el responsable.

Akim maldijo por todo lo alto y entró en el edificio sin mirar atrás. Las

palabras de Connor esta vez lo habían herido mucho más de lo que le gustaría reconocer.

Se marchó rumbo al trabajo intentando dejar de escuchar las palabras de aquél cretino pero no le era posible. La voz gruesa del escocés le taladraba el cerebro. ¡Maldita mierda! Él no la dañaría jamás. Ese tipo tenía que estar equivocado. Él se esforzaría al máximo para estar a su nivel. No era un arquitecto ni nada parecido pero podía intentar ser alguien mejor por ella. Akim se miró las manos callosas sujetando la carretilla de arena y sintió que un puñal se le clavaba en el corazón rasgándolo en dos. Arrojó el odioso artefacto al otro extremo de la habitación con todas sus fuerzas mientras respiró agitado.

Brenda encendió las luces para entrar a su consulta. Era tarde y todos se habían marchado. Se sentó en su escritorio sujetando su cabeza intentando aclarar sus pensamientos. Max había regresado de uno de sus viajes, ella intentó hablar con él pero se limitó a observarlo como se movía de un lado a otro nervioso mientras le explicaba que debía volver a marcharse. George tenía varias obras importantes y Max debía asumir todos sus compromisos. En parte ella lo entendía así como el dolor que claramente él sentía por la pérdida de su socio y amigo.

—Tenemos que hablar... —le dijo mientras él acomodaba unos papeles cuando estaban en casa.

—Por favor cariño, ahora no puedo —. Le contestó mientras la abrazaba con fuerzas—. Sin George todo esto parece imposible, necesito que lo comprendas.

—Lo entiendo perfectamente pero necesitamos un tiempo para nosotros. Tengo que hablar de algo importante.

—Entonces habla —. Respondió enfadado mientras sostenía un maletín.

—No, así no —. Max se acercó arrepentido y la abrazó con cariño.

—Lo siento, no quise gritarte. Pero estoy muy agobiado. Debo estar en París más de lo que debería y además están los proyectos de aquí. Tengo que viajar mucho y no quiero dejarte pero no encuentro otra solución. Te prometo que cuando tenga todo controlado te dedicaré una semana entera solo para ti.

Brenda agachó la cabeza. Sólo pretendía un par de horas pero no podía ser tan ingrata. Max la necesitaba y le pedía comprensión. Puede que ya no sintiera por él la pasión que debía pero eso no significaba que no lo quería y mucho. Él representaba una parte importante de su vida y siempre lo quería. Cerró los ojos mientras se los rascaba con fuerzas cuando una voz sobresaltó la soledad de su consulta.

—No se lo has dicho.

—No he podido —. Dijo sin mirar a la figura apoyada en la pared.

—Intenta ganar tiempo —. Comentó mordiéndose la lengua por la rabia.

—Eso no es verdad. Él no haría eso —. Dijo agotada.

—¡No lo defiendas! No lo soporto —. Contestó con furia apenas controlada.

—¡Y no lo hago! Pero dices tonterías. ¿Cómo va a intentar ganar tiempo de lo que no sabe? —Brenda no acostumbraba a perder los papeles pero se sentía presionada. Akim solía decirle que la entendía, que aceptaba su situación pero a la primera de cambio comenzaba con pequeños reproches que empezaban a cansarla. ¿Se creía que a ella le gustaba esa situación? ¡Dios! Odiaba mentir a Max, odiaba sentirse una basura, pero él ya lo sabía. Ella era casada cuando hizo todo por conquistarla, ¿ahora que pretendía? ¿Qué se deshiciera de más de quince años así como así? —No piensas tus palabras —. Dijo molesta.

—¿Me estás llamando idiota? —Respondió mientras se acercaba a su escritorio para mirarla a los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué sucede, te has dado cuenta al verlo de que yo no soy más que un albañil con el cerebro cortito? ¿Es eso doctora? —Hablaba mientras se acercaba a su silla y agachaba el rostro para quedar cara a cara— ¿Será que la tan atenta y educada doctora Klein no se atreve a decirme que está arrepentida?

—¿Qué te pasa? —Dijo mientras se levantaba del asiento para intentar comprender el porqué de esa furia.

—¿Es eso? ¿Max te regaló un deportivo nuevo? Dime, ¿cómo te convenció? ¿Te tumbó en la cama y te hizo gritar más que yo?

Akim se arrepintió en el mismo instante en que sintió la fuerza de sus cinco dedos en el rostro. Se rascó la mejilla para aliviar el escozor mientras ella intentaba hacerse a un lado para alejarse. La sostuvo por la muñeca para retenerla.

—Lo siento —. La voz apagada apenas le salió de la garganta. Ella tenía razón, era un idiota, pero uno que temía perderla. Uno que moría de celos cada minuto que no estaba a su lado —Yo no quise...

Su teléfono sonaba sin parar y Brenda estaba molesta, enfadada y muy mal humorada. Sin escucharlo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar el móvil. Si él no lo contestaba lo haría ella por él. Ya no soportaba ni las huidas de Max, ni las recriminaciones de Connor, ni los reproches de Akim ni el sonido de su dichoso teléfono.

—No espera...

—Lola... sí claro te paso —. Brenda no lo hizo hasta observar en la pantalla el número de llamadas de esa mujer. Diez en las últimas dos horas.

—Toma —. Dijo estirando el artefacto y recogiendo el bolso para

marcharse.

Estaba que explotaba. Akim se dignaba a exigir cuando aún seguía hablando con aquella niñata de tetas enormes. Se sintió estúpida, vieja y celosa, muy celosa.

Akim cortó la llamada sin contestar para explicarse pero ella no se lo permitió.

—Vete —. Le dijo obnubilada por la rabia y los celos.

—No —. Contestó abrazándola por la espalda con fuerza e impidiéndole a ella marcharse.

—Vete —. Volvió a repetir con una seguridad que hizo temblar de miedo a Akim. Él no buscaba aquella discusión, ni siquiera la había planeado pero desde la charla con Connor no había conseguido recuperarse. Ella llevaba toda la tarde sin comunicarse y él estaba desesperado. La esperó durante horas y cuando el cielo se oscureció las dudas comenzaron a atacarlo como siempre que ella no estaba a su lado. Cuando la vio sentarse y esconder su rostro entre las manos sin siquiera advertir de su presencia pensó que el suelo se le habría y lo enterraba con vida. Miles de situaciones se le pasaron por la cabeza. Después de todo, Max estaba en la ciudad y ese hombre era el único que podía arrebatarle lo único que quería en esta vida. Bueno él y la pesada de Lola que no parecía entender que no volvería a tener nada con ella.

—Yo no quise...

—Me mentiste. Dijiste que aceptarías lo que pudiera darte y lo aceptaste. Te dije que necesitaba tiempo para hablar con él y dijiste que lo comprendías pero no dejas de insistir y presionarme y ahora encima...—Dijo señalando el teléfono sin poder decir el nombre de Lola en alto.

—No te presiono —. Dijo sabiendo que sí lo hacía e ignorando por completo la llamada. Intentaba controlarse pero los celos siempre le ganaban la partida. Creyó que podría ser su amante hasta ir conquistando su corazón pero fue un error. La quería para él sólo y no deseaba compartirla —. Llevo toda la tarde... ha sido un mal día y cuando llegas no me buscas y cuando te pregunto me dices que no habéis hablado y yo he pensado lo peor. Intento tener paciencia pero para mí no es fácil.

—¿Para ti? ¿Y te crees que para mí sí? ¿Te crees que si pudiera escoger estaría metida en esto? ¿Te crees que yo no estoy agobiada y cansada de pensar en el daño que te puedo hacer a ti o a él? Estoy harta de que se me pida siempre pensar en los demás y nunca en mí. ¿Te crees que no me siento fatal?

—Brin... —Estiró la mano intentando acariciarla pero ella se alejó.

—Quiero estar sola.

—No, no me pidas eso... —. Dijo intentando abrazarla a pesar de su

tirantez.

—Necesito estar sola —. Contestó con seriedad —. Te lo pido por favor. Vete de mi consulta.

Akim apoyó su rostro encima de su cabeza depositando un delicado beso en sus cabellos.

—Ella no significa nada. No es lo que piensas...

—Por favor vete —. Brenda no pensaba derrumbarse frente a él. Si sentía una mierda era mejor sola que a su lado.

—Habla mañana.

—Yo creo que igual...

—No, no se te ocurra decirlo —dijo con la voz temblorosa—. Te veré mañana cuando ambos estemos más tranquilos.

El joven se marchó cerrando la puerta muy despacio mientras caminaba hacia la salida. Su carácter explosivo y sus continuas dudas habían conseguido ponerlo contra las cuerdas. Ella había estado a punto de pedirle distanciarse y la respiración se le había cortado en ese mismo instante. ¿De verdad pensaba que podía seguir su vida sin ella? A estas alturas eso era impensable. Brenda era la fruta prohibida a la que no podía renunciar. Durante años se sintió sólo y abandonado. La fortuna era una galleta que nunca le tocaba saborear y ahora, que al fin la tenía, que la había saboreado con sus labios y su cuerpo, ahora no le sería posible continuar sin ella.

“Idiota”, pensó al recordar la forma en que la había presionado y maldita mi suerte, se dijo al recordar la inoportuna llamada de Lola. El rostro de Brenda se había desdibujado y él se quiso morir. Lo único que le faltaba es que ella dudara de sus sentimientos. Se calzó el casco y subido a su moto, aceleró a todo gas pensando en la manera de recuperarla. Esta tarde la había sentido como se alejaba sin poder detenerla y la sangre se le había congelado en las venas. Tenía que demostrarle que la comprendía y apoyaba. Debía conquistarla como un hombre lo hace con una mujer y no como un maldito neandertal celoso. ¿Se podía ser más idiota? ¿Ella buscaba el momento de hablar con el innumerable para explicarle que se había enamorado de otra persona y él aún dudaba?

Akim se detuvo ante un semáforo sintiéndose cada vez más ridículo cuando sus propios pensamientos volvieron a crearle las eternas dudas. ¿Nunca dijo que se hubiese enamorado? Pensó mientras el semáforo parpadeaba en amarillo. La pasión era evidente entre ellos pero amor y pasión eran juegos que muchos jugadores solían confundir. Puede que allí esté mi respuesta y mi salvación, pensó esperanzado por primera vez en todo el día. El coche de atrás hizo sonar fuerte su bocina reclamando que se moviera y el joven sonrió con verdadero placer. Su chica buscaba pasión y se la había dado, ahora le haría

descubrir algo más. Él la adoraba y estaba completamente seguro de sus sentimientos, el momento de despertar los de ella.

Mentiras

Nadie como tú para despertarme por la mañana.
Tú cuerpo me dice buenos días y mi corazón te dice
que siempre lo serán mientras te encuentres a mi lado.
Akim

Brenda esperó en el despacho aunque no tenía ni pizca de ganas. Al instante en que Akim abandonó su consulta se sintió culpable. La presión y los celos habían podido con ella. Necesitaba un poco de comprensión y no un saco de reproches y encima, esa llamada...

Si algo la había hecho despertar de su triste vida era la falta de comprensión por parte de Max. Él siempre dictaminaba y ella cumplía, bien fuese por deber, por comprensión o por no discutir. Siempre cedía y estaba realmente cansada. Las palabras de Akim la pusieron contra la espada y la pared y no deseaba volver a sentirse así. Ya no quería actuar como debía sino como sentía.

Alguien golpeó a la puerta y ella le dio permiso para entrar. Los estaba esperando. Peter le había pedido una reunión urgente y al sentir su temblor en la voz, los citó en su consulta de manera urgente.

—Adelante —. Dijo al ver a la pareja temerosa en la puerta. Aquello no pintaba muy bien, pensó mientras les ofrecía un par de sillas para sentarse.

—Doctora Klein, perdone este asalto, pero nos urgía verla —. Esperanza habló asustada y la psicóloga sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo.

—Por favor, llámame Brenda —. Comentó rompiendo una de sus estrictas reglas profesionales —. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Es por mi madre.

—Esa arpía no es tu madre, nunca lo fue. No se llama madre a una loca que te deja tirada en un hospital —. Peter escupió cada una de sus declaraciones.

Brenda escuchó atentamente, comprendía la historia de la joven y la necesidad de Esperanza por recibir un tratamiento psicológico ¿pero por qué tanta urgencia?

Esperanza hablaba pero Peter continuamente la interrumpía hasta que ya no lo soportó y se levantó con toda la autoridad que le ofrecía su posición y con educación le pidió a Peter que se marchara.

—Pero... —Respondió entre extrañado y molesto.

—Esperanza es suficientemente adulta como para comentarme sus inquietudes, por lo que te pido que nos esperes fuera.

—Pero es que usted no sabe. Ella... la necesita.

—Lo sé y entiendo tu preocupación. No temas, podré ayudarla.

—Doctora —Dijo casi susurrando para que su novia no escuchara—. Verá, nosotros no podemos... es decir, con la inauguración del local, estamos un poco ajustados.

—No te preocupes. Ahora vete a tomar un café. Creo que tu novia y yo tenemos mucho de lo que hablar.

La doctora cerró la puerta con determinación y pidió a Esperanza que se sentara en el precioso diván rojo.

—Esperanza, ¿por qué has venido exactamente?

—Peter dice...

—No, no, olvídate de Peter. En esta habitación estamos solas. Necesito que seas tú quien hable conmigo y no la consciencia de tu novio. Ahora vuelvo a preguntar —dijo con una amplia sonrisa para dar confianza—. ¿Qué te ha atraído hasta aquí?

La chica se movió nerviosa. Era muy joven, Brenda imaginó que tendría algo más de veinte y sintió pena por ella. La muchacha de baja estatura y anchas caderas se mordía las uñas buscando en sus dedos el valor que definitivamente la había abandonado.

—Puedes confiar en mí. Sea lo que sea estoy aquí para ayudarte ¿lo sabes no?

—Sí, sí —dijo con determinación—. Yo confío en usted. Ha sido siempre muy educada y muy buena conmigo... y por eso yo no puedo dejar que ella las lastime. Usted se portó tan bien, siempre hablándome con cariño. Y a su amiga la buscó y no se detuvo hasta verla libre. Se nota que la quiere mucho y la forma en que se abrazaron al encontrarse me dice que son buenas personas. Yo quería una familia, no pedía mucho más... yo pensé que con el tiempo ella me querría pero Peter tiene razón. Ella no me quiere, si lo hiciese me hablaría como lo hace usted, pero a ella no le gusto, nunca le gusté...

La doctora aunque sólo veía cabos inconexos la dejó hablar. En las terapias muchas personas necesitaban comenzar con grandes desahogos para luego ya sí, adentrarse en la problemática propiamente dicha.

Esperanza hablaba sin cortes publicitarios cuando Brenda sintió que la piel comenzaba a erizársele.

—¿Has dicho dañar a Rachel? ¿Por qué tú madre haría algo así? Eso no tiene sentido —. Preguntó nerviosa.

Esperanza, que con el paso de los minutos iba sintiéndose más y más

cómoda se sentó en el diván para mirarla a los ojos.

—Verá, mi madre es un poco... —La pobre muchacha enmudeció avergonzada.

—¿Egoísta?

—Sí, dicho en palabras educadas.

—Continúa —. Brenda comenzaba a sentirse realmente inquieta.

—Yo no sé mucho. La escuché hablar con alguien por teléfono. Le decía que no se preocupara, que los contratos no estaban en peligro. Que si era necesario ella mismo arrojaría la estúpida piedra del camino. Luego cortó maldiciendo en alto y gritando que nadie se le interpondría en el ascenso.

Brenda respiró relajada. Esperanza simplemente había escuchado una de las tantas frases hechas de esas que la gente dice cuando está enfurruñada.

—Entiendo tu preocupación pero no debes preocuparte. Imagino que tu madre sólo estaba enfadada. Cuando perdemos los estribos muchas veces decimos lo que no sentimos. Brenda miró sus apuntes y vio como sin querer había escrito el nombre de Akim unas cinco veces seguidas. Continuó intentando no desviarse del tema.

—El ser humano es temperamental. Las palabras dichas en momentos de furia no siempre reflejan nuestros verdaderos sentimientos —. Dijo pensando como en cientos de ocasiones ella misma debía aplicarse sus propias lecciones. Unas horas antes se había sentido enfadada y presionada pero de ese fuego ya no quedaban ni rescoldos. Se comportó con Akim de una forma que no merecía y estaba arrepentida.

—Verá doctora. ¿Doctora? —Preguntó como buscándola.

—Sí, sí perdona. Estaba pensando —. Dijo carraspeando e intentando disimular.

—Usted no la conoce. Mi madre no amenaza, ella actúa. Yo soy el vivo ejemplo de qué poco le importan los demás —. Habló con tanto dolor que Brenda supo que debería ayudarla a asumir esos sentimientos de abandono pero ahora la urgencia era otra.

—¿Estás segura?

—Sí, a mi madre no le gusta perder. Desde que volvimos de la isla está nerviosa. No entiendo por qué, pero no me gusta.

Brenda volvió a relajarse. Los miedos de la joven eran simples reflejos de una personalidad insegura. No había nada sólido tras sus temores.

—Ella no se detendrá hasta ver a esa estúpida piedra fuera de su camino —. Esperanza repitió nuevamente.

—Cielo, esa es una simple forma de hablar, verás cuando estamos enfadados...

—A Rachel siempre la ha llamado estúpida piedra —. Dijo convencida mientras la doctora se iba poniendo cada vez más blanca —. No lo ha dicho una vez. Han sido muchas las conversaciones que he podido espiar —. Comentó apenada.

—¿Y siempre habla con la misma firmeza?

—Siempre, y no sabe cuántas horas se tira al teléfono. Hay días que apenas come. Yo incluso le preparé unos de esos pasteles que tanto le gustan a Peter para ver si la tentaba y podía ganarme un poco de su tiempo pero nada. Preparé esas tartaletas de manzana y canela con azúcar pero nada.

—Has dicho muchas —. Brenda intentaba pensar a mil por hora.

—¿Las tartaletas? No, ninguna, ni las probó.

—Me refiero a las llamadas —. Dijo sonriendo por primera vez.

Aquella jovencita era pura dulzura y sus mofletes rellenos y sonrosados le daban un aspecto aún más tierno. Habría que ser verdaderamente una mala mujer para no caer rendida ante los encantos de una hija igual.

—Ah, sí. Se tira horas y horas. Y desde que llegamos del viaje aún más.

—¿Sabes con quién habla?

—Políticos y empresarios. Gente de mucho poder —. Brenda arrugó la frente extrañada.

—¿Sabes en qué trabaja?

—No trabaja —. Contestó segura.

—¿Familia de renombre?

—No, su padre fue camarero y su madre maestra.

—Herencias... —Brenda estaba cada vez más asustada. Sus sospechas no le gustaban.

—No, sus padres, por no tener, no tenían ni casa. Vivían de alquiler.

—Pero ella entonces ¿cómo lo hace?

—¿Se refiere a la casa y los coches?

—¿Tiene varios coches?

—Sí, tres y todos a su nombre. La verdad es que Peter me preguntó lo mismo y no sabría responderle —. Dijo como si por primera vez hiciese caso a las evidencias.

—Las Amazonas es un grupo sin ánimo de lucro ¿no es así?

—Así es doctora, ¿pero no entiendo a dónde...?

—Y no se paga ni sueldo ni ninguna cuota o algo por el estilo, ¿estoy en lo cierto?

Esperanza se removió muy nerviosa. No le gustaban las conjeturas de la doctora. Después de todo, puede que esa mujer fuese una víbora mal nacida pero no dejaba de ser su madre biológica, esa que buscó durante años y que había

encontrado tan sólo un par de años atrás. Recordó la felicidad que sintió al recuperarla y las ganas que tenía de decirle que la perdonaba y deseaba formar parte de su vida. Se lanzó a sus brazos entusiasmada con un beso de nostalgia y esperando encontrar su cariño pero nunca lo encontró.

—No doctora, puede que ella no sea la mejor de las mujeres pero no puede acusarla de... ¿doctora?

Brenda ya estaba de pie recogiendo su abrigo a toda velocidad mientras la tomaba de la mano para guiarla hasta la puerta.

—Nos vamos, tengo que presentarte a un amigo. Puede que entre los tres descubramos algo. Si mis sospechas son ciertas puede que tu madre intente lastimar a mi amiga y a cualquiera de las Amazonas.

Esperanza abrió los ojos como platos mientras se dejaba arrastrar hacia la salida.

—Pero Peter...

El novio apareció con tanta rapidez al verlas marchar que a punto estuvo de volcar su segundo café.

—Peter, no tenemos tiempo. Debemos irnos y es fundamental que Esperanza me acompañe.

—Las acompaño —. Dijo resuelto mientras arrojaba el vaso de papel cargado de cafeína a la papelera.

Brenda se detuvo mientras buscaba las llaves del coche en su bolso.

—Peter, esto es algo que debemos hacer nosotras solas. Esperanza sabe protegerse y yo no la dejaré sola. Lo comprendes ¿no?

Las palabras de la doctora Klein parecieron más una orden que una petición de permiso por lo cual el chico, contrariado, se apretó el entrecejo.

—Pero es tarde y no me gusta que ande sola. Nosotros somos de pueblo y esta ciudad es una selva, me quedaría más tranquilo si yo o Akim fuese con vosotras.

—Él no irá —. Contestó segura.

—Sí —. Dijo una voz que alto y claro habló tras la puerta.

Brenda lo miró y sintió su corazón latir a toda velocidad. Le había pedido que se marchase pero estaba totalmente arrepentida. Cada minuto sin tenerlo a su lado se convertía en un castigo imposible de soportar. Con ese pelo azabache revuelto, su cazadora de cuero negra y esa mirada azul fuego, parecía un perfecto ángel recién caído del cielo fruto de unos pecados muy inconfesables.

Cerró los ojos intentando controlarse. No podía comportarse como una chiquilla enamorada. Quería abalanzarse a sus brazos y decirle que lo sentía. Explicarle que la confusión la dominaba día y noche. Que deseaba sentirse libre para quererlo sin restricciones pero bien sabía el cielo que no podía hacerlo.

Primero estaba Max, se lo debía.

—No, como te he dicho esto es algo que debemos hacer solas. Sabemos actuar por nosotras mismas. No necesitamos guardaespaldas —. Dijo mirando a Akim y dejando muy clara su postura. Él la observó con una mirada que Brenda hubiese llegado a pensar que parecía hasta divertida pero que no llegó a comprender muy bien porqué.

—Estaremos bien, la doctora Klein me acompañará a casa. No te preocupes.

Esperanza se acercó a su novio y le regaló una dulce caricia en el rostro. Peter la abrazó y se fundió en un efusivo beso que hizo incomodar a la doctora. Aquellos dos parecían que no volverían a verse y Brenda se maldijo de encontrarse en esa situación junto a su dios del pecado. Estaba por marcharse hacia el coche cuando una fuerte mano callosa muy conocida la retuvo por la muñeca mientras la voz grave le susurró al oído..

—Te espero en mi casa.

—Yo...—Se giró y sus rostros quedaron uno frente al otro separados por apenas un pétalo de rosa de distancia.

—No vuelvas a pedirme que me aleje de ti. No puedo hacerlo.

Sus labios se acercaron a los suyos pero no la besó. Simplemente dejó que se rozaran mientras hablaba con lentitud.

—Has lo que tengas que hacer y ven a mí. No soporto tenerte lejos —. Le dijo con la mirada refulgiendo deseo.

Brenda olvidó la discusión, el lugar en el que se encontraban, la presencia de la otra pareja y las mil razones que los separaban. Estiró las manos para cruzarlas tras su cuello mientras lo besó con toda una pasión de la que no se sabía concedora. Él la abrazó con fuerza posesiva. Sus dedos apretaron su cintura mientras los brazos fuertes la pegaban a su cuerpo. Cuando consiguieron separarse, los dos se encontraban mareados por el deseo.

—Espérame... —Susurró melosa.

—Siempre.

Brenda miró tras los anchos hombros y vio la diversión en las miradas de Peter y Esperanza lo que la hizo querer morir de la vergüenza. Abrió la puerta de calle con urgencia y la joven la acompañó sonriente.

—Mujer de armas tomar la doctora—. El joven Peter habló en voz alta mientras las veía marcharse en el deportivo.

—Así es mi mujer —. Dijo sin pensar y sorprendiéndose a sí mismo por lo posesivo de sus palabras.

«Mi mujer». Pensó sonriendo con amargura. «La primera vez que siento algo igual y tenía que ser por la mujer de otro».

Mejor se iba a casa y metía a Lucien pronto en la cama porque no quería ni pensar que sucedería si el pequeño viese a Brenda. Seguramente se arrojaría a sus brazos y tendría que compartirla con él toda la noche.

«Ah no. De eso nada». Se dijo divertido mientras le daba dos golpes suaves en la espalda al nervioso novio.

—Estarán bien. Ve a casa. Ellas volverán pronto —. “Si no, yo mismo ahorcaré a esa arpía”, pensó para sí mismo.

El joven asintió mientras salía con pies de plomo por la puerta.

De finales y principios

Me llamas con la mirada pero te giras al verme.
Me llamas con tu cuerpo pero me ignoras con las palabras.
Unas veces me emocionas con tus acciones
pero otras...otras desapareces dejándome sin destino.
Mujer, cuidado con el juego porque puede que aún no conozcas las reglas.
Akim

Brenda aparcó apenada por la hora. La conversación con su ex paciente y actual amigo Murray había sido muy larga, pero de lo más esclarecedora. El político había hecho unas cuantas llamadas en su presencia y entre todos pudieron unir mucho de los cabos sueltos de Esperanza y su endiablada madre.

La joven tenía razón, su amiga Rachel podía estar en peligro pero nada de eso pasaría, se dijo sonriente al saber que ella misma se encargaría de desmontar a esa farsante de los buenos deseos feministas. Las Amazonas no se merecían una líder como esa arpía. Mientras cerraba el coche pensó que no sería fácil desenmascarar a esa loba disfrazada de cordero pero por su amiga lo haría. Debía pillar a esa fiera con las garras a punto de atacar para que no quedaran dudas. Caminó dudosa hacia la casa mirando su reloj y comprobando que ya habían pasado diez minutos de las dos de la mañana. Seguramente Akim ya estaría dormido. Mejor se marchaba. Ya le explicaría mañana. Estaba por girarse cuando una voz gruesa surgió al abrirse la puerta de la humilde casa.

—¿Te vas?

Levantó la vista y sus miradas se encontraron. El más atractivo de sus pecados se apoyó contra el marco de la puerta esperando su decisión. ¿De verdad pensaba que podía marcharse cuando la tentaba de aquella manera? Sus anchos brazos se cruzaron expectantes sobre el duro pecho. Decidida se quedó frente a él para apoyar su pequeña mano en ese amplio torso. El corazón de Akim latía a mil por horas y Brenda supo lo que tenía que hacer. Acercó sus labios al torso y lo besó con delicadeza allí donde los latidos cabalgaban enloquecidos. El hombre acarició su larga melena mientras la tironeaba con suavidad para obligarla a enfrentarlo con la mirada. Ella levantó la cabeza y dijo con ternura.

—Tengo que explicarme... —Akim la besó con puro deseo mientras la levantó en volandas provocando en ella un pequeño grito de asombro.

—Ahora no —. Dijo ronco por la pasión.

Brenda se sintió transportada a la escena de una novela romántica en la

que el hombre más maravilloso de la tierra llevaba a la protagonista a una cama donde los besos y las caricias serían el preliminar de los más dulces finales. Puede que Akim no fuese tan perfecto como muchos príncipes de cuento o tan dulce como muchos Romeos con su Julieta. Sus imperfecciones eran evidentes y sus mundos eran totalmente excluyentes pero eso no impedía que en sus brazos se sintiera la mujer más sexy y adora del planeta.

En silencio entraron en el apartamento. Akim la depositó en la cama y cerró la puerta. Se giró y sin decir palabra se arrojó sobre su cuerpo. Su boca se tornó desesperada y ambos se mordisquearon deseosos por dominar el uno la pasión del otro. Sus dedos ásperos levantaron su falda y rompieron las medias de lycra entre sus piernas. La pasión comenzó a tornarse dolorosa en ambos y ella luchó con la cremallera de los vaqueros mientras él movía sus dedos apartando el tanga a un lado para acariciar su feminidad.

—Eres tan perfecta —Susurró en su oído mientras la penetró de una sola vez y con desesperada potencia.

A punto estuvo de gemir en alto pero él atrapó el suspiro entre sus labios mientras se movió agitado. Con ambas manos empujó sobre su nalgas a medio vestir para incitarlo a que la penetrase mucho más.

—Dios... no es suficientemente... —Dijo chocando sus caderas con desbocada energía.

Ella mordió su hombro para no chillar y despertar a toda la casa mientras Akim escondió el rostro en su cuello. Él jadeaba mientras empujaba y ella envolvió su cintura con sus piernas y las enlazó tras su espalda para impulsarlo y conseguirlo sentirlo más y más.

—No puedo —dijo mientras comenzó a derramarse en su interior.

Brenda sintió la humedad penetrarla y la tensión de su duro cuerpo la hizo explotar en un orgasmo que la envolvió sin control. Clavó uñas en su espalda y mordisqueó su hombro hasta que las convulsiones la dejaron agotada.

Cuando pudieron moverse ambos sonrieron sin poder contenerse. Él llevaba los pantalones a mitad de camino de sus piernas y los calzoncillos en las rodillas, ella con las piernas abiertas lucía unas medias totalmente rasgadas, una falda enroscada a la cintura y una camisa levantada por encima del sujetador. Nunca se sintió más hermosamente provocadora.

Akim se desvistió y los dos se introdujeron dentro de las sábanas disfrutando de su mutuo calor.

—Sh, todos duermen. No querrás despertarlos —. Akim dijo divertido mientras mordisqueaba los delicados dedos de sus pies.

—¿Todos? —Contestó confundida.

—Mi padre y Lucien —Respondió mientras su boca acariciaba sus

piernas y subía por los blancos muslos.

—¿Tu padre está en casa? —Dijo intentando huir de la cama pero Akim la retuvo con el peso de su cuerpo sobre el de ella.

—¿Dónde pensabas que estarían? Vivimos juntos.

—Yo... yo... Ay, no sé —. Balbuceó mientras sentía como los besos de Akim se acercaban a su lugar más íntimo provocándole una pérdida de la razón —. Tengo que irme antes que se despierte.

El hombre sonrió divertido mientras acariciaba sus pechos uno a uno con la mayor dedicación.

—Tú no te vas a ningún sitio.

Las manos de Akim eran realmente milagrosas, pensó al ver como perdía el sentido en un mar de sensaciones imposibles de comparar.

—Nunca te cansas —. Dijo simulando cansancio.

—Contigo no —Brenda sonrió mientras disfrutaba de sus caricias sin dejar de observarlo.

—Qué significan —. Preguntó al señalar uno de sus tatuajes.

—Otro día te lo cuento —. Dijo mientras envolvió con su boca ese delicado pezón erecto.

—No, ahora —. Contestó con seguridad y resistiéndose a sus labios.

—Está bien —. Respondió mientras se sentaba a su lado para dejar su cuerpo desnudo frente a sus ojos.

Brenda se maravilló ante el espectáculo. Era tan guapo que no podía saber si era real o era su mirada de mujer enamorada la que lo hacía verlo así. Sus músculos fuertes y definidos la atraían y cómo no hacerlo, pensó al apreciar ese torso cubierto por una fina línea de bello oscuro que se perdía bajo las sábanas. Físicamente era perfecto y un pequeña punzada de temor le cruzó por la mente. ¿Cómo un joven así podría estar interesado en ella?

Sacudió la cabeza y decidió no replantearse más la verdad. Estaba allí y ambos sentían, eso era lo único importante.

—Este es el símbolo de la libertad, este el de la paz y este —dijo sonriendo con amor en la mirada —. Y este la vida. Me lo hice cuando decidí ser padre soltero.

Brenda agachó el rostro y sin saber por qué besó cada uno de los tatuajes. Akim no era sólo un cuerpo atractivo, él era el fruto de una historia que a pesar de su juventud, había vivido mucho más que la mayoría de su edad.

Él acarició su barbilla para que levantara su mirada para hablarle con seguridad mientras señaló un rinconcito de piel cerca de su corazón.

—Y aquí me tatuaré otro.

—¿Y qué dirá? —Preguntó atragantada por la emoción.

—Tuyo hasta la eternidad.

Brenda se lanzó a sus brazos y él se dejó caer para atraparla sobre su cuerpo. Agotados y saciados se durmieron. Akim la abrazaba posesivo y Brenda no pudo dejar de sentir un enorme pesar. Cada día que pasaba a su lado la culpa la embargaba un poco más. Debía sincerarse con Max cuanto antes. Él no merecía su traición y Akim no merecía su espera. Apenas regresara hablaría con él, sin importarle las consecuencias. Su matrimonio no podía continuar. Sus sentimientos gritaban el nombre de Akim por cada uno de los poros.

La luz comenzó a clarear y Brenda despertó algo confundida. Aquella no era su habitación. Se sentó en la cama y poco a poco fue recordando la noche más larga y maravillosa de toda su historia. Se desperezó y se dio cuenta que Akim asomaba la cabeza tras la puerta para acercarle un toallón. Estaba sonriente y vestido con solo unos vaqueros. Vio ese ancho torso desnudo y sintió enrojecer al recordar los mordiscos enloquecidos que le había dado hacía tan sólo unas pocas horas. Observó su hombro tatuado y reconoció un pequeño arañazo que aún brillaba enrojecido. Él se sentó a su lado y ella acarició su herida con el dedo en señal de disculpa.

—Mi doctora resultó ser una fiera. Estoy lleno de marcas —. Dijo divertido mientras señalaba otra rojez en su otro hombro —. A punto estuve de llamar a la policía —. Comentó sonriente.

—Idiota.

—Estirada.

—Guapo.

—Te quiero.

Ambos quedaron en silencio unos cinco minutos más de la eternidad cuando al fin ella pudo decir algo.

—No tengo libertad. No puedo, no debo... No hasta que hable con él.

La miró con los ojos brillantes de amor y Brenda se sintió morir. Debía resolver su situación cuanto antes.

—Lo acepto pero no me pidas que lo entienda. Te quiero en mi cama, en mi hogar y en todos los días que me resten por vivir. Cada momento que no te siento mía algo se rompe dentro de mí. Te quise desde el primer momento en el que te vi y ese sentimiento creció hasta convertirse en esta locura que no me permite respirar si tú no estás.

Akim apoyó su frente en la suya. Parecía agotado. Se le notaba el inmenso esfuerzo que representaba para alguien como él expresar tantos sentimientos en voz alta.

—Te espero en la cocina —. Dijo dándole un beso en la cabeza.

—¿No te duchas conmigo? —Preguntó deseosa.

Akim susurró una maldición por lo bajo para luego quemarla con su voz apasionada.

—No puedo... Lucien está despierto y...

—¿La puerta no tiene cerradura? —Consultó esperanzada.

—Haces de mi lo que quieres—. Dijo al envolver su cuerpo desnudo en la toalla y llevarla al baño en brazos.

Brenda terminaba de secarse el cabello y comenzaba a vestirse mientras Akim preparaba el desayuno cuando lo vio. Allí estaba nuevamente. Ese cuaderno que muchas veces cargaba en su mochila.

“No, no debes”, se dijo intentando dejar de ser la mujer curiosa de siempre. “No está bien, es parte de su intimidad. No estaba bien”, se volvió a repetir mientras estiraba el brazo y se acercaba cada vez más a la libreta.

“Últimamente no hago nada de aquello que debo”, pensó intentando justificar su indiscreción.

La abrió casi sin querer cuando vio que las hojas estaban cubiertas por frases, letras de algo que parecían canciones y al costado de algunas de ellas había algunos dibujos en carboncillo. Las ojeó intentando no parecer demasiado chismosa pero en una se detuvo impactada por la imagen. Ese dibujo era ella en su consulta. Cada por menor de su rostro, su larga cabellera, el marrón de sus ojos, cada detalle fue plasmado a la perfección. Mas que un dibujo parecía una foto hecha en blanco y negro. En el retrato se la notaba concentrada pero lo más llamativo era como el dibujo plasmaba la distancia del observador. Como espiándola desde la distancia. Leyó las palabras escritas debajo y sintió como las lágrimas comenzaban a inundarle los ojos.

Dime si esto es amor porque yo no lo comprendo. Te observo soñando pertenecerte pero tú no estás. No me escuchas. Te necesito y no apareces, te busco pero no me encuentras. Susurro al viento que te acerque a mi lado pero no lo hace.

Seré tu amigo, tu amante o ambos, en tus labios está la decisión. Cariño, corre a mis brazos, ven a mí, permíteme abrazarte y sabrás que nadie ha susurrado tu nombre como lo hago yo. Te espero en la distancia y te suplico en la intimidad de un cuarto desértico que seas la realidad de mis anocheceres solitarios. Tatúa mi nombre junto al tuyo, allí junto al cofre de tu amor. Escribe en tú corazón las palabras, rendida por ti, como hace mucho tiempo yo escribí en el mío, rendido sólo por ti.

Brin...Brin...Brin... nadie ha susurrado tu nombre como yo...

Brenda se secó las lágrimas y salió hacia la pequeña cocina. Akim estaba sonriendo divertido a su hijo cuando la vio aparecer. Al verla le sonrió pero se

tensó al instante al comprobar el brillo en su mirada.

—¿Pasa algo?

—¿Por qué me llamas Brin? Quiero saberlo. Siempre escondes la respuesta pero hoy la necesito —. Preguntó emocionada.

—Porque es sólo tuyo y mío —Dijo con seguridad sin intención de esconderle nada.

No terminó de hablar cuando se vio envuelto entre dos brazos que lo sujetaron por detrás del cuello para colgarse de él y arrastrarlo en un efusivo beso. Él le respondió al instante olvidándose del desayuno, la cocina y el pequeño que los miraba muerto de risa.

—Ejem... buenos días. No sabía que teníamos visita.— El padre carraspeó divertido al ver sus caras sonrojadas por la vergüenza.

—Buenos días —. Respondió cual niña al ser pillada con un dulce robado.

Lucien al ver a Brenda fuera de los brazos de su padre se lanzó para también ser abrazado y Akim tuvo que dejarle espacio para que ella lo levantara en volandas. Los cuatro desayunaron como si de una mañana cualquiera se tratara pero la doctora no era ninguna tonta y notaba las miradas pícaras del padre hacia su hijo por lo cual decidió ir a la habitación para recoger sus enseres y así dejarles espacio para hablar. Lucien la acompañó mientras le hablaba de sus nuevos avances en el mundo de la biología y su casa de hormigas.

—¿No tienes nada que contarme?

—No soy un crío.

—Uy, uy, calma Sansón, no te estoy atacando, es sólo que me sorprendió ver una mujer tan temprano y en nuestra cocina.

—No soy gay —. Dijo serio.

—Ni yo idiota —dijo intentando cortar su mal carácter—, es la primera vez que traes una mujer a dormir a casa. ¿Esto quiere decir que estáis juntos?

—Si te refieres a si se lo ha dicho, aún no —dijo molesto al sentirse acorralado —pero lo hará pronto.

Su padre hizo un gesto extraño y Akim se sintió furioso de repente. No deseaba que dudara de ella.

—Está de viaje. Hablarán cuando regrese —. Dijo con aspereza. Su padre no contestó y Akim se sintió aún más molesto —. Lo hará, no tienes por qué dudar de ella.

—Y no lo hago —. Dijo mientras recogía las tazas del desayuno —. Es de él de quien temo.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó intentando no sonar tan interesado.

—Por experiencia propia se de lo que una pareja es capaz de hacer para

retener a quien desea marcharse.

—Lo dices por mi madre... —Balbuceó arrepentido al saber que él también había formado parte de los planes de su madre para retenerlo.

—Sí. Ella lloró, suplicó, amenazó y mintió. Tienes que tener cuidado con ese hombre. No estoy seguro pero algo me dice que no la dejará marchar así como así.

—No eres el primero que me lo dice —. Contestó molesto.

—¿Y qué piensas hacer?

—Luchar con todas mis fuerzas —Respondió seguro—. No puedo perderla.

—Entonces no permitas que te separen de ella.

Su padre agachó la mirada con tristeza y Akim comprendió que su padre sabía perfectamente lo que significaba perder a la persona amada. Una que no era su madre. Estaría alerta, él no sería como ellos.

Los días pasan

Estás a mi lado y descubro que los días son más claros,
el sol brilla sin nubes y la luna sonrío con desfachatez.
Te abrazo y cierro los ojos bajo las estrellas
que bailan felices por nuestro amor.
Akim

Imposible trabajar, imposible dejar de mirar a la mujer tras el cristal de su consulta. Decir maravillosa sería insultarla con palabras sencillas. Su Brin era un sueño del que temía seriamente despertar. Ella lo elevaba a un mundo en donde las diferencias no existían. Lo transformaba en aquél buen hombre en el que deseaba convertirse. Las noches a su lado eran paz. Las caricias de sus manos representaban las esperanzas de una vida mejor.

Brenda levantó la vista como llamada por sus pensamientos y le sonrió con tanto amor que él por poco estuvo de arrojar los materiales de la obra al suelo y raptarla hacia un lugar desconocido. Uno en donde fuese suya y nadie pudiese arrebatársela jamás. Pocas veces la rueda de la fortuna se había detenido en su número y hoy poseía el premio, lo tenía entre sus manos y no pensaba soltarla. Ahora comprendía las continuas quejas de su madre cuando era pequeño diciéndole que era un cabeza dura. Sí, sí que lo era. Brenda había entrado en su vida y pensaba cerrarle la puerta. Alguien como él no solía tener segundas oportunidades. Sobrevivir en una sociedad marcada por pisadas de elefantes despiadados le había dejado demasiadas cicatrices como para no luchar. La quería, estaba enamorado y haría lo que fuese para despertar cada mañana a su lado. Este último mes la había tenido a tiempo completo y quería seguir así.

El teléfono sonó en el momento justo que Nikola se acercaba con una botella de agua, por lo cual levantó la mano en señal de que lo esperase un momento. El amigo se apoyó en la pared. La mañana había sido de lo más ajetreada entre sacos de arena y cajas de relucientes suelos.

—...*Si Philips lo entiendo...sí no debes preocuparte, tendrás tu pago... no, no es así, simplemente tuve unos pequeños inconvenientes pero todo estará bien, lo prometo... no volveré a retrasarme...*

Nikola comenzaba a transformar su rostro alegre en uno completamente disgustado y Akim se maldijo por su mala suerte. Unos minutos antes y este no habría estado allí para escuchar su penosa súplica. No llegó a cortar la llamada cuando sintió la mirada acusadora de su amigo taladrándole el cerebro.

—No es lo que crees—. Dijo adelantándose a las acusaciones apenas cortó la llamada.

—Te dije que era peligroso. ¡En que mierda te has metido!

—Lo tengo controlado —. Mintió con poca convicción.

—¿A sí? No es lo que parecía. ¿Cuánto? —Nikola preguntó enfadado pero dispuesto a ayudarlo con sus ahorros. Después de todo eran casi hermanos.

—No hace falta. Lo solucionaré —. Contestó disgustado por su intromisión.

—¡Cuánto, joder!

—Diez mil —Dijo con prepotencia intentando contener a un amigo demasiado metomentodo.

—¡Qué! ¡Pero qué has hecho!

Akim estiró el brazo para robarle la botella de agua de su mano mientras bebió nervioso.

—El idiota del innombrable lleva un mes fuera y...

—¿Te lo has gastado todo en ella...? Maldita seas Akim —. Nikola pateó un cubo vacío enrabiado por el disgusto.

—A decir verdad fue en los dos. Y deja de hacer aspavientos o nos verá y no quiero que lo sepa... —Comentó avergonzado.

—¿Pero qué has hecho? ¿Teatro y cena en el Ritz todos los días? — Preguntó igual de enfadado que antes pero susurrando para no ser descubiertos.

—Algo parecido...

—Estás loco. Eres un idiota...

—¡Y qué querías que hiciese!

—Lo de todo el mundo, maldita sea. Una película en el sofá y una pizza con aritos de cebolla.

—¡Ese no es su mundo! —Gruñó entre dientes —Necesitaba que este mes fuese especial. Necesitaba que ella...

—No descubriera las diferencias...

Akim se movió nervioso. Cuando se trataba de su Brin la lógica nunca estaba de su lado. Quería ser alguien diferente por ella pero la realidad lo machacaba diciéndole lo que él deseaba enterrar pero no podía. Mundos diferentes, oportunidades desiguales...

—¡Mírame! ¡Soy un puto albañil que apenas gana para sobrevivir! Tengo un trabajo de mierda y sin posibilidades de mejorar jamás. Vengo de un país del que sólo puedo recordar dolor y penas. He intentado matricularme en artes pero debo comenzar desde cero porque todo lo que estudié en el extranjero aquí no sirve. ¿Crees que si le cuento mi realidad ella me escogerá a mi antes que a él? —Escupió con asco y rabia cada una de sus palabras y Nikola bajo el tono algo

más relajado.

—Ella sabe quién eres. Te conoce mejor que tú mismo.

—¿Estás seguro? La he llevado cada noche a un sitio diferente y lo he asumido como normal. No se ha dado cuenta... Ese es su mundo y no es capaz de ver nada diferente... —. Contestó dudoso que Brenda en verdad comprendiera la realidad de sus limitaciones.

—¿La estás llamando fría y calculadora? ¿Tú? —Akim se desplomó contra la pared agobiado y derrotado.

—No seas estúpido. Brenda es la mujer más sensible que he conocido jamás—. Nikola levantó los hombros en señal de incompreensión y él contestó sin ganas —. El dinero que hemos gastado, los lugares que hemos visitado son tan normales en su vida que ni siquiera se dio cuenta de que yo no formo parte de él.

—Y pediste más dinero a Philips...

—Sólo hasta que el innombrable volviese y ella hablase con él.

—¿Y después que pensabas hacer? ¿Decirle que te llevara flores al cementerio? Ese tipo es peligroso. Si no le pagas estás muerto.

—Joder, lo sé, lo sé... ¿No tendrás la dirección de un cirujano plástico no? —Dijo intentando romper la tensión.

Nikola caminó de un lado a otro hasta que se detuvo en el lugar.

—Tengo algo mejor. Tendrás que trabajar por las noches.

—Eso no me importa —. Contestó esperanzado e intrigado. Su amigo era una caja de sorpresas.

—Pagan bien y necesitan a un tipo fuerte. Soy amigo del dueño, seguro quiere que comiences esta misma noche.

—Hoy mismo... —Balbuceó pensando que ya no disfrutaría de ella por las noches pero Nikola tenía razón, la deuda se había descontrolado y Philips era un prestamista al que tener.

Estaba por aceptar cuando vio tras el cristal como Connor entraba en el despacho de su doctora.

—¿Se lo contarás? —Nikola preguntó interesado en saber.

—Nunca.

—¿Y dónde dices que es el trabajo? ¿Para qué me necesitan? —Preguntó desviando el tema de su sinceridad pero sin dejar de mirar hacia la consulta.

—En Inferno. Necesitan un tipo robusto y con cara de malo. Ya sabes mantener el orden, atender a las visitas, guiarlas por el lugar... Encajas perfectamente.

—¿Ese no es el local de moda que está en pleno centro?

—El mismo.

—Y en el que trabaja Lola como camarera... —Dijo entre dientes.

—¿Será un problema? —Nikola preguntó arqueando una ceja interesado.

—Espero que no. La última vez que la vi no se quedó muy contenta —.

Respondió mientras recordaba la serie de insultos continuados que Lola le lanzó mientras se marchaba.

—Bien, te pasaré un mensaje con los datos. Esos trabajos de la noche londinense pagan muy bien. Hablaré ahora mismo y...

Nikola siguió hablando pero Akim no lo escuchó. Connor se movía como loco por la consulta y Brenda lo enfrentaba con el rostro en alto. Llevaba rato viéndolos discutir tras el cristal y cada vez se le hacía más difícil no intervenir. Ese escocés lo tenía entre ceja y ceja e imaginaba la discusión y el motivo de tantos movimientos de brazos en alto. En una de esas contestaciones el hombre la sujetó por el hombro y no pudo contenerse. Salió disparado hacia la oficina. Si ese grandullón buscaba guerra sería mejor que la buscara con alguien de su tamaño porque si no la soltaba antes que entrara en su despacho lo estamparía contra la pared de un único puñetazo.

Fracasos

Tus ojos me asustan, tus caricias me dan pavor pero aquí estoy,
diciéndote que me tienes embriagado en tu poder
y sin ninguna intención de escapar.
Akim

—Deja de gritar o tendré que echarte de mi consulta.

—Lo que me faltaba. ¿Piensas separarte de tus amigos también? ¿Qué más va a quitarte ese don nadie?

—¡No lo llames así!

—¡Y cómo quieres que lo llame! —Gritó colérico—. Estás loca si piensas que sacarás algo bueno de toda esta ridiculez. Él no tiene nada que ver con tu mundo. Piensas dejar a Max e irte con él ¿a dónde? ¿a comer pan y cebolla juntos?

—Cuando estás así no se pude hablar contigo. Dices tonterías.

—No las digo, debes recapacitar...

—Si mal no lo recuerdo eras tú quien me alentaba a que viviera la vida. A que fuese yo misma. ¿No eran esas exactamente tus palabras? —Connor la miró furioso y la mujer sonrió victoriosa—. Se suponía que Max me tenía envuelta en su mundo y no me dejaba dar rienda suelta a mi personalidad y ahora que estoy haciendo lo que tú me proponías y mis cadenas se liberan, resulta que no estás de acuerdo con lo que hago. Perdona, pero no te comprendo.

Brenda respiró agitada. Llevaba casi una hora discutiendo con su amigo y la pelea no tenía visos de terminar. No podía comprender la actitud mezquina de Connor.

—Ese tipo no es bueno para ti. ¿Lo has visto? Duro, con tatuajes, de los bajos fondos y mucho más joven que tú. Te usará, pisará y abandonará en una cuneta antes de que te des cuenta.

—Eso no es verdad —dijo con la voz ronca de tanto discutir—. ¿Connor qué te pasa, no te entiendo? Siempre aborreciste a Max y ahora eres su más ferviente admirador.

—No lo soy, pero cuando te decías que buscaras tu vida, tu pasión, no me refería a que lo hicieses con un hombre como ese. Cariño te conozco, eres una mujer dulce y con buenas intenciones y ese es el modelo de hombres que destrozan a personas como tú —. Connor comenzó a sentir pena por su amiga y relajó el tono de la discusión—. ¿Por qué está contigo? ¿Ya te ha pedido dinero?

—¡No! —Grito ofendida—. ¿De verdad piensas que no puedo conquistar a un hombre si no tengo dinero por delante?

—Cariño, ese albañil no es del tipo de hombres que se enamoran de las personas. Créeme, los conozco bien. Seguro que ha estado alternando con otras además de contigo.

La doctora sintió que la sangre le comenzaba a hervir. Puede que las dudas sobre su edad la asaltaran más de una vez pero que su mejor amigo las resaltara una y otra vez la hicieron explotar de rabia.

—Puede que no sea ni tan joven ni que tenga unas tetas del tamaño de dos melones pero eso no me imposibilita poder conquistar a un hombre. Tengo muchas virtudes físicas y no físicas.

—Y él no es del tipo que sepa valorarlas. Tirarás un matrimonio a la basura por quien no lo vale. Joder, ¿has pensado que harás con él cuando tengas una de esas reuniones tan finas que sueles tener? ¿Lo llevarás con camiseta para resaltar sus tatuajes y así no se den cuenta de sus carencias?

—¡Ya basta! Déjame tomar mis propias decisiones.

—No cuando están tan equivocadas. Estás encaprichada con un buen polvo. Es sólo eso. Cuando se acabe la novedad te sentirás vacía.

Connor la sujetó del hombro para intentar retenerla en el lugar y poder convencerla cuando una voz grave y con fuerte acento habló con frialdad desde la puerta.

—O la sueltas o no respondo.

—¿Ves de lo que hablo? —Murmuró a su oído antes de girarse para enfrentarse al metro noventa de hombre que le hablaba furioso—. ¿Vas a golpearme?

—No, voy a matarte si no la sueltas ya mismo.

Connor la soltó sonriendo por su aparente victoria. Estaba demostrándole a su amiga el ennegrecido temperamento de su querido amante.

—Eso no hará falta, ya me voy.

El escocés salió por la puerta triunfante. Si algo conocía a Brenda sabía perfectamente que esa demostración de hombre cavernícola no le había gustado ni lo más mínimo. Ella podía decir lo que quisiese pero ese bruto no era para ella. Por supuesto que deseaba que ella fuese feliz y se sintiera libre de sus ataduras pero cambiar a Max por aquél muerto de hambre no era una buena elección. Ése se aprovecharía de ella, la utilizaría, conseguiría quien sabe qué y luego la descartaría como a un clínex usado y él no lo permitiría.

Caminó decidido hacia la calle, necesitaba respirar un poco de aire fresco. No recordaba haber discutido jamás con su amiga de la forma que lo había hecho y eso lo hizo odiar mucho más a ese albañil barato. Por su culpa su

amiga, su hermana, estaba más distante que nunca. Lo maldijo una y otra vez cuando a lo lejos visualizó un coche de lo más conocido por él.

«Joder, no...Joder...» pensó mientras echaba a correr. Se había alejado más de cien metros del edificio pero si corría con todas sus fuerzas igual podría detener una tragedia inminente.

Verdades y mentiras

Si supieras que te amo en silencio, que ya no respiro ni pienso,
que tu amor es el más profundo de mis pecados
y tu indiferencia el más sufrido de mis tormentos.
Akim

—¿Estás bien?

La tensión de Brenda era demasiado evidente. Intentó calmarse pero la discusión con Connor aún la mantenía alterada. Cuando recordaba todo lo que le había dicho, la sangre comenzaba a bullirle nuevamente.

—Estoy bien pero no quiero que vuelvas a hacerlo —. Brenda habló con una autoridad desconocida.

Akim, que se acercaba a su lado se detuvo en el lugar con el cuerpo helado por la sorpresa.

—¿Me estás hablando a mí?

—Sí, a ti. No me gusta que vayas amenazando con golpes y matanzas a mis amigos.

—Te sujetaba por la fuerza —. Contestó entre dientes.

—No iba a lastimarme. No puedes ir por ahí con amenazas. No me gusta —. Dijo molesta.

—O sea que él me insulta, te ofende ¿y soy yo quien se lleva los palos?

Brenda cerró los ojos intentando centrarse. Akim tenía razón. Estaba descargando con él todo su malestar. Estaba segura que Connor lo había provocado.

—Yo... lo siento... Creo que Connor intentó demostrar... —Prefirió callar las mil razones por las cuales Connor pensaba que deberían separarse y que estaba segura que intentó dejar en evidencia —. No estoy siendo justa contigo pero ya no puedo más... —Dijo cansada anímicamente. El peso de la ruptura de un matrimonio la estaba destrozando por dentro, y si a ello le sumaba la incomprensión de su amigo eso ya era el debacle. Puede que Akim le hiciese sentir como nunca, puede incluso que a su lado sonriera como una mujer completa, deseada y apasionada ¿pero de verdad valía la pena tanto sufrimiento? Porque estaba segura que este vía crucis no hacía nada más que comenzar. Cuando hablase con Max, allí la guerra mundial alcanzaría su máximo esplendor.

El joven se acercó con ternura y acarició su rostro con un dedo hasta

alcanzar su barbilla y levantarla para que lo mirase.

—Él lo comprenderá, no será fácil pero lo entenderá. Yo me encargaré de demostrarle lo equivocado que está.

—¿De verdad lo crees? —Preguntó desconfiada.

—¿Aún lo dudas? Haría lo que fuese por ti.

—¿Por qué, Akim? ¿Por qué estamos aquí?

Akim vio las dudas en su mirada y hubiese ahorcado allí mismo al endemoniado escocés pero decidió que ella necesitaba de toda su sinceridad. Se estiró todo lo largo y ancho de su cuerpo y con las manos sudadas habló con completa sinceridad.

—Porque te quiero. Porque mi vida tiene sentido cuando tú amanece a mi lado y se pierde cuando te marchas.

Brenda sintió como una gota cálida comenzaba a recorrerle la mejilla. Unos fuertes brazos la consolaron con un apasionado beso. Cerró los ojos y se dejó envolver por una sensaciones prohibidas y pecadoras de las que estaba segura el mundo no comprendería jamás. Se había enamorado como una adolescente de su canción preferida, como la abeja de la más dulce flor, como una mujer de su verdadero amor...

Max entraba por la oficina totalmente feliz. Llevaba casi un mes fuera de casa y estaba seguro que Brenda estaría encantada con la sorpresa. Los últimos tiempos habían resultado ser muy duros. La muerte de George, los continuos viajes lo alejaron demasiado de su mujer y estaba dispuesto a recuperar el tiempo perdido. Ella era su alma gemela.

Entró al edificio encantado con los cambios, la obra parecía ir viento en popa. Seguramente ella estaría feliz. Giró por el pasillo hacia su consulta cuando la imagen que vio lo golpeó de lleno. Unos brazos anchos y tatuados envolvían a su mujer en acto posesivo mientras la besaba como si no existiese un mañana. En un primer momento sacudió la cabeza intentando aclararse. Lo que estaba viendo debía ser un error, tenía que serlo. Pensó una y otra vez miles de razones para justificar aquello pero no pudo. La sangre le bullía ardiente por las venas. La respiración comenzó a entrecortársele cuando al fin pudo articular y maldecir en alto. Ese joven no sólo la besaba una vez sino que la aferraba por la cintura para pegarla a su cuerpo seguramente ardiente por ella. Max arrojó la pequeña maleta al suelo listo para entrar y ahorcar a aquél desgraciado cuando fue sostenido por un cuerpo de acero que se plantó delante para detenerlo.

—¡Déjame pasar!

—No puedo. Estás demasiado alterado y cometerás una estupidez.

—¡Voy a matarlo! —Escupió con rabia mientras miraba a Connor con el mayor de sus odios—. Tú... tú lo sabías y lo has permitido. Eres un bastardo

cabrón. — Gritó mientras luchaba por intentar liberarse pero el escocés se interponía en su camino.

—No voy a negarte mis cualidades pero ahora debes pensar antes de actuar o la perderás para siempre—. Dijo rotundo.

—Ese maldito albañil va a soltar a mi mujer.

Max se enfrentó a Connor estirando su largo cuerpo para demostrarle que estaba dispuesto a pelear con él y con todos los que se interpusieran en su camino.

—¡Espera! Maldito seas, Max —. Contestó mientras lo retenía por los hombros—. Tú no lo entiendes. Va a pedirte el divorcio.

Max se detuvo en el sitio sin moverse. Las palabras de Connor jamás se le habían cruzado por la cabeza. Ese idiota estaba con la mujer que no debía, le rompería la cara, puede que ellos discutieran y la situación con Brenda se tornase tensa por un tiempo ¿pero divorcio? ¿por ese mequetrefe? La cabeza le giraba confusa. Era incapaz de pensar con claridad. Las entrañas de Max comenzaron a revolverse por dentro. ¿Esto era algo más de lo que estaba viendo? El hombre gruñó furioso y esquivó a Connor para correr hacia la puerta de la consulta y abrirla haciendo girar las bisagras. El artista maldijo en alto y corrió tras él sabiendo que lo inevitable estaba delante y no había sido capaz de evitarlo.

Preso de tus decisiones

Cobarde por no expresar lo que siento,
cobarde por verte marchar sin detenerte,
cobarde por no parar al mundo y decirte que bajemos,
cobarde por amarte a escondidas y no gritarle al viento lo mucho que te quiero.
Akim

Akim acariciaba la boca más dulce de sus sueños cuando al instante siguiente era arrastrado por los hombros hacia atrás mientras un puño cerrado chocaba con su mandíbula haciéndolo perder el equilibrio y caerse al suelo. Su mano se acercó al labio para verificar que estaba sangrando.

—Pero qué cuernos... —Levantó su rostro y lo vio. Estaba por responder al atacante cuando sintió las pequeñas manos de Brenda suplicantes en su torso.

El joven que en un principio creyó que el ataque provenía del idiota escoces, se rindió al instante al verificar la identidad de su atacante. «Ya lo sabe». Pensó satisfecho. Puede que aquella no fuese la forma que deseaba que él se enterase pero esto era mejor que tener que seguir compartiéndola. Puede que la situación no fuese tan terrible después de todo —. Dijo acariciando su barbilla magullada.

—Hijo de puta. ¡Cabrón desgraciado! ¿Me tienes miedo? —Akim sonrió de lado sacando a relucir sus años de bajos suburbios y deseando responder. Él también lo odiaba. Los celos hacia ese hombre lo nublaron desde el primer día. Ese dichoso arquitecto representaba el mayor de sus miedos y estaba encantado con tener una buena pelea hasta dejarlo desmayado en el suelo.

—Cuando quieras —. Respondió con mirada fulminante y alejando la mano de Brenda con la mayor de las delicadezas.

—¡No! Por favor... Akim... Max... ¡No!

Ambos parecieron detenerse ante la súplica de su amada porque se detuvieron al instante pero no sin dejar de mirarse como lobos enjaulados.

Brenda se acercó a Max y sujetó su brazo para intentar alejarlo del lugar pero este no se movía. Seguía mirándolo buscando ser atacado y Akim deseaba con todas sus fuerzas poder hacerlo. Verla acercársele e intentar calmarlo con suaves caricias en los brazos lo estaba desesperando de celos. Tenía ganas de arrancarla de su lado, sujetarla con fuerza y gritarle a todo pulmón que ella ya no era suya. «¡Me pertenece! ¡Es mía!» Pensaba furioso.

—Por favor Max... tenemos que hablar.

El hombre se giró con vehemencia para clavarle su mirada de reproche en lo más profundo del corazón.

—¿Hablar? ¿Qué quieres decirme exactamente? ¿No me pareció que te obligara?

—Max, por favor, vayamos a otro lugar.

—¡Para qué! ¿Vas a explicarme por qué estabas en brazos de un vulgar albañil? ¿Un brabucón ignorante que seguro que no sabe ni hablar? ¿Es eso, Brenda? ¿Quieres decirme por qué te portas como una puta con un descerebrado como este?

Akim estaba por lanzarse sobre el arquitecto cuando Connor intervino sosteniéndolo con fuerza por detrás. Akim lo empujó con todas sus fuerzas y consiguiendo soltarse sostuvo a Max por el cuello de la camisa levantándolo por los aires.

—A mi puedes insultarme todas las veces que te dé la gana pero no se te ocurra volver a llamarla así nunca más.

—¿O qué? ¿Te crees que te tengo miedo?

Max abrió los brazos en alto y se soltó de su agarre para luego tirarse a su cuello y comenzar a pegarle con todas las fuerzas. Akim no lo pensó ni una vez y respondió a su ataque con un derechazo directo hacia su ojo que lo dejó postrado en el suelo. El arquitecto entrenaba dos veces a la semana en el gimnasio y estaba bastante fuerte, pero no tenía comparación con las clases de la calle que Akim había recibido. Sus músculos formados en peleas de pueblo y guerras sin sentido eran incomparables

El joven respiraba con fuerza esperando que su contrincante se levantara y así poder golpearlo nuevamente cuando Brenda se arrojó al suelo junto a el innombrable.

—¡Ya basta! Akim, por favor vete...—suplicó sin fuerzas —. Max y yo necesitamos hablar.

—¡No! —Gritó furioso al no poder decirle en voz alta que odiaba verla en el suelo cuidándolo. Maldita fuese. Ese hombre lo había provocado. Él era el culpable de su reacción.

Brenda buscó rápidamente en una caja de clínex un papel y mojado con un poco de agua de una botella de su escritorio, lo acercó al ojo de su marido que comenzaba a hincharse.

—Brin... —La voz apenas le salía. Él también tenía el labio ensangrentado. Él también estaba sufriendo, él también la necesitaba...

—Déjanos solos... por favor —. Respondió sin mirarlo.

Akim respiró entrecortado mientras la rabia circulaba por su cuerpo revolviéndole las entrañas. Sabía que debía marcharse pero resultaba demasiado

difícil. Caminó hacia la salida y golpeó la puerta con todas sus fuerzas. Ese maldito imbécil lo dejó claro con sus puños, no deseaba perderla y haría lo que fuese por conservarla. Eso lo hizo estremecer de miedo y dudas. Caminó por el pasillo unos pasos hasta detenerse abrumado contra una pared a la que golpeó enfadado.

—Parece que has perdido el trabajo —. La voz de Connor a su espalda lo tensó aún más.

—¿Nunca vas a dejarme en paz?

—Yo puedo ayudarte.

—¿Tú? —Contestó sin pizca de gracia—. ¿Vas a enredarme la soga al cuello? —Connor sonrió con ganas y Akim quiso practicar boxeo con su cabeza como saco.

—No te imaginas lo encantado que estaría, pero no, voy a hacerte otro ofrecimiento. Tengo una oficina de arte en Barcelona. Puede que no me gustes pero eso no significa que no reconozca que tienes un don innato. Lo dejaste claro en mi exposición. Tu trabajo fue brillante.

—Barcelona... —murmuró divertido—. Un poco lejos ¿no te parece?

—Puede, pero acabas de quedarte sin trabajo y está claro que lo necesitas.

—Encontraré otra solución —. Dijo sintiéndose atrapado. Ese maldito escocés tenía razón, el trabajo era fundamental para un hombre de su clase.

—Sabes que si ella se separa ya no contará con tanto dinero. Sí, bueno, ella es una profesional y muy buena pero la mayor riqueza proviene de Max. Sin él las cuentas caerán en picado.

Akim supo que había alcanzado la cuota máxima de ofensas. Con una reacción que el artista no supo prever el joven lo tomó por el cuello y lo arrastró contra la pared donde lo dejó incrustado como a un afiche publicitario.

—Eh, eh... ¿qué está pasando? —Nikola se acercó a toda prisa intentando intervenir y poder separarlos.

—Tú amigo acaba de perder el trabajo y a la chica —. Connor dijo sonriente sin pizca de miedo.

Akim lo sostuvo aún con mayor fuerza del pescuezo. La confusión lo embargó al instante. ¿De qué hablaba ese estúpido? ¿Perder la chica?

Connor notó su mirada turbia y se removió hasta conseguir soltarse. Estiró sus ropas con lentitud mientras disfrutaba de la desesperación del albañil.

—¿Con Max aquí tus esperanzas son nulas? ¿No lo has visto? Cinco minutos a su lado y ella lo ha escogido a él. Está a su lado y no contigo, eso significa algo ¿no crees?

Akim apretó los puños con furiosa rabia. Debía marcharse de allí o

cometería una serie de asesinatos en cadena y aquél escocés metomentodo sería el primero de la lista. Caminó furioso hacia las taquillas. Recogería su casco y se alejaría de aquella locura cuanto antes.

—¡Acepta mi propuesta y márchate! No seas idiota. La has tenido el tiempo que él ha tardado en llegar —. Connor gritaba con fuerza pero Akim ya no podía seguir escuchando. Se subió a la moto a toda velocidad.

Los pensamientos se le agolpaban como cientos de pájaros carpinteros que taladraban su cerebro sin piedad. “Cinco minutos... la has perdido... te la ha quitado en cinco minutos...” Los gritos del idiota aquél lo desquiciaban. Eso no era cierto. Ella hablaría con él. Esta noche estaría a su lado y comenzarían un futuro juntos. Esto no podía ser una fantasía. El amor que sentía por ella era una realidad demasiado profunda para tener que olvidar.

La discusión con Max continuó en su casa. Gritaron, se insultaron y lloraron juntos hasta que la madrugada los envolvió en la más densa de las oscuridades. Brenda ya no estaba segura de nada. En un principio sintió que estaba en lo correcto. Con Max la pasión ya no existía. La mujer que él deseaba que fuese era un papel que ya no deseaba interpretar. Le parecía vergonzoso reconocerlo pero esa era la realidad. En su matrimonio había actuado como debía o como se esperaba pero nunca como deseaba. Con los años se había transformado en esa mujer que tanto su padre como su pareja deseaban. Necesitaba buscar su propia luz y pensar en ella antes que en los demás.

—Lo siento, nada de esto fue planeado —. Dijo por centésima vez, pero el portazo de la puerta de calle le indicó que Max ya no la escuchaba.

Sin saber como estaba frente a la casa de Akim. Se recostó en el asiento de su coche agotada por tanta tensión y llorando con el corazón en la mano. No deseaba hacerlo sufrir. Jamás fue su intención ¿pero qué debía hacer? No podía seguir viviendo una farsa y mucho menos continuar engañándolo. Max no se lo merecía. Se secó el rostro y observó tras el cristal de la ventanilla de su descapotable. El dolor le rompía el alma pero una parte de ella respiraba liberada. Comenzaba una nueva etapa en donde sus deseos se convertirían en realidad, sus pensamientos ya no callarían y su carácter bueno o malo sería suyo y sólo suyo.

Akim abrió la puerta de su casa y se acercó al coche sin hablar. Se lo notaba tan agotado como ella. Seguramente también llevaba despierto toda la noche. Le hubiese gustado decirle que estaba feliz por encontrarse en su puerta, que esperaba que algo bueno surgiera de todo aquello pero las lágrimas inundaron nuevamente su rostro y su garganta. Las palabras se atascaron silenciosas. El dolor causado por arrojar casi veinte años a la basura resultaban demasiado avasallantes y no pudo esconderlos. Él se introdujo en el coche, cerró

la puerta y la abrazó. No existieron reproches, no hubo reclamos, sólo comprensión. Jamás sabría lo importante que sería para ella esa actitud. El joven besó con suavidad su cuello y después de muchísimos minutos en silencio le susurró con ternura.

—Entremos, necesito tenerte —. Acarició su rostro con suavidad y asintió con la cabeza. Ella también lo necesitaba.

—Sea lo que sea que quieras hablar, te doy de plazo lo que tarde en beberme esta cerveza.

Connor se sentó al lado de Max extrañado por encontrarlo en semejante estado. Cuando lo llamó para citarlo en aquél pub estaba seguro que se encontraría con un hombre dolido pero la imagen del arquitecto era mucho más que eso. Ese hombre estaba totalmente destrozado. Jamás creyó que el estirado rey de reyes pudiese encontrarse en un estado tan lamentable.

—No puedes dejarte vencer... —Dijo como leyendo sus pensamientos.

—¿Ah, no? —Max bebió un sorbo enorme de lo que sería ya su quinta cerveza de aquella madrugada —. ¿A qué has venido? ¿Vienes a disfrutar?

El escocés levantó el dedo a la camarera para que le sirviera otra igual que a su colega mientras se sentaba a su lado.

—Te lo ha dicho —. No era una pregunta.

Max no contestó, se limitó a beber sin levantar la vista de la mesa de gruesa madera.

—Connor, porque no te largas y me dejas en paz. Lo has conseguido. Ella me ha pedido el divorcio, ¿no es eso lo que deseabas?

—No —. Dijo atragantado con algo que le pareció una mentira. Durante muchos años pensó que Max era el castrador del coraje y la ilusión de su amiga pero ahora ya no estaba tan seguro. Max sonrió sin ganas y volvió a beber otro sorbo largo.

—Puede que en el pasado fuese así —dijo intentando justificarse —pero la situación ha cambiado.

—Sí, eso parece —. Contestó amargado.

—No puedes marcharte de casa. Tienes que seguir allí.

Max levantó la mirada pero su cuello siguió encorvado hacia la mesa. El resplandor del dolor y la embriaguez se traslucían tras sus pupilas y el artista sintió verdadera pena por aquél hombre. No podría decirse que fuesen amigos, de hecho siempre se llevaron como el perro y el gato pero con esas y todo se conocían hacía ya casi veinte años, ambos compartieron muchos cumpleaños juntos y más de una navidades y el recuerdo le causo hondo penar.

—Sabes que a pesar de todas tus acusaciones yo siempre la quise —. Declaró con una pena que rasgó el corazón de Connor —. Puede que no me

comprendas pero sólo buscaba lo mejor para los dos.

—No creo que este sea el momento de declaraciones —. Connor se removió nervioso en el asiento frente a las acusaciones de un marido atormentado por la pena.

—Escúchame bien, ambos cometimos errores y estoy dispuesto a superarlos si tú lo haces.

Max resopló sobre la espuma de la cerveza mientras le contestaba mareado por el alcohol y la pena.

—¿Por qué estás aquí? Ya no formo parte de su vida. Tendrías que sentirte feliz. Te has librado de mí. Ahora serás su amiguito por siempre. Podrás llevarla por los caminos que siempre quisiste. Ahora será libre... libre de mi... — El arquitecto cerró los ojos y se terminó de un trago su gran vaso. Estaba por levantarse cuando Connor lo sostuvo por el brazo.

—Él va a destruirla —

El marido se detuvo en el sitio con expresión confusa

—¿De qué estás hablando?

Connor se sintió feliz por captar su atención. Con un gesto amable le pidió que volviese a sentarse mientras le pedía otra jarra de cerveza. Si estaba en lo cierto, y lo estaba, Akim se aprovecharía de Brenda, la destrozaría emocional y económicamente para luego abandonarla por una gogo de discoteca barata. Él era su amigo y lucharía por su bienestar hasta en contra de ella misma. Puede que Max no fuese el cómplice que hubiese deseado conseguir pero era el mejor con el que contaba. El arquitecto era castrador, estirado y muy, pero muy, remilgado pero no dudaba de cuanto la quería. Si ese albañil brabucón barriobajero lastimaba a Brenda ellos dos lo pondrían en su sitio. Max se sentó sumamente interesado con su relato. No dudaba que las palabras del artista le daban unas esperanzas que hasta hacía tan sólo cinco minutos atrás no tenía y deseaba aferrarse a ellas con uñas y dientes.

Piedras en el paraíso

Mis manos se congelan esperando tu cuerpo,
los labios se secan deseando tu boca y mi corazón
hierve enfermo de un amor que jamás se saciará de ti.
Akim

—Debe irse—. Akim gritó ofuscado por enésima vez mientras Brenda caminaba nerviosa por su consulta. Estaba muy cansada de discutir en su lugar de trabajo.

—Me pidió un tiempo para recolocarse. No puedo echarlo. También es su casa.

—Al diablo con la casa. Múdate tú. Trae tus cosas hoy mismo a la mía. Lucien y mi padre estarían encantados de tenerte —. Dijo esperanzado.

—Eso no es posible y lo sabes. Tengo mi vida y mi rutina, no puedo ser la amiguita que metes en casa y que deben aguantar.

—No eres ninguna amiguita. Joder, Brenda, lleváis más de un mes separados y él sigue bajo tu techo —. Contestó mordiéndose la lengua para no insultar por todo lo alto.

—Por favor, no seas niño. Tu hogar también es el de tu padre y el de tu hijo y yo aún no...

—¿Aún no qué? —Dijo nervioso mientras arrastraba el cabello con fuerza tras sus dedos.

—No estoy preparada para convivir con alguien y mucho menos con una familia al completo. Por favor, intenta comprenderme.

Ella estaba tensa y él se odió por ser la razón de su desconfianza. Quiso confesarle que su vida comenzaba y terminaba en ella. Que si las últimas semanas actuaba extraño era por culpa del cansancio y de ese nuevo trabajo nocturno pero que nada tenía que ver con la fortaleza de su amor.

Sabía que debía sincerarse, pero ella ya no lo vería igual una vez que supiese la verdad. Brenda hablaba de comprensión y veinte mil razones que justificaban su decisión de no marcharse o de mantener a Max bajo su techo pero a él le resultaban imposibles de comprender. El innombrable estaba planeando algo y lo sabía. Una noche se había marchado furioso y odiándola a muerte para, al día siguiente, llegar sumiso y deseoso de tener lo que él llamaba ¿una ruptura amigable? ¡Y un cuerno! pensó muerto de celos. El innombrable planeaba algo y Brenda no era capaz de verlo. Dios, el miedo a perderla le erizaba la piel.

Akim se acercó intentando aplacar sus temores, esos que siempre lo dominaban cuando pensaba en su futuro y la abrazó con fuerza por la espalda. Sus brazos la sujetaron impidiéndole moverse. Si las palabras le fuesen tan fáciles como el escribir o pintar le explicaría que el aire ya no era oxígeno respirable si ella no estaba a su lado, le explicaría las cientos de razones por las que no podría olvidarla o le mostraría las mil y una noches que aún les quedaban por descubrir juntos.

—Brin... —Su boca la buscó cual sediento en el desierto. Necesitaba que el calor de su cuerpo fuese suficiente para decir todo aquello que sus palabras atragantadas no podían.

Brenda comenzó a ceder. El ardor comenzó a incendiarlos como siempre que se rozaban. Akim aferró su cabeza por la nuca y con su callosa mano la sujetó para arrastrarla contra sus labios. Esa boca era la dulzura de un mundo mejor. Cerró los ojos para volar en brazos de la mujer cuando la insistencia de su teléfono lo hizo maldecir en alto. Brenda divertida se separó y le hizo el favor de acercárselo. Ambos se miraron y sonreían embobados el uno con el otro cuando Akim vio el cambio total de su rostro. Las líneas alrededor de sus ojos se acentuaron y el brillo chocolate de su mirada desapareció en el instante que le extendió el teléfono.

—Lola... —Dijo al leer el nombre de la pantalla y alejándose al instante. Su mano intentó detenerla por la muñeca mientras contestaba pero llegó tarde.

—*Dime... Sí... sí... bien...*

Lola hablaba con dulzura supuestamente para informarle algo sobre un cambio de horarios en el turno de la noche pero apenas era capaz de escucharla. Su mirada buscaba a una Brenda que lo esquivaba de forma premeditada. Se movía nerviosa entre carpetas de informes y los ponía en su maletín apurada. Akim no sabía cómo colgar más rápido. Sabía las dudas que solían asaltarla sobre su, cómo decía ella, excesiva madurez, y la llamada de una explosiva Lola no ayudaban en lo más mínimo —*Sí, sí...está bien...* —Dijo con monosílabos cada vez más escuetos intentando cortar cuanto antes. Ella caminaba hacia la puerta. Pensaba marcharse —*Sí... ¡he dicho que sí!* —Gritó furioso antes de cortar e intentar detener a su doctora que huía por la puerta.

—Espera.

Rachel asomó la cabeza por la puerta en el mismo instante en el que Akim la intentaba retener por el codo.

—Estoy mal aparcada. ¿Nos vamos ya? —La amiga preguntó extrañada al ver sus rostros.

—Sí.

—¿Te marchas? Es tarde —. Dijo viendo el reloj marcar casi las siete de la tarde.

—Sí, tenemos una cita.

—Bien...—Contestó atragantado intentando saber ¿dónde? ¿con quién?

Brenda estaba por salir por la puerta cuando se giró para hablarle con algo en su mirada que parecía tristeza.

—Si quieres puedes esperarme y cenar juntos. No tardaré mucho —. Comentó esperanzada.

El joven dijo en su interior todas las maldiciones que conocía en su idioma y en todos los que se sabía. Esa noche trabajaba y debía estar en la sala antes de las diez o por lo menos eso fue lo que le entendió a Lola.

—He quedado con unos amigos... —Mintió intentando justificarse. Brenda agachó la mirada y se despidió sin siquiera mirarlo. ¡Mierda! —Pero mañana es sábado—dijo apresurado—si te parece, a primera hora podemos... — No tuvo oportunidad de proponerle sus planes.

—Hablamos —. Dijo marchándose sin mirarlo.

El joven apretó los puños con tanta fuerza que las uñas dejaron marcas en sus palmas. Si pudiera correría tras ella, la sujetaría por la cintura y calmaría todas sus dudas. Le explicaría que la juventud y belleza de Lola eran agua de borrajas frente al brillo de su experiencia o el calor de sus besos. Le pediría perdón una y mil veces mientras con sus caricias borraría una a una las medias verdades que nunca se atrevió a explicar. Le aseguraría que ya no era el brabucón mal humorado de antes y que todo eso era exclusiva responsabilidad de su amor por ella.

Las canciones románticas surgían a miles en su corazón y los pensamientos que describían sus sentimientos lo rebosaban a borbotones, pero ella ya no estaba. Se había marchado y él había perdido una oportunidad de oro para sincerarse.

Brenda caminó hacia el coche junto a Rachel intentando llenar el vacío que sentía en la boca del estómago. Era viernes y él había quedado con amigos, como la mayoría de las noches de las últimas semanas, pensó con pena.

—¿Todo bien?

Rachel preguntó interesada y Brenda se esforzó en olvidarse de Akim y centrarse en su amiga. La pobre mujer tenía los ojos oscurecidos por el dolor. Desde la muerte de George era la primera vez que conseguía sacarla de casa. La observó con tristeza. Rachel no llevaba maquillaje, ya no sonreía. Se sentía culpable por la muerte de su marido y eso debía terminar. Como psicóloga sabía perfectamente que el luto por un ser amado era obligatorio y necesario, pero no la culpa. Rachel debía dejar partir a George y continuar con su vida por muy

difícil que ello resultase.

—Todo perfecto.

—¿Dónde vamos? —Dijo encendiendo el motor.

—Al centro de reunión de Las Amazonas.

—No, yo no quiero. No me interesa —. Contestó recordando su última pelea con Carol —. Esas mujeres ya no me interesan.

—Lo sé y no te obligaría si no fuese necesario, pero Esperanza nos necesita.— Brenda intentó apelar a su solidaridad femenina y pareció esperanzada al ver el rostro de duda en su amiga.

—¿Esperanza? ¿Qué ha pasado? —Preguntó interesada.

Bien, había captado su atención. Por el momento era suficiente.

—Arranca mientras te voy contando.

Rachel aceptó sin ganas y Brenda festejó su triunfo. Debía traer a su amiga nuevamente hacia la vida y si su plan funcionaba, esta sería su última noche de culpabilidad.

Un final, un comienzo

Promesas incumplidas, lágrimas derramadas,
dolores injustificados, sufrimientos no buscados,
entonces tu boca se acerca nuevamente a la mía y
descubro que tus besos ganaron la guerra por mi amor.

Akim

Los gritos de las mujeres se elevaban cada vez más. Carol acusaba con demandarlas y miles de historias más cuando Brenda supo que el final estaba cerca. Si conseguí alterarla con tan poco puede que si presiono un poquito más...

—¡Mentirosa! Sois las dos unas zorras mentirosas. ¡Tú nos vendiste!

—¡Yo no fui! Y si aquí hay una zorra esa eres tú, la que abandonó a su hija, la que la ocultó y ahora viene a darnos lecciones morales —. Rachel gritaba acalorada en el despacho de Carol.

—¿Te gusta dar lecciones? —Dijo Brenda provocándola aún más.

—¿Pero tú quien te crees que eres? Ni siquiera formas parte de la hermandad. No tienes derecho a opinar —. Gritó haciendo temblar las paredes.

—¡No le hables así a mi amiga! —Rachel gritó a punto de estallar.

—No, déjala que hable. ¿Por qué no tengo derechos? ¿Este no es un grupo feminista? Pues resulta que yo soy mujer, trabajadora, independiente y que cree firmemente en nuestros derechos de igualdad ¿por qué no debería opinar?

—¡No las quiero en mi grupo! Iros de una vez por todas. Vete de donde has venido.

—Quiero colaborar —. Brenda comentó totalmente serena. Parecía que a cada contestación que ella ofrecía calmada, su interlocutora perdía más y más los nervios.

—¿Tú colaborar? Quieres darnos limosna —. Carol rió con grosería—. Las mujeres como tú sólo saben ofrecer caridad. Son incapaces de ponerse en nuestro lugar.

Brenda la miró curiosa. ¿Entonces ese era su punto débil? ¿Se sentía menospreciada? Ya estaba cerca, muy cerca de conseguirlo.

—Yo colaboro con muchas instituciones benéficas —. Dijo punzando en la herida. La mujer se transformó. La mirada se le enrojeció de furia y Brenda supo que aquí estaba la verdadera líder de las Amazonas. La farsante que pronto sacaría a la luz.

—¿Benéficas? Claro, las ricas siempre piensan que se apuntan a una marcha de buenas intenciones y consiguen el cielo. Estoy harta de que vengan

aquí con sus donativos pero que se marchen sin dar la cara. Dicen que creen en la igualdad pero cuando las reuniones terminan se marchan a sus hogares con sus mariditos repletos de dinero. Ja, me rio de su feminismo y de la madre que las parió. Estoy harta. Las ricachonas jugando a la igualdad y las pobretonas de estas idiotas Amazonas levantando la banderita pero, cuando llegan a casa, se maquillan para ver quien de todas es más puta y le roba el marido a la otra. Me importan una mierda si se matan entre ellas, yo estoy aquí para lo que estoy.

Rachel abría los ojos como platos sin poder creérselo pero Brenda estaba muy conforme con la confesión, ahora faltaba la estocada final.

—¿Por eso las vendiste? ¿Hablaste con los periodistas para darles la primicia, no es así?, ¿cuántos contratos publicitarios firmaste a cambio de acuerdos con empresarios influyentes? —Dijo convencida— Buscabas que el movimiento cayera y ya no presionara a las fuerzas políticas ¿no es así Carol?

—¿Sólo tú puedes tener dinero? —Dijo mostrando los dientes rabiosa.

—No, pero yo lo gano con mi trabajo y no derribando los derechos de cientos de mujeres luchadoras —. Brenda intentó presionar, necesitaba una confesión al completo.

—A mí sólo me preocupa lo mío.

—¿Y tu hija? ¿Nunca pensaste en ella?

—Si por mi fuese la habría ahogado en un cubo de agua cuando nació. Cobraré lo prometido, me desapareceré, y que esas putas se maten entre ellas. Son todas unas cerdas egoístas que jamás llegarán a nada. Envejecerán peleando por estupideces mientras yo disfruto de mi jubilación en el caribe.

—Esos políticos te sobornaron bien por lo que veo —. Brenda dijo esperando su afirmación

—No me quejo, ahora si me permiten... —Dijo sonriente para marcharse.

—Creo que no te vas a ningún lado —. La doctora se interpuso entre ella y la puerta.

—¿Piensas detenerme doctora? ¿Crees que alguien va a creerte algo de lo que digas? Lo negaré todo y esas estúpidas me creerán a mí, porque soy su líder —. Dijo sonrisa de perra rabiosa.

—¿Estás segura? Esperanza por favor... —Dijo en voz alta antes que la puerta se abriera.

La joven entró con un portátil mostrando con cámaras la reunión de la sala contigua repleta de Amazonas. Todas miraban a los altavoces allí colocados sin dar crédito a lo recién escuchado.

—¡Tú!

La mujer intentó abalanzarse sobre la jovencita pero Rachel se lanzó para defenderla. Ambas pelearon en el suelo hasta que Brenda, Esperanza y otras

miembros del grupo se acudieron a detenerlas. La líder estaba con la cara desencajada cuando fue llevada a rastras hacia la salida.

—Nos ha engañado a todas.

—Nos ha utilizado.

—Se ha reído de nosotras.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Todas hablaron desilusionadas. Las mujeres defraudadas se miraban unas a otras sintiéndose utilizadas e indefensas cuando Brenda decidió subirse a una silla para captar la atención de las cientos de mujeres que murmuraban apesadumbradas.

—Por favor, chicas, un minuto. ¡Un minuto de vuestra atención!

Las mujeres parecían no escucharla. La pesadumbre y la desilusión las embargaba. Esperanza, decidió aporrear el micrófono. Este hizo un sonido metálico tan ensordecedor que las mujeres se callaron mientras se tapaban los oídos con las manos.

—Chicas, todas estamos dolidas y defraudadas. Yo más que nadie, pero la doctora está aquí para ayudarnos. Gracias a ella y sus contactos pudimos conocer los delictivos planes de mi madre. Escuchémosla. ¿Qué podemos perder? Las mujeres se miraron unas a otras mientras se silenciaban para escuchar. Brenda agradeció con una sonrisa la intervención de Esperanza y comenzó hablar cual reina ante su séquito.

—Queridas Amazonas, habéis sido engañadas como luchadoras y como mujeres. Puede que en este momento estéis perdidas, furiosas y desilusionadas pero no podemos dejar que escoria como esta nos aparte de nuestro camino. Grandes mujeres antes que nosotras lucharon por nuestros derechos y no podemos dejarnos vencer ahora que estamos tan cerca de conseguirlo. No importa cuánto nos golpeen o cuanto intenten pisarnos, siempre nos levantaremos porque somos mujeres, somos luchadoras. Somos...

—¡Amazonas! — Gritaron con la mano en alto con los dedos en v.

—¿Pero cómo nos vamos a organizar? Teníamos objetivos, ideas, sueños... y ahora lo hemos perdido todo...

—No, de eso nada. Debemos continuar adelante. Una falsa líder os ha engañado pero otra nos llevará a la victoria —. Gritó la doctora.

—Todas se miraron intrigadas cuando Brenda bajó de la silla para sujetar la mano de Rachel y mirarla con admiración.

—No, estás loca.

—De eso nada. No conozco mujer más honesta y más luchadora que tú. Conseguiste salir adelante y hacerte un lugar en el mundo. Amas sin condiciones, crees en nuestros derechos, luchas contra las injusticias y eres la

mujer más divertida que conozco. No habría mejor candidata que tú.

—Yo no puedo... George...

—George estaría orgulloso de ver en la mujer en la que te has convertido y que él siempre supo que eras.

Rachel comenzó a llorar y Brenda la abrazó mientras las mujeres como poseída por los nuevos vientos gritaban en alto el nombre de su congregación.

—¡Amazonas! ¡Amazonas!

—¡Rachel nuestra líder! — Gritó Esperanza y las demás la siguieron.

—Sí. Porque somos fuertes, somos mujeres. ¡Somos Amazonas!

Brenda soltó a su amiga y dejó paso a cientos de mujeres que se acercaban para abrazarla y darle su apoyo.

—Gracias, sin ti jamás habría podido desenmascarar a mi madre ni aceptar que no me quería —. Esperanza dijo agradecida.

—Eres más fuerte de lo que crees. A partir de ahora vivirás tu vida sin pasados oscuros y aprendiendo a aceptar el cariño de las personas que te quieren de verdad —. Dijo mirando hacia la puerta a un joven tan delgado como un palo de escoba que esperaba en la distancia —. Ve con él y sé feliz. Te lo mereces. Esperanza corrió hacia Peter que la esperó con los brazos abiertos.

Las mujeres hablaban sin parar y Brenda supo que debía marcharse. Esa era la noche de Rachel. Ella y sus Amazonas tenían mucho trabajo por delante pero el suyo estaba acabado. Pidió un taxi feliz con la vida. Si no fuese tan tarde llamaría a Akim para contarle. Subió al coche, le dio la dirección al chofer y sonrió al darse cuenta de lo importante que ese hombre comenzaba a ser en su vida. En tan sólo unos meses la había hecho sentir lo que en años no había conseguido jamás. Amantes, amigos y compañeros en una sola figura. Puede que Carol tuviese razón y el mundo no fuese justo del todo y que el mañana nos trajese problemas difíciles, pero el hoy se mostraba esperanzador. Con Akim se sentía viva, mujer, Amazona, pensó divertida, y no quería perderlo. Si la vida le ofrecía naranjas haría naranjada y que los limones se fuesen al diablo, se dijo feliz con la vida.

Estaba enamorada de un hombre más joven y él estaba enamorado de ella. Que la sociedad y las normas sociales se fuesen a la mierda. ¿Yo he pensado eso? Sí, lo he pensado y estoy feliz de no tener que callarlo, pensó al sentir lo injusta que había sido con él por una simple y estúpida llamada de teléfono. Mañana hablaré con él, se dijo entusiasmada.

Una imagen, mil palabras

Seguirás caminando, despertarás, soñarás y vivirás, siempre sin mirar atrás... Y entonces yo te veré marchar, mis lágrimas se secan, mis pies ya no andarán y mi corazón se detendrá sin nunca dejar de mirar hacia atrás.

Akim

Si fuese perro seguramente tendría mejor humor pensó Akim mientras caminaba por la sala abarrotada de gente. Jovencitas con ropas escasas y hombres de músculos marcados se lucían cual ganado esperando ser comprados. Ellas sonreían con descaro mientras ellos con copa en mano analizaban a unas y a otras buscando la presa más rápida y deleitosa en la que saciar sus apetitos. Sonrió sin ganas al pensar que ese mundo era algo lejano del que ya no deseaba formar parte. Si no fuese por el dinero, en estos momentos estaría recostado con la mujer que deseaba y no necesariamente conversando.

—¿Una copa?

—Estoy trabajando —. Contestó parco en palabras intentando desalentarla aunque a Lola pareció no importarle.

—Menuda tontería. Aquí todos beben. Vamos cari, no me rechaces —. Dijo con sonoro doble sentido.

—Ya lo hice —. Contestó moviendo los labios en sonrisa fingida.

—¿Por qué eres tan malo conmigo? —Lola habló como niña pequeña mientras acercaba sus redondeados pechos a su torso.

La mujer era perfecta conocedora de sus encantos y no escatimaba en usarlos. La minifalda escasa en tela dejaba a plena vista unas piernas largas y perfectas. Una camiseta de tirantes y totalmente pegada a su cuerpo resaltaban una figura que cualquier mortal podría considerar de infarto.

—Lola, por favor, estoy trabajando. Sabes perfectamente que entre nosotros no volverá a existir nada.

—Eso lo dices ahora, pero no te resistirás mucho tiempo. Sabes que yo puedo darte exactamente lo que buscas —. Comentó pegando su cuerpo al suyo y estirando la punta de sus pies para acercar su rostro al del hombre.

Akim carraspeó mientras la sostuvo por los hombros para detener sus avances.

—Si de lo que estás hablando es de un buen polvo, te agradezco pero no

estoy interesado.

—Por ahora, por ahora...

El hombre negó con la cabeza. Aquella mujer no era insistente, era una kamikaze. ¿Cómo decirle sin ser un grosero que ya no le interesaban ni sus tetas de infarto, ni sus polvos mágicos, ni si desaparecía de su vida para siempre?

—Lola por favor... —estaba por explicarle que debería apuntar sus armas letales contra otro blanco cuando ella sin previo aviso lo sujetó del cuello para besarlo con pasión desmesurada. Akim no terminó de salir de su asombro cuando ya estaban separados.

—No vuelvas a hacerlo —. Dijo entre dientes.

—Papi estás siendo muy malo con tu nena pero sabes que me tienes loquita y te lo perdono todo.

La mujer se marchó satisfecha y Akim negó con la cabeza. Quería regresar a su hogar, recostarse a dormir y descansar un poco antes de salir disparado hacia casa de Brenda. Miró el reloj contento y se dirigió hacia la máquina para fichar su salida. Pensar en ella le cambiaba hasta el humor, pensó divertido.

—¿Las tienes? —Lola preguntó al hombre que miraba sonriente la pantalla de su móvil.

—Sí y son perfectas. ¿Y desde cuándo dices que estáis juntos?

—Dos años.

—Dos años... —El hombre susurró entre encantado y disgustado —. Hijo de puta...

Lola guardó las cien libras en el escote mientras comentó sonriente aleteando las pestañas como niña traviesa.

—Espero que con esto su amiga se dé cuenta que Akim no es para ella.

Max guardó el móvil con sus diez fotos y se marchó sin contestar. Aquella mujer, aquél lugar y la presencia de ese inmundo albañil en la sala le daban asco. Ese maldito se estaba aprovechando de su mujer seguramente para sacarle dinero. Le hizo creer que estaba enamorado de ella cuando en verdad se tiraba a ese putón de tres al cuarto. Max quiso romperle la cara allí mismo, pero no podía dejarse dominar por la rabia. Continuaría como lo había planeado. En pocos días ese dichoso albañil sería un mal recuerdo y cuando este desapareciera, su matrimonio debería recibir algún que otro remiendo, pero nada insalvable.

Akim llegó a su casa agotado por el cansancio. Esa noche había intervenido en una pelea entre dos borrachos, una discusión acalorada de una pareja celosa y además había tenido que detener los continuos avances de una insaciable Lola. Estaba matado. Se arrojó vestido sobre la cama sin fuerzas

siquiera para quitarse la ropa. Eran más de las cuatro de la mañana y si se daba prisa tendría algo más de cuatro horas antes de levantarse para despertar a Brenda con el desayuno en la cama. Recordarla lo hizo sonreír esperanzado antes de caer en un sueño profundo. Por la mañana iría a su casa, la abrazaría y la traería a su cama para pasar juntos el sábado al completo bajo las sábanas.

Ultimátum

No puedes dejarme, no te lo permito.
Soy yo quien te ama, soy yo quien sufre cuando tú no estás,
soy yo quien no respira si no te sientes,
soy yo quien no te olvida en el más dulce de sus sueños.
No, tú no te vas, no te lo permito porque es mi alma la que se extingue sin tus
besos. Regresa a mi lado, devuélveme la vida.
No puedes olvidarme, no, no puedes... te conquistaré,
te hablaré de todos mis pecados y sanarás mis heridas mientras mis labios
repetirán una y otra vez, no, tú no puedes olvidarme
porque soy tuyo desde el primer momento en que te vi.
Akim

Akim estaba especialmente optimista esa mañana. Ver a su doctora en apenas unos minutos lo alegraba aún más, pensó secándose el pelo con una toalla para luego arrojarla al cubo de la ropa sucia. Se vistió a toda velocidad. No desayunaría, si se apuraba puede que aún la encontrara dentro de la cama. El teléfono sonó y maldijo por lo bajo al ver de quien se trataba. Su día soleado comenzaba a nublarse.

—Sí, Philips, lo sé... entiendo que no es la suma completa, pero pronto tendrás un segundo ingreso... sí, pronto... sí, lo sé... no necesito que me amenaces... pagaré... no te tengo miedo y no es necesario...

Cortó el móvil furioso y lo arrojó sobre la mesa despotricando en alto cuando descubrió la mirada de su padre. “Mierda, no lo vi entrar”, se dijo maldiciendo su mala suerte. Conocía perfectamente esos brazos cruzados y esos ojos echando dardos envenenados.

—Lo tengo todo controlado —. Dijo sabiendo que de nada le serviría mentir. Ese hombre lo conocía demasiado.

—En qué lío estás metido.

—He dicho que lo tengo bajo control.

—¿Y por eso trabajas como una mula de carga? —Su padre sonó más enfadado de lo que quiso y Akim lo notó en la caída de sus hombros —. ¿Quién ese tal Philips?

—Un prestamista —. Dijo al sentirse acorralado.

Su padre abrió y cerró los ojos un par de veces para sentarse al minuto

siguiente en la silla del pequeño salón.

—¿Cuánto?

—No tienes que preocuparte. Con el nuevo trabajo conseguiré saldarlo pronto.

—Cuánto —. Su padre elevó la voz y Akim se puso a la defensiva. Ambos tenían un carácter igual de podrido.

—No te metas en mi vida.

—Maldita sea ¡Cuánto!

—Diez mil —. Contestó con los humos algo bajados al reconocer la autoridad de su padre.

—¿Y cuánto llevas pagado?

El joven estuvo a punto de mandarlo al diablo. No le gustaba sentirse como un chiquillo al que regañaban por robar un dulce pero la verdad era que sí había comido dulces sin permisos y unos bastante caros.

—Dos mil...

—Joder...joder...¡Joder! ¡Tienes idea de cómo se la gastan esos tipos! ¿En qué demonios estabas pensando?

—A decir verdad no estaba pensando mucho —. Dijo con tono burlón.

—¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Por qué? Yo tengo trabajo, Lucien se encuentra bien, no nos falta de nada —. Su padre se levantó con ímpetu de la silla y comenzó a caminar nervioso.

Akim escuchó el chaparrón por un tiempo que consideró demasiado largo y consideró que su padre no era quien para juzgarlo.

—¿No nos falta de nada? ¿Estás seguro papá? ¿Has visto la casa en la que vivimos? Dime, ¿cuántos años tiene el mueble más nuevo? ¿Cuándo descansaste por última vez? ¿Cuándo Lucien se compró un juguete sin antes preguntar si podíamos?

—Esto no tiene nada que ver con nosotros... no intentes engañarme —. Dijo apenado.

—No, maldita sea. ¡Es conmigo! Estoy cansado de ser el pobre chico que pudo ser mucho pero no llegó a nada. El que tenía posibilidades pero tuvo que perderlas. Estoy cansado de mirar a la gente desde abajo. No quiero ser un espectador.

—¿Lo has hecho por ella? —. Comentó con pena en la voz.

—¡No! Fue por mí. Quería demostrarle que valía. Que podía vivir en su mundo sin avergonzarla. Quería que me conociera, que me diera...

—Una oportunidad.— Su padre terminó la frase por él con apenas un hilo de voz.

Akim cayó en la silla derrumbado mientras se apretaba la sien con las

manos. Sabía que había cometido un error terrible, no era ningún estúpido como para no reconocer el peligro que representaban personas como Philips, pero si tuviese que hacerlo nuevamente lo haría una y mil veces con tal de conseguir lo que ahora tenía con ella. Brenda había conocido a otro hombre aparte del sucio y pobre albañil. Esos días cenaron, bailaron y compartieron una intimidad que no había vivido jamás con nadie. Si Philips intentaba algo con él, poco le importaba, el precio había valido la pena.

—No te preocupes por mí, estaré bien —. Dijo intentando aplacar sus miedos.

—No me preocupo por ti —. Aclaró su padre con el entrecejo fruncido —Has sido un inconsciente pero eres un adulto y responsable de las tonterías que haces, mis miedos son por tu hijo.

—Lucien no tiene nada que ver en esto —. Su padre lo miró con descaro y Akim maldijo al comprenderlo —. No le harían daño —. Dijo más como un deseo que como una realidad.

El silencio de ambos se vio interrumpido por un timbre que sonó con fuerza.

—¿Esperas a alguien? —Akim preguntó sabiendo que si era Philips lo ahorcaría antes que dejarlo acercarse a su hijo. Con precaución abrió la puerta e insultó por todo lo alto al reconocer al visitante.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a hacer un trato —. Max habló con seguridad mientras entraba con un sobre del tamaño folio en la mano.

Akim no podía mirar a aquél hombre y dejar de compararse. Ese tipo desprendía una elegancia que lo hacía odiarlo cada vez más. Si las circunstancias fuesen otras, si hubiese nacido aquí, si no fuese un maldito desterrado, pensó enrabiado con su vida y sus malditas circunstancias.

—No tengo nada que tratar contigo, puedes irte.

—Creo que esto va a interesarte —Max traspasó la puerta y arrojó el sobre encima de la mesa del salón. Tanto él como su padre se miraron extrañados.

—¿Y qué se supone que es eso? —. Preguntó señalando el sobre marrón.

—Quiero que desaparezcas de su vida. Te doy un día para despedirte.

Akim abrió los ojos para al instante siguiente empujar su cabeza hacia atrás y lanzar una carcajada con todas las fuerzas de las que fue capaz. Pensaba que este día iba estropeándose poco a poco pero Max hizo que la alegría volviese a instalarse en su rostro.

—¿Que me das qué? ¿Qué te hace pensar que lo haré? —Contestó divertido pensando que aquél hombre se había vuelto loco de repente.

Su padre no pidió permiso y abrió el sobre. Su rostro quedó dibujado como un poema y Akim frunció el ceño intentando descubrir la razón.

—¿Qué pasa?

—Será mejor que mires.

El padre extendió la mano con un puñado de fotos. Todas fechadas en la noche anterior. Las miró una y otra vez sin salir de su asombro. ¿Cómo podía tener ese material en sus manos? Eso no era posible, se dijo nervioso.

—Esto no es...

—¿Lo que parece? —Preguntó Max sabiéndose que ahora el divertido era él.— Pues a mí sí me lo parece. De hecho, yo mismo saqué las fotos.

—Tú... ¡Tú! Me estabas espiando... —Dijo entre dientes.

—Sí, y lo haría nuevamente con tal de desenmascararte. La has engañado. Le has dicho un montón de mentiras con tal de conseguir lo que buscabas.

—Eso no es cierto. Estas fotos son una mierda y no significan nada —. Dijo rompiendo en cientos de pedazos la del beso con Lola.

—Puedes romperlas todas, tengo muchas más en mi ordenador —. Contestó victorioso.

Akim se acercó con claras intenciones de romperle la cara cuando su hijo pequeño apareció en el salón, lo que hizo que se detuviera. Puede que fuese un salvaje brabucón pero no delante del pequeño.

El niño, que se dirigía hacia las piernas de su padre, fue detenido por los fuertes brazos de su abuelo.

—Ella jamás creará una mentira como esta —. Akim habló seguro.

—Lo hará porque es la verdad. Yo mismo te vi.

—Serás desgraciado, no has visto nada porque no hubo nada. Entre esa mujer y yo no existe nada —. Contestó furioso.

—Me importa un cuerno lo que tú digas. Quiero que vuelvas al pozo del que nunca debiste haber salido. Te quiero fuera de nuestras vidas.

—¿Nuestras? Capullo, ella te ha dejado.

—Ese es mi problema. Toma tu dinero y vete.

—¡Qué dinero! —Dijo cerrando los puños y pensando seriamente en noquearlo allí mismo.

—En ese sobre tienes un cheque al portador. Espero que sea suficiente. Sino dime cuál es tu cifra. Te pagaré lo que sea porque desaparezcas.

—¿Crees que la mierda de tu dinero va a convencerme para abandonarla?

—Si tienes algo de dignidad vas a aceptarlo y marcharte sin que tenga que mostrarle las pruebas de tu engaño. No quiero que le rompas el corazón.

—Serás hijo de puta... —Akim estaba por golpearlo cuando su padre

soltó al pequeño y se interpuso entre los dos hombres que echaban espuma por la boca.

—Señor, creo que será mejor que se vaya de mi casa.

Max miró por detrás del hombro a Akim que se estiraba por encima de su padre para enfrentarlo con la mirada.

—Tienes hoy para despedirte. Ni un día más o le contaré toda la verdad.

Max se marchó y el padre de Akim recogió el sobre con las fotos y el cheque para llevarlos lejos de su nieto. El niño no tenía edad para comprender los líos del corazón. Akim golpeó la pared con tanta intensidad que los nudillos le sangraron y parte del cemento se desconchó al instante.

No te veo

Brenda se preparaba ilusionada con ver a Akim esa mañana cuando Max entró por la puerta. Parecía agotado y sintió pena por él. Después de todo ella era la culpable de todos sus males.

—Necesito que almorcemos juntos —. Max dijo enfadado al verla tan arreglada e imaginar a donde pensaba marcharse.

—Hoy, ahora ¿Por qué?

Max tenía estudiada cada palabra. Sus actos no eran espontáneos en absoluto. Todo estaba diseñado tan bien como los planos de su más preciosa construcción.

—Necesitamos ver a mi abogado. Hay detalles que no podemos dejar al azar. Como sabes tenemos bienes y un montón de temas que ultimar antes del...

—No fue capaz de pronunciar en alto la palabra divorcio.

Brenda sacudió la cabeza y aceptó sus propuestas. Max tenía razón, ellos debían dedicar un tiempo a esa dura tarea. Ya se explicaría con Akim más tarde.

Lo que debió ser unas pocas horas resultaron ser el día al completo. Max parecía conforme con todo lo propuesto y Brenda se sintió esperanzada al sentirlo algo más relajado. Puede que el último mes le sirviese para aceptar que su relación aunque terminada, en realidad resultaba ser un nuevo comienzo para ambos y por ello cuando él le propuso tomar una copa en un sitio cercano aceptó gustosa. Max siempre sería una persona importante en su vida y deseaba que así fuese siempre.

Los dos entraron en el local y Brenda se sorprendió con la elección del lugar. Muy masificado y con un ambiente que estaba segura que a Max no le gustaba, no comprendía el porqué de su elección pero prefirió callar. Chicas luciendo cuerpos y hombres demostrando sus cualidades no era de los pubs acostumbrados por Max pero si estos eran sus nuevos gustos, no sería ella quien lo juzgase.

—¿Estás seguro que aquí...? —Dijo mientras lo veía sentarse en un sofá mullido de un reservado de la sala.

—Sí —. Dijo sin más.

Brenda aceptó y se sentó, no quería discutir. Estaba segura que no volvería a un lugar así después de esa noche. Ese lugar con tantas minifaldas y pechos semi desnudos no eran para ella. Pidieron un par de copas y Brenda

estaba por comentar unas tonterías del lugar cuando la imagen de dos pasos más allá la dejó sin habla.

Lola y Akim estaban allí. Ella se acercaba a él como con todos los derechos y él sonreía con los brazos cruzados. El aire comenzó a faltarle y la sangre dejó de recorrerle el cuerpo. El frío se le instaló en la piel y sintió que el mundo comenzaba a desmoronarse ante sus ojos. Max al verificar donde se perdía su mirada se acercó para sacar unas fotos del interior de su chaqueta. Las esparció en la mesita que tenían delante y Brenda sintió como las arcadas comenzaban a subirle por la tráquea.

—¿Qué es esto? —Dijo intentando no llorar y sabiendo que su pregunta era bastante estúpida. Las pruebas eran más que obvias.

—Lo siento pero no podía dejar que siguiese engañándote —. Max contestó acercándose a ella al punto de tener su hombro pegado al de ella mientras toqueteaba las fotos —. Llevan dos años juntos.

Brenda lo miró con los ojos encharcados por las lágrimas. El dolor del corazón era tan fuerte que pensó que no lo podría soportar. Se sentía engañada, estúpida, humillada.

—No, no puede ser, tiene que existir alguna explicación. Esto no es verdad.— Intentó levantarse pero Max no se lo permitió.

—Esta mañana fui a su casa. Le ofrecí dinero para que se olvidara de ti... y ha ingresado el cheque.

Max parecía tan sincero que se rindió ante las evidencias. ¿Dinero? ¿Había sido utilizada por dinero? ¿Había caído en una estúpida trampa de estafadores? ¿Había creído en sus palabras de amor cuándo en verdad sólo buscaban dinero?

—¿Cuánto? —Preguntó con apenas voz. Necesitaba saber cuánto valía su dolor y estupidez.

—Veinte mil libras.

Max habló con seguridad y Brenda sintió como el mundo se le derrumbaba. ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Cómo fue capaz de creer que un hombre tan joven podría... de ella... de ella... Se levantó y a punto estuvo de caer si no fuese por el fuerte brazo de Max que la sostuvo en el lugar.

—Yo... yo... tengo que irme... —Dijo como si de una drogadicta se tratase. Debía salir fuera. Necesitaba tomar aire.

—Te acompaño.

—¡No! No... —Dijo la segunda vez sin gritar —. Necesito estar sola.

—No estás en condiciones, no seas tonta, te llevaré a casa. Pasaremos esto juntos. Estaré a tu lado —. Brenda lo miró intentando enfocar su imagen aunque le costaba y mucho.

—He dicho que quiero estar sola y es lo que voy a hacer. Respeta mi opinión aunque sólo sea porque no tengo fuerzas ni para respirar... —Dijo atragantada y Max bajó la vista avergonzado.

Habló con tanta seguridad que Max puso cara de disgusto pero a ella poco le importaron sus sentimientos. El pecho lo tenía abierto, su corazón destrozado y su orgullo pisoteado. Debía llegar a casa como pudiese y cerrar la puerta con llave para que nadie entrase. Caminó titubeando y chocando con cuánta gente tuviese por delante. Las jovencitas de tetas en alto resoplaban por sus pisotones y al verlas tan bonitas y jóvenes todos sus miedos la aplastaron cual losa fría. Idiota, ¿Cómo pude ser tan idiota? Mentiras, todas eran mentiras... Todas tenían un precio, un precio... Levantó la mano como pudo y un taxi se detuvo al instante para alejarla de allí cuanto antes.

Akim caminaba por la sala verificando el orden cuando vio a Max pagar al camarero. Ese idiota esta vez no se libraría. Se acercó por detrás y habló con furia contenida.

—Te espero fuera —. Dijo amenazante y pronosticando una buena pelea.

—Por mí como si te pudres, no me interesas ni para darte un puñetazo. Para mí ya no existes.

Akim lo miró intrigado y al instante observó las fotos desperdigadas en la mesilla. No, no podía ser lo que estaba pensando.

—Maldito hijo de puta, la estás esperando... —Gruñó furioso.

—Desgraciado muerto de hambre, no actúes conmigo. Sé que cobraste el cheque. No necesitas seguir haciendo el papel de jovencito enamorado.

—¿De qué cuernos hablas?

—Eso ya no importa, no volverás a verla.— Max sonrió victorioso mientras miraba hacia la puerta.

Akim se dijo que no podía ser demasiado tarde. Insultó al mundo al completo antes de correr como alma llevada por el mismo demonio. Atravesó la sala con toda la velocidad de la que fue capaz pero en la puerta no había nadie. Ella se había marchado. Intentó ir a por su moto pero Lola apareció tras él.

—Si te marchas sin permiso perderás el trabajo.

Akim maldijo en alto. Que se fueran todos a la mierda, la estaba perdiendo, debía correr tras ella y explicarse. Estaba por decirle que poco le importaba el dinero cuando alguien lo golpeó con fuerza, intentó contestar pero otros dos se abalanzaron para sostenerlo por los hombros con fuerza e inmovilizarlo mientras otro le propinaba un golpe en el centro del estómago.

—Philips...

Otros libros de Romances Contemporáneos con una fuerte dosis de romance, pasión, acción y aventuras de Diana Scott.

Saga Infidelidades

Libro 1: Después de Ti (Susana, Oscar y Nico)

Libro 2: Es por Ti (Susana y Nico)

Libro 3: El Custodia de Tu Corazón (Matías y Azul)

Libro 4: Juego de Pasiones (Lucas y Carmen)

Libro 5: Perdona. Me Enamoré (Carlos y Barby)

Libro 6: Atada a un sentimiento (Azul y Matías)

Serie Stonebridge

Libro I: Tesoro oculto

Libro II: Los días que nos faltan

Libro III: Hasta que llegaste tú.

Serie Doctora Klein

Libro I: Culpable

Libro II: Salvaje